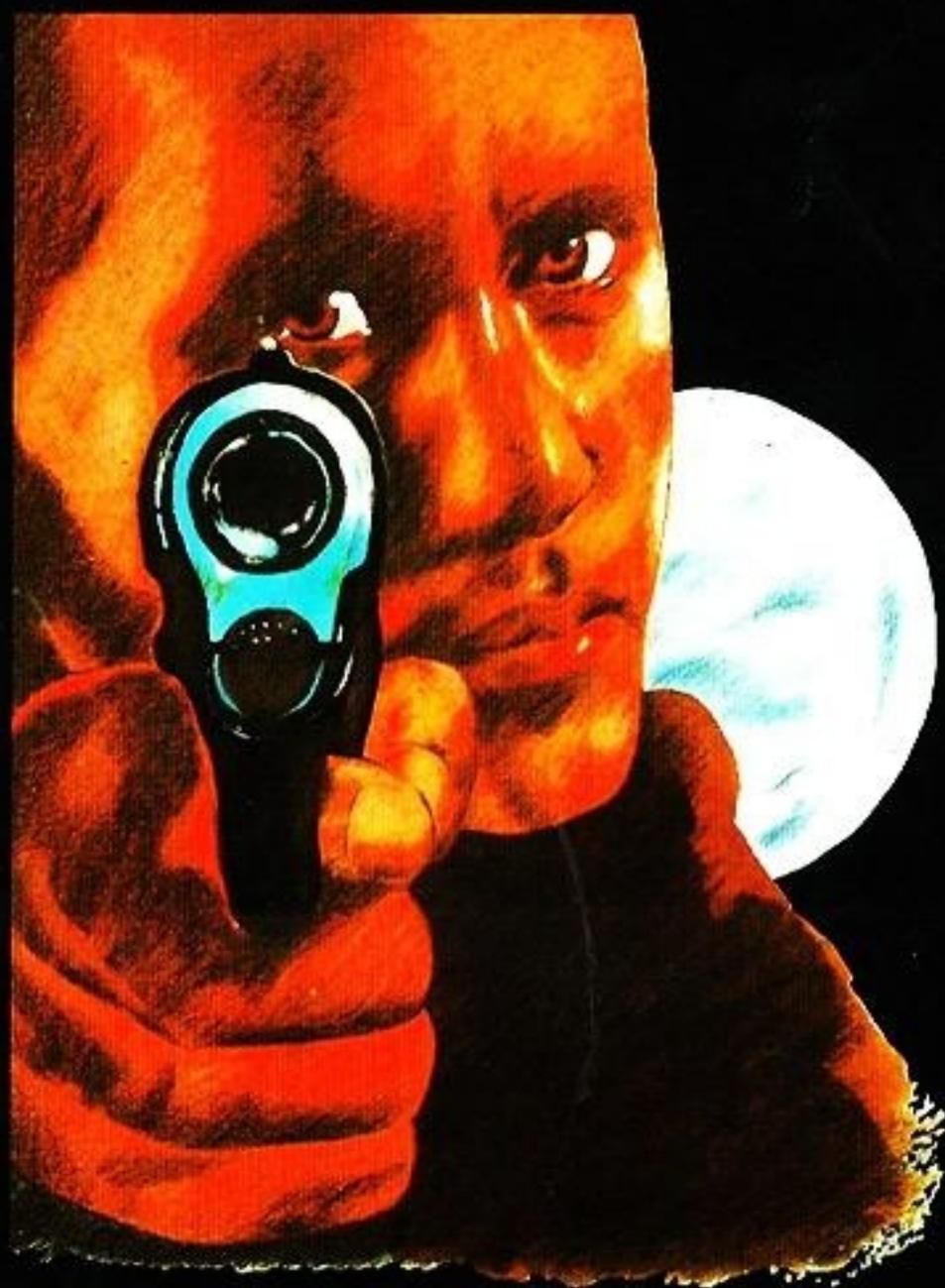

JAMES ELLROY
SANGRE EN LA LUNA



Lectulandia

Un asesino en serie, metódico y concienzudo, comete varios crímenes sin que nadie sospeche su autoría. Sin embargo, la vida del asesino y la del sargento Hopkins tiene parecidos sorprendentes. Ambos están obsesionados por las mujeres y las armas, aunque cada uno a su manera. Ambos, también, fueron violados de niños. Son dos 'iluminados' con una misión que cumplir.

Lectulandia

James Ellroy

Sangre en la luna

Sargento Hopkins - 1

ePub r1.1

chotonegro 8.11.2014

Título original: *Blood on the moon*
James Ellroy, 1984
Traducción: Magdalena Durán Coll

Editor digital: chotonegro
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*En memoria de
Kenneth Millar
1915-1983*

NOTA

Elegida por el equipo editorial de Etiqueta Negra para ser el número 100 de su colección, Sangre en la luna es también la presentación de James Ellroy a los lectores españoles.

Ellroy, nacido en Los Ángeles en 1938, es un personaje peculiar. Su ingreso tardío en la literatura, su extraña biografía, el éxito formidable de sus primeros libros, la calidad de su prosa, hacen de Ellroy una de las figuras de la nueva narrativa criminal en Estados Unidos.

Conocí a Ellroy en las afueras de la librería Mysterious, sentados en las escaleras de una de las casas de la calle 57. El sol nos calentaba un poco los huesos de refilón. Se me ocurrió preguntarle por qué en sus novelas el tema de la mujer asesinada por un sicópata es una recurrente, y la respuesta me dejó frío: «A mi madre la mataron así cuando yo era un niño». Ellroy conoce el bajo mundo de la ciudad de Los Ángeles porque lo vivió desde adentro. Conoce casi todas las comisarías de policía porque en todas ellas estuvo detenido. Drogadicto, vago, ladronzuelo, Ellroy salió del mundo del lumpen gracias a la literatura. Y parece que para siempre. El éxito de su trilogía iniciada por Sangre en la luna (19) y por sus novelas El requiem de Brown y Clandestino (nominada para el premio Sgamus y el Edgar respectivamente) abrió la puerta a la corriente de la literatura sobre la paranoia social norteamericana y puso el nombre del autor en primera fila.

PIT II

PARTE PRIMERA

PRIMER SABOR DE SANGRE

CAPÍTULO UNO

Viernes, 10 de junio de 1964, era el comienzo del fin de semana dedicado a los veteranos de la emisora de radio KRLA. Los dos conspiradores que exploraban el territorio donde iba a tener lugar el «secuestro» conectaron la radio portátil a todo volumen para ahogar el rugido de las motosierras, martillos y palancas que provenía de las obras de renovación de la clase del tercer piso. Finalmente, la música de los Fleetwood que se emitía logró la supremacía auditiva.

Larry *Hombre Pájaro* Craigie, con la radio pegada al oído, se maravillaba de la ironía de que aquellas obras de construcción tuviesen lugar a una semana escasa del cierre de la escuela para las vacaciones de verano. En aquel momento se oyó la voz de Gary U. S. Bonds, cantando: «Por fin la escuela ha terminado, me alegro de haber aprobado», y Larry cayó sobre el linóleo cubierto de serrín, convulsionado de la risa. Tal vez la escuela se había terminado, pero a él no le habían aprobado, y le importaba un comino. Se arrastró por el suelo sin preocuparse por su camisa violeta de terciopelo recién cepillada.

Delbert Haines, el Rubio, empezaba a sentirse harto y enojado. O bien el Pájaro estaba loco o fingía estarlo, lo que representaba que su aprendiz era más listo que él o, lo que era lo mismo, que le estaba tomando el pelo. El Rubio esperó a que la risa de Larry se calmara y se alzó en una postura obscena. Ya sabía lo que vendría a continuación: toda una serie de observaciones espeluznantes sobre las obscenidades que Larry pensaba hacerle a Ruthie Rosenberg, cómo pensaba hacer que se la mamara mientras él se colgaba de las anillas del gimnasio de chicas.

La risa de Larry se apagó y abrió la boca para hablar. El Rubio no le permitió ir tan lejos; Ruthie le gustaba, y detestaba que dijeran blasfemias sobre las buenas chicas. Clavó la punta de su bota en el homóplato de Larry en el punto preciso donde sabía que el dolor sería intenso. Larry chilló y se levantó de un salto, abrazando la radio contra su pecho.

—No tenías por qué hacerlo.

—No —dijo el Rubio—, pero lo he hecho. Puedo leer en tu mente, psicópata. Maldito psicópata. No digas cosas feas de las chicas buenas. Tenemos al Inútil para meternos con él, no con las chicas guapas.

Larry asintió; puesto que se le incluía en tan importantes planes, tomó la iniciativa del ataque. Se encaminó hasta la ventana más próxima y miró a través de ella para tratar de localizar al Inútil, vestido con sus botas de montar y sus jerséis color crema, con su aspecto de niño bonito y con su revista de poesía, que editaba en la tienda de fotografía de Alvarado, lugar en el que tenía una habitación para vivir a cambio de barrer la tienda.

La Revista de Poesía de Marshall no era más que un montón de poemas empalagosos y sin valor, de cursiladas amorosas que todo el mundo sabía que estaban dedicadas a aquella niñata estirada, trasladada desde una escuela parroquial irlandesa,

y a su grupito poético de perras mocosas; dedicadas a lanzarles ataques jodidos al Rubio, a él y a todos los niños de papá de derechas de Marshall. Una vez en que Larry, colocado de pegamento, destrozó el Club de Folk Song, la revista conmemoró la ocasión dedicándole unos dibujos en los que aparecía con traje de guerrero y una reseña que rezaba: «Ahora tenemos a un camisa negra llamado Pájaro Ilustrado; no es hombre de letras. Sus armas son furtivas, y tiene poco seso; lo que en verdad es: una desgracia humana».

Al Rubio le había ido aún peor; después de darle una patada en el culo al Gran John Kafesjian durante una pelea en Rotunda Court, el Inútil había dedicado un número completo de la revista a un poema «épico» que narraba el evento, en el que le calificaba de «provocador, mal perdedor» y finalizaba con una predicción sobre su destino, compuesta a modo de epitafio:

«No hay autopsia que pueda revelar lo que su negro corazón es capaz de abarcar; un ser musculoso, vano y vacuo, definido por el terror y el odio. —Que esto sea un réquiem por este peso mosca».

Larry se había propuesto proporcionarle al Rubio presta venganza, y de paso hacerse a sí mismo un favor en el proceso. Los jefazos le habían dicho que sería expulsado de haber más peleas o destrozos, y la sola idea de que le echasen de la escuela hacía que se mojara en los pantalones. Pero el Rubio le había quitado importancia al asunto diciendo:

—No, esto es demasiado fácil. El Inútil tiene que sufrir lo mismo que nosotros. Nos ha hecho reír a tope. Vamos a devolverle el cumplido, y algo más. Así pues, habían incubado un plan que consistía en desnudarle, golpearle, pintarle los genitales y afeitarse. Y aquél, si todo funcionaba, era el momento. Larry observó cómo el Rubio, con una navaja, trazaba esvásticas sobre el serrín. La versión de «Come and go with me» de los Del-Viking llegó a su fin y sonaron las noticias, lo que quería decir que eran las tres en punto. Un momento más tarde Larry oyó las voces de los operarios, les observó mientras recogían sus herramientas y su equipo eléctrico y bajaban con estruendo por la escalera principal, dejándole solo a la espera del poeta.

Larry tragó saliva y le dio un codazo al Rubio, temeroso de contrariar a su silencioso artífice.

—¿Estás seguro de que vendrá? ¿Qué pasará si se imagina que la nota era falsa?

El Rubio alzó la mirada y le dio una patada a la puerta de un armario de pared, haciéndola saltar sobre sus bisagras.

—Vendrá aquí. ¿Una nota de ese coñazo irlandés? Pensará que es una especie de jodida cita amorosa. Relájate. La nota la escribió mi hermana: papel rosa y caligrafía de chica. Sólo que no habría tal cita de amor. ¿Sabes a que me refiero, niño?

Larry asintió. Lo sabía muy bien.

Los conspiradores aguardaban en silencio. Larry soñaba despierto, mientras el Rubio escudriñaba los armarios abandonados, en busca de objetos olvidados. Cuando

oyeron pasos en el pasillo del segundo piso, que quedaba debajo de ellos, Larry agarró un par de pantalones cortos de *jockey* de una bolsa de papel marrón y extrajo un tubo de cola de acetato para maquetas de su bolsillo. Luego, vació el contenido entero del tubo dentro de los pantalones y se situó pegado a la fila de armarios que quedaba más próxima al hueco de la escalera. El Rubio se puso en cuclillas junto a él, con unas nudilleras de fabricación casera atadas a su puño derecho.

—¿Cariño?

El saludo, musitado con vacilación, precedió al ruido de pasos, que parecían hacerse más firmes mientras se aproximaban al rellano del tercer piso. El Rubio iba contando para sí, y cuando calculó que el poeta se encontraría al alcance de su mano, apartó a Larry de en medio y se plantó junto al borde de las escaleras.

—¿Querida?

Larry se echó a reír y el poeta se quedó helado a medio escalón, con la mano pegada al pasamanos. El Rubio agarró aquella mano y tiró escaleras arriba, con lo que el poeta se arrastró de bruces por los dos últimos escalones. Dio otro tirón y soltó la presión de la mano hasta el ángulo preciso para hacer que el poeta se pusiera de rodillas. Mientras su adversario le miraba fijamente y con ojos suplicantes e impotentes, el Rubio le dio una patada en el estómago y le obligó a levantarse de un tirón, mientras el otro temblaba incontroladamente.

—¡Ahora, Pájaro! —gritó el Rubio.

Larry tapó la boca y la nariz del poeta con los pantalones de *jockey* y presionó hasta que sus estremecimientos se convirtieron en gorgoteos, hasta que la piel de sus sienes se puso de rosada a roja y después azul y empezó a boquear por falta de aire.

Larry aflojó la presión y se echó hacia atrás, mientras los pantalones de *jockey* caían al suelo. El poeta se tambaleó sobre sus pies y cayó de espaldas, estrellándose contra la puerta medio abierta de un armario. El Rubio se quedó donde estaba, con los puños alzados, observando cómo el poeta se arqueaba para poder respirar y susurrando:

—Le hemos matado. Juro a Dios que le hemos matado.

Larry estaba de rodillas, rezando y haciendo la señal de la cruz, cuando el poeta tomó finalmente oxígeno y expulsó una bola enorme de pegamento cubierta de esputo, seguida de un grito entrecortado:

—¡Es-es-esc... escoria!

Expulsó la palabra en una nueva expiración mientras el calor de su cara volvía a la normalidad y su cuerpo se iba alzando lentamente sobre sus rodillas.

—¡Escoria! ¡Puerca basura blanca, escoria podrida! ¡Estúpidos, mezquinos, repugnantes, disolutos!

El Rubio Haines empezó a reír mientras la distensión fluía a través de su cuerpo. Larry Craigie empezó a sollozar de alivio y remodeló su plegaria, transformando sus manos unidas en puños cerrados. La risa del Rubio se volvió histérica, y el poeta, ahora en pie, descargó su furia contra él:

—¡Basura musculada automecánica! ¡Ninguna mujer te tocará jamás! ¡Todas las chicas que conozco se reirían de tu pito de cinco centímetros! ¡Si no hay pito, no hay sexo. No...!

El Rubio se puso colorado y empezó a temblar. Echó un pie hacia atrás y lo disparó con toda su fuerza contra los genitales del poeta, que profirió un alarido y cayó de rodillas. El Rubio chilló:

—¡Pon la radio en marcha, a toda pastilla!

Larry obedeció y las voces de los Beachboys inundaron el pasillo. Mientras tanto, el Rubio aporreaba y daba patadas al poeta, el cual se había enroscado en posición fetal musitando «escoria, escoria» a medida que le alcanzaban los golpes.

Cuando los brazos desnudos y el rostro del poeta estuvieron cubiertos de sangre, el Rubio se echó hacia atrás para saborear su venganza. Se bajó la cremallera para ofrecerle un cálido y líquido golpe de gracia y descubrió con sorpresa que estaba empalmado. Larry se dio cuenta y miró a su jefe en espera de alguna pista de lo que se suponía que debía ocurrir. De repente, el Rubio se sintió aterrorizado. Bajó la vista hacia el poeta que todavía gemía «escoria», y salpicaba de sangre sus botas de paracaidista con puntera de acero. Entonces, el Rubio supo lo que significaba su erección; se arrodilló junto al poeta y le bajó los Levi's y los calzoncillos, le abrió las piernas y se precipitó disparatadamente dentro de él. El poeta dio un alarido en el momento en que le penetró; luego, su respiración se sosegó en algo extrañamente parecido a una risa irónica. El Rubio acabó, se retiró y miró hacia su espantado subordinado en busca de apoyo. Para ponérselo más fácil, subió el volumen de la radio hasta que la voz de Elvis Presley se transformó en un berrido deforme; luego, observó cómo Larry daba su conformidad última.

Le abandonaron allí, privado de lágrimas o del deseo de sentir algo más que el vacío de su devastación. Mientras Larry y el Rubio se alejaban, «Cathys Clown», de los Everly Brothers, sonaba en la radio. Antes de marchar, ambos se habían reído y el Rubio le había dado una última patada.

El poeta se quedó allí tumbado hasta que estuvo seguro de que el patio estaría desierto. Pensó en su amada e imaginó que se encontraba junto a él, con su cabeza descansando sobre su pecho, diciéndole cuánto le gustaban los sonetos que había compuesto para ella.

Finalmente, se puso en pie. Le resultaba difícil caminar; cada paso provocaba un dolor desgarrador desde sus entrañas hasta su pecho. Se palpó la cara; estaba cubierta de una materia seca que debía de ser sangre. Se frotó furiosamente el rostro con la manga hasta que las abrasiones brotaron con nuevos regueros de sangre sobre la suave piel. Aquello le hizo sentirse mejor, y el hecho de que las lágrimas no le hubieran traicionado le hacía sentirse aún mejor.

Exceptuando a un único grupo de chiquillos que haraganeaban y jugaban a perseguirse, el patio estaba desierto. El poeta lo cruzó con sus pasos lentos y dolorosos. Gradualmente, empezó a darse cuenta de que un líquido se escurría por sus

piernas. Se alzó la pernera derecha de su pantalón y vio que su calcetín estaba empapado en sangre mezclada con un líquido blanquecino. Se quitó los calcetines y se dirigió, cojeando, hacia el Arco de la Fama, un paseo de mármol incrustado que conmemoraba las promociones previas de la escuela. El poeta restregó calcetines de algodón ensangrentados sobre las mascotas que representaban a los Atenienses del 63 y siguió restregando todo el recorrido hasta los Delfinianos del 31. Entonces, empezó a andar con los pies descalzos, ganando en fuerza y determinación a cada paso, mientras atravesaba la valla sur del colegio para entrar en el bulevar de Griffith Park. Su mente hervía con fragmentos sueltos de poesía y rimas sentimentales; todo dedicado a ella.

Cuando vio la floristería de la esquina de Griffith Park y la calle Hyperion, supo cuál era su destino. Se acorazó, dispuesto a entrar en contacto con seres humanos y entró para comprar una docena de rosas, que debían mandarse a una dirección que se sabía de memoria pero que nunca había visitado. Escogió una tarjeta blanca que debía acompañarlas y en la parte trasera garabateó algunas meditaciones sobre cómo el amor se grababa con sangre. Pagó a la florista, quien le sonrió y le aseguró que en una hora las flores habrían llegado a su destino.

El poeta salió al exterior y se dio cuenta de que todavía quedaban dos horas de luz diurna y que no tenía adonde ir. Aquello le asustaba, así que trató de componer una oda a la declinante luz del día para mantener a raya su temor. Probó una y otra vez, pero su mente no se iluminaba y su miedo se convirtió en terror; cayó de rodillas, sollozando por una palabra o una frase que le inspiraran de nuevo.

CAPÍTULO DOS

Cuando Watts ardió en llamas el 23 de agosto de 1965, Lloyd Hopkins construía castillos de arena en la playa de Malibú y los poblaba con miembros de su familia y personajes fruto de su brillante imaginación.

Un grupo de niños se había congregado alrededor de aquel joven de veintitrés años, deseosos de diversión, aunque algo indiferentes hacia la mente eminente que intuían en aquel grandullón, cuyas manos moldeaban con destreza puentes levadizos, fosos y parapetos. Lloyd atendía a un tiempo a los chiquillos y a su propia mente, a la que concebía como una entidad separada. Los niños le observaban, y se dio cuenta de su anhelo y deseo de colaborar con él. Instintivamente supo cuándo debía otorgarles una sonrisa o alzar las cejas para que se sintiesen satisfechos y así poder volver a concentrarse en su verdadero juego.

Sus ancestros irlandeses y protestantes luchaban por el control del castillo contra su lunático hermano Tom. Se trataba de una batalla entre los lealistas justos del pasado y las tumultuosas cohortes paramilitares de Tom, que pensaba que todos los negros debían ser devueltos a África y que las carreteras debían ser de propiedad privada. Los fanáticos iban ganando de momento (el arsenal de granadas de mano y los armamentos automáticos de Tom eran formidables), pero los lealistas justos eran firmes de corazón mientras que sus adversarios eran cobardes. Dirigidas por el futuro oficial de policía Lloyd, las hordas irlandesas habían superado a la tecnología, y en aquel preciso instante lanzaban flechas llameantes contra el arsenal de Tom, provocando su explosión. Lloyd visualizaba las llamas frente a sí y se preguntaba, por enésima vez en aquel día, cómo debía de ser la Academia de Policía. ¿Sería más dura que el entrenamiento básico? Tenía que serlo, o de lo contrario la ciudad de Los Ángeles se encontraba en un grave apuro.

Lloyd suspiró. Él y sus lealistas habían ganado la batalla y sus padres, inexplicablemente lúcidos, ensalzaban al hijo victorioso y lanzaban su desprecio contra el perdedor.

—No se puede despreciar a los cerebros, Doris —le decía su padre a su madre—. Quisiera que no fuese así, pero gobiernan el mundo. Aprende otro lenguaje, Lloyd; Tom puede intimar con esa chusma de la tienda de teléfonos, pero tú sabes resolver enigmas y dirigir el mundo. —Su madre había asentido en silencio; la impresión la había dejado sin habla.

Tom fruncía el ceño, derrotado.

Lloyd escuchó una música que provenía de algún lugar, y muy lenta y conscientemente se forzó a girarse en dirección al lugar de donde provenía aquel ruido ronco.

Una niña, que llevaba una radio encendida contra sí con sumo cuidado, paseaba por la playa cantando sola. Cuando Lloyd vio a la chiquilla, su corazón se derritió. Ella no tenía ni idea de cuánto odiaba la música, de qué modo interrumpía sus

procesos mentales. Tendría que ser gentil con ella, del mismo modo como lo era con las mujeres de todas edades. Llamó la atención de la chiquilla y le habló con mucha suavidad, como si sufriese un tremendo dolor de cabeza.

—¿Te gusta mi castillo, pequeña?

—S... sí —dijo la pequeña.

—Es para ti. Los Lealistas Justos han librado una batalla por una hermosa damisela, y esta damisela eres tú.

La música iba subiendo de volumen de un modo ensordecedor y Lloyd pensó que el mundo entero la debía estar oyendo. La chiquilla sacudió la cabeza con coquetería, y Lloyd le dijo:

—¿Puedes parar la radio, preciosa? Si lo haces, te llevaré a dar una vuelta por el castillo.

La niña consintió, pero giró el mando de volumen en el sentido contrario, en el preciso instante en que la música tocaba a su fin y la potente voz de un locutor anunciaba: «Y el gobernador, Edmund G. Brown, acaba de comunicar que se ha mandado a la Guardia Nacional a la zona centro-sur de Los Ángeles con la misión de poner fin a los dos días de reinado del terror y el pillaje, que ya han provocado la muerte de cuatro personas. Todos los miembros de las siguientes unidades deben informar inmeditamente...».

La niña paró definitivamente la radio en el preciso momento en que el dolor de cabeza de Lloyd se metamorfoseaba en una rigidez absoluta.

—¿Has leído alguna vez *Alicia en el País de las Maravillas*, preciosa? —le preguntó a la niña.

—Mi mamá me lo leyó de un libro con dibujos —respondió la chiquilla.

—Muy bien. Así, ya sabes lo que quiere decir «perseguir al conejo a través del agujero».

—¿Quiere decir, lo que hizo Alicia para entrar en el País de las Maravillas?

—Eso es; y eso es exactamente lo que el viejo Lloyd debe hacer ahora. La radio lo acaba de decir.

—¿Tú eres «El viejo Lloyd»?

—Sí.

—¿Y qué va a pasar con tu castillo?

—Tú lo heredas, hermosa damisela. Es todo para ti, para que hagas con él lo que quieras.

—¿De verdad?

—De verdad.

La niña dio un salto en el aire y se lanzó de lleno en mitad del castillo, arrasándolo. Lloyd salió disparado hacia su coche con la esperanza de que aquél iba a ser su bautismo de fuego.

En el cuartel, el sargento en jefe, Beller, apartó a su cuadro de oficiales galardonados y les dijo que por unos pocos pavos podrían disminuir apreciablemente

las posibilidades de ser devorados vivos en tierra de negros y, además, reírse un rato.

Hizo entrar en los vestuarios a Lloyd Hopkins y a otros dos oficiales y les repartió su armamento.

—Un automático del 45. Vuestra clásica arma blanca oficial. Garantizado para derribar a cualquier negro escupecuento a treinta metros de distancia, sin importar en qué parte se le hiera. Estrictamente ilegales, pero aparatos valiosos por derecho propio. Estos juguetes son completamente automáticos. Pistolas ametralladoras, con este cargador elefante especialmente diseñado por mí mismo; veinte disparos y recarga en cinco segundos. El aparato se recalienta, pero os adjunto un guante protector. El aparato, dos cargadores elefante y el guante. ¿Hace? —les dijo, tendiéndoles ambas manos. Los dos oficiales de patrulla le miraron largamente y le expresaron su admiración, pero se negaron.

—Estoy ya asignado, sargento —dijo el primero de los oficiales.

—Yo estoy de reserva en el puesto de mando, sargento —dijo el segundo.

Beller suspiró y miró a Lloyd Hopkins, que se puso de su parte. En la compañía le llamaban el Cerebro.

—Hoppy, ¿y tú?

—Yo sí los tomo —dijo LLOYD.

Ataviados con chalecos antibalas de clase C, protectores de piernas, pistoleras y casco, los oficiales A del Segundo Batallón, División 46, de la Guardia Nacional de California, se encontraban en formación de descanso en la entrada principal del Cuartel de Glendale, a la espera de instrucciones. El comandante de su batallón, un dentista de Pasadena de cuarenta y cinco años de edad, que tenía el rango de reserva de teniente coronel, formuló sus órdenes y pensamientos en lo que él creía que sería considerado como un discurso de extrema brevedad. Habló a sus hombres a través del micrófono:

—Caballeros, vamos a entrar de lleno en un infierno de llamas. La policía de Los Ángeles acaba de informarnos de que un área de cinco kilómetros cuadrados de la zona centro-sur de la ciudad está envuelta en llamas y que manzanas industriales enteras han sido saqueadas e incendiadas. Se nos manda allí para proteger las vidas de los bomberos que luchan contra estos fuegos y para entretener con nuestra presencia a todo el bandidaje y demás actividades criminales que están teniendo lugar. Somos la única compañía regular de infantería de una división armada diferente. Estoy seguro, caballeros, de que ustedes van a ser la vanguardia de esta fuerza de soldados civiles para el mantenimiento de la paz y el orden. Se les darán más instrucciones tan pronto como lleguemos a nuestro objetivo. ¡Que tengan un buen día y que Dios les proteja!

Nadie mencionó el nombre de Dios mientras el convoy de vehículos blindados y camionetas de transporte de tropas salían de Glendale en dirección sur hacia la autovía de Golden State. Los principales temas de conversación eran los rifles, sexo y

los negros, hasta que el oficial Lloyd Hopkins, que se sentía acalorado en el interior del vehículo cubierto de lona, se quitó el chaleco antibalas y empezó a introducir miedo e inmortalidad en el ánimo de los demás hombres.

—En primer lugar, tenéis que decirlo a vosotros mismos, decirlo bien claro, decirlo: «Tengo miedo, ¡no quiero morir!»; ¿lo habéis oído? No, no tenéis que decirlo en voz alta, esto le quitaría todo su poder. Tenéis que decirlo para vosotros mismos. Así es. En segundo lugar, también tenéis que decir esto: «Soy un encantador chico blanco que va a la academia y me he unido a la maldita Guardia Nacional para librarme de dos años de servicio en activo». ¿Correcto?

Los soldados civiles, cuya media de edad era de unos veinte años, empezaron a entrar en la corriente provocada por Lloyd, y unos cuantos musitaron:

—Correcto.

—¡No os oigo! —bramó Lloyd, imitando al sargento Beller.

—¡Correcto! —gritaron al unísono los miembros de la guardia.

Lloyd se rió, y los demás, con un cierto alivio de la tensión reinante, le siguieron. Lloyd soltó el aliento y aflojó su gruesa mandíbula para imitar el hablar arrastrado de los negros.

—¿Y todos vosotros vais a temer a los hombres de color? —dijo con marcado acento.

La pregunta fue recibida por un silencio seguido de una irrupción general de conversaciones susurradas. Aquello enojó a Lloyd; sintió que su ímpetu se desvanecía, destruyendo aquel momento trascendental de su vida.

Dio un golpe con la culata de su M-14 contra el suelo metálico del furgón.

—¡Así es! —vociferó—. ¡Así es, maditos maricones-gallinas-temerosos de negros-gilipollas-hijos de puta! ¿Es así? —Volvió a golpear el suelo con la culata de su rifle—. ¿Es así?, ¿es así?, ¿es así?

—¡¡¡Así es!!! —El furgón entero explotó con aquellas palabras, con aquel sentimiento, con franco y renovado orgullo. Las risas que siguieron a continuación crecieron de modo ensordecedor en su liberación y embravecimiento.

Lloyd dio un último culatazo contra el suelo para llamar al grupo al orden.

—Así no pueden herirnos. ¿Los sabíais? —Aguardó hasta que obtuvo el, gesto de confirmación de la cabeza de cada uno de los hombres presentes. Luego, de un tirón, sacó la bayoneta de su funda e hizo un enorme corte en la lona que cubría el techo del furgón. Como era de estatura elevada, podía escudriñar a través del techo con bastante facilidad. En la distancia, observó cómo los llanos de su amada ciudad de Los Ángeles eran barridos por el humo. Espirales de humo y llamabas cubrían el perímetro sur. Lloyd pensó que era la cosa más hermosa que había visto en su vida.

La división se acuarteló en el parque McCalum, entre las calles Florence y 90, a unos dos kilómetros del corazón del incendio. Los árboles habían sido derribados para dejar espacio a los ciento y tantos vehículos militares que aquella noche defenderían las calles de Watts, cargados de hombres armados hasta los dientes. Las

municiones se distribuían desde la parte trasera de un camión de cinco toneladas, mientras los mandos de cada pelotón daban instrucciones y asignaban posiciones a sus hombres.

Había gran profusión de rumores alimentados por un grupo de oficiales del Departamento de Policía de Los Ángeles y los oficiales de la oficina del *sheriff*: los Musulmanes Negros se aproximaban en desbandada, cubiertos con capuchas blancas, dispuestos a arrasar la multitud de tiendas de artículos de descuento de las calles Vermont y Slawson; una veintena de bandas juveniles de color, colocadas de anfetanas, iban robando coches y formaban escuadrones «kamikazes» para dirigirse hacia Beverly Hills y Bel Air; Rob *Magawambi* Jones y sus Afroamericanos en Pro de Goldwater habían dado un giro distinto a su ideología y exigían que el alcalde, Yorty, les concediera ocho manzanas comerciales del Wilshire Boulevard como indemnización por los «Los Crímenes Contra la Humanidad del Departamento de Policía de Los Ángeles». Si no se aceptaban sus condiciones antes de veinticuatro horas, incinerarían dichas ocho manzanas con bombas incendiarias ocultas en lo más profundo de las entrañas de los depósitos de alquitrán de LaBrea Tar Pits.

Lloyd Hopkins no se creyó una sola palabra. Comprendió lo exagerado del temor, comprendió que los soldados civiles y los policías se exaltaban a sí mismos, dispuestos a matar, y que un montón de negros bastardos e infelices, prestos a agenciarse una televisión en color y otras baratijas, iban a morir.

Lloyd engulló su ración de vitamina C y se dispuso a escuchar al jefe de su pelotón, un tal teniente Champion, el jefe nocturno de un restaurante de la cadena Bob's Big Boy, que en este momento estaba explicando las órdenes que le habían llegado desde puestos más altos en el escalafón de soldados civiles.

—Puesto que somos de infantería, nuestro papel será el de patrulla de a pie. Seremos los caminantes de la división acorazada. Vamos a registrar las entradas de los edificios, los callejones, dejando que se perciba nuestra presencia; las bayonetas fijas, posición de combate y toda esa basura. Poned aspecto de duros. El pelotón acorazado con el que entrenamos el verano pasado en el campamento vendrá con nosotros esta noche. ¿Alguna pregunta? ¿Todo el mundo sabe quién es el jefe de su escuadrón? ¿Alguno de los nuevos tiene preguntas por hacer?

El sargento Beller, tumbado sobre la hierba al final de la formación del pelotón, levantó la mano y dijo:

—Teniente, ¿sabe usted que este pelotón tiene cuatro hombres de más? ¿Cincuenta y cuatro hombres?

Campion se aclaró la garganta.

—Sí..., uh..., sí, sargento, lo sé.

—Señor, ¿sabe usted también que contamos con tres hombres con armamento especial?, ¿tres hombres que no son simples mocosos?

—Quiere usted decir que...

—Quiero decir, señor, que yo mismo, Hopkins y Jensen somos patrulleros de

infantería, y estoy seguro de que estará de acuerdo en que podemos resultar más valiosos para esta operación si vamos de avanzadilla del pelotón. ¿No es así, señor?

Lloyd vio cómo el teniente vacilaba, y de repente se dio cuenta de que él lo deseaba tanto o más que Beller. Levantó su mano y dijo:

—Señor, el sargento Beller tiene razón; podemos ir por delante del pelotón y así protegerlo y permitir que éste sea más autónomo. El pelotón está sobrado de hombres, y...

El teniente capituló al fin.

—De acuerdo, entonces —dijo—. Beller, Hopkins y Jensen, ustedes tres irán en cabeza, cien metros por delante del convoy. Vayan con cuidado, manténganse alerta. ¿Alguna otra pregunta? Pueden dispersarse.

Beller y Lloyd se reunieron en el mismo momento en que los tanques y camionetas ponían en marcha sus motores, inundando el aire del anochecer con el ruido de su combustión volátil. Beller sonrió; Lloyd le respondió con otra silenciosa sonrisa de complicidad.

—¿En vanguardia, sargento?

—En vanguardia, Hoppy.

—¿Y qué pasa con Jensen?

—Tan sólo es un crío. Le diré que se mantenga atrás con el pelotón. Tú y yo cubriremos. Tenemos carta blanca; esto es lo importante.

—¿Uno a cada lado de la calle?

—Me parece bien. Da dos silbidos si la cosa se pone fea. ¿Por qué te llamaban el Cerebro?

—Porque soy muy inteligente.

—¿Lo bastante inteligente como para saber por qué los negros están destruyendo todo el maldito país?

—No, no soy inteligente para esta mierda. Cualquiera que tenga dos dedos de frente sabe que es temporal y que cuando haya pasado todo seguirá como de costumbre. Estoy aquí para tratar de salvar vidas inocentes.

Beller dijo despreciativamente:

—Esto es un cuento chino. Sólo demuestra que los cerebros están sobrevalorados. Lo que cuenta es tener huevos.

—Los cerebros rigen el mundo.

—Pero el mundo está jodido.

—No lo sé. Veamos cómo está aquí afuera.

—De acuerdo, vamos. —Beller empezaba a estar preocupado. Hoppy parecía mostrarse como un partidario de los negros.

Abandonaron por completo la división y se encaminaron hacia el sur, allá donde las llamas alcanzaban la altura más elevada y el ruido de los fusiles sonaba con sus más estruendosos ecos.

Lloyd tomó el lado norte de la calle 93 y Beller el lado sur. Llevaban los rifles en

alto con sus bayonetas fijas y bien afiladas, y con la mirada examinaban cada una de las filas de casas de tablones de madera, blancas y baratas, desde las que las familias de raza negra escudriñaban a través de las ventanas iluminadas o, sentados en sus porches, bebían, fumaban y charlaban, a la espera de *algo* que tenía que suceder.

Llegaron al centro. Lloyd tragó saliva y sintió un reguero de sudor que se escurría por su espalda hasta el correa que colgaba sobre sus caderas, apretado por el peso de las dos armas automáticas especiales.

Desde el otro lado de la calle Beller dio un silbido y señaló el frente. Lloyd asintió con un gesto al tiempo que una bocanada de humo invadía su nariz. Se dirigieron hacia el sur, y a Lloyd le llevó largo rato asimilar lo que estaba ocurriendo, la lógica perfecta de la autodestrucción que se extendía ante sus ojos:

Tiendas de licores, clubs nocturnos, salas de juego, intercalados con solares vacíos ocupados por coches abandonados que habían sido quemados. Escaparates y más escaparates, completamente destrozados y rodeados de montones de botellas rotas, cristales rotos por todas partes y las aceras pobladas de aparatos eléctricos baratos cacharros no revendibles que, obviamente, habían sido saqueados con precipitación y luego abandonados por los propios saqueadores cuando se dieron cuenta de que se trataba de objetos sin valor.

Lloyd hurgó en el interior de los escaparates destrozados con su M-14, tratando de penetrar en la oscuridad y levantando las orejas del mismo modo como había visto que lo hacían los perros, a la escucha del más ligero ruido o presencia de movimiento. No se oía nada, tan sólo el rugido de las sirenas y los disparos en la distancia.

Beller echó a correr a través de la calle al mismo tiempo que un coche del Departamento de Policía de Los Ángeles entraba en la calle Central desde la 94. Bajaron dos oficiales y el que conducía el coche corrió hacia Lloyd y le interpelló:

—¿Qué coño están haciendo aquí?

La respuesta la dio Beller, sobresaltando a los polis, que se volvieron para verle de frente con la mano sobre sus pistolas del 38.

—¡Avanzadilla, oficial! A mi colega y a mí se nos ha ordenado ir en cabeza de nuestra compañía y dar con francotiradores ocultos. Somos exploradores de infantería.

Lloyd intuyó que los polis no tragarían y *él tenía* que continuar su labor con o sin su colega. Lanzó una aguda mirada al estilo de Beller y dijo:

—Creo que nos hemos perdido. Se suponía que simplemente teníamos que ir tres manzanas por delante, pero debimos de equivocarnos al dar la vuelta a alguna esquina. Todas las casas de estas calles numeradas parecen iguales. —Hizo un gesto de duda, tratando de aparentar desconcierto.

Beller captó la jugada y dijo:

—Sí. Todas estas casas son iguales. Y todos estos negros, que empujan el codo sentados en los escalones, también parecen iguales.

El más viejo de los policías asintió y, señalando hacia el sur, dijo:

—¿Vosotros estáis con esa artillería que hay junto a la 102? ¿Los cazadores de negratas peligrosos?

Lloyd y Beller se miraron el uno al otro. Beller se humedeció los labios tratando de no echarse a reír.

—Sí —dijeron al unísono.

—Entonces, subid al coche. Ya no estáis perdidos.

Mientras se precipitaban en dirección sur, desconectadas las luces y las sirenas, Lloyd les contó a los policías que después de octubre libraría de la academia y que quería que aquel tumulto fuese su campo de entreno en solitario. El policía más joven se enderezó y le dijo:

—Así pues, este motín se te ha sido asignado como campo de entreno. ¿Qué estatura tienes?, ¿uno noventa?, ¿uno noventa y cinco? Con tu estatura te van a mandar directamente a la división de la calle 77, en Watts, estas mismas jodidas calles que ahora atravesamos. Después de que despeje el humo y de que los jodidos liberales se vayan de la lengua con esto de que los negros son víctimas de la pobreza, quedará el trabajo de mantener el orden sobre unos cuantos negros broncas e hijos de puta que tienen una afición especial por la sangre. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Hopkins.

—¿Has matado alguna vez, Hopkins?

—No, señor.

—No me llames señor. Todavía no eres policía y yo no soy más que un viejo patrullero. Bueno, de hecho, maté a un montón de tipos en Corea. Muchos, muchísimos, y esto me hizo cambiar. Ahora las cosas me parecen diferentes. Realmente diferentes. He hablado con los otros tipos que estuvieron allí y todas están de acuerdo. Uno se da cuenta de cosas diferentes. Ves a gente inocente, a niños pequeños, y quieres que sigan siendo así porque a ti ya no te queda inocencia. Las pequeñas cosas, como los chiquillos, sus juguetes y sus animalitos, te afectan. Porque sabes que van de cabeza hacia este jodido montón de mierda y tú no quieres que estén allí. Luego ves a gente que no tiene escrúpulos con las cosas bonitas, con las cosas decentes, y te tienes que poner duro con ellos. Tienes que proteger la poca inocencia que queda en el mundo. Por eso soy policía. Me parece aún virgen, Hopkins, y al mismo tiempo ambicioso. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Lloyd asintió con un gesto, sintiendo que un hormigueo recorría su cuerpo. A través de la ventana abierta del coche patrulla entraba el olor del humo. Su sensación empezó a amortiguarse al darse cuenta de que aquel policía, instintivamente, y sin pretenderlo le estaba hablando de sus antepasados irlandeses y protestantes.

—Entiendo exactamente lo que me dice —contestó Lloyd.

—Muy bien, chico. Esta noche da comienzo. Para, amigo.

El policía de más edad frenó y paró junto al bordillo.

—Ahí lo tienes, chaval —dijo el policía joven mientras daba un golpecito en el casco de Lloyd—. Llevaremos a tu colega hasta vuestro grupo. Tú ve a ver si puedes

hacer algo por tu cuenta.

Lloyd se precipitó fuera del coche lo más rápido que pudo para no acabar dándole las gracias a su mentor. Ellos pusieron en marcha las sirenas a modo de despedida.

Las calles Central y 102 estaban sumidas en un caos de ruinas humeantes, por el zumbido de las mangueras y chirridos de neumáticos sobre el pavimento mojado, todo ello modulado por el rugido de los helicópteros de la policía que sobrevolaban la zona, proyectando potentes focos contra las fachadas de las tiendas a fin de proporcionar iluminación para los bomberos.

Lloyd penetró en aquel torbellino sonriendo ampliamente, todavía sofocado por la elocuente recapitulación de su filosofía. Observó un vehículo blindado con una ametralladora de calibre cincuenta montada en la parte trasera. En la cabina, un miembro de la guardia vociferaba a través de un megáfono:

—¡Toque de queda dentro de cinco minutos! ¡Este área está bajo la ley marcial! ¡Cualquiera que circule por las calles después de las nueve, será arrestado. Se disparará contra todo el que intente cruzar las barras policiales! ¡Repito: toque de queda dentro de cinco minutos!

Aquellas palabras claramente pronunciadas con fuerza y malicia, resonaron con gran potencia en la calle, suscitando un repentino despliegue de actividad. En pocos segundos, Lloyd vio docenas de jóvenes que salían disparados de los edificios quemados y corrían a toda velocidad y en todas direcciones para no ser atrapados por el haz de luz de los focos.

Se frotó los ojos y bizqueó para ver si aquellos hombres llevaban mercancía robada, pero sólo pudo descubrir que habían desaparecido antes de que pudiera estrenar su M-14 contra ellos.

Lloyd sacudió la cabeza y pasó junto a un grupo de bomberos que se afanaban frente a una devastada tienda de licores. Todos se percataron de su presencia, pero ninguno de ellos pareció extrañarse de la anomalía de que un guardia en solitario patrullara a pie. Lloyd, envalentonado, decidió registrar los interiores.

Aquello le agradaba. La oscuridad que reinaba en el interior del edificio incendiado le resultaba sedante y sintió que aquel silencio poblado de sombras había de revelarle un conocimiento esencial. Hizo un alto y extrajo un rollo de cinta aislante del bolsillo de su chaqueta, con la que fijó su linterna al extremo inferior de su bayoneta. Agitó su rifle formando un arco en ocho y admiró los resultados: dondequiera que su rifle apuntara se haría la luz.

Montones de maderos achicharrados, montañas de material aislante, botellas de licor rotas, condones usados por todas partes. Lloyd se rió ante la idea de un emparejamiento furtivo en una tienda de licores, pero se quedó helado al escuchar una réplica a su risa, seguida de un espantoso lamento.

Hizo girar su rifle en un ángulo de trescientos sesenta grados, con el gatillo a la altura de la cintura. Una vez y luego otra. En la tercera vuelta, obtuvo su recompensa: un anciano yacía acurrucado en lo alto de una montaña de fibra aislante. El corazón

de Lloyd se fundió. Aquel viejo bastardo estaba hecho un guiñapo y era evidente que no representaba una amenaza para nadie. Se dirigió hacia el hombre y le tendió su cantimplora. El anciano la agarró con sus manos temblorosas, se la llevó a los labios y la tiró al suelo, gritando:

—¡No es esto lo que necesito! ¡Necesito a mi Lucy! ¡Quiero a mi Lucy!

Lloyd estaba aturdido. ¿A quién llamaba aquel viejo? ¿A su mujer o a algún amor perdido?

Quitó la linterna de la bayoneta y alumbró al rostro del hombre. Dio un respingo; la boca y barbilla de aquel rostro estaban cubiertas de sangre coagulada en la que se incrustaban partículas de vidrio como si fueran las púas de un erizo... Las manos empalidecidas tenían cortes que llegaban hasta el hueso y tres dedos de la mano derecha habían quedado reducidos a muñones ensangrentados. Su nudosa mano izquierda sostenía los restos de una botella de vino hecha pedazos.

—¡Mi Lucy! ¡Traedme a mi Lucy! —sollozaba el viejo, escupiendo coágulos de sangre a cada palabra.

Lloyd tomó su linterna y rebuscó entre los escombros desparramados, mientras se frotaba las lágrimas de sus ojos, en busca de una botella intacta de líquido salvador. Finalmente encontró, medio oculta junto a una viga caída del techo, una botella de whisky, un Seagram's 7 de medio litro.

Lloyd tomó la botella y le dio de beber al anciano, sosteniendo su cabeza por la corta mata de pelo gris y manteniendo la botella a unos pocos centímetros de sus labios, no fuera que tratara de bebérselo todo de golpe. Se le cruzó la idea de ir en busca de asistencia médica, pero la desdeñó. Sabía que aquel hombre deseaba morir, que merecía morir borracho y que el servicio que estaban prestando era el equivalente, en tiempo de guerra, a las innumerables horas que había pasado hablando con su muda y paralítica madre.

El viejo sorbía ruidosamente, chupando convulsivamente la botella cada vez que Lloyd se la acercaba a los labios. Pocos minutos después, había consumido más de la mitad del líquido. Sus temblores habían disminuido y apartó la mano de Lloyd.

—Esto es el comienzo de la tercera guerra mundial —dijo.

Lloyd ignoró el comentario y dijo:

—Soy el oficial Hopkins, de la Guardia Nacional de California. ¿Desea usted asistencia médica?

El viejo se echó a reír y a toser, escupiendo enormes coágulos de sangre y esputos.

—Creo que está usted sangrando internamente —dijo Lloyd—. Puedo conseguirle una ambulancia. ¿Cree que será capaz de andar?

—Puedo hacer lo que quiera —gimió el viejo—, ¡pero quiero morirme! ¡No hay lugar para mí en esta guerra! ¡Yo tengo que verla desde el otro lado!

Sus ojos enturbiados e inyectados en sangre se clavaron en Lloyd como si de niño

idiota se tratara. Volvió a darle de beber al anciano, a la espera de que aquel viejo cuerpo diese muestras del efecto del alcohol. Cuando se hubo terminado la botella, el hombre dijo:

—Tienes que hacerme un favor, blanco.

—Dígame —respondió Lloyd.

—Voy a morir. Tienes que ir a mi casa, coger mis libros, mapas y demás cosas y venderlas para que pueda tener un buen entierro. Un entierro cristiano, ¿comprendes?

—¿Dónde está su casa?

—En Long Beach.

—No podré ir hasta que se haya terminado el motín. Hasta entonces me es imposible.

El viejo sacudió con furia su cabeza hasta que todo su cuerpo se sacudió también, de arriba a abajo, como si fuese una muñeca de trapo.

—¡Tienes que hacerlo! ¡Mañana van a echarme porque debo un montón de meses de alquiler! ¡Y luego la policía me tirará a una alcantarilla, con las ratas! ¡Tienes que hacerlo!

—Tranquilícese —dijo Lloyd—. No puedo irme tan lejos. No, por ahora. ¿No tiene algún amigo con el que pueda hablar?, ¿alguien que pueda ir a Long Beach por usted?

El anciano consideró la oferta. Lloyd vio cómo sus engranajes se ponían en funcionamiento lentamente.

—Vas a la misión que hay en la calle Avalon, en el número ciento seis. La iglesia africana. Habla con la hermana Silvia. Dile que tiene que ir a la choza del Famoso Johnson, coger sus trastos y venderlos. En el registro de la iglesia tienen mi fecha de nacimiento. Quiero una bonita lápida. Dile que amo a Jesús, pero que amo más a la dulce Lucy.

Lloyd se puso en pie.

—¿Por qué desea tanto morir?

—Mucho, mucho.

—¿Por qué?

—No hay sitio para mí en esta guerra, chico.

—¿Qué guerra?

—La tercera guerra mundial, estúpido.

Lloyd pensó en su madre y se dispuso a coger su rifle, pero no fue capaz.

Lloyd corrió toda la distancia desde la 106 a la calle Avalon, y por el camino iba componiendo epitafios para el Famoso Johnson. Iba con el pecho levantado y le dolían los brazos y hombros por llevar el rifle en alto. Cuando vio el rótulo de neón que proclamaba: «Iglesias Africanas Unidas Metodistas Episcopales», inhaló una última bocanada de aire para apaciguar los latidos de su corazón. Quería parecer la personificación de la dignidad armada en misión de misericordia.

La iglesia tenía un escaparate, dos pisos de altura y las luces encendidas, por lo que transgredía el toque de queda. Lloyd pasó al interior para encontrarse ante una barahúnda que pretendía ser una reunión para la oración al tiempo que una merienda. Habían instalado largas mesas entre las hileras de bancos de madera, y unos negros ancianos se encontraban arrodillados en oración, tomando café y donuts.

Lloyd circuló lentamente a lo largo de las paredes de la iglesia, que estaban festoneadas por pinturas de un Cristo negro, lloroso y ensangrentado, con gotas que caían de su corona de espinas. Comenzó a observar los rostros de los congregados en busca de señales de compasión o de beatitud. Todo cuanto pudo ver en aquellos rostros fue puro miedo.

Por fin, vio a una mujer negra y gorda, vestida de blanco, que parecía sonreír interiormente mientras repartía golpecitos en los hombros de los que se encontraban arrodillados en los bancos cercanos al pasillo. Cuando la mujer se percató de la presencia de Lloyd, dijo en voz alta, entre los refunfuños de los demás:

—Bienvenido, soldado. —Y se dirigió hacia él tendiéndole la mano.

Lloyd estrechó su mano, sorprendido, y dijo:

—Soy el oficial Hopkins. He venido hasta aquí en misión de misericordia por uno de sus feligreses.

La mujer soltó la mano de Lloyd y dijo:

—Soy la hermana Silvia. Esta iglesia es estrictamente para los afroamericanos, pero esta noche es algo especial. ¿Ha venido usted a rezar por las víctimas de este apocalipsis? ¿Es ésa su misión?

Lloyd sacudió la cabeza en señal de negación.

—No, he venido a pedir un favor. El Famoso John ha muerto. Antes de morir me pidió que viniese aquí y le pidiese a usted que vendiera sus pertenencias para que así pueda tener un entierro digno. Me dijo que usted sabía la dirección de su casa de Long Beach y la fecha de su nacimiento. Su deseo era tener una hermosa lápida. Me pidió que le dijera que él ama a Jesús. —Lloyd se sorprendió de que la hermana Sylvia sacudiera la cabeza con ironía, y como una sonrisa empezaba a dibujarse en las comisuras de sus labios—. No me parece divertido —dijo Lloyd.

—¡No le parece divertido! —dijo la hermana Silvia—. ¡Pues lo es! El Famoso Johnson era pura basura, joven blanco. ¿Y esa casa en Long Beach? ¡No era sino fantasía! El Famoso Johnson vivía en su coche, con el asiento trasero lleno de sus pecaminosas pertenencias. Solía venir a esta iglesia para tomarse los donuts y el café. ¡Pero eso era todo! ¡El Famoso Johnson no tenía nada que se pudiera vender!

—Pero yo...

—Ven conmigo, muchacho. Te lo enseñaré y así te olvidarás de todos los Johnson famosos con la conciencia tranquila.

Lloyd decidió no protestar; quería ver cuál era la definición del pecado según aquella mujer gorda.

Se trataba de un viejo Cadillac de 1947, con alerones, chafado y destrozado, del

tipo de los que su hermano llamaba «troncomóviles».

Lloyd iluminó el asiento trasero con su linterna, mientras la hermana Sylvia permanecía junto a él con expresión triunfante, con las piernas separadas y los brazos cruzados bajo su pecho, como queriendo decir «Ya te lo había advertido». Él abrió la puerta. Los asientos tapizados de mugre estaban cubiertos de botellas de soda vacías y de fotos pornográficas, la mayoría de las cuales representaban a parejas de color en acto de *fellatio*. Lloyd sintió una repentina oleada de piedad. El hombre y la mamona eran obesos y de mediana edad, y el aspecto chabacano de las fotos distaba mucho del de las de *Playboy*, que él mismo había coleccionado desde que iba a la escuela secundaria. Se negaba a reconocer que fuera así. Era un legado demasiado podrido para cualquier ser humano.

—¡Ya te lo había advertido! —profirió la hermana Sylvia—. ¡Esto es la casa del Famoso Johnson! ¡Puedes vender las fotos y los cascos vacíos, y como mucho te darán un dólar y medio, con lo que como mucho puedes comprar una botella de vino barato y derramarla sobre la miserable tumba de todos los famosos Johnson!

Lloyd sacudió la cabeza. Desde la manzana siguiente llegó el sonido de una radio que aporreó sus oídos, provocando que toda aquella terrible situación se bamboleara ante sus ojos.

—Pero usted no me entiende, señora —le dijo—. El Famoso Johnson me ha confiado esta tarea. Es mi deber. Es mi deber llevarla a cabo.

—¡No quiero saber nada de ese pecador!, ¿me oye? No enterraría a esa basura en nuestro cementerio ni por todo el oro del mundo, ¿me oye? —La hermana Sylvia no esperó a oír la respuesta. Se encaminó, enojada, de vuelta a su iglesia, dejando a Lloyd solo en la acera, descosido de que los disparos que se oían en la distancia aumentarían de intensidad para ahogar el ruido de la radio.

Se sentó en el bordillo y pensó en los dos pobres infelices de las fotografías y en Janice, que no quería mamársela, pero que finalmente accedió a hacerlo en su primera cita, dos semanas antes de su graduación en la Escuela de Marshall, dejando a un Lloyd Hopkins, estudiante de la promoción del 59 de Marshall, encendido y preocupado por su futuro amoroso. Ahora, seis años más tarde, Lloyd Hopkins, graduado *summa cum laude* por la Universidad de Stanford, graduado en la Escuela de Infantería de Fort Polk y en la Escuela de Lectura Rápida Evelyn Wood, y amante durante seis años de Janice Marie Rice, se encontraba sentado en el bordillo de una acera de Watts preguntándose por qué él no podía conseguir algo que aquel negro gordo obtuvo probablemente durante toda su vida. Lloyd encendió de nuevo la luz del asiento trasero del coche. Era tal cual había sospechado: la polla de aquel tipo era por lo menos cinco centímetros más grande que la suya. Decidió que era obra de Dios. El tipo de la foto tenía un coeficiente intelectual bajo y un cuerpo deforme, así que Dios le había dado una buena verga para que pudiera andar por la vida. Todo tenía su razón de ser.

Janice le tomó oralmente cuando él se hubo graduado y se casaron. Aquel

pensamiento le ponía cachondo y triste a la vez. Pensar en Janice le entristecía. Luego, se puso a pensar en las hijas que ambos engendrarían. Janice, metro setenta y cinco de estatura descalza, delgada, pero de constitución robusta de cadera, estaba hecha para engendrar hijos excepcionales. Hijas. Tenían que ser hijas, nacidas para ser nutridas por el amor de su credo irlandés protestante...

Lloyd desvió sus fantasías sobre las hijas de Janice hacia las mujeres en general; mujeres puras, vulnerables, derrochadoras, necesitadas, fuertes... todas las ambivalencias de su madre, ahora silenciosa en su fuerza, enmudecida por los años de dar cobijo a su lunática prole masculina, de la que sólo él había salido sano y capaz de proveerse el sustento por sí mismo.

Oyó un estallido de disparos a poca distancia. Eran disparos de arma de fuego automática. Al principio pensó que se trataba de la radio o la televisión, pero eran demasiado reales, demasiado directos, y provenían de la dirección de la iglesia africana. Recogió su M-14 y corrió hasta la esquina. Mientras la rodeaba, oyó chillidos y giró para mirar en el interior del destrozado escaparate del local. Cuando vio la devastación del interior, él mismo rompió a chillar. La hermana Sylvia y tres parroquianos yacían en el suelo de linóleo en una masa de carne enmarañada, deshechos en un río de sangre. Desde algún punto en el interior de aquel montón retorcido de cuerpos, una arteria cortada estalló como un géiser rojo. Lloyd, transmutado, contempló cómo se agostaba y sintió que su grito se transformaba en una sola palabra:

—¡Que! ¡Que! ¡Que!

La vociferó hasta que fue capaz de apartar sus ojos de los cuerpos y contemplar el resto de la iglesia, que apestaba a pólvora.

Sobre los bancos, se asomaban los extremos de cabezas negras. De un modo impreciso, Lloyd percibió que aquellas gentes sentían terror ante él. Con el rostro surcado de lágrimas, tiró el rifle al suelo y gritó:

—¡¿Que? ¿Que? ¿Que?!

Le respondió un coro de voces henchidas por el horror y la ira:

—¡¡¡Asesino, asesino, criminal!!!

Fue entonces cuando lo oyó, débil pero conciso, sonando tan claramente que supo que se trataba de una voz real y no electrónica:

—\Auf wiedersehen, negros! \Auf wiedersehen, desgraciados! ¡Nos veremos en el infierno!

Era Beller.

Lloyd supo de inmediato lo que tenía que hacer. Les comunicó su firme resolución a los negros que seguían escondidos tras los bancos y corrió tras él. Abandonó su rifle sobre el suelo y agazapó su enorme cuerpo tras los coches aparcados mientras se abría camino hacia el destructor de la inocencia.

Beller iba corriendo despacio hacia el norte, ignorante de que le seguían. Lloyd le vio enmarcado claramente por la luz de las escasas farolas que aún no habían sido

destruidas y vio también cómo volvía la vista atrás cada pocos metros para saborear su triunfo. A la segunda vez que lo hizo, Lloyd miró su reloj y calculó. Era obvio: el inconsciente de Beller le ordenaba volverse cada veinte segundos para inspeccionar a sus espaldas.

Lloyd salió a la carrera, contando para sus adentros, y se agachó sobre el asfalto en el instante en que Beller se volvía para mirar. Se encontraba a veinte metros del asesino cuando Beller se metió por un callejón y empezó a gritar:

—¡Muérete, negro, muérete! —A continuación sonaron los disparos de su arma automática. Lloyd supo que se trataba de un cargador elefante del 45.

Llegó al callejón e hizo un alto para recuperar el aliento. Cerca del final del callejón sin salida, se veía una silueta en sombras. Lloyd entornó los ojos y vio que iba vestido de verde caqui. Un instante después oyó la voz de Beller, que escupía epitafios perversos.

Se adentró en el callejón, muy despacio, pegado a un muro de ladrillo. Extrajo una de sus pistolas del 45 de su cinturón y le quitó el seguro. Se encontraba casi a la distancia de tiro cuando su pie tropezó con una lata vacía, cuyo sonido reverberó como un trueno hueco.

Disparó en el preciso instante en que Beller lo hacía. Los destellos de los cañones de sus pistolas enceguecieron el callejón, iluminando a Beller que estaba agachado sobre el cadáver del negro. El cuerpo no tenía cabeza. Había sido arrancada de los hombros y su cuello era una masa de tejido ensangrentado y chamuscado. Lloyd profirió un grito mientras el retroceso de su pistola le alzaba por los aires y le hacía caer de espaldas al suelo. Una docena de disparos se empotraron en la pared que tenía detrás y rodó frenéticamente sobre el suelo cubierto de cristales rotos mientras Beller vaciaba otro cargador contra el suelo, con lo que los cristales y la porquería estallaron ante sus ojos.

Lloyd empezó a sollozar. Se pasó la mano sobre los ojos y rezó para tener coraje y ser un buen marido para Janice. Sus oraciones se vieron interrumpidas por un ruido de pasos que se alejaban. Su mente se accionó: Beller se había quedado sin munición y corría para salvar el pellejo. Se puso en pie. Sus piernas le temblaban pero su mente iba muy rápida. Estaba en lo cierto: el M-14 vacío de Beller yacía sobre el torso del negro muerto, y el 45, gastado y ardiente al tacto, a unos pocos metros sobre el suelo.

Lloyd respiró profundamente, recargó la pistola y aguzó el oído. Pronto captó los ruidos de la huida de su contrincante. Oyó un arrastrar de pies y una respiración forzada a su izquierda. Siguió los ruidos por el camino más corto posible, escaló la pared de cemento que cerraba el callejón y entró en un patio cubierto de maleza en el que el ruido de la respiración se confundía con el sonido de una radio en la que sonaba música de jazz.

Lloyd avanzó con desconcierto por el patio, musitando oraciones para no oír la música. Encontró un sendero que llevaba hasta la calle, y las luces de la casa colindante le permitieron ver un rastro de sangre recién derramada. Vio que aquel

rastros conducía hasta un enorme solar vacío, completamente sumido en la oscuridad y el silencio.

Lloyd aguzó el oído, como si fuera el de un animal muy sensible. En el momento en que sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad y podía ver los objetos que había en el solar, oyó un ruido: un chasquido de metal contra metal, que provenía de un urinario de construcción desmontable. Era inconfundible: Beller estaba todavía armado con uno de sus infernales 45 trucados, y él se encontraba muy cerca.

Lloyd lanzó una piedra contra el urinario. La puerta se abrió con un crujido y sonaron tres disparos, seguido del ruido de portazos que atronaron a lo largo de toda la manzana.

De repente, se le ocurrió una idea. Recorrió la calle mirando en los porches hasta que encontró lo que buscaba. Medio oculta entre un despliegue de bolsas con patatas fritas y latas de cerveza vacías, vio una radio portátil. Se hizo fuerte y la puso en marcha. Una música de soul bombardeó sus oídos. A pesar de su dolor de cabeza, sonrió, y luego apagó el volumen. Era la justicia poética que necesitaba para el sargento Richard A. Beller.

Lloyd llevó la radio hasta el solar vacío y la colocó en el suelo a diez metros del urinario, la puso en marcha y salió disparado en dirección opuesta.

Un segundo más tarde, Beller irrumpía por la puerta gritando:

—¡Negro! ¡Negro! ¡Negro! —Y disparó varios tiros a ciegas. El destello del cañón de su pistola le iluminó a la perfección. Lloyd alzó su 45 y apuntó lentamente a los pies de Beller para dar margen al retroceso. Apretó el gatillo, el arma se accionó y el cargador elefante se vació. Beller estalló en un grito. Lloyd se tumbó en el suelo y ahogó sus propios chillidos. En la radio sonaba *rhythm and blues*, y corrió hacia el sonido con la pistola extendida. Tropezó en la oscuridad, anduvo a gatas y aporreó el aparato con la culata hasta que la música paró de sonar.

Lloyd se puso en pie, indispuerto, y se acercó a los restos de Richard Beller. Sintió una extraña calma mientras metía en el urinario primero las entrañas del que antes fuera un soldado civil, luego la parte inferior del cuerpo y después sus miembros separados. De la cabeza de Beller no quedaba más que una masa de huesos y girones de sesos, y Lloyd los dejó tirados sobre el suelo.

Musitando «¡Dios mío, por favor, Dios mío! El conejo baja por el agujero», Lloyd regresó a la calle, percibiendo con su antena animal que no había nadie por los alrededores. Los vecinos debían estar cagados de miedo por los disparos o bien hacían caso omiso. Vacío su cantimplora en una alcantarilla y encontró un trozo de tubo quirúrgico en la funda de su bayoneta; «una buena cuerda para estrangular», le había dicho Beller en una ocasión. Junto a la acera, había aparcado un Ford Fairlane del 61. Manipulando con destreza el tubo y la cantimplora, Lloyd se las arregló para hacer un sifón y extraer más de medio litro de gasolina del depósito. Regresó junto al urinario y roció lo que quedaba de Beller. Entonces cargó de nuevo su pistola y se alejó unos diez metros. Cuando disparó, la construcción explotó. Lloyd regresó al

bulevar Avalon. Cuando se volvió para mirar, el solar entero era devorado por las llamas.

Dos días más tarde, los disturbios de Watts habían tocado a su fin. El orden se había restablecido en el devastado bajo vientre de Los Ángeles centro-sur. Habían muerto cuarenta y dos personas: cuarenta agitadores, un comisario, un *sheriff* y un miembro de la guardia nacional cuyo cadáver no fue encontrado, aunque se le daba por muerto.

Los disturbios se atribuyeron a diversas causas. La NAACP y la Liga Urbana los atribuyeron al racismo y la pobreza. El Partido Negro Musulmán los atribuyó a la brutalidad policial. Para el jefe de policía de Los Ángeles, William H. Parker, se debían a la «baja en los valores morales». Lloyd Hopkins consideraba que todas aquellas teorías eran fatuas y carecían de sentido. Él atribuía los disturbios de Watts a la muerte de un corazón inocente, más específicamente del corazón de un viejo vagabundo negro llamado el Famoso Johnson

Cuando todo hubo pasado, Lloyd sacó su coche del aparcamiento del arsenal de Glendale y se dirigió al apartamento de Janice. Una vez allí, hicieron el amor, y Janice le proporcionó tanto consuelo como pudo, pero se negó a darle el consuelo oral que él le suplicaba. A las tres de la madrugada, Lloyd abandonó el lecho y salió en su busca.

En la esquina de las calles Western y Adams encontró a una prostituta negra dispuesta a chupársela a cambio de diez dólares, así que se fueron en su coche hasta una esquina y aparcaron. Lloyd gritó tan fuerte mientras se corría que asustó a la ramera, que salió corriendo del coche antes de poder recoger su dinero.

Lloyd condujo su coche sin destino hasta el amanecer y entonces se dirigió hacia la casa de sus padres en Silverlake. Mientras abría la puerta, oyó los ronquidos de su padre y vio que salía luz de debajo de la habitación de su hermano Tom. Su madre estaba en su rincón favorito, sentada en su mecedora de madera curvada. Todas las luces de la estancia estaban apagadas, excepto las luces de colores de la pecera. Lloyd se sentó sobre el suelo y le contó la historia completa de su vida a aquella mujer muda y prematuramente envejecida. Terminó su narración con la muerte del asesino de la inocencia y cómo ahora podría proteger a los inocentes como nunca lo había hecho hasta entonces. Absuelto y fortificado, besó la mejilla de su madre y se preguntó cómo mataría el tiempo durante las ocho semanas que le quedaban antes de entrar en la academia.

Tom le estaba esperando en el exterior de la casa, firmemente apostado en el sendero que conducía hasta la acera. Cuando vio a Lloyd, se echó a reír y abrió la boca para hablar. Lloyd no se lo consintió. Desenfundó el 45 automático y apuntó con él a la frente de su hermano. Tom se echó a temblar y Lloyd le dijo en voz muy baja:

—Si alguna vez vuelves a mencionar a los negros, comunistas o judíos delante de mí, te mataré. —El rostro rubicundo de Tom se tornó pálido, y Lloyd sonrió y se

encaminó de regreso hacia los restos quebrantados de su propia inocencia.

PARTE SEGUNDA

CÁNTICOS DE GUERRA

CAPÍTULO TRES

Paseaba en su coche por el Ventura Boulevard, saboreando la novedad de la prolongación de las horas de luz solar, la claridad de aquellas tardes tan largas y aquel calor primaveral a destiempo que hacía que las rameras se vistieran con corsés y minifaldas y las mujeres normales con una profusión de recatados y veraniegos tonos pastel: rosa, azul y verde claro y amarillo pálido.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez y atribuía este lapsus a los continuos cambios del tiempo que le enturbiaban la cabeza: un día hacía calor y el siguiente era frío y lluvioso; nunca se sabía cómo irían vestidas las mujeres, así que uno no sabía a qué atenerse. No se puede percibir el color ni la textura de lo que una mujer es, hasta que se la contempla en un contexto coherente. Sabe Dios cuando el plan empezaba, los pequeños flujos de su vida se hacían demasiado evidentes. Si en aquel momento perdía su amor por ella, el sentimiento de lástima resultante reafirmaba los aspectos espirituales de su empresa y le conferían el distanciamiento necesario para llevar a cabo el trabajo.

Pero el trazado del plan era por lo menos la *mitad* del total, la parte que le edificaba y le limpiaba, que le permitía ponerse a salvo del caos y la impunidad precaria de un mundo que engullía lo refinado y lo sensible para vomitarlos con gran pérdida de fluido.

Mientras decidía pasar por el Cañón de Topanga en su camino de vuelta a la ciudad, desconectó el aire acondicionado y puso una cinta de meditación en su radiocasete, una que enfatizaba su tema preferido: el autor silencioso, seguro de sí mismo y comprensivo, armado de un propósito compasivo. Escuchó el discurso del predicador que, con voz agreste, hablaba sobre la necesidad de tener metas.

—Lo que distingue al hombre de acción del hombre que se refugia en el inframundo del éxtasis, es el camino, tanto interior como exterior, hacia metas que valgan la pena. Andar por este camino constituye, al mismo tiempo, el viaje y el destino, el regalo que se da y se recibe. Tu vida puede cambiar para siempre si sigues este sencillo programa de treinta días. En primer lugar, piensa en lo que más deseas en este momento; desde la iluminación espiritual hasta un coche nuevo. Escribe dicha meta en un pedazo de papel y pon junto a ella la fecha del día de hoy. A continuación, durante los treinta días siguientes, quiero que te concentres en la consecución de esta meta, y que no permitas que pensamientos de fracaso entren en tu mente. Si estos pensamientos se entrometen, ¡expúlsalos! ¡Expúlsalo todo excepto los pensamientos puros y buenos encaminados a la consecución de tu meta, y empezarán a ocurrir milagros!

Él lo creía y lo ponía en práctica. Tenía veinte pedazos de papel, cuidadosamente doblados, que testificaban que funcionaba para él.

La primera vez que había puesto en marcha aquella cinta, quince años atrás, en 1967, se había sentido impresionado. Pero en aquel momento no había sabido lo que

deseaba. Lo supo tres años más tarde, cuando la vio a ella. Se llamaba Jane Wilhelm. Nacida y educada en Grosse Point, se había marchado de Bennington en su último año de escuela, hacia el oeste, en busca de nuevos valores y nuevas amistades. Se había dejado caer, vestida con su falda escocesa y su rebeca, por los ambientes de droga de Sunset Strip. La primera vez que la había visto había sido frente al Whisky Au Go Go, charlando con un atajo de hippies que, evidentemente, trataban de desbancar su inteligencia y su buena educación. Él se la llevó aparte y le habló de su casete y de los pedazos de papel. Sus palabras le afectaron, pero se echó a reír con fuerza en varias ocasiones. Le dijo que si quería bailar por qué no se lo preguntaba, simplemente. El romanticismo era ridículo, y ella era una mujer liberada.

Fue entonces, al sentirse rechazado, cuando él tomó su posición moral por vez primera. Supo con exactitud cuál sería su meta inmediata y futura: la salvación de la inocencia femenina.

Mantuvo a Jane Wilhelm bajo discreta vigilancia hasta el final del período de treinta días prescrito por el predicador. La observó mientras salía con sus amantes e iba a conciertos de rock. Poco después de la medianoche del treinta y uno, Jane salió sola y tambaleante de la Discoteca Gazzari's. Desde su coche, aparcado en el lado sur de Sunst, la observaba, mientras ella cruzaba la calle haciendo eses. Encendió las luces largas del coche y la iluminó directamente a la cara, para memorizar sus facciones desencajadas por la droga y sus ojos dilatados. Sería la última vez que Jane se envilecería. La estranguló allí mismo, en la acera, y luego tiró su cuerpo en el maletero del coche.

Tres noches más tarde, se dirigió hacia los campos de los alrededores de Oxnard. Tras rezar una oración al borde de la carretera, parecida al discurso de su cinta, enterró a Jane en la tierra blanca que había junto a una cantera de piedras. Al parecer su cuerpo nunca fue hallado.

Giró por la carretera del Cañón de Topanga repasando la metodología que le había permitido salvar a veinte mujeres sin que nadie sospechara de él. Era bastante simple: se convertía él mismo en sus mujeres y pasaba meses enteros asimilando los detalles de sus vidas, saboreando cada matiz, catalogando cada imperfección y cada virtud antes de decidir el método de eliminación. Entonces, lo confeccionaba a la medida de cada una de ellas, de lo más profundo de su alma. Así pues, el cortejo era el trazado del plan, y el asesinato el desposorio.

El pensar en el cortejo provocó en su mente la aparición de una ráfaga de ardiente imaginación, que removió el recuerdo de detalles prosaicos, de aquellas pequeñas intimidades que sólo un amante puede apreciar.

Elaine, de 1969, aquella que adoraba la música barroca; quien, a pesar de ser bonita, pasaba virtualmente todo su tiempo libre escuchando a Bach y a Vivaldi con las ventanas de su apartamento abiertas, incluso en pleno invierno, deseosa de compartir la belleza que sentía con un mundo empeñado en ignorarla. Él había

pasado noches enteras, sobre el tejado de una casa próxima, escuchando a través de un micrófono oculto. Había oído sus declaraciones de soledad, musitadas entre los compases de la música, casi sollozando mientras sus corazones se fundían con los acordes de los Conciertos de Brandeburgo.

Dos veces había entrado en el apartamento de Elaine en busca de indicios que le indicaran el modo más apropiado de salvar su alma. Se había decidido a esperar, a meditar sobre el final de la vida de aquella mujer, cuando encontró, debajo de sus jerséis, una solicitud para un servicio de citas amorosas por ordenador. Que Elaine hubiera sucumbido ante tal vulgaridad fue la puntilla final.

Se pasó un mes entero estudiando su caligrafía y una semana componiendo una nota de suicidio con aquella letra. Una fría noche, después del Día de Acción de Gracias, se escurrió por una ventana y vació tres cápsulas y media de Seconal en una botella de zumo de naranja de la que sabía que Elaine bebía cada noche, antes de acostarse. Más tarde, observó a través de un telescopio cómo ella se tomaba su refresco letal. Luego, la dejó dormir durante dos horas antes de entrar en el apartamento para dejar la nota y abrir la llave del gas. Como acto final de amor, puso un concierto de flauta de Vivaldi en el estéreo para que la acompañara en su último viaje.

Los recuerdos enceguedores de otras de sus amantes hicieron que sus ojos se inundaran de lágrimas mientras reconstruía mentalmente los momentos más culminantes: Karen, la aficionada a los caballos, cuya casa era todo un monumento dedicado a su pasión equina; Karen, la que montaba a pelo por las colinas de Malibú y que murió a horcajadas de su caballo roano, cuando él salió corriendo por un escondite y asestó un porrazo al caballo para que se cayera por un acantilado. Mónica, la que tenía un gusto exquisito por las pequeñas cosas, que vestía su cuerpo castigado por la polio, al que odiaba, con las mejores sedas y lanas. Mientras él leía furtivamente fragmentos de su diario y observaba crecer en ella la aversión hacia el propio cuerpo, supo que la última misericordia sería por desmembramiento. Después de estrangular a Mónica en su apartamento de Marina Del Ray, la descuartizó con una motosierra y lanzó al océano sus miembros, metidos en bolsas de plástico, cerca de Manhattan Beach. La policía atribuyó el asesinato al «asesino de las bolsas de la basura».

Se limpió las lágrimas de los ojos y sintió que sus recuerdos se transmutaban en anhelo. Volvía a ser el momento.

Entró en Westwood Village, aparcó en una zona azul y decidió dar un paseo, dispuesto a no ser temerario, aunque tampoco excesivamente precavido. Caía el anochecer, con el que llegó el correspondiente descenso de temperatura y las calles del Village hervían con vitalidad femenil; había mujeres por todas partes, mujeres que se arropaban con sus suéteres, que se arrimaban a los escaparates mientras esperaban para entrar en el cine o el teatro, que removían entre libros, que pasaban junto a él, a su alrededor, por encima de él.

El ocaso se convirtió en noche y con la llegada de la oscuridad las calles se vaciaron hasta el punto de que cada mujer se distinguía en todo su carácter único. Fue entonces cuando la vio, enfrente de la Librería Hunter, escudriñando a través de la ventana como si estuviera buscando una visión. Era alta y esbelta, y llevaba un mínimo de maquillaje sobre un rostro suave que parecía esforzarse en proyectar un aire de insensatez. Decidió que debía tener unos veintitantos años, que debía ser ambiciosa, de naturaleza abierta y con sentido del humor. Entraría en la librería, se miraría los *best-sellers*, luego las ediciones de calidad y finalmente se decidiría por una novela romántica o una de serie negra. Se encontraba sola. Le necesitaba.

La mujer enroscó el cabello y lo sujetó con una horquilla. Dio un suspiro y entró en la librería, para dirigirse con decisión hacia una mesa cubierta de libros de autoperfeccionamiento. Había de todo, desde *El divorcio creativo* hasta *Cómo triunfar gracias al yoga dinámico*. La mujer dudó unos instantes y tomó un ejemplar de *Los campos de energía sinérgica pueden salvar su vida*, que llevó hasta la caja.

Él se mantuvo todo el tiempo a una distancia discreta y cuando ella extrajo un talonario para pagar su compra, se aprendió de memoria el nombre y la dirección impresas en los cheques:

LINDA DEVERSON
3583 AVENIDA MENTONE
CULVER CITY, CALIF. 90408

No se quedó a escuchar la conversación entre Linda Deverson y el cajero. Salió de la tienda y corrió hacia su coche, embrigado de amor y de un imperativo territorial: el poeta quería ver los terrenos de su nuevo noviazgo.

Tres semanas más tarde, mientras revelaba el último carrete de fotos, pensó que Linda Deverson tenía muchas facetas distintas. Mientras extraía las fotos del líquido revelador, la vio revivir en blanco y negro: Linda saliendo de la oficina en la que trabajaba de agente de la propiedad, Linda haciendo *footing* por el bulevar San Vicente, Linda mirando por la ventana del salón de su casa, fumando un cigarrillo.

Cerró la tienda, cogió las fotos y subió a su apartamento. Como siempre que se movía en su reino de sombras, se sintió orgulloso. Orgulloso de haber tenido la paciencia de ahorrar y perseverar, sin rendirse en su determinación, de poseer aquel lugar que le había proporcionado los mejores momentos de su juventud.

Cuando sus padres murieron y le dejaron sin hogar, a los catorce años, había entablado amistad con el propietario de Silverlake Camera, una tienda de fotografía, que le pagaba veinte dólares a la semana por barrer la tienda y le dejaba dormir en el suelo y estudiar en el lavabo de los clientes. Estudió mucho e hizo que el propietario se sintiese orgulloso de él. El propietario era aficionado a las carreras de caballos y al juego, y utilizaba la tienda como local de apuestas ilegales. Él siempre había pensado que su benefactor, que estaba enfermo del corazón y carecía de familia, le dejaría la tienda. Pero estaba equivocado, ya que cuando murió la tienda pasó a manos de sus

deudores de juego, que pronto la convirtieron en un infierno. Los empleados eran unos incompetentes, y la pequeña tienda se convirtió en una guarida de tahúres: apuestas de caballos, quinielas, venta de drogas.

Cuando vio lo que habían hecho con su santuario, decidió que tenía que salvarlo a cualquier precio.

Se ganaba muy bien la vida haciendo de fotógrafo *free-lance*, en bodas, comuniones y banquetes, y había ahorrado dinero más que suficiente para comprar la tienda, tan pronto como ésta saliera a la venta. Pero sabía que la escoria que la regentaba nunca estaría dispuesta a venderla, porque se estaba convirtiendo en un negocio ilegal de lo más productivo. Aquello le ofendía tanto que se olvidó por completo de su cuarto noviazgo, y lanzó toda su energía nueva hacia el propietario de su devastado santuario.

No habían servido de nada las infinitas llamadas a la policía y al fiscal del distrito. No pensaba actuar contra los maleantes de Silverlake Camera. Desesperado, buscaba nuevos medios.

Había estado vigilando al nuevo propietario y sabía que cada noche se emborrachaba en un bar de Sunset. Sabía que a la hora de cerrar, tenían que meter al hombre en un taxi, y que el taxista que le recogía cada noche a la puerta del bar era un jugador compulsivo que tenía muchas deudas. Con la misma diligencia que dedicaba a sus noviazgos, salió a trabajar. Primero, compró treinta gramos de heroína sin cortar, se acercó hasta el taxista y le hizo la oferta. El taxista aceptó, y al día siguiente abandonó la ciudad de Los Ángeles.

Dos noches más tarde, era él quien se encontraba frente al bar, tras el volante del taxi, a la hora de cierre. Exactamente a las dos en punto de la madrugada, el propietario de Silverlake Camera apareció por la puerta, se deslizó en el asiento trasero del taxi y se quedó frito. Llevó a aquel hombre hacia la esquina de la calle Alvarado, y metió una bolsa de plástico llena de heroína en el bolsillo de su abrigo. Luego, llevó a rastras al borracho inconsciente hasta la tienda, y lo dejó sentado ante la entrada, con la llave en su mano derecha.

Buscó una cabina telefónica, llamó a la policía de Los Ángeles y les comunicó que se estaba cometiendo un robo. Ellos se encargaron del resto. Mandaron tres coches patrulla a las calles Sunset y Alvarado. Cuando el primer coche paró ante la tienda, el borracho se despertó, se puso en pie y se metió al mano en el bolsillo. Los dos policías, malinterpretando su gesto, le dispararon y le mataron. Silverlake Camera pasó a sindicatura a la semana siguiente y él la compró.

Ya eran suyos la tienda de material fotográfico y el apartamento de tres habitaciones que había en la parte superior. Se decidió a renovarlos, como si de componer una sinfonía se tratara. Una completa y estética declaración de voluntad, impregnada de su propio pasado y del de aquellos tres personajes que le habían proporcionado la terrible catarsis que ahora le dejaba en libertad para salvar la inocencia femenina.

Dedicó una pared entera a sus atacantes un *collage* fotográfico que dejaba constancia del retorcido progreso de sus vidas: un envarado comisario de la oficina del *sheriff* del condado de Los Ángeles y su mocoso lacayo, un chapero. El breve y violento tránsito que habían tenido con él, había desviado sus vidas hacia lo negativo, haciendo de la obtención de dinero y poder los únicos bálsamos de su vacuidad espiritual. Las imágenes pegadas en la pared lo explicaban con claridad: el Pájaro, plantado en una esquina de Boys Town, el barrio homosexual de la ciudad, meneando cadera y con ojos voraces, a la caza de hombres solitarios y pervertidos dispuestos a darle diez dólares a cambio de diez minutos de placer; y el otro, musculoso, gordo y de rostro hinchado, que miraba fijamente desde la ventanilla de su coche patrulla en su distrito del Hollywood oeste. Había jurado proteger a los chaperos y gays, pero éstos desdeñaban su «protección» y le ridiculizaban llamándole el Oficial Cerdo.

La pared opuesta estaba cubierta de descoloridas fotografías de anuario de su primer amor. Su inocencia había quedado preservada para siempre gracias a la extraordinaria distinción de su arte. Había disparado las fotos el día de su graduación, en 1964, y no fue hasta una década más tarde, cuando ya era un experto en fotografía, cuando se sintió lo bastante seguro para embarcarse en un complicado proceso de reproducción, destinado a prolongar su vida. Pegadas junto a las fotografías había ramas de rosal, nudosas, marchitas y retorcidas —veinte en total—, el detritus de los tributos florales que había mandado a su amada, después de aclamar a la mujer en su nombre.

Se había propuesto convertir su santuario en un testamento total, dedicado a aquellos tres personajes, pero durante años su metodología le había dado esquinazo. Había conseguido una aproximación visual, pero ahora quería oír *respirar* a sus personajes.

La solución se le ocurrió durante un sueño. Atadas al eje de una gigantesca placa giratoria de grabación, había varias mujeres jóvenes. Él estaba sentado ante el tablero de mandos de un complicado sistema electrónico, y apretaba botones y tiraba de palancas en un esfuerzo frustrado por hacer chillar a las mujeres. Él mismo se sentía a punto de gritar y, de algún modo, consiguió sofocar su frustración agitando los brazos para echar a volar. Mientras sus brazos se movían en el aire, se quedó sin respiración, y estaba a punto de sofocarse cuando sus manos rozaron unos fragmentos de cinta magnética que flotaban libremente en el aire. Se agarró a la cinta y la utilizó como lastre para regresar al tablero de control. Durante su vuelo, todas las luces del tablero se habían apagado, y cuando empezó a accionar interruptores, se volvieron a encender, hubo un cortocircuito y explosión de sangre. Él empezó a rellenar aquellos agujeros sangrientos con trozos de cinta. La cinta se deslizó por las aberturas, hacia la placa giratoria y alrededor del eje, estrujando a las jóvenes que estaban cautivas. Sus gritos le despertaron del sueño, confundidos con su propio chillido, al descubrir que su *ingle* había explotado entre sus manos prietas.

Aquella mañana adquirió dos grabadoras transistorizadas, dos micrófonos

diminutos, cien metros de cable y un aparato receptor. En una semana, tanto el apartamento del Oficial Cerdo como el de su amada, estuvieron equipados con unos aparatos de escucha ingeniosamente ocultos y el acceso a sus vidas se hizo completo. Hacía incursiones semanales para cambiar las cintas, y casi explotaba de emoción cuando regresaba a casa y escuchaba sus respiraciones, enterándose de intimidades que ni el más apreciado de los amantes llegaría a saber jamás.

Dichas intimidades validaban su juicio. Su primer amor tomaba a sus amantes carnales con precaución. Eran hombres en apariencia sensibles, que la amaban y capitulaban absolutamente ante su sutil voluntad. Llegó a la conclusión de que se encontraba sola, bajo su a veces estridente fachada feminista. Pero era natural: ella era una poetisa, una de las más conocidas a nivel local, y la soledad es el castigo de todas las personas creativas. El Oficial Cerdo era, por supuesto, la corrupción encarnada. Un poli que aceptaba sobornos de los macarras de Boys Town, permitiéndoles ejercer su ruin oficio mientras él y sus débiles colegas hacían la vista gorda. El Pájaro era su contacto, y tras horas de escuchar a sus dos antiguos compañeros de escuela recrearse en sus despreciables negocios, se convenció de que la mezquindad de sus vidas era su venganza.

Pasaron sus años de escucha, largas tardes en las que se masturbaba en completa oscuridad mientras las cintas sonaban a través de los altavoces. Se acrecentó aún más su deseo de estar en total sincronía con aquellos que le habían proporcionado su renacimiento, y en el aniversario del comienzo escenificó unos esponsales, maquinados como suicidios para celebrar su propio acto de sumisión sobre un pasillo de colegio cubierto de serrín. Se masturbó cuatro veces: dos en el patio trasero del Oficial Cerdo, y una vez en su propio apartamento. El amor que había sentido en aquellos momentos de ensueño simbiótico, había magnificado sus explosiones a mano prieta, y sabía que cada fragmento de arte fotográfico, de respiración y de sangre que derramaba, servirían sólo para mantener aún más inviolado su santuario.

De vuelta al presente, pensó de nuevo en las muchas cosas que definían a Linda Deverson, y sintió que su mente se quedaba en blanco cuando intentaba encontrar una trama narrativa que imponer al tumulto de imágenes que constituían su nuevo amor.

Soltó un suspiro y cerró la puerta de su apartamento tras de sí, luego cogió las fotografías de Linda y las pegó a la ventana de cristal emplomado, estilo Tiffany, que había enfrente de su mesa escritorio. Volvió a suspirar y empezó a escribir:

17-5-82

Tres semanas de noviazgo y todavía no tengo acceso a su apartamento.

La única puerta tiene cerradura triple y voy a necesitar una palanca muy gruesa para entrar. Tendré que arriesgarme cuanto antes. Linda parece ser muy poco accesible. O tal vez no. Lo que me ha cautivado de ella es su sentido del humor, la triste sonrisa que ilumina su cara cuando saca un cigarrillo de su jersey después de correr cinco kilómetros por San Vicente. Sus firmes aunque humorísticas negativas a salir con los obstinados vendedores con los que comparte un despacho en las oficinas de la inmobiliaria. El modo como habla sola cuando cree que nadie la ve, y la manera descarada que tiene de cubrirse la boca con la mano cuando alguien la pesca haciéndolo. Hace dos noches

la seguí hasta el seminario de Campos de Energía Sinérgica. La misma sonrisa triste cuando firmó un cheque para la matrícula, y otra vez en la primera «reunión», cuando le dijeron que no podía fumar. Creo que Linda posee el mismo distanciamiento que he observado en los escritores —el deseo de entrar en comunicación con la humanidad, de tener una base o un sueño en común—, aunque necesita mantenerse a distancia, mantener sus verdades intrínsecas (aunque universales) por encima del colectivo. Linda es una mujer sutil. Mientras tenía lugar la primera reunión (una charla ambigua sobre la unidad y la energía), me metí en la oficina de registro y robé su hoja de inscripción. Ahora sé todo esto sobre mi amada:

1. Nombre: Linda Holly Deverson
2. Fecha de nacimiento: 29/4/1952
3. Lugar de nacimiento: Goleta, California
4. Estudios: Secundarios 1 2 3 4
Universitarios 1 2 3 4
Doctorales

5. ¿Cómo descubrió los C. E. S. ? —He leído su libro.

6. ¿Cuál de estas palabras le describe mejor?

1. Ambicioso
2. Atlético
3. Agresivo
4. Lúcido
5. Introverso
6. Embriagado
7. Inquisitivo
8. Pasivo
9. Malhumorado
10. Sensible
11. Apasionado
12. Estético
13. Materialista
14. Generoso

7. ¿Por qué ha venido al Instituto de C. E. S. ? —Sinceramente, no lo sé, algunas de las cosas que leí en su libro, me han parecido cosas verdaderas que podrían ayudarme a mejorar.

8. ¿Cree usted que los C. E. S. pueden cambiar su vida? —No lo sé.

Una mujer sutil. Yo puedo cambiar su vida, Linda. Soy el único que puede hacerlo.

Tres noches después, entró en su apartamento.

Lo había calculado y planeado con sumo cuidado. Sabía que ella estaría en el segundo seminario de Campos de Energías Sinérgicas, cuyo horario era desde las ocho de la tarde hasta la medianoche. A las siete cuarenta y cinco, él se encontraba frente al Instituto de C. E. S., en el número 14 de calle Montana de Santa Mónica, armado de un maletín de palancas y de finos guantes de goma.

Sonrió cuando vio a Linda aparcar su coche, sonreír a otros participantes y fumarse apresuradamente un último cigarrillo antes de entrar a toda prisa en el edificio de ladrillo rojo. Aguardó diez minutos y luego fue hasta el coche de la chica, un Camaro del 69, abrió el capó y colocó el cortocircuitador en la parte inferior del generador del coche. Si alguien intentaba poner en marcha el Camaro, se conectaría unos instantes y quedaría inutilizado. Se sonrió ante la perfección del aparato, cerró el capó y corrió hacia su propio coche. Luego, se encaminó hacia la casa de su amada.

Era una oscura noche de primavera, y los vientos cálidos le proporcionaban un camuflaje auditivo. Aparcó una manzana más abajo, y se encaminó por la avenida Mentone con una bolsa de papel en la mano, en la que llevaba una palanca y un radio transistor. En el mismo momento en que se levantó una fuerte ráfaga de viento, dejó la radio en el suelo, frente a la ventana del salón de Linda y puso el volumen a toda pastilla. La noche se vio bombardeada por una música punk, y él, mientras tanto, empotró la palanca en la ventana con todas sus fuerzas, agarró la radio y corrió hasta el coche.

Esperó durante veinte minutos, hasta asegurarse de que nadie había oído el ruido y que no se había disparado alarma alguna. Luego, regresó junto a la ventana y se escurrió en el interior del apartamento.

Corrió las cortinas sobre la ventana rota, respiró profundamente y aguardó a que sus ojos se habituaran a la oscuridad; luego, siguiendo su curiosidad más urgente, fue directo hacia donde debía estar el cuarto de baño. Encendió la luz y fisgoneó en el armario de las medicinas; registró el equipo de maquillaje que había sobre el lavabo, incluso miró en el cesto de ropa sucia. Su corazón suspiró de alivio. No había ningún tipo de anticonceptivo de ninguna clase. Su amada era casta.

Dejó la puerta entreabierta y entró en el dormitorio. Enseguida se dio cuenta de que no había luz general y encendió la lámpara que se encontraba junto a la cama. Su resplandor difuso le proporcionó luz necesaria para actuar y abrió de par en par las puertas del armario empotrado, ávido por acariciar los tejidos que cubrían el cuerpo de su amada.

El armario estaba repleto de prendas colgadas en sus perchas. Las cogió en un gigantesco abrazo y las llevó hasta el cuarto de baño. La mayor parte eran vestidos de una gran variedad de tejidos y estilos. Temblando, acarició trajes de poliéster y lencería de algodón, bragas de seda sintética y trajes de ejecutiva de tweed; cinturones, mantones, pañuelos, todo muy femenino y apuntando a la sutil y selecta naturaleza de Linda Deverson. «Ella no sabe quién es —se dijo para sí—, por eso compra ropas que reflejen todo lo que ella *podría* ser».

Cogió el montón de ropa, lo llevó de vuelta a su armario y lo colocó tal cual estaba antes, para luego salir en busca de ulteriores evidencias de la castidad de Linda. Las encontró junto al teléfono; todos los números telefónicos de su libreta de direcciones pertenecían a mujeres. Su corazón saltó de alegría. Entró en la cocina y revolvió bajo el fregadero hasta encontrar un bote de pintura y un pincel rígido. Abrió el bote, tomó un enorme brochazo de pintura y pintarrajeó: «Clanton 14 —Culver City— Viva la Raza» sobre la pared de la cocina. Para que resultara más convincente, cogió una tostadora eléctrica y un radiocasete portátil y se los llevó consigo.

Dejó la tostadora sobre el asiento del coche, condujo hasta el Instituto de C. E. S y quitó el cortocircuitador del coche de Linda, y entonces se marchó a su casa para meditar sobre la sutileza de aquella mujer.

La noche del miércoles siguiente tenía lugar la primera reunión de «Debate» sobre los Campos de Energías Sinérgicas. Había comprado su entrada dos días antes en un puesto de Tickerton que se encontraba junto a su tienda de fotografía y sentía curiosidad por lo que Linda iba a preguntar a los organizadores de los C. E. S., ya que parecía no haber obtenido muchos beneficios de sus prácticas. Estaba seguro de que su amada formularía preguntas escépticas e inteligentes.

Frente al instituto, se congregaba un grupo de fanáticos religiosos que llevaban pancartas: «¡La Sinérgica es pecado! ¡Jesús es el único camino!». Mientras atravesaba entre medio del grupo de congregados, se rió para sus adentros. Pensaba que Jesús era vulgar. Uno de aquellos zelotes se percató de la sonrisa irónica de su rostro y le preguntó si había sido salvado.

—Veinte veces —replicó él.

El zelote se quedó mudo. Se había enfrentado con sacrilegos de todas clases, pero aquel pertenecía a una nueva categoría. Se apartó y dejó entrar a aquel hereje inclasificable.

Una vez en el interior, el poeta dio su entrada al guarda de seguridad, quien le ofreció un cojín grande y le indicó la dirección de la sala de asambleas. Anduvo a lo largo de un pasillo en cuyas paredes colgaban retratos de sinérgicos célebres, y entró en una lujosa habitación. A su paso, muchos de los congregados se giraron con ansiedad, analizando y haciendo comentarios sobre los recién llegados. Aposentó su cojín al fondo de la habitación y tomó asiento con la mirada fija en la puerta.

Unos instantes más tarde entraba ella, colocando su cojín a escasos centímetros de él. Su corazón le dio un vuelco y empezó a latir con tanta fuerza que creyó que iba a sofocar todo el pseudomisticismo que flotaba en la sala. Se miró fijamente los pies y asumió una pose meditativa, con la esperanza de que esto bloquearía cualquier intento de conversación por parte de su amada. Cerró tan fuertemente los ojos y apretó tanto las manos que se sentía como una granada de artillería a punto de estallar.

En aquel momento, las luces de la habitación bajaron de intensidad dos veces consecutivas, indicando que la sesión estaba a punto de dar comienzo. Mientras las luces se apagaban por completo y se distribuían velas por puntos estratégicos de la sala, se alzó un siseo sobre la asamblea. Aquella repentina oscuridad le sobrecogió y le abrazó como un amante. Volvió la cabeza y captó la silueta de Linda en la penumbra. «Mía —se dijo a sí mismo—, mía.»

Empezaron a sonar unos acordes de sitar, seguidos de una suave voz masculina.

—Sentid cómo las barreras que os separan de vuestro yo superior se comienzan a disipar. Sentid cómo vuestro yo interior se funde con la sinergia de otros campos de fuerza sintonizados para producir energía verdadera y de unión. Sentid la síntesis de vosotros mismos con todo lo bueno del cosmos. —La voz se convirtió en un susurro—. Me encuentro hoy aquí para dirigirme personalmente a vosotros, para ayudaros a

aplicar los principios de los campos de energía sinérgica a vuestras propias vidas. Éste es nuestro tercer día de taller. Tenéis la munición necesaria para cambiar vuestras vidas para siempre, pero estoy seguro de que tenéis muchas preguntas que hacer. Por eso me encuentro aquí. ¡Luces, por favor!

Las luces se encendieron, deslumbrándole. Mientras modulaba cuidadosamente su respiración para mantener el control, observó cómo un hombre joven, de cabellos plateados y vestido con un blazer azul, se encaminaba hacia un atril cubierto de flores que se encontraba en la parte frontal de la sala. Su aparición fue recibida con estruendosos aplausos y miradas embelesadas.

—Gracias —dijo el hombre—. ¿Alguna pregunta?

Un hombre de edad, sentado al principio de la sala, alzó su mano y dijo:

—Sí, yo quiero hacer una pregunta. ¿Qué pensáis hacer con los negros?

El hombre del atril se puso colorado como un tomate, bajo su peinado plateado, y dijo:

—Bueno, no creo que esto case con los temas a tratar. Creo...

—¡Pues yo sí! —bramó el viejo—. ¡Vosotros usurpasteis este edificio a los de Moisés, y tenéis la responsabilidad cívica de afrontar el problema de los negros! —El viejo miró a su alrededor en busca de apoyo, pero no obtuvo sino encogimientos de hombros y miradas hostiles. El hombre del atril chasqueó los dedos y entraron dos corpulentos adolescentes, vestidos con americana.

El viejo insistió.

—Yo fui miembro de la Logia de Moisés durante treinta y ocho años, y maldigo el día en que os vendimos esto. Voy a convocar una reunión de la plana mayor y conseguiré que se levante la orden de sacar de Wilshire a todos los negros y farsantes religiosos. Soy un miembro de honor y... —Los adolescentes agarraron al anciano por los brazos y piernas y lo sacaron, chillando, mordiendo y pataleando, de la habitación.

El hombre del atril pidió silencio, alzando los brazos con gesto suplicante para apaciguar el abucheo que siguió a la marcha del viejo. Se pasó la mano sobre su cabello plateado y dijo:

—¡Ahora hay alguien que tiene un mal karma sinérgico! ¡El racismo es un chakra inferior!

Linda Deverson alzó la mano con determinación y exclamó:

—Quiero hacer una pregunta. Hace referencia a este anciano. ¿Qué ocurre si su yo interior es malo y todos sus campos de fuerza nativos están tan torcidos por el miedo y el enojo que todo a lo que pueda referirse carezca de sentido? ¿Qué ocurre si tiene tan sólo un único germen de curiosidad, de amabilidad, y ha sido esto lo que le ha traído hoy aquí? Él ha pagado para asistir a esta reunión, él...

—Su dinero le será reembolsado —interrumpió el hombre del atril.

—¡No es eso a lo que me refiero! —gritó Linda—. ¡No es eso lo que quiero decir! ¿No entiendes que no se puede despachar a este hombre con un pobre comentario

sobre el chakra inferior? No entiendes... —Linda golpeó su cojín con las manos, se puso en pie y salió corriendo de la sala.

—¡Dejadla marchar! —dijo el líder del grupo—. Si abandona el programa, le será devuelta su miseria. ¡Que pague por su chakra!

Sin apenas poder contener su excitación, él se levantó para seguirla y casi fue arrollado por una mujer alta y jovial, vestida con traje de pana. Cuando llegó a la zona de aparcamiento, se la encontró hablando con Linda, quien se estaba fumando un cigarrillo y enjugándose lágrimas de enojo de los ojos. Escudado por un elevado seto, pudo oír con claridad su conversación.

—¡Mierda, mierda, mierda! —musitaba Linda.

—Olvídalo —le decía la mujer—. Unas veces ganas algo, otras pierdes algo. Llevo buscando unos cuantos años más que tú; escucha la voz de la experiencia.

Linda rió.

—Probablemente, tienes razón. ¡Dios, me tomaría una copa!

—A mí tampoco me vendría mal —dijo la mujer—. ¿Qué tal un whisky?

—Me encanta.

—Bien. Tengo una botella de Chivas en casa. Vivo en Palissades. ¿Has venido en tu coche?

—Sí.

—¿Quieres seguirme?

Linda asintió y tiró su cigarrillo al suelo.

—Encantada.

Él las siguió mientras conducían, por las retorcidas calles del Cañón de Santa Mónica, hasta que llegaron a una manzana de casas de gran tamaño y bordeadas de césped. Observó cómo el primer coche encendía su intermitente derecho y giraba por una calle lateral, larga y circular. Linda giró a continuación y aparcó detrás del coche. Él entró en la calle, aparcó en la esquina y se fue paseando con disimulo hasta la casa en la que había entrado la mujer.

El césped se extendía a ambos lados de la casa y unos grandes arbustos de hibiscus delimitaban el perímetro. El poeta se escurrió entre la barrera vegetal y se abrió camino a lo largo de ésta, oculto entre las sombras, para hacer un circuito completo alrededor de la casa antes de conseguir ver a las dos mujeres instaladas en sendos sillones, en una estancia cálida. Agachado en cuclillas, observó cómo Linda sorbía su whisky y reía gustosamente, y se imaginó que era él quien la estaba regalando con su ingenio y con los versos humorísticos que había compuesto para ella. La otra mujer también se reía, se golpeaba la rodilla y, cada dos por tres, cogía la botella que había sobre la mesita para rellenar el vaso de Linda.

Se encontraba con la mirada fija en la ventana, extasiado con las risas de Linda, cuando de repente cayó en la cuenta de que algo andaba definitivamente mal. Su instinto nunca le había fallado y en el preciso instante en que estaba a punto de descubrir la causa de su incomodidad, vio cómo las dos mujeres se aproximaban

lentamente la una a la otra y, con perfecta sincronización, se besaban en los labios, primero con timidez, después con avidez, tirando al suelo la botella de whisky mientras se unían en un furioso abrazo. Él profirió un grito, pero ahogó el sonido tapándose la boca con la mano. Alzó el otro puño, dispuesto a destrozar la ventana, pero la razón le paró a tiempo y descargó su puño contra el suelo.

Otra vez volvió a mirar al interior de la casa. Las mujeres no se hallaban a la vista. Presionó frenéticamente la cara contra el cristal hasta casi descoyuntarse el cuello por el axis, hasta que vio dos pares de piernas desnudas y abrazadas, retozando sobre el suelo. Entonces sí que chilló, y el sonido inhumano y terrorífico de su propia voz le impulsó hacia la calle. Corrió hasta que le ardieron los pulmones y las piernas empezaron a flaquearle. Entonces cayó de rodillas y se quedó completamente quieto, mientras danzaban en su mente las reconfortantes imágenes de las otras veinte mujeres. Pensaba en ellas en los momentos de su salvación y en lo mucho que se parecían a aquellas que, muchos años atrás, habían traicionado su verdadero amor.

Reconfortado por la rectitud de su empresa, se puso en pie y regresó junto a su coche.

El cumplimiento de los rituales de la vida le permitió operar durante la siguiente semana, y apartó de su mente las imágenes de la traición para no precipitarse en una acción desesperada.

Desde la mañana hasta última hora de la tarde, se cuidaba de la tienda y después atendía las llamadas de su contestador automático. Le llegaban muchos contratos para bodas, como solía ocurrir cada primavera, y aquel año podría permitirse el lujo de escoger los encargos. Se pasaba las tardes entrevistando a los padres de las parejas, que creían ser ellos los entrevistadores. Se había decidido a no aceptar ni a feos ni a gordos. Solamente quería a gente joven, esbelta y guapa ante su cámara. Se lo debía a sí mismo.

Cada día, después de poner en orden sus negocios, se encaminaba hasta Palissades para observar cómo Linda Deverson y Carol March hacían el amor. Se vestía de negro y se subía a un poste telefónico que quedaba oculto en la oscuridad, y desde allí escudriñaba a través de la ventana del dormitorio del piso superior, para ver a ambas mujeres emparejadas bajo las mantas de una cama de agua. Alrededor de la media noche, cuando sus brazos se habían quedado rígidos por abrazar durante horas la ruda madera del poste, veía cómo una Linda satisfecha se levantaba de la cama y se vestía, mientras Carol la importunaba para que se quedara a pasar la noche. Todas las noches sucedía lo mismo: su cerebro, voluntariamente desconectado mientras contemplaba a las amantes, volvía a hervir en el momento en que Linda se marchaba. ¿Por qué se marchaba? ¿Acaso un sentimiento de culpabilidad enterrado volvía a aflorar a la superficie? ¿Tenía remordimientos por el modo como se había pervertido?

De inmediato, saltaba del poste y corría hacia su coche para situarse, con las luces apagadas, detrás del Camaro de Linda antes de que ella abandonara la casa. Después, seguía el rastro de las luces traseras de su coche, mientras ella se dirigía hacia su casa

por la ruta más pintoresca posible, como si necesitara una inyección de belleza tras sus noches de libertinaje. Manteniéndose a una prudente distancia, solía dejar de seguirla en la intersección de la calle Sunset y la autopista de la costa del Pacífico, preguntándose cómo y cuándo le traería la salvación.

7-6-82

Linda Deverson es una víctima trágica de nuestros tiempos. Su sensualidad es autodestructiva, pero indicativa de una fuerte necesidad de afecto materno. Esa mujer, March, capitaliza este afecto; es una víbora. Linda sigue insatisfecha, tanto en su sensualidad como en su búsqueda de una madre (¡esa mujer le lleva por lo menos quince años!). Sus excursiones nocturnas a los lugares más conmovedores de Palissades y de Santa Mónica delatan a todas luces su sentimiento de culpa y su naturaleza sutil y penetrante. Su necesidad de belleza es tan fuerte tras la resaca de su autodestrucción. Tengo que tomarla en este instante, tiene que ser éste el preciso momento de su salvación.

Animado por saber ya el lugar, se olvidó del tiempo, perdido en el gozo de su galanteo. Pero el esfuerzo de las últimas noches estaba dando su fruto en forma de pequeñas dosis de desorden en su vida laboral: fotos mal disparadas, carretes estúpidamente expuestos a la luz solar, citas olvidadas, encargos perdidos. Aquellos deslices tenían que acabar y él sabía cómo conseguirlo. Tenía que consumir su noviazgo con Linda Deverson.

Decidió la fecha: 14 de junio, tres días desde entonces. Los estremecimientos de la espera comenzaron a aumentar.

El lunes, 13 de junio, fue hasta una tienda de artículos para automóvil de Valley y compró una lata de aceite de motor. Luego, fue a visitar a un chatarrero y le dijo al propietario que buscaba accesorios de cromo. Mientras el chatarrero removía entre sus artículos para buscar los accesorios, él recogió varios puñados enormes de limaduras de hierro del suelo y las metió en una bolsa de papel. Minutos más tarde, apareció el chatarrero, agitando en su mano un mastín de cromo. Se sintió generoso y le ofreció diez dólares a aquel hombre. Éste aceptó la oferta. Por el camino de vuelta a su tienda, mientras pasaba por el paso de Caluenga, tiró el mastín por la ventana y se echó a reír cuando lo oyó estrellarse contra el borde de la carretera.

El día de la consumación había estado cuidadosamente planeado y precisado en cada segundo. Al amanecer, colgó un letrero de «Cerrado por enfermedad» en la puerta de la tienda y regresó a su apartamento para escuchar su cinta de meditación y contemplar las fotografías de Linda Deverson. A continuación, destruyó las páginas de su diario dedicadas a ella y dio un largo paseo por su barrio, llegó hasta Echo Park donde se pasó largas horas remando en el lago y dando de comer a los patos. Al anochecer, introdujo el instrumental de la consumación en la maleta de su coche y partió hacia su primera y última cita con su amada.

A las ocho cuarenta y cinco, tenía su coche aparcado cuatro puertas más abajo de la casa de Carol March. Miraba alternativamente la calle sumida en sombras y la esfera del reloj del coche. A las nueve y media, Linda Deverson apareció en la

esquina de la calle. Él se maravilló de la perfección de sus cálculos. Linda había llegado exactamente puntual.

Se dirigió al Cañón de Santa Mónica, a la intersección de la carretera de West Channel y la de Biscane, en el lugar en que el West Channel se bifurcaba y daba a un pequeño parque poblado de mesas de picnic y columpios. Si sus cálculos eran precisos, Linda pasaría por allí delante precisamente diez minutos después de la medianoche. Apartó su coche de la carretera y lo aparcó al borde del recinto del parque, donde quedaba protegido por una fila de sicamoros. Luego salió a dar un largo paseo.

A las once cuarenta y cinco regresó junto al coche y sacó su instrumental del maletero. Antes, se había vestido con un disfraz de guardabosques, con una camisa de lana verde y un cinturón de campaña. Luego montó sobre un caballete unas señales de tráfico luminosas que indicaban un desvío de la carretera y las llevó hasta la intersección.

A continuación, trajo la lata de aceite y las limaduras de hierro y las esparció en medio de la carretera, sobre el asfalto, hasta que la zona oscura situada antes de las señales quedó cubierta de aceite resbaladizo y afilado acero. Todo lo que tenía que hacer era esperar.

A las once cincuenta y cinco oyó cómo el coche de su amada se aproximaba. Cuando aparecieron los faros del coche su cuerpo se estremeció y tuvo que hacer esfuerzos para contener sus intestinos y vejiga.

El coche aminoró la marcha al aproximarse a las señales, frenó y se desvió hacia la derecha, para estrellarse contra los caballetes tras patinar sobre el charco de aceite.

Se oyó un estrépito de madera al chocar contra el metal y después el ruido de los neumáticos traseros al estallar. El coche se paró por completo y Linda saltó al exterior, dando un portazo y murmurando:

—¡Oh, mierda! ¡Maldita sea! —Y luego rodeó el coche para examinar los daños sufridos.

Reuniendo toda cuanta cortesía fue capaz, salió de entre los árboles y gritó:

—¿Se encuentra bien, señorita? Vaya mal patinazo acaba de dar.

Linda le respondió:

—Sí, me encuentro bien. ¡Pero mi coche!

Él tiró de la linterna que llevaba colgada al cinturón y la enfocó en la oscuridad, recorriendo con el haz varias veces sobre la vegetación del parque hasta dejar que se posara en su amada. Linda pestañeó ante el destello y alzó su mano para cubrirse el rostro. Se dirigió hacia ella, desviando el haz de luz hacia el suelo.

Ella se rió al ver su sombrero.

—¡Oh, Dios mío!, me alegro de que esté usted aquí —dijo—. Acababa de ver esta señal de desvío y entonces patiné sobre algo. Creo que se han reventado los neumáticos.

—Eso no es problema —dijo él—. Mi cabaña de servicio está aquí mismo;

podemos llamar a una gasolinera de guardia.

—¡Dios mío, qué putada! —dijo Linda, asiendo con gratitud el brazo de su salvador—. No sabe cuánto me alegro de verle.

Él tembló ante su contacto; el gozo le consumía y dijo:

—Te he amado durante tanto tiempo. Desde que éramos niños. Desde aquellos...

Linda carraspeó.

—¿Qué diablos...? —dijo—. ¿Quién dem...?

Empezó a andar hacia atrás, pero tropezó y cayó al suelo. Él le tendió una mano para ayudarla. Ella dudó.

—No, por favor —musitó, echándose hacia atrás.

Él se llevó la mano al cinturón de campaña y desenganchó un hacha de doble filo. Se agachó, agarró a Linda por la muñeca y tiró de ella al mismo tiempo que descargaba un furioso golpe de hacha. El cráneo de Linda se hundió mientras su amor fluía a cámara lenta y el aire estallaba en sangre y fragmentos de cerebro, suspendiendo aquel momento en una eternidad. Volvió a descargar su hacha una y otra vez hasta empaparse en sangre, y hasta que la sangre estalló en su rostro, en su boca y a través de su cerebro y toda su alma se tornó roja de amor; el rojo intenso de las flores que al día siguiente mandaría a su verdadero amor. «Por todas vosotras, por todas vosotras —musitaba el poeta mientras abandonaba los restos de Linda y regresaba a su coche—. Mi alma, mi vida entera para vosotras.

CAPÍTULO CUATRO

El sargento Lloyd Hopkins celebró el diecisiete aniversario de su ingreso en el Departamento de Policía de Los Ángeles, del modo habitual: cogió una copia de computador de los crímenes más recientes y de los informes de los interrogatorios de la División Rampante, y se dirigió a su viejo barrio para respirar el pasado y el presente desde la ventaja que le conferían sus diecisiete años de protector de la inocencia.

Aquel día de octubre había amanecido con niebla y escaso de calor. Sacó su coche del *parking* de Parker Center y se dirigió a Sunset, hacia el oeste. Por el camino, evocaba los recuerdos de una década y media y la realización de sus sueños más importantes: su trabajo, su esposa y sus tres maravillosas hijas. El trabajo, emocionante y triste en exceso; su matrimonio, firme, consecuente con lo firmes que se habían vuelto él y Janice; sus hijas, puro gozo, y en sí mismas una razón de existir. Lo único que echaba en falta eran los sentimientos exultantes, pero había asumido su ausencia con la magnanimidad de la nostalgia. Tenía cuarenta años y no veintitrés. Si había aprendido algo en sus diecisiete años de policía era que las propias esperanzas disminuían cuando uno se daba cuenta de lo absolutamente jodida que estaba la gran masa de la humanidad, y que uno tenía que armarse de cientos de discursos aparentemente contradictorios para mantener vivos los sueños más importantes.

Que estos discursos fueran siempre mujeres, y una violación directa de los votos de su matrimonio presbiteriano, constituía la ironía fundamental, pensó, mientras se paraba en el semáforo de Sunset y Echo Park y subía la ventanilla para no oír el ruido de la calle. Una ironía que la firme y fiel Janice nunca sería capaz de comprender. Con la sensación de que sus pensamientos se estaban precipitando, embistió hacia adelante, y con voz ansiosa, para sí mismo, dijo: «No funcionaría entre nosotros, Janice, si no pudiera descargar me de este modo. Se irían acumulando pequeñeces y yo explotaría. Y tú me odiarías, y las niñas también. Es por esto que lo hago. Es por esto que... »; Lloyd no fue capaz de pronunciar un «te engaño».

Apartó de su mente aquellas disquisiciones y aparcó frente a una tienda de licores, luego extrajo de su bolsillo las copias del informe y se puso a pensar.

Las hojas eran de un rosa pálido, con letras negras, y unas perforaciones aparentemente fortuitas en los bordes. Lloyd las hojeó y las compuso en orden cronológico, empezando por las fechadas en el 15 del 9 del 82. Comenzó por los informes criminales y dejó vagar su perfectamente controlada mente sobre las breves reseñas de robos, atracos, violaciones, hurtos y vandalismos. Las descripciones de los sospechosos y de las armas, desde fusiles a bates de béisbol, estaban narradas en frases crispadas y muy abreviadas. Lloyd releyó tres veces los informes criminales y sintió cómo los disparatados hechos y personajes quedaban grabados en lo más profundo de su mente a cada lectura. Bendijo a Evelyn Wood y a su método que le permitía tragarse la letra escrita a una media de tres mil por minuto.

A continuación tomó los folios de interrogatorios. Eran informes de personas a las que se había parado en la calle, se las había retenido brevemente, interrogado y después soltado. Leyó cuatro veces aquellas hojas, sabedor en cada lectura de que quedaba una conexión por hacer. Estaba a punto de echar otro vistazo a cada grupo de copias cuando se percató de la ilusión oculta que le estaba llamando a gritos. Recorrió con furia las hojas de papel rosa hasta dar con lo que buscaba: Informe 10691, 6-10-82. Robo a mano armada.

Aproximadamente a las 11. 30 de la noche del martes, 6 de octubre, el Bar Black Cat, de la esquina entre Sunset y Vendôme, fue atracado por dos mexicanos, de edad indeterminada, pero presumiblemente jóvenes. Llevaban medias de seda para ocultar sus facciones y llevaban revólveres «grandes». Vacieron la caja registradora antes de obligar al propietario que cerrara el bar. Luego forzaron a los clientes a tumbarse en el suelo y les quitaron las carteras, billeteras y joyas. Se marcharon inmediatamente después, advirtiendo a sus víctimas que los «refuerzos» estarían ante la puerta, armados con un rifle, durante veinte minutos. Cinco minutos más tarde, el propietario salió a la calle. No había tales «refuerzos».

«Estúpidos idiotas —pensó Lloyd—, arriesgarse por unos miserables dólares.» Releyó el informe de interrogatorios, formulado por un patrullero de la División Rampante: «7-10-82, 1. 05 a. m. Interrogué a dos sospechosos frente a un restaurante en el 2269 de Tracy. Bebían vodka sentados sobre un último modelo de Foerebird, matrícula HBS 027. Explicaron que el coche no era suyo, pero que vivían en la casa de enfrente. Mi compañero y yo les registramos. Estaban limpios. El nombre del oficial estaba impreso debajo.

Lloyd dio vueltas en su cabeza a la última parte de la información y pensó que era triste que él tuviese un conocimiento más íntimo de un barrio que los policías que lo patrullaban. Desde sus días en la escuela secundaria, hacía unos veinte años, el número 2269 era un antro de mala vida, desde que fuera un refugio para ex estafadores. El crismático ex gángster que había efectuado las operaciones en el Registro de la Propiedad, había hecho un desfalco en las oficinas locales de la Seguridad Social, antes de vender la casa a un antiguo colega de Folsom, para luego desaparecer sin dejar rastro. El colega pronto contrató a un buen abogado para no perder la casa. Ganó la batalla judicial y se dedicó a vender droga de calidad entre las paredes de madera de aquella vivienda. Lloyd recordaba cómo sus compañeros de escuela habían comprado papelas allí, a finales de los años cincuenta. Sabía que la casa había sido vendida a toda una sucesión de maleantes locales y que en el vecindario le habían dado el nombre de La Mansión de los Gángsteres.

Lloyd se fue hasta el Bar Black Cat. El propietario le identificó enseguida como policía.

—¿Sí, oficial? —dijo—. Ninguna queja, espero.

—Ninguna —dijo Lloyd—. He venido por el robo del 6 de octubre. ¿Estaba usted en el bar aquella noche?

—Sí, estaba aquí. ¿Han encontrado alguna pista? Vinieron dos detectives al día siguiente, pero eso fue todo.

—Ninguna pista verdadera, todavía. ¿Sabe usted...? —Lloyd se vio interrumpido por el sonido de una máquina de discos que se puso en marcha, entonando una melodía—. ¿Le importaría apagar esto? —dijo—. No puedo competir con una orquesta.

El barman se echó a reír.

—No es una orquesta, son los Disco Doggies. ¿No le gustan?

Lloyd no supo si el hombre estaba tratando de ser amable o si coqueteaba con él; era difícil entender a los homosexuales.

—Tal vez no estoy al día. Párelo, ¿de acuerdo? Ahora mismo.

El hombre captó el tono de la voz de Lloyd y obedeció, creando una pequeña conmoción al alzar la palanca de la máquina de música. Cuando regresó a la barra dijo, con cautela:

—¿Qué es lo que quiere saber?

Aliviado por el cese de la música, Lloyd le respondió:

—Una sola cosa. ¿Está usted seguro de que los asaltantes eran mejicanos?

—No, no estoy seguro.

—Vio usted...

—Llevaban máscaras, oficial. Lo que les dije a los policías fue que hablaban un inglés con acento mejicano. Esto es lo que dije.

—Gracias —respondió Lloyd, y salió a toda prisa hacia su coche.

Se dirigió directamente al 2269 de la calle Tracy, a la Mansión de los Gánsteres. Tal como había esperado, la casa estaba desierta. El polvo, las telarañas y condones usados cubrían el destartado suelo de madera, y había unos grupos de pisadas que estaba claro que eran recientes. Todas las instalaciones estaban desmontadas y el suelo cubierto de goteras corrosivas. Lloyd abrió los armarios y cajones, pero tan sólo encontró polvo, telarañas y restos de comida podridos e infestados de gusanos. Luego abrió una panera decorada con motivos florales y dio un salto y profirió una exclamación cuando vio lo que había encontrado: una caja de casquetes de bala Remington de calibre 38 y dos pares de medias. Lloyd volvió a exclamar:

—¡Gracias, lugares de mi juventud!

Varias llamadas al Registro de Vehículos de Motor de California y a la sección de Información del Departamento de Policía de Los Ángeles, confirmaron su tesis. Un Pontiac Firebird de 1979, con número de matrícula HBS 027, estaba registrado a nombre de Richard Douglas Wilson, que vivía en la calle Saticoy n.º 11879, Van Nuys. En información le proporcionaron el resto: Richard Douglas, blanco, de treinta y cuatro años de edad, había sido condenado dos veces por robo, y acababa de salir de la cárcel de San Quintín, tras cumplir tres años y medio de una condena de cinco.

Acomodado en aquella insonora cabina telefónica y con el corazón laténdole a toda velocidad, marcó un tercer número, el del hogar de su antiguo mentor y actual

seguidor, el capitán Arthur Peltz.

—¿Holandés? Soy Lloyd. ¿Qué estás haciendo?

Peltz bostezó ante el auricular.

—Estoy echando un sueñecillo, Lloyd. Hoy es mi día libre. Soy un hombre viejo y necesito echarme una siesta por la tarde. ¿Qué ocurre? Pareces excitado.

Lloyd se rió.

—Estoy excitado. ¿Quieres atrapar a un par de atracadores a mano armada?

—¿Nosotros dos solos?

—Sí, ¿qué pasa? Lo hemos hecho un millón de veces.

—Por lo menos un millón, más bien un millón y medio. ¿Te apuestas algo?

—Sí. Y estos tipos están en Van Nuys. ¿Nos vemos en la estación de Van Nuys dentro de una hora?

—Allí estaré. ¿Te das cuenta de que si esto es una trola tendrás que invitarme a cenar?

—En el sitio que tú escojas —dijo Lloyd, y colgó el teléfono.

Arthur Peltz había sido el primer policía de Los Ángeles en reconocer y anunciar el genio de Lloyd Hopkins. Ocurrió cuando Lloyd tenía veintisiete años de edad y era patrullero en la División

Central. Corría el año 1969, y la era hippie del amor y de las buenas vibraciones empezaba a mermar, dejando una secuela de jóvenes indigentes y drogadictos que deambulaban por las zonas más pobres de Los Ángeles, mendigaban unas monedas o robaban en los comercios, dormían en los parques, en solares o en portales, y generalmente contribuían al aumento de arrestos menores y por posesión de narcóticos.

Era corriente el miedo a los hippies entre los ciudadanos rectos de Los Ángeles, particularmente después de que los asesinatos de Tate y LaBianca fueran atribuidos a Charles Manson y su melnuda banda. El Departamento de Policía de Los Ángeles se vio inducido a ajustarles las cuentas a los destituidos trovadores del amor, cosa que de hecho hizo, a base de redadas en los territorios hippies, de parar con frecuencia a vehículos con melnudos de aspecto furtivo y, generalmente, haciéndoles saber que en Los Ángeles eran *PERSONAE NON GRATAS*. Los resultados habían sido satisfactorios. Se produjo una tendencia general entre los hippies a rehuir la vida en el exterior y a tomárselo con calma. Pero fue entonces cuando cinco jóvenes de pelo largo murieron acribillados a balazos en las calles de Hollywood, en un período de tres semanas.

El caso le fue asignado al sargento Arthur Peltz, alias el Holandés, que por aquel entonces tenía cuarenta y un años y trabajaba en Homicidios. Tenía muy poco con que trabajar, excepto la fuerte intuición de que los asesinos de los mal informados jóvenes estaban relacionados con las drogas y que las supuestas «marcas rituales» halladas en sus cuerpos —una H grabada a cuchillo— no eran sino meros subterfugios.

Las investigaciones en torno al pasado reciente de las víctimas no dieron ningún

resultado; eran transeúntes en una cultura de transeúntes. El Holandés se sentía frustrado, así que decidió pasar sus dos semanas de vacaciones sumergido en su caso. Regresó de su pesca en Oregon con la mente despejada, espiritualmente renovado y complacido de saber que no había nuevas víctimas del Cazador de Hippies, como había denominado la prensa al presunto asesino. Pero en Los Ángeles estaban ocurriendo cosas espantosas. Habían llenado el fregadero con un *brown sugar* mejicano de excepcional calidad, de procedencia desconocida. Su instinto le dijo al Holandés Peltz que aquella arremetida de heroína y los asesinos estaban conectados entre sí. Pero no tenía ni la menor idea de cómo.

En el transcurso de una noche fría, en aquella misma época, el oficial Lloyd Hopkins le dijo a su compañero que le apetecía comer dulces, y sugirió parar ante un mercado o una tienda de licores y comprar galletas o pasteles. Su compañero sacudió la cabeza; no había nada abierto a aquellas horas, excepto un puesto de Donuts Desgracias, le dijo. Lloyd sopesó los pros y los contras de su rabioso apetito de dulces *versus* los peores donuts del mundo, servidos por hoscas u obsequiosas camareras.

Venció su dulce apetito, pero no había camareras (*wetbacks*)^[1]. El rostro de Lloyd se ensombreció mientras tomaba asiento en la barra. Todo el mundo sabía que Donuts Desgracias (o Donuts Delicias, ¡abierto toda la noche!) no contrataba más que a trabajadores ilegales en todas sus sucursales. La política del propietario de la cadena, Moris Dreyfus, un antiguo gángster, era la de contratar ilegales y pagarles por debajo del salario mínimo, pero solventaba la diferencia proporcionándoles alojamiento en una de sus muchas casas de vecindad de la Southside.

Lloyd observaba cómo un hippie malcarado le servía una taza de café y tres donuts glaseados, y luego se metía en una habitación trasera dejando la barra desatendida. Oyó susurros furtivos, seguidos de un portazo y un ruido de un motor de coche al ponerse en marcha. Momentos más tarde, reapareció el hippie, que rehuyó la mirada de Lloyd. Éste se dio cuenta de que había algo más tras su uniforme azul, que algo andaba mal.

Al día siguiente, armado de un ejemplar de las Páginas Amarillas de Los Ángeles, un Lloyd vestido de paisano, recorrió un circuito por veinte Donuts Desgracias, y vio que todas las sucursales estaban atendidas por blancos de pelo largo. Dos veces se sentó para tomar café, permitiendo que el camarero viera, como por casualidad, su pistola del 38 fuera de servicio. En ambos casos, la reacción fue de absoluto y frío terror.

«Drogas», se dijo Lloyd a sí mismo mientras regresaba a casa por la noche. «Droga. Droga. Pero cualquier hombre de la calle vería que un tipo tan alto y cuadrado como yo tiene que ser un policía. Estos dos chicos lo captaron en el mismo instante en que entré por la puerta. Pero fue mi pistola lo que les aterrorizó.

Y en aquel momento pensó en el Cazador de Hippies y el aparentemente inconexo influjo de heroína. Cuando llegó a casa, llamó a la comisaría de Hollywood,

dio su nombre y número de placa y solicitó hablar con algún oficial de Homicidios.

El Holandés Peltz se sintió más impresionado por el alto y joven agente en sí mismo, que por el hecho de que ambos hubiesen estado investigando en líneas casi idénticas. En aquel momento tenía una hipótesis: aquel M. Dreyfus distribuía droga a través de sus puestos de donuts, y que, de algún modo, habían muerto unos hombres a causa de este hecho. Pero fue el joven Hopkins, innegablemente dotado de un instinto brillante hacia el lado oscuro de la vida, quien le tenía impresionado.

Durante horas, Hopkins escuchó cómo Lloyd le explicaba sus deseos de proteger la inocencia y de cómo había entrenado su cerebro para captar conversaciones en ruidosos restaurantes, y cómo era capaz de leer el movimiento de los labios y memorizar, incluidos el tiempo y el lugar, cualquier cara que viera durante un solo segundo. Cuando regresó a su casa, Peltz le dijo a su madre:

—Esta noche he conocido a un genio. Creo que nunca volveré a ser el mismo.

Resultó ser una observación profética.

Al día siguiente, Peltz empezó a investigar en los asuntos financieros de Morris Dreyfus. Se informó de que Dreyfus había estado cambiando sus acciones por efectivo y que estaba contactando con antiguos miembros de su banda con ofertas de venta de la cadena Donuts Delicias, a un precio regalado. Una investigación ulterior demostró que Dreyfus había solicitado un pasaporte, recientemente, y que había vendido sus casas de Palm Springs y Lake Arrowhead.

Peltz empezó a vigilar a Dreyfus, observando cómo hacía rondas por todos sus puestos de donuts, cómo se llevaba a la habitación trasera a sus camareros melencólicos para marcharse un momento después. Una noche, Peltz y un veterano agente de Narcóticos siguieron a Dreyfus hasta la casa que en el Cañón Benedict tenía Reyes Medina, un mejicano que se sabía que era el contacto entre las plantaciones de adormidera del sur de Méjico y la veintena de distribuidores de heroína. Dreyfus permaneció en el interior de la casa durante dos horas, y cuando salió parecía perturbado.

A la mañana siguiente, Peltz fue hasta el Donuts Delicias de la esquina de las calles 43 y Normandie. Aparcó en la acera de enfrente y aguardó a que el local estuviera vacío de clientes. Entonces, entró y enseñó su placa al camarero, diciéndole que quería información y no precisamente servida en un donut. El joven trató de escapar por la puerta trasera, pero Peltz lo agarró y lo tumbó en el suelo, musitando:

—¿Dónde está el caballo? ¿Dónde tienes escondido el condumio, maldito hippie? —hasta que éste empezó a vomitar la historia que Peltz quería oír.

Morris Dreyfus se dedicaba a proveer de heroína a los camellos de nivel medio del lugar, quienes se la ventilaban con grandes beneficios. Lo que Peltz no se esperaba era la noticia de que Dreyfus se estaba muriendo de cáncer y que estaba reuniendo capital para financiarse los tratamientos exorbitantemente caros de un médico brasileño. Todo el mundo sabía que las ventas de droga en todos los puestos de Donuts Delicias se acabarían a la semana siguiente, cuando pasara a manos del nuevo

propietario. El jefazo estaría de camino al Brasil, y todos los camareros camellos serían puestos en contacto con un «mejicano rico» que les proporcionaría sus «indemnizaciones» de despido.

Después de descubrir cien gramos de heroína bajo un armario, Peltz esposó al joven y se lo llevó a la prisión central, donde fue apresado como testigo de cargo. Después, Peltz tomó un ascensor hasta el octavo piso de la División de Narcóticos del Departamento de Policía de Los Ángeles.

Dos horas más tarde, tras obtener una orden de busca y captura, cuatro agentes armados de fusiles entraron en el domicilio de Morris Dreyfus y le arrestaron por posesión de heroína, venta de drogas peligrosas y conspiración criminal. Una vez en su celda carcelaria, haciendo caso omiso de los consejos de su abogado, Morris Dreyfus estableció la conexión que convenció al Holandés, contra toda duda, de la genialidad de Hopkins; en un tono sumiso, Dreyfus contó que un «escuadrón asesino» de militantes extranjeros ilegales le pedía 250.000 dólares para liquidar en masa a toda su plantilla de inmigrantes. Mataban a los hippies como táctica de terror, y su selección al azar era un ardid para evitar que se sospechara de la cadena Donuts Delicias.

A la mañana siguiente una docena de agentes especiales acordonaron el bloque de viviendas del número 1100 de la calle Wabash, en el distrito este de Los Ángeles. Los oficiales, ataviados con chalecos antibalas, rodearon el edificio que albergaba al escuadrón asesino. Armados con AK-47 completamente automáticos, irrumpieron por la puerta principal y dispararon en señal de aviso sobre las cabezas de cuatro hombres y tres mujeres que desayunaban en silencio. Los siete personajes se dejaron esposar con estoica sumisión, y se mandó a un equipo de búsqueda para que registrara el resto del edificio. Se arrestó a un total de once inmigrantes ilegales. Tras una serie intensiva de interrogatorios, tres de los hombres confesaron los crímenes de Hollywood. Se les imputó un quintuple asesinato en primer grado y se les condenó a cadena perpetua.

El día después de las confesiones, el Holandés Peltz salió al encuentro de Lloyd Hopkins. Le encontró en el aparcamiento de la División Central cuando salía de su servicio. Mientras abría la puerta de su coche, Lloyd sintió un golpecito en su hombro. Al girarse, vio cómo Peltz, que sacudía los pies con nerviosismo, le contemplaba con una mirada que se le antojó de puro amor.

—Gracias, muchacho —dijo el policía de más edad—. Me has transformado. Voy a decirles a todos...

—Nadie le creería —interrumpió Lloyd—. Déjelo como está.

—¿No quieres que...?

—Usted ha hecho el trabajo, sargento. Yo tan sólo he aportado la teoría.

Peltz se echó a reír hasta el punto que Lloyd creyó que le iba a dar un ataque cardíaco. A medida que su risa se calmaba, Peltz recobró el aliento y dijo:

—¿Quién eres?

Lloyd estiró la antena de su coche y respondió:

—No lo sé. Juro a Cristo que no lo sé.

—Puedo enseñarte cosas —dijo el Holandés Peltz—. Llevo once años en Homicidios. Puedo ofrecerte un montón de información sólida y práctica, el resultado de toda una experiencia.

—¿Qué quiere usted de mí? —preguntó Lloyd.

Peltz se tomó unos instantes para considerar la pregunta.

—Creo que tan sólo quiero conocerte —dijo.

Los dos hombres se miraron en silencio. Luego, Lloyd le tendió lentamente ambas manos y sus destinos quedaron sellados.

Ahora Lloyd era el maestro; de hecho, lo había sido desde el principio. El Holandés aportaba conocimiento y experiencia en forma de anécdotas y Lloyd hallaba la verdad humana oculta y la amplificaba. Se habían pasado cientos de horas conversando, desenterrando viejos crímenes y discutiendo temas tan diversos como los vestidos de las mujeres y de qué modo reflejaban su carácter, o los ladrones con perro, que utilizaban a sus animales como subterfugio. Ambos descubrieron refugios el uno en el otro; Lloyd sabía que había encontrado al único poli que nunca le miraría con extrañeza cuando él mostrara rechazo ante el ruido de una radio, ni se molestaría cuando insistiera en hacerlo a su modo; el Holandés sabía que había encontrado al intelecto supremo de la policía. Cuando Lloyd hubo pasado el examen de sargento, fue el Holandés quien movió influencias para que lo destinaran a la División de Homicidios, llamando a colegas que le debían algún favor.

A partir de entonces, fue cuando el intelecto de Lloyd Hopkins pudo manifestarse y producir resultados sorprendentes. En un período de cinco años, dio pie al mayor número de arrestos criminales y condenas registrados en el historial de un oficial de toda la historia del Departamento de Policía de Los Ángeles. La reputación de Lloyd creció hasta el punto de que se le hacían consultas, se le confirió autonomía casi absoluta y se ganó el respeto de incluso los agentes más tradicionalistas y rígidos. Y el Holandés vio con orgullo cómo todo esto sucedía, contento de abrigarse a la augusta luz del genio de un hombre al que apreciaba más que su propia vida.

En la sala de espera de la estación de Van Nuys, Lloyd encontró al Holandés paseando de arriba abajo mientras leía la sección criminal del tablero de noticias. Tosió para aclararse la garganta y el Holandés se giró en redondo y levantó las manos simulando rendirse.

—¡Por Dios!, Lloyd —dijo—, ¿cuándo diablos aprenderás a no ser tan discreto con los amigos? Un oso con los modales de gato. ¡Cielos!

Lloyd se rió ante su expresión de afecto; le hacía feliz.

—Tienes buen aspecto, Holandés. ¡Trabajar ante un escritorio y perder peso! ¡Un jodido milagro!

Peltz le dio a Lloyd un cálido apretón con ambas manos.

—No es ningún milagro, muchacho. He dejado de fumar y me he puesto a dieta. ¿Qué tenemos entre manos?

—Un pistolero. Trabaja con un colega. Tienen la guarida en Saticoy. He imaginado que iríamos hasta allí e intentaríamos encontrar su coche. Si está en casa, llamaremos a un par de unidades de refuerzo; si no está, le esperaremos afuera y le atraparemos nosotros solos. ¿Te gusta el plan?

—Me gusta. Me he traído mi bomba Ithaca. ¿Cómo se llama este tipo?

—Richard Douglas Wilson, blanco, de treinta y cuatro años de edad. Dos condenas en San Quintín.

—Parece un tipo encantador.

—Sí, un buen elemento.

—¿Por qué no me lo cuentas en el coche?

—Sí, vamos.

Richard Douglas Wilson no estaba en su casa. Tras buscar un Firebird del 79 por todos los aparcamientos y callejones de la manzana 11800 de la calle Saticoy, Lloyd dio la vuelta alrededor del número 11879. Era un edificio de apartamentos de dos plantas y de aspecto ruinoso. En el buzón el nombre de Wilson aparecía en el número 14. Lloyd vio que el apartamento se encontraba en la parte trasera del edificio. Una ventana de cristal deslizante, cubierta con una pantalla, estaba abierta. Echó un vistazo al interior y regresó junto al Holandés, que se había quedado en el coche, aparcado al abrigo de una rampa que conectaba con la autopista.

—Ni coche ni Wilson, Holandés —dijo Lloyd—. He mirado a través de su ventana: un estéreo nuevo, un televisor último modelo, ropas nuevas, *dinero nuevo*.

El Holandés se echó a reír.

—¿Estás satisfecho, Lloyd?

—Sí, ¿y tú?

—Si tú lo estás, muchacho...

Los dos policías se acomodaron para la espera. El Holandés había traído un termo de café, y a la llegada del anochecer, cuando disminuyeron el calor y la polución, sirvió dos tazas. Le tendió una a Lloyd y se decidió a romper aquel silencio prolongado y confortable.

—El otro día me encontré con Janice. Tuve que ir a Santa Mónica para testificar por un viejo ladrón. Le había caído una condena de robo en primer grado, así que fui a ver al fiscal del distrito para contarle lo enredado que estaba aquel viejo bastardo y pedirle que solicitara al juez que lo incluyera en un programa de drogadictos. Sea como fuere, entré en una cafetería y allí estaba Janice. Estaba con aquel mariquita, que le enseñaba tejidos de su muestrario, y le daba la tabarra. El mariquita se despidió y Janice me invitó a que me sentara. Charlamos un rato y me dijo que la tienda le iba bien, que se estaba haciendo un nombre y que las chicas se encontraban bien. Luego, me dijo que tú te pasabas mucho tiempo en el trabajo, pero que no era más que una

vieja queja y que sabía que no podía cambiarse. Parecía disgustada, así que salí en tu ayuda. «Los genios dictan sus propias reglas. Lloyd te quiere, y con el tiempo cambiará.» Janice me gritó: «¡Lloyd es incapaz de cambiar, y su jodido amor no es suficiente!». Así es cómo fue, Lloyd. Ella no dijo nada más. Traté de cambiar de tema, pero Janice siguió haciendo insinuaciones crípticas sobre ti. Finalmente, se levantó de un salto, me besó en la mejilla y me dijo: «Lo siento, Holandés. Me estoy comportando como una perra», y salió corriendo por la puerta.

La voz del Holandés fue disminuyendo de intensidad mientras intentaba encontrar las palabras para acabar la historia.

—Creí que tenía que decírtelo —dijo—. No creo que los compañeros deban tener secretos entre sí.

Lloyd se tomó un sorbo de café, sintiendo que su mente se enturbiaba, como ocurría siempre que aparecía una grieta en uno de sus sueños principales.

—¿Cuál es el resultado final, compañero? —preguntó.

—¿El resultado final?

—¡El acertijo, maldito cabeza cuadrada! ¡El mensaje oculto! ¿Acaso no te he enseñado mejor? ¿Qué era lo que *realmente* trataba de decirte Janice?

El Holandés se tragó su orgullo interior y profirió con enfado:

—Creo que está al tanto de tus ligues, cerebro. Creo que sabe que el tipo más listo de Los Ángeles va loco por las faldas y se acuesta con niñas fáciles que no llegan ni a la suela de los zapatos de la mujer con la que se ha casado. Esto es lo que pienso.

Lloyd empezó a calmarse en medio de su enojo, y las grietas de sus sueños se convirtieron en fisuras. Sacudió la cabeza con lentitud, buscando cemento con que taparlas.

—Estás equivocado —dijo, dándole un ligero pellizco al hombro del Holandés—. Creo que Janice me lo diría. Y... las otras mujeres de mi vida no son niñas.

—¿Qué son, entonces?

—Simplemente mujeres. Y yo las amo.

—¿Las *amas*?

Mientras pronunciaba aquellas palabras, Lloyd supo que aquél era uno de los momentos más orgullosos de su vida.

—Sí, amo a todas las mujeres con las que me acuesto, y amo a mi esposa y a mis hijas.

Después de cuatro horas de vigilancia en silencio, el Holandés se había quedado dormido en su asiento, con la cabeza apoyada en la ventana semiabierta. Lloyd permanecía alerta mientras tomaba café y mantenía la mirada fija en la entrada del número 11879 de la calle Saticoy. Poco más tarde de las diez vio cómo un Firebird último modelo paraba frente al edificio.

Despertó al Holandés y le tapó la boca con la mano.

—Nuestro amigo ha llegado, Holandés. Acaba de aparcar y se encuentra aún en el coche. Creo que tendríamos que salir por mi lado, dar un rodeo y atraparle por detrás.

El Holandés asintió y le tendió a Lloyd su rifle. Lloyd se escurrió por la puerta hasta la acera, con el rifle apretado contra su pierna derecha. El Holandés salió a continuación, cerró la puerta y se apoyó en Lloyd, exclamando:

—¡Dios mío, estoy hecho polvo! —Entonces se puso a imitar a un borracho tambaleándose, apoyado en el hombro de Lloyd y hablando con voz pastosa.

Lloyd tenía la mirada fija en el Firebird, a la espera de que se abrieran las puertas. Se preguntaba por qué Wilson se encontraba todavía en el interior. Cuando llegaron al final de la manzana, le dio la bomba Ithaca al Holandés y dijo:

—Tú te encargas del conductor y yo del otro.

El Holandés asintió y metió un casquillo en la cámara. Lloyd susurró:

—¡Ahora! —Y corrieron hacia la parte trasera del coche, lo rodearon por ambos lados, el Holandés introdujo el cañón de su rifle en la ventanilla del conductor y susurró:

—Policía. Un movimiento y eres hombre muerto.

Lloyd, con su pistola del 38 apuntando a la puerta, le decía a la mujer que acompañaba a Wilson:

—Tranquila, monada. Pon las manos sobre el cuerpo. Buscamos a tu amigo, no a ti.

La mujer articuló un chillido y cumplió las órdenes de Lloyd. El conductor empezó a farfullar:

—Veréis, chicos, os habéis equivocado. ¡Yo no he hecho nada!

El Holandés apretó el dedo contra el gatillo del rifle y puso el cañón ante las narices del hombre.

—Pon las manos detrás de la cabeza. Voy a abrir esta puerta muy despacio. Tú vas a salir *muy* despacio o te verás *muy* muerto.

El hombre asintió con la cabeza y rodeó la nuca con sus manos temblorosas. El Holandés retiró el rifle y empezó a abrir la puerta. En el momento en que su mano soltó la manilla, el hombre dio una patada a la puerta con ambas piernas. La puerta golpeó contra el cuerpo del Holandés, que salió despedido hacia atrás, mientras el rifle lanzaba un disparo al aire en el momento en que su dedo, automáticamente, apretó el gatillo. El hombre bajó de un salto del coche y dio un traspiés. Enseguida se levantó y echó a correr.

Lloyd dejó de apuntar a la mujer con su arma y lanzó un disparo de advertencia:

—¡Alto, alto!

El Holandés se puso en pie y comenzó a disparar a ciegas. Lloyd vio cómo la silueta del hombre a la carrera empezaba a dar bandazos, a la espera de nuevas descargas. Observó el ritmo de sus movimientos y lanzó tres disparos a la altura del hombro. El hombre se dobló y cayó sobre el asfalto. Antes de que pudiera aproximarse con cautela, el Holandés ya se le había adelantado y golpeaba al hombre con la culata del rifle en las costillas. Lloyd corrió hasta el lugar y apartó al Holandés de un tirón; después esposó las manos del hombre a su espalda.

El hombre había recibido dos impactos de bala bajo la clavícula. Dos disparos limpios, pensó Lloyd. Levantó al hombre de un tirón y le dijo al Holandés:

—Llama a una ambulancia y pide refuerzos. —Y mirando hacia la multitud que empezaba a formarse a ambos lados de la calle, añadió—: Y ordena a esta gente que retroceda hacia la acera.

Prestó de nuevo su atención al sospechoso:

—Richard Douglas, ¿no es así?

—No tengo por qué contestarte.

—Así es, no tienes por qué. De acuerdo, vayamos por la vía legal. Tiene usted derecho a permanecer en silencio. Tiene derecho a un abogado durante el interrogatorio. Si no puede permitírselo, se le proporcionará un abogado de oficio. ¿Tiene algo que declarar, Wilson?

—Sí —dijo el hombre, retorciendo su hombro herido—. ¿Sabes que te digo? Que te folie un pez.

—Una respuesta predecible. ¿No serías capaz de decir algo original, como «que te folie un gato»?

—Jódete, pies planos.

—Eso está mejor; veo que vas aprendiendo.

El Holandés volvió corriendo.

—La ambulancia y los refuerzos están de camino.

—Muy bien. ¿Dónde está la chica?

—Está todavía en el coche.

—Bien. Vigila al Sr. Wilson, ¿quieres? Voy a hablar con ella.

Lloyd regresó junto al Firebird. La joven estaba rígida en su asiento, con las manos todavía sobre el cuadro de mandos. Estaba llorando, y el rimmel se le había corrido por las mejillas. Lloyd se arrodilló junto a la puerta abierta y apoyó con gentileza su mano en el hombro de la chica.

—¿Señorita?

La mujer se volvió hacia él y empezó a sollozar abiertamente.

—¡No quiero que me fichen! —chilló—. ¡Tan sólo he salido con este chico. No soy una mala persona, sólo quería colocarme y escuchar música!

Lloyd lanzó una vaga mirada a su cabello rubio.

—¿Cómo se llama?

—Sarah.

—¿Sarah Bernhardt?

—No.

—¿Sarah Vaughan?

—No.

—¿Sarah Coventry?

La joven se echó a reír y se enjuagó el rostro con la manga.

—Sarah Smith —dijo.

Lloyd la tomó de la mano.

—Muy bien. Me llamo Lloyd. ¿Dónde vive, Sarah?

—En Los Ángeles oeste.

—Le diré lo que vamos a hacer. Usted salga del coche y espere entre la multitud. Tengo que hacer unas cuantas cosas, y después la acompañaré a casa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... ¿Y no me ficharán?

—Nadie sabrá jamás que usted estaba aquí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Lloyd se quedó mirando cómo Sarah Smith se arreglaba y se unía a la multitud de mirones que había en la acera. Después se reunió con el Holandés y Richard Douglas Wilson, que estaban apoyados en el capó del Matador sin matrícula. Lloyd le indicó al Holandés que se marchara, y mientras éste lo hacía, le lanzó a Wilson una mirada dura mientras sacudía la cabeza con enojo.

—Ya no hay honor entre los ladrones, Richard —le dijo—. De ninguna clase. Especialmente entre los rastros de la Mansión de los Gángsteres. —A Wilson le tembló la mandíbula al oír las últimas palabras, y Lloyd prosiguió—: Encontré casquillos de bala y un envoltorio de medias con tus huellas dactilares. Pero no es por esto por lo que te hemos pillado. Alguien se ha chivado. Alguien que mandó un anónimo a los de la División Rampante acusándote del atraco del Gato Negro. La carta decía que sólo atracabas bares de locas porque en San Quintín te pervirtieron y que te gustaba. Te gustan los maricas y al mismo tiempo los odias por lo que te hicieron.

—¡Eso es mentira podrida! —gritó Wilson—. ¡He atracado tiendas de licores, mercados, incluso una discoteca! He...

Lloyd le interrumpió con un gesto de la mano y fue directo al grano.

—La carta decía que tras el robo estuviste bebiendo frente a la Mansión de los Gángsteres, y que te jactabas de todas las tías que te tirabas. Tu colega decía que estaba asombrado porque sabía que a ti te gustaba por el culo.

El rostro empalidecido y empapado de sudor de Wilson se puso morado.

—¡Ese jodido hijo de puta! ¡Yo le salvé el culo de todos los negros de la galería! ¡Yo me ocupé de él en San Quintín, y ahora me...!

Lloyd puso una mano sobre el hombro de Wilson y le dijo en voz baja:

—Richard, esta vez te van a caer dos lustros *mínimo*. Diez años. ¿Crees que lo vas a soportar? Eres fuerte, eres un tipo duro. Yo también soy fuerte. ¿Pero sabes una cosa? No podría aguantar dos lustros en San Quintín. Los negros que tienen allí me zamparían de merienda. Devuélvesela a tu colega, Richard. Él se ha chivado. Yo...

Wilson sacudió negativamente la cabeza con frenesí. Lloyd empezó a sacudir la suya de puro hastío.

—Estúpido gilipollas —dijo—. Sigue el viejo código, deja que te coma la mierda, hijo de puta. —Se dio la vuelta y echó a andar.

Se había alejado tan sólo unos pasos cuando Wilson le llamó a gritos.

—¡Espera, espera! ¡Mira...!

Lloyd disimuló la enorme sonrisa que se estaba dibujando en su cara y dijo:

—Iré a ver al fiscal del distrito. Hablaré con el juez, pediré que te pongan bajo custodia mientras esperas para el juicio.

Richard Douglas Wilson sopesó los pros y los contras una vez más, y entonces capituló.

—Se llama John Gustodas. Johnny el Griego. Vive en Hollywood, entre las calles Franklin y Argyll, en un edificio de apartamentos de ladrillo rojo que hay en la esquina. Yo mismo escribiré todos los informes, no te preocupes por esto.

Lloyd oyó el aullido de la sirena de una ambulancia, y sacudió la cabeza para combatir el ruido.

—Tendrían que prohibir estas malditas sirenas —dijo, mientras la ambulancia rodeaba la esquina y paraba—. Aquí está tu carroza. Yo me tengo que marchar. Le prometí a Janice que saldríamos a cenar a las ocho, y ya son casi las once. —Los dos policías se dieron la mano—. La hemos hecho de nuevo, compañero —dijo Lloyd.

—Sí. Siento haberte dado la bronca, muchacho.

—Tú estás de parte de Janice. No te culpo por ello; es más guapa que yo.

El Holandés sonrió.

—¿Hablares mañana de las declaraciones de Wilson?

—De acuerdo. Te llamaré.

Lloyd encontró a Sarah Smith junto a los pocos espectadores que quedaban, fumándose un cigarrillo y sacudiendo los pies con nerviosismo.

—Hola, Sarah. ¿Cómo te encuentras?

Sarah tiró el cigarrillo.

—Bien, me imagino. ¿Qué le va a pasar a como-se-llame?

Lloyd sonrió ante lo triste de la pregunta.

—Va a tener que ir a la cárcel por una buena temporada. ¿No recuerdas siquiera su nombre?

—Tengo mala memoria para los nombres.

—¿Recuerdas el mío?

—¿Floyd?

—Casi. Lloyd. Vamos, te llevaré a casa.

Fueron andando hasta el Matador sin matrícula y entraron en él. Lloyd examinó abiertamente a Sarah mientras ella le daba su dirección y hurgaba en el contenido de su bolso. Una buena chica de buena familia, algo ligera de cascos, decidió. Veintiocho o veintinueve años, el cabello rubio natural, el cuerpo esbelto y al mismo tiempo suave bajo su traje de algodón negro. Un rostro amable que quiere aparentar dureza. Probablemente muy eficaz en su trabajo.

Lloyd se dirigió directamente hacia la vía más próxima en dirección oeste, saboreando alternativamente el triunfo de su aniversario y su inevitable confrontación con Janice, que sin duda le recibiría con cajas destempladas, cuando no con una

verdadera bronca por llegar tan tarde. Sentía cómo la amabilidad se acrecentaba en su interior por no tener que aplicar la severidad de la ley a Sarah Smith. Le puso una mano sobre el hombro y dijo:

—Verá cómo todo va ir bien.

Sarah hurgó en su bolso en busca de cigarrillos, pero tan sólo encontró un paquete vacío.

—¡Mierda! —musitó, mientras lo lanzaba por la ventanilla. Luego suspiró—. Sí, tal vez tenga razón. Disfruta de ser policía, ¿verdad?

—Es mi vida. ¿Dónde conoció a Wilson?

—¿Así es como se llama? Le conocí en Bar Country. Un paraíso para pisamierdas, pero al menos trata a las mujeres con respeto. ¿Qué ha hecho?

—Atracó un bar a mano armada.

—¡Cielos!, me imaginé que era simplemente una especie de camello.

«Casi nada», pensó Lloyd.

—No voy a sermonearte ni nada parecido —dijo—, pero no deberías salir con esa clase de tipos. Puedes meterte en líos.

Sarah profirió un ronquido.

—¿Adonde tengo que ir, entonces, para conocer gente?

—¿Te refieres a hombres?

—Bueno..., sí.

—Prueba el método europeo. Te sientas en la terraza de un café pintoresco y te pones a leer un libro. Más tarde o más temprano algún tipo amable querrá entablar una conversación contigo sobre el libro que estás leyendo. De este modo conocerás a gente de mejor clase.

Sarah estalló en risas y aplausos, y acarició a Lloyd en el brazo. Cuando él apartó la mirada de la carretera y le dio un *deadpan*, su risa se tornó histérica.

—¡Qué divertido, es muy divertido!

—No es *tan divertido*.

—¡Sí que lo es! ¡Usted tendría que salir por la tele! —La risa de Sarah aminoró y miró a Lloyd con sorna—. ¿Es así como conoció a su esposa?

—No le he dicho que estuviese casado.

—Pero he visto su anillo.

—Muy observadora, pero conocí a mi esposa en la escuela secundaria.

Sarah Smith rió hasta que le dolieron las costillas. Lloyd también empezó a reírse a una cadencia más calmada, y luego sacó un pañuelo de su bolsillo y frotó el rostro surcado de lágrimas de Sarah. Ella se apoyó en su mano y acarició sus nudillos con la punta de la nariz.

—¿Se ha preguntado alguna vez por qué uno se empeña en hacer cosas que sabe de antemano que no funcionan? —preguntó Sarah.

Lloyd acarició la mejilla de la chica con un dedo e inclinó su rostro hacia sí.

—Tal vez porque alrededor de nuestros sueños principales todo va cambiando

continuamente, y aunque uno siga haciendo las mismas cosas, busca nuevas respuestas.

—Me lo creo —dijo Sarah—. Tome la próxima salida y gire a la derecha.

Cinco minutos más tarde, paraban junto a la acera frente a un edificio de apartamentos de Barrington. Sarah le tomó del brazo y dijo:

—Gracias.

—Buena suerte, Sarah. Prueba el truco del libro.

—Tal vez lo haga. Gracias.

—Gracias a ti.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Sarah volvió a tomarle del brazo por última vez y salió apresuradamente del coche.

Janice Hopkins miró el reloj antiguo del salón y sintió crecer su enojo mientras sonaban las diez. Se daba cuenta de que era el «segundo aniversario principal» de su marido y que racionalmente no podía pelearse con él por haber olvidado su cita para salir a cenar, que no podía utilizar aquella falta menor para forzar enfrentamientos sobre cualquiera de los detalles que envenenaban su matrimonio, que no podía hacer otra cosa que decir: «¡Oh, Lloyd! ¿Dónde has estado esta vez?», sonreír ante su brillante respuesta y enorgullecerse de lo mucho que la amaba. Al día siguiente llamaría a su amigo George y ambos se compadecerían de los hombres.

—¡Dios mío!, George —diría ella—, la vida de una musa.

Y George replicaría:

—¿Pero tú le amas?

—Más de lo que yo misma creo.

—¿Aun sabiendo de que está algo fuera de sus cabales?

—Más que algo, chico, con todas sus fobias y demás. Pero es lo que le hace más humano, más mi niño.

Y George sonreiría y le hablaría de su amante, y ambos se echarían a reír hasta que las cristalerías de Bohemia y los platos de porcelana dieran saltos en sus estantes.

Entonces, George la tomaría de la mano y mencionaría, como quien no quiere la cosa, la breve aventura que tuvieron cuando él decidió que necesitaba tener una experiencia con una mujer para ser más sí mismo. Duró una semana, cuando la acompañó a San Francisco para asistir a un seminario de catalogación de antigüedades. En la cama tan sólo hablaban de Lloyd. A ella le disgustaba, pero al mismo tiempo la intrigaba, y le contó los detalles más íntimos de su matrimonio.

Cuando se dio cuenta de que Lloyd sería el tercer compañero de cama invisible, decidió romper la relación. Había sido la única vez que había engañado a su marido, y precisamente por los motivos comunes de abandono, abuso o aburrimiento sexual. Había sido para conseguir una especie de igualdad respecto a él, por la vida llena de

aventuras que llevaba. Cuando Lloyd estaba asustado o enfadado y la miraba de aquel modo tan suyo, y ella se desabrochaba el sujetador y le ofrecía su pecho, era suyo completamente. Pero cuando él leía sus informes o hablaba con Peltz y sus demás amigos policías en el salón, y veía encenderse sus ojos grises, sabía que iba a lugares que ella nunca podría alcanzar. Sus otras compensaciones, el éxito de la tienda, el libro de espejos modernistas del que era coautora, su talento para los negocios, la satisfacían tan sólo al nivel de la lógica. Sabía que Lloyd podía volar y ella no; incluso tras diecisiete años de matrimonio, Janice Rice Hopkins no era capaz de hallar una razón de por qué era así. E, inexplicablemente, la capacidad de vuelo de su marido empezó a atemorizarla.

Frente a la suma total de veinte años de intimidad, Janice recontó las evidencias recientes del comportamiento extraño de su marido; sus largas permanencias ante el espejo, girando los ojos en circuitos como si estuviera cazando moscas, las cada vez más largas horas que pasaba en casa de sus padres, hablando con su madre, que no había pronunciado ni comprendido una sola palabra en diecinueve años, la mirada sardónica y maniática que aparecía en sus ojos cuando hablaba por teléfono con su hermano Tom sobre el cuidado de sus padres.

Pero lo más molesto eran las historias que les contaba a las niñas; historias de policías que Janice sospechaba que eran mitad parábolas mitad confesiones, viajes fantásticos por los barrios más oscuros de Los Ángeles, habitados por putas, yonkis y demás gentes de mal vivir, y por policías que a menudo eran tan rastrosos y brutales como la gente a la que metían en la cárcel. Hacía un año que Janice le había dicho que no le contara tales historias. Él había aceptado con un gesto mudo de su cabeza y una mirada fría en los ojos, y había empezado a contárselas a las niñas, abriéndoles las puertas de la adolescencia con descripciones detalladas del abandono y del horror. Anne se encogía de hombros ante las historias de su padre; tenía catorce años y estaba loca por los chicos. Caroline, con trece años y un verdadero talento para el ballet, se las meditaba y llevaba a casa revistas de detectives para discutir los artículos con su padre. Y Penny escuchaba y escuchaba, con sus ojos gris pálido fijos en algún punto distante, más allá de su padre y de sus historias. Cuando Lloyd concluía su parábola, Penny le besaba con fuerza en la mejilla y subía al piso de arriba para tejer colchas a cuadros de madrás y cashmere que ya le habían proporcionado primeras páginas en cinco suplementos dominicales.

Janice se estremeció. ¿Acaso la inocencia de Penny ya se había marchitado sin posible rescate? ¿Una maestra artesana y novel animadora a los doce años de edad? Ya llevaba más de una hora sumida en especulaciones temerosas y Lloyd todavía no había llegado a casa, de repente se dio cuenta de que le echaba de menos y de que le deseaba más allá de los límites del deseo normal en una historia de amor de veinte años de duración. Subió al piso de arriba y una vez en el oscuro dormitorio, se desvistió y encendió la vela aromática que era la señal para que Lloyd la despertara y la amara. Mientras se metía en la cama, un último pensamiento oscuro cruzó por su

mente, como una manada de aves depredadoras ensombreciendo un cielo en calma: a medida que las chicas crecían, se parecían cada vez más a Lloyd, especialmente en los ojos.

Una hora más tarde, le oyó entrar en la casa, con sus ruidos rituales en el recibidor: Lloyd suspirando y bostezando, desabrochándose sus pistoleras para dejarlas sobre la mesita del teléfono, el ruido familiar de sus zapatos mientras subía lentamente las escaleras. Tensa y a la espera del momento en que él abriría la puerta y la vería bajo aquella luz ambarina, Janie deslizó una mano inquieta entre sus piernas.

Pero la puerta del dormitorio no se abrió; oyó cómo Lloyd pasaba andando de puntillas e iba hasta la habitación de Penny, luego golpeaba ligeramente la puerta con sus nudillos y susurraba:

—¿Penny? ¿Quieres escuchar un cuento? —Un segundo más tarde la puerta se abrió con un crujido, y Janice oyó cómo la niña y su padre reían entre dientes en alegre complicidad.

Le concedió a su marido media hora y se puso a fumar un cigarrillo tras otro. Cuando los últimos restos de su deseo se hubieron desvanecido y empezó a toser a causa de la media docena de cigarrillos, Janice se echó una bata sobre los hombros y salió del pasillo para escuchar.

La puerta de la habitación de Penn estaba entreabierta, y Janice vio a su marido y a su hija menor sentados en el borde de la cama, con las manos entrelazadas. Lloyd hablaba con voz muy suave, en el tono misterioso propio de un narrador.

—... tras aclarar el homicidio Haverhill/Jenkins, me destinaron a un Departamento de Robos en el cuartel de Los Ángeles oeste. Se habían producido toda una serie de robos nocturnos en despachos de médicos, todos ellos situados en un gran edificio del área de Westwood. El ladrón iba a por drogas revendibles y dinero en efectivo. En poco menos de un mes había birlado más de cinco mil dólares en efectivo y todo un cargamento de fármacos estimulantes y depresores de gran potencia. Los polis del sector oeste se imaginaban su estrategia del siguiente modo: aquel bastardo se debía de ocultar en el interior del edificio hasta la caída de la noche, luego escogía su blanco, entraba en un despacho del segundo piso y saltaba al *parking* a través de la ventana. Tenían una pista que apuntaba hacia esta posibilidad: habían encontrado restos de cemento desconchado en el marco de la ventana. Los polis se lo imaginaban como una especie de gimnasta, un ladrón ágil como un felino capaz de saltar desde una altura de dos pisos sin resultar herido. El comandante de la patrulla había ordenado que se vigilara el *parking* para poder atraparlo. Cuando el ladrón saqueó un edificio de oficinas de Wilshire vigilado por dos equipos de agentes, su teoría se fue al cuerno y me asignaron el caso a mí.

Lloyd hizo una pausa. Penny apoyó su cabeza sobre el hombro de su padre y dijo:
—Papá, cuéntame cómo atrapaste al ladrón.

Lloyd bajó aún más el tono narrativo de su voz y dijo:

—Cariño, no hay nadie capaz de saltar repetidamente desde una altura de dos

pisos sin hacerse daño. Yo elaboré mi propia tesis: el ladrón salía descaradamente del edificio y saludaba a los guardias de seguridad de la entrada como si nada. Sólo una cosa me intrigaba. ¿Dónde llevaba la droga que había robado? Hice un repaso y un registro con los guardias que habían estado de servicio las noches de los robos. Ciertamente, a primera hora de la noche habían abandonado el edificio hombres vestidos con traje de ejecutivo, conocidos y desconocidos, pero ninguno llevaba consigo bolsa o paquete alguno. Los guardas habían dado por supuesto que se trataba de ejecutivos de los despachos del edificio y no les habían registrado. Escuché seis veces la misma declaración antes de que se hiciera la luz en mi mente: el ladrón, probablemente protegido por un uniforme de enfermera, debía llevar una cartera grande o un bolso al hombro. Volví a interrogar a los guardias y, ¡bingo! En cada uno de los edificios robados habían visto salir a una mujer desconocida vestida con uniforme de enfermera y con un gran bolso; más o menos a la misma hora todas las noches de los robos. Los guardias no fueron capaces de describirla, pero dijeron que era «muy fea», «un loro», y demás.

Cuando Lloyd inhaló aire profundamente y suspiró, Penny se inquietó:

—¡No seas pesado, papá!

Lloyd se rió y dijo:

—De acuerdo. Entonces revisé en los computadores a todos los drogadictos y travestis con condenas por robo. ¡Doble bingo! Arthur Christiansen, alias Misty Christie, alias La Reina Arlene Christiansen. Sus especialidades: atacar y apuñalar a borrachos que le creían una mujer y dar el tirón a ejecutivos y banqueros. Mantuve vigilancia frente a su guarida durante más de treinta y seis horas y determiné que vendía anfetis y Percodan. Oí comentar a sus clientes la excelente calidad de su mercancía. Aquello era una buena corroboración, pero quería atraparle en plena faena. Al día siguiente por la tarde el viejo Arthur-Arlene abandonó su guarida llevando un enorme bolso a cuadros, se dirigió hasta Westwood y entró en un gran edificio de oficinas a dos manzanas del *campus* de la universidad de UCLA. Cuatro horas más tarde, una hora antes del anochecer, sale por la puerta una criatura espantosa vestida de enfermera que lleva el mismo bolso. Saco mi pistola, le grito «¡Oficial de policía!», y corro hacia Arthur-Arlene que se pone a chillar: «¡Chauvinista!» mientras me ataca con una navaja. Los navajazos no surten efecto y mientras trato de sacar las esposas el relleno de Arthur-Arlene se escurre de su blusa. Cuando le estoy esposando, Arthur-Arlene se pone a chillar aún más fuerte: «¡Arriba el feminismo!» y «¡Fuera la brutalidad policial!», y una multitud de estudiantes de UCLA empiezan a proferir obscenidades contra mí. Yo me las apañó como puedo para meterle en el coche patrulla. Esta escena fue casi el primer enfrentamiento travestido de la policía de Los Ángeles.

Penny se echó a reír histéricamente, se tiró sobre la cama y empezó a golpear la colcha con los puños. Hundió la cabeza en la almohada para secarse las lágrimas y dijo:

—Más, papá, más. Uno más antes de que te vayas a la cama.

Lloyd se acercó a ella y le acarició el cabello.

—¿Divertido o serio?

—Serio —dijo Penny—. Cuéntame algo que satisfaga mi insaciable curiosidad. Si no haces que sea bueno me pasaré toda la noche pensando en el relleno de Arthur-Arlene.

Lloyd empezó a trazar círculos sobre la colcha.

—¿Qué te parece un cuento de guerreros?

El rostro de Penny se tornó sombrío. Tomó la mano de su padre y tiró de ella para que Lloyd apoyara la cabeza sobre su regazo. Cuando padre e hija se hubieron puesto cómodos, Lloyd alzó la mirada hacia la manta de viaje que colgaba del techo y dijo:

—El guerrero se encontraba atrapado en un dilema. En un mismo día tenía que celebrar dos aniversarios, uno personal y otro profesional. El profesional tomó prioridad y en el transcurso del mismo disparó contra un hombre, hiriéndole. Una hora después, cuando el hombre estaba bajo custodia, el guerrero empezó a temblar como siempre hacía cuando disparaba su arma. Empezó a plantearse toda una serie de interrogantes de acción retardada: ¿Qué habría pasado si mataba al hombre de un disparo? ¿Qué ocurriría si la próxima ocasión recibía información equivocada y disparaba contra un inocente? ¿Qué pasaría si perdiera su lucidez y su discreción? Es todo un tormento. Tú lo sabes, ¿verdad, Penny?

—Sí —susurró la niña.

—¿Sabes que tienes que desarrollar garras para luchar contra ello?

—Sí, papá. Bien afiladas.

—¿Sabes lo fantástico del guerrero? Que cuanto más complicadas se vuelven sus preguntas y sus dudas, más fuerte se vuelve su resolución. Tan sólo a veces es casi imposible vencer las dudas. ¿Qué harías en caso de que las cosas se pusieran realmente mal?

Penny jugaba con el cabello de su padre.

—Afilas las garras —dijo, mientras hundía los dedos en el cuero cabelludo de Lloyd.

Lloyd fingió un gesto de dolor.

—A veces, el guerrero desearía no ser un maldito protestante. De ser católico, podría obtener una absolución formal.

—Yo siempre te absolveré, papá —dijo Penny mientras Lloyd se levantaba—. Como decía la canción, «soy condescendiente».

Lloyd miró a su hija y dijo:

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Una pregunta antes de que te vayas: ¿Crees que seré un buen poli de Robos y Homicidios?

Lloyd se echó a reír.

—No, pero serás una gran mujer policía de Robos y Homicidios.

Janice vio cómo Penny sonreía encantada y sintió un repentino dolor en el bajo vientre. Regresó al dormitorio que compartía con su marido y se quitó la bata, desnudándose para *su batalla*. Segundos más tarde Lloyd entró por la puerta de la habitación, olió el aroma de la vela perfumada y susurró:

—¿Jan? ¿Te sientes ardiente siendo tan tarde, cariño? Es más de medianoche.

Mientras él se dirigía hacia el interruptor de la luz, Janice lanzó el cenicero repleto de colillas contra la pared opuesta y musitó:

—¡Maldito maniaco, egoísta, hijo de puta!, ¿no ves lo que estás haciendo con tu hija menor? ¿A esto le llamas ser un padre, vomitar toda esa violencia? —Helado por la violencia de la situación, Lloyd presionó el interruptor de la luz y vio a Janice temblando en su desnudez—. ¿A eso llamas ser padre, Lloyd, ¡maldito seas!?

Lloyd se encaminó hacia su esposa con los brazos extendidos en un gesto de súplica, con la esperanza de que el contacto físico apaciguase la tormenta.

—¡No! —dijo Janice, retrocediendo—. ¡Esta vez no! ¡Esta vez quiero que me hagas una promesa, un juramento de que no volverás a contar esos cuentos espantosos a tus hijas!

Lloyd estiró su largo brazo y agarró la muñeca de Janice. Ella se retorció para liberarse y tiró de un golpe la mesilla de noche que les separaba.

—No lo hagas, Lloyd. No pretendas desearme y apaciguarme, y no me toques hasta que hayas hecho tu promesa.

Él se pasó una mano sobre el pelo y empezó a temblar. Luchando contra el impulso de golpear la pared con el puño, se agachó y levantó de nuevo la mesilla.

—Penny es una niña sutil, Jan, posiblemente un genio —dijo—. ¿Qué pretendes que haga? ¿Que le cuente el cuento de los tres...?

Janice agarró su lámpara de porcelana preferida, que estaba sobre el escritorio y gritó:

—¡Tan sólo es una niña! ¡Una niña de doce años! ¿No eres capaz de entenderlo?

Lloyd atravesó la cama, la agarró por la cintura y, hundiendo la cabeza en su estómago, susurró:

—Ella debe saberlo. Tiene que saberlo o morirá. Es preciso que lo sepa.

Janice levantó los brazos y apretó los puños. Iba a descargarlos contra la espalda de Lloyd cuando se sintió invadida por la duda, al tiempo que cientos de partículas de los restos de su pasión recorrían su cuerpo, combinándose para formar un epigrama cuyas palabras eran demasiado aterradoras para que pudiese pronunciarlas.

Deslizó sus manos hasta el rostro de su marido y le apartó con suavidad.

—Quiero saber si las niñas se encuentran bien —dijo—. Tengo que decirles que nos hemos estado peleando. Después creo que quiero dormir sola.

Lloyd se puso en pie.

—Siento haber llegado tan tarde esta noche.

Janice asintió con torpeza y tuvo la sensación de que su sentido de la realidad se

confirmaba. Después, se puso una bata y bajó las escaleras para ver si sus hijas se encontraban bien.

Lloyd se dio cuenta de que sería incapaz de pegar ojo. Después de dar las buenas noches a las niñas bajó al salón en busca de algo en que ocuparse. No había nada que hacer si no pensar en Janice y en cómo no podía seguir con ella sin renunciar a algo muy querido por él y esencial para sus hijas. No había otro lugar a donde ir si no atrás en el tiempo.

Se colocó su pistolera y tomó su coche para ir a su viejo barrio.

Cuando llegó a él, se encontraba sumido en la quietud que precede al amanecer, tan familiar como la presencia de una antigua amante. Dirigió su coche por la calle Sunset abajo, dominado por la justicia de su usurpación de la inocencia por la vía de la parábola. «Hagamos que lo aprendan paso a paso», pensó, «y no del modo como yo lo hice. Que conozcan a la bestia a través de los cuentos y no del ejemplo repetido. Que éste sea el nuevo contrapunto de mis anomalías protestantes irlandesas.»

Con semejante afluencia de autoafirmación, Lloyd apretó el acelerador y observó cómo el Sunset Boulevard explotaba en destellos periféricos de neón, absorbiéndole en un torbellino de velocidad. Miró el indicador de velocidad: ciento ochenta kilómetros por hora. No era suficiente. Apretó su ser entero contra el volante y las luces de neón se tornaron de un blanco incandescente. Luego cerró los ojos y soltó el acelerador hasta que el coche alcanzó una pendiente y las fuerzas de la naturaleza le obligaron a pararse.

Lloyd abrió los ojos y se percató de que los tenía inundados de lágrimas, y durante un momento espantosamente largo se estuvo preguntando dónde diablos se encontraba. Finalmente, la profusión de recuerdos se reconstruyó en su mente y se dio cuenta de que el azar le había conducido a la esquina de Sunset y Silverlake, el corazón de su viejo barrio. Impulsado por un destino consecuente, echó a andar.

Subió a toda prisa por las escalinatas de la calle Vendome notando para su satisfacción que la tierra que había a ambos lados de los montantes era tan blanca como siempre. Dios había creado las colinas de Silverlake para que nutrieran, para permitir que los mexicanos pobres viviesen allí en contacto con la tierra y prosperaran. Que los ancianos siguiesen protestando por lo empinado del terreno, a pesar de que nunca se moverían de allí. Que el terremoto anunciado por los científicos... Silverlake, aquella desafiante y tradicional anomalía, que mantendría su desolación y permanecería orgullosa mientras Los Ángeles explotaba como una cáscara de huevo.

Una vez en la cima de la colina, Lloyd dejó que su imaginación sobrevolara las pocas casas cuyas luces permanecían encendidas. Imaginó una gran soledad y sintió que aquellas luces le impedían amar. Inspiró profundamente y exhaló cada gramo de su propia capacidad de amar, entonces se giró hacia el oeste y escudriñó la ladera de la colina que le separaba de la vieja casa en la que el loco de su hermano cuidaba de los padres de ambos. Lloyd se estremeció mientras la discordia invadía su ensoñación. La única persona a la que odiaba era la que guardaba a sus dos amados

progenitores. Su compromiso consciente, inevitable, pero...

Lloyd recordó de qué modo había sucedido. Había ocurrido en la primavera de 1971. Él se encontraba trabajando en la patrulla de Hollywood y dos veces por semana pasaba por Silverlake para visitar a sus padres mientras Tom estaba trabajando. A su avanzada edad, su padre había entrado en un estado de quietud y olvido, y pasaba días enteros en el patio trasero rodeado de docenas de aparatos de televisión y de radio que cubrían prácticamente cada centímetro cuadrado de suelo; y su madre, que por aquel entonces llevaba ocho años muda, que miraba fijamente y soñaba en su silencio, y a la que se tenía que conducir diariamente tres veces a la cocina ya que se olvidaba de comer.

Tom vivía con ellos, como había hecho durante toda su vida, a la espera de que ellos murieran y le dejaran la casa, que ya había puesto a su nombre. Cocinaba para ellos e iba a cobrar sus pensiones a la Seguridad Social, y les leía las historias ilustradas de la Alemania nazi que poblaban las estanterías de su dormitorio. Morgan Hopkins le había expresado el deseo a su hijo Lloyd de que él y su esposa pasaran los últimos días de sus vidas en aquella vieja casa del bulevar del Griffith Park. Lloyd se lo había asegurado a su padre cientos de veces: «Siempre tendrás la casa, papá. Deja que Tom pague los impuestos y no te preocupes. Es una miseria como hombre, pero gana dinero y puede cuidaros perfectamente a ti y a mamá. Déjale a él la casa. A mí no me importa. Simplemente, sé feliz y no te preocupes».

Había un acuerdo implícito entre Lloyd y su hermano, que por aquel entonces tenía treinta y seis años y se dedicaba a la venta por teléfono, operando al margen de la ley. Tom tenía que vivir en la casa y alimentar y cuidar a sus padres, y Lloyd tenía que pasar por alto el arsenal de armas automáticas enterrado en el patio trasero del hogar de los Hopkins. Lloyd se reía ante la iniquidad del acuerdo. Tom, un cobarde en el fondo, no tendría agallas para usar aquel armamento, que en cuestión de meses estaría completamente oxidado y sin remedio.

Pero un día, en abril de 1971, Lloyd recibió una llamada telefónica que le informó de que se había producido una brecha en la periferia de sus sueños más importantes. Un antiguo compañero de academia, que trabajaba para la Patrulla Rampante, había pasado ante la casa de los Hopkins y había visto un letrero de se vende en la puerta principal. Sorprendido, ya que había oído mencionar a menudo a Lloyd que sus padres preferirían antes morir que abandonar la casa, le había telefoneado a la comisaría de Hollywood para comunicarle su sorpresa. Lloyd había escuchado sus palabras en silencio y con una ira tal que la habitación entera se tambaleaba ante sus ojos de un modo surreal. Sin quitarse el uniforme cogió su coche y fue hasta la oficina de Tom en Glendale.

El «despacho» era un sótano reciclado con cuatro docenas de pequeños escritorios amontonados a lo largo de las paredes, y Lloyd se precipitó en el interior haciendo caso omiso de los vendedores que anunciaban a gritos a través de sus teléfonos la panacea de la carpintería de aluminio y las lecciones de estudios bíblicos.

El escritorio de Tom estaba aparte, junto al fondo de la sala, cerca de una gran jarra llena de café animado con Benezdrina. Lloyd estampó su porra contra la urna que se resquebrajó soltando géiseres de líquido caliente y negro. Tom salió de los lavabos, vio la ira reflejada en los ojos de su hermano y retrocedió hacia la pared. Lloyd avanzó ondeando su porra en un perfecto círculo que apuntaba a la cabeza de Tom, cuando el terror que asomaba en aquellos ojos gris pálido, tan parecidos a los suyos, le detuvo. Tiró la porra al suelo y corrió hacia la primera fila de escritorios, mientras una profusión de sorprendidos vendedores se apartaba de su paso y corría a ponerse a cubierto al fondo del sótano.

Lloyd empezó a arrancar los cables de los teléfonos de sus conexiones y a lanzar los aparatos al centro de la sala. Una fila, otra fila y luego otra. Cuando todos los vendedores hubieron abandonado la habitación y el suelo estuvo cubierto de cristales rotos, papeles desparramados y teléfonos inutilizados, se encaminó hacia su tembloroso hermano mayor y le dijo:

—Hoy mismo vas a retirar la casa de la venta y nunca más te atreverás a dejar solos a papá y a mamá.

Tom asintió en silencio y cayó desmayado en un charco de café saturado de droga.

Lloyd contempló con insistencia aquella ladera oscura. Había ocurrido diez años atrás. Su padre y su madre seguían vivos en sus respectivas soledades y Tom era todavía su custodio. No se sentía satisfecho con aquel acto, pero no había podido evitarlo. Recordó su última conversación con Tom. Había ido a visitar a sus padres y encontró a Tom en el patio trasero, enterrando fusiles al amparo de la noche.

—Háblame —le había dicho Lloyd.

—¿De qué, Lloyd? —había preguntado Tom.

—Dime algo verdadero. Insúltame. Hazme preguntas. No te haré ningún daño.

Tom había retorcido unos pasos.

—¿Vas a matarme cuando papá y mamá hayan muerto?

Lloyd se había quedado aturdido.

—¿Por qué tendría que querer matarte?

Tom había retrocedido de nuevo.

—Por lo que ocurrió en Navidades, cuando tú tenías ocho años.

Lloyd se había sentido invadido por los fantasmas, enterrados hacía treinta años y velados por la fortaleza que su carácter había adquirido. Su mirada se desvió hacia las radios amontonadas de su padre y había tenido que hacer un esfuerzo para regresar al presente, para apartar aquel recuerdo espantoso de su memoria.

—Estás loco, Tom. Siempre has estado loco. No me gustas en absoluto, pero nunca te mataría.

Lloyd vio cómo el amanecer se asomaba por el horizonte del este, y recortaba la silueta de Los Ángeles con hebras de oro. De repente se sintió solo y deseoso de estar con una mujer. Se sentó en las escaleras y consideró las opciones que se le

presentaban. Estaba Sybil, pero lo más probable era que hubiera vuelto con su marido, tal como considerara la última vez que hablaron. Estaba Collen, pero seguramente se encontraba en Santa Bárbara haciendo sus ventas. ¿Leah? ¿Meg? Ya no había nada entre ellas, y resucitar viejas historias con la fiereza de su deseo matutino no podía sino resultar doloroso a la larga. Tan sólo le quedaba la posibilidad incierta de Sarah Smith.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Lloyd llamó a su puerta. Ella le abrió la puerta con los ojos medio cerrados, vestida con un albornoz azul. Cuando sus ojos lograron verle, rompió a reír.

—No tengo aspecto cómico, ¿verdad? —preguntó Lloyd.

Sarah sacudió la cabeza.

—¿Qué te ocurre, te ha echado tu mujer?

—Algo parecido. Ha descubierto que soy un vampiro enmascarado. Me paseo de madrugada por las calles solitarias de Los Ángeles en busca de mujeres jóvenes y hermosas que me hagan una transfusión. Dame la mejor de tus sangres.

Sarah rió.

—Yo no soy hermosa.

—Sí que lo eres. ¿Tienes que ir a trabajar?

Y Sarah respondió:

—Sí, pero puedo llamar diciendo que estoy enferma. Nunca he estado con un vampiro.

Lloyd la tomó de la mano mientras ella le invitaba a entrar.

—Entonces, permíteme que me presente —dijo.

PARTE TERCERA

CONVERGENCIA

CAPÍTULO CINCO

Lloyd estaba sentado en su oficina de Parker Center jugueteando con los dedos sobre el montón de papeles que había en su escritorio. Era el 3 de enero de 1983, y desde su cubículo en la sexta planta se veía cómo unas nubes oscuras y tormentosas barrían el cielo hacia el norte. Deseaba que se desencadenara una tormenta de lluvia. Cuando el mal tiempo arremetía se sentía cómodo y resguardado.

El relativo aislamiento de su despacho, situado entre las salas de mecanografía y de fotocopias, le era grato, pero la principal razón por la que lo había escogido había sido su proximidad a la oficina de Comunicaciones, tres puertas más abajo. Más pronto o más tarde, todos los informes de los homicidios que tenían lugar dentro de la jurisdicción del Departamento de Policía de Los Ángeles, pasaban por sus líneas telefónicas, bien se tratara de agentes que solicitaban asistencia o de los propios interesados que pedía ayuda a gritos. Lloyd había instalado una línea especial en su propio aparato, y cada vez que una nueva llamada llegaba a la centralita se encendía una luz roja en su contestador, y así podía escuchar la conversación, lo que le convertía en el primero en obtener información crucial sobre cualquier asesinato; ello constituía un seguro antídoto contra la pesadez y el aburrimiento de escribir informes, cargos y procesos judiciales. Así pues, cuando vio que se encendía la lucecita de su contestador su corazón dio un ligero vuelco y levantó el auricular para escuchar.

—Departamento de Policía de Los Ángeles al habla, sección de Robos y Homicidios —dijo la voz de la telefonista.

—¿Es aquí donde se denuncia un asesinato? —balbuceó un hombre al otro extremo de la línea.

—Sí, señor —respondió la operadora—. ¿Se encuentra usted en Los Ángeles?

—Estoy en Hollywood. Tía, no te creerías lo que acabo de ver... —Lloyd empezó a sentir curiosidad. Parecía como si aquel hombre hubiese visto una aparición.

—¿Desea usted denunciar un asesinato, señor? —La mujer hablaba en tono brusco, incluso algo grosero.

—Tía, no sé si era verdad o una jodida alucinación. Llevo tres días poniéndome morado de coca y anfetás.

—¿Dónde se encuentra usted?

—No estoy en *ningún lado*. Pero haga que manden a la policía a los Apartamentos Aloha, en la esquina de Leland y Las Palmas. Apartamento 406. Dentro hay algo que parece salido de una peli de Pekinpah. No sé, tía, o bien tengo que dejar la coca o tenéis un buen mogollón entre manos. —El hombre sufrió un ataque de tos y susurró—: ¡Maldito Hollywood, tía, maldito...! —Y colgó de golpe.

Lloyd casi pudo percibir el aturdimiento de la operadora, que al parecer no sabía si se trataba de una broma o de un caso real. Musitó: «¡Maldita sabandija!» y desconectó la línea. Lloyd se puso en pie de un salto y se puso su chaqueta deportiva a toda prisa. Él lo sabía. Corrió hacia su coche y marchó a toda velocidad hacia

Hollywood.

El Aloha Regency era un edificio de cuatro plantas, de estilo colonial, pintado de un azul eléctrico y cubierto de moho. Lloyd atravesó la desnuda entrada para dirigirse al ascensor, catalogando rápidamente el edificio como una vieja gloria de Hollywood ahora en la ruina. Sabía que los inquilinos del Aloha Regency debían ser una curiosa mezcla de inmigrantes ilegales, borrachos y familias en paro. La tristeza que emanaba de aquellos pasillos cubiertos de una moqueta destrozada era casi palpable.

Entró en el ascensor y apretó el botón del cuarto piso, luego desenfundó su pistola del 38 mientras sentía que su piel se ponía tirante ante la proximidad de la muerte. El ascensor se paró con una sacudida y Lloyd salió al pasillo. El ascensor lo examinaba, se dio cuenta de que las puertas del lado que llevaba al 406 daban muestras de haber sido forzadas con palanca. Después del 406 ya no había más marcas. La madera de los montantes de las puertas había sido astillada recientemente, sin muestras de alabeo, lo que quería decir que habían sido forzadas aquella misma mañana. Mientras ya iba elaborando su hipótesis, Lloyd apuntó a la puerta del 406 con su pistola y la abrió de una patada.

Mientras sostenía su pistola al frente como si se tratara de un detector, entró en una pequeña sala de estar rectangular guarnecida de estantes para libros y enormes plantas. En una de las esquinas había un escritorio colocado en diagonal y tres sillones dispuestos en un semicírculo abierto hacia las vistas de la ventana. Lloyd anduvo por la habitación saboreando sus sensaciones. Giró lentamente hacia la izquierda para encontrarse frente a la pequeña cocina. Las baldosas y el linóleo estaban recién fregados, y los platos estaban apilados ordenadamente junto al fregadero. Sólo quedaba el dormitorio, separado del resto del apartamento por una puerta pintada de verde intenso y adornada con un póster de Rod Steward.

Lloyd bajó la mirada hacia el suelo y sintió cómo se le revolvía el estómago. Frente a la rendija de la puerta había un montón de cucarachas muertas, anegadas en un charco de sangre coagulada. Abrió la puerta de una patada, murmurando: «El conejo va agujero abajo», con los ojos cerrados hasta que asimiló el hedor abrumador de carne en descomposición. Cuando sintió que sus temblores se hacían internos y vio que no podría pararlos, abrió los ojos y dijo, en voz muy baja: «¡Oh, Dios! ¡No, por favor!».

Desde una de las vigas del techo, una mujer desnuda colgaba de una sola pierna, directamente sobre la cama. Le habían desgarrado el vientre desde la pelvis hasta la caja torácica, y sus intestinos se desparramaban desde su torso abierto, extendiéndose hasta cubrir su rostro ensangrentado. Lloyd memorizó la escena: la pierna suelta de la mujer colgaba, hinchada y amoratada, en ángulo recto; los pechos estaban cubiertos de sangre coagulada, y las partes de su cuerpo que no estaban ensangrentadas tenían un tinte blanco azulado; la colcha de la cama estaba empapada en tal cantidad de sangre que se cuarteaba en capas; la sangre invadía el suelo, las paredes, el armario y el

espejo, enmarcando a la mujer muerta en una perfecta simetría de devastación.

Lloyd regresó a la sala de estar y encontró un teléfono. Llamó a la comisaría de Hollywood para hablar con el Holandés Peltz, y le dijo simplemente:

—6819 de la calle Leland, apartamento 406. Homicidio. Manda una ambulancia y un médico. Te llamaré más tarde para contártelo.

El Holandés respondió:

—De acuerdo, Lloyd. —Y colgó.

Lloyd recorrió el apartamento por segunda vez, deseoso de que su mente estuviera en blanco para poder pensar con claridad. Paseó la mirada por toda la estancia hasta que vio un bolso de cuero en el suelo, junto a un cactus. Se agachó para recogerla y vació el contenido sobre el suelo. Había un equipo de maquillaje. Excedrina y algunas monedas. Abrió una cartera de bolsillo. La mujer se llamaba Julia Lynn Niemeyer. La fotografía y los datos de su permiso de conducir le afligieron: era bonita, 1,67 de estatura, 58 kilos, fecha de nacimiento: 2-2-54, por lo que hubiera estado a punto de cumplir veintinueve años.

Lloyd dejó caer la cartera y examinó los estantes de libros. Predominaban las novelas populares y de amor. Se fijó en que los libros de los estantes superiores estaban cubiertos de polvo, mientras que los de los inferiores estaban limpios.

Se agachó para examinarlos más de cerca. En el estante de abajo había libros de poesía, desde Shakespeare, Byron, hasta poesía feminista. Lloyd extrajo tres libros al azar y los hojeó, mientras crecía su respeto hacia Julia Lynn Niemeyer —había leído buenos libros en los días anteriores a su muerte—. Dejó aparte los clásicos y extrajo un volumen de tamaño desmesurado, encuadernado en rústica, que tenía por título *Furor en el vientre. Una antología de prosa feminista*. Al abrirlo se quedó paralizado cuando vio las manchas oscuras que había en el interior de la cubierta. Cuando empezó a correr las páginas vio que algunas estaban pegadas con sangre coagulada y manchas sangrientas que se tornaban más débiles hacia el final del libro. Al llegar a la cubierta posterior descubrió con sorpresa que había, perfectamente enmarcadas en blanco, dos huellas dactilares parciales, un índice y un medio, lo bastante claras para poder ser identificadas.

Lloyd profirió un grito, envolvió el libro con su pañuelo y lo depositó con cuidado sobre uno de los sillones. Siguiendo un impulso, regresó junto a la estancia y pasó la mano entre el suelo y el último estante. Encontró un puñado de hojas de revista con anuncios de contactos personales: el *L. A. Nite-Line*, *L. A. Grope*, y el *L. A. Swinger*.

Tomó los anuncios y se dirigió hacia la silla para sentarse y leerlos. Se sentía entristecido por aquellos textos fantasiosos y por las desesperadas máximas que contenían. «Atractiva divorciada, 40 años, busca hombre blanco bien dotado para amor a media tarde. Mandar cara y foto en erección a Apdo. 5816, Gardena, 90808, California»; «Guapo chico gay, 24 años, en plena forma, busca chicos forzudos, estudiantes, y sin bigote. Llamar a cualquier hora al 709-6404»; «¡Mi nombre es Gran

Pollón y follar es mi afición! ¡Ofrezco mi amor con todo tesón! ¡Unámonos para una noche en *duetto*, mi polla es dura si tu coño es prieto! Mandar foto abierta de piernas a Apdo. 6969, L. A., 90069, Calif.».

Lloyd se disponía a dejar de lado los anuncios y a pronunciar un alegato de misericordia para la raza humana cuando su mirada advirtió un anuncio rodeado de un círculo rojo. «¿Tu fantasía o la mía? Unámonos y juguemos. Toda persona sexualmente liberada queda invitada a escribirme al Apdo. 7512, Hollywood 90036, Calif. Soy una mujer atractiva de 28 años.» Apartó la hoja de revista y miró las dos restantes. En ambas aparecía el mismo anuncio.

Se metió las hojas en el bolsillo de la chaqueta, regresó al dormitorio y abrió las ventanas. Julia Lynn Niemeyer osciló con la corriente de aire, girando sobre su eje de una sola pierna, mientras la viga del techo crujía bajo su peso. Lloyd la tomó de los brazos con gentileza.

—¡Oh, cariño! —susurró—. ¡Oh, pequeña! ¿Qué buscabas? ¿Tuviste que luchar? ¿Gritaste?

Casi a modo de respuesta, el frío brazo izquierdo de la mujer fue alcanzado por una ráfaga de viento y se desasíó de la mano de Lloyd. Él lo agarró de nuevo y sostuvo la mano con firmeza, mientras su mirada recorría las largas venas azules hasta la corva del codo. Se quedó sorprendido. En la mitad de la vena más gruesa había un par de marcas de aguja, claramente alineadas. Revisó el otro brazo y no encontró nada. Entonces restregó los restos de sangre seca de los tobillos y la corva de las rodillas, pero tampoco encontró rastro de pinchazos. Habían sedado con profesionalidad a la mujer en el momento de su profanación.

Lloyd oyó pasos en el pasillo y segundos más tarde irrumpieron en el apartamento un policía de paisano y dos agentes de uniforme. Entró al salón para saludarles y señaló con el dedo gordo por encima de su hombro para decirles:

—Por aquí, muchachos. —Estaba observando el cielo oscuro a través de la ventana cuando oyó las primeras exclamaciones de horror, seguidas de expresiones de náusea.

El policía de paisano fue el primero en recuperarse. Se dirigió hacia Lloyd y le soltó con descaro:

—¡Uay, vaya pastel! Usted es Lloyd Hopkins, ¿verdad? Yo soy Lundquist, de la comisaría de Hollywood.

Lloyd se giró para mirar a aquel hombre joven y alto, prematuramente canoso, e hizo caso omiso a la mano que le tendía. Le examinó abiertamente y decidió que era tonto e inexperto.

Lundquist se inquietó ante la mirada de Lloyd.

—Creo que estamos ante un robo chapucero, sargento —dijo—. Vi marcas de palanca en la puerta. Creo que tendríamos que empezar nuestra investigación averiguando qué ladrones usan métodos viol...

Lloyd sacudía la cabeza, lo que hizo callar al joven detective.

—Falso. Estas marcas de palanca son recientes. Los desgarros se habrían cubierto de moho si el presunto robo hubiera coincidido con el asesinato. La mujer lleva muerta por lo menos dos días. No, el ladrón era el tipo que llamó para denunciar el cadáver. Ahora escuche, el bolso de la mujer está sobre aquella silla. Tiene RH positivo. Aquí tengo también un libro con dos huellas dactilares parciales imprimidas en sangre. Llévelo al laboratorio y dígales a los técnicos que me llamen a casa tan pronto como obtengan los resultados, cualesquiera que sean. Quiero que se encarguen de los trámites y que luego precinte la casa. No quiero periodistas ni a los imbéciles de la tele. ¿Ha entendido?

Lundquist asintió con la cabeza.

—Bien. Ahora quiero que llame a la central y solicite un forense y un equipo de detección de huellas para que empolven este lugar de arriba a abajo. Quiero un trabajo completo. Luego dígale al forense que me llame a casa para darme el informe de la autopsia. ¿Quién es el mandamás de la comisaría de Hollywood?

—El teniente Perkins.

—Bien. Le llamaré. Dígale que llevo este caso como robo-homicidio.

—De acuerdo, sargento.

Lloyd regresó al interior del dormitorio. Los dos agentes miraban fijamente el cadáver y hacían bromas.

—Una vez tuve una novia que se le parecía —decía el policía de más edad—. Blood Mary. Sólo podía estar con ella dos semanas de cada mes, tanto le duraban las reglas.

—Eso no es nada —dijo el más joven—. Yo sé de un ayudante de la morgue que se enamoró de un cadáver. No quería permitir que el coronel la rajara; dijo que estropearía su romance.

El otro agente se echó a reír y encendió un cigarrillo con manos temblorosas.

—Mi mujer estropea el romance cada noche.

Lloyd se aclaró la garganta; sabía que los dos hombres bromeaban para mantener a raya su horror, pero de todos modos se sentía ofendido y no quería que Julia Lynn Niemeyer escuchara tales cosas. Revolvió en el interior del armario hasta encontrar una bata de terciopelo. Luego se dirigió a la cocina y cogió un cuchillo de sierra. Cuando regresó al dormitorio y se subió de pie sobre la cama, el policía joven dijo:

—Es mejor que la deje como está hasta que venga el coronel, sargento.

Lloyd respondió:

—Cállate la boca. —Y cortó la cuerda de nilón que ataba a Julia Niemeyer por el tobillo. Sostuvo sus miembros inertes y su torso violado entre sus brazos y se bajó de la cama, acunando la cabeza sobre su hombro. Sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—Duerme, preciosa —dijo—. Yo encontraré a tu asesino. —Lloyd la depositó en el suelo y la cubrió con la bata. Los tres policías le miraron incrédulos—. Encárguense de los trámites —ordenó Lloyd.

Tres días más tarde, Lloyd se encontraba en la oficina central de Correos de Hollywood con la vista pegada a la pared que albergaba los casilleros de los apartados de correos que iban del 7500 al 7550, con el conocimiento de que Julia había mandado sus anuncios en compañía de una mujer alta y rubia de unos cuarenta años. El personal de las oficinas del *L. A. Nite-Line* y el *L. A. Swinger* habían identificado a la mujer asesinada a partir de la fotografía de su permiso de conducir, y recordaba claramente a su acompañante femenina.

Lloyd se inquietaba, pero controlaba su enojo reconsiderando todas las evidencias médicas sobre el asesinato. Primer hecho: Julia Lynn Niemeyer había muerto a causa de una dosis masiva de heroína, y mutilada después de muerta. Segundo hecho: Ninguno de los inquilinos del Aloha Regency había notado señales de lucha, ni tampoco sabían gran cosa sobre la víctima, que al parecer vivía de una renta que le habían dejado sus padres, muertos en un accidente de tráfico en 1978. Esta información se la había proporcionado el tío de la joven, que se había enterado del asesinato a través de los periódicos de San Francisco y había descrito a Julia como «una chica muy profunda, muy callada y muy inteligente, que no necesitaba gente a su alrededor».

El asesinato había tenido una gran repercusión en la prensa y se habían señalado similitudes con la matanza de Tate-LaBianca de 1969. Aquello había provocado un verdadero torrente de información no solicitada que desbordó la centralita del Departamento de Policía de Los Ángeles, y Lloyd había asignado a tres oficiales para que entrevistasen a aquellos informadores que no parecían ser chiflados. Las huellas dactilares impresas en sangre sobre la cubierta del libro, la única laguna de las pruebas físicas, habían sido analizadas por los expertos. Los resultados fueron introducidos en los ordenadores y mandados a los departamentos de policía de todos los estados de la nación, con resultados sorprendentemente negativos: Aquellos dedos índice y pulgar no podían ser atribuidos a nadie ni a ningún lugar, lo que representaba que el asesino nunca había sido arrestado, nunca había prestado servicio militar o civil, no se había casado ni había solicitado un permiso de conducir en treinta y siete de los cincuenta estados de Estados Unidos.

Lloyd se dio cuenta de que su hipótesis iba tomando la forma de lo que él llamaba el «Síndrome de la Dalia Negra», refiriéndose a un famoso asesinato con mutilación, en 1947, que nunca había sido resuelto. Estaba convencido de que Julia Lyn Niemeyer había sido asesinada por un hombre inteligente, de mediana edad, que nunca había cometido ningún asesinato, un hombre de escasa capacidad sexual que de algún modo había contactado con ella, cuya personalidad debía de haber despertado su psicosis oculta y que le condujeron a planear cuidadosamente el crimen. También sabía que el hombre era fuerte y capaz de maniobrar entre diversos estratos de niveles sociales: un ciudadano medio que también era capaz de conseguir heroína.

Lloyd se sentía tan impresionado por el asesino como por el reto que representaba

su captura. Inspeccionó al azar la multitud que pululaba por la oficina de Correos y desvió de nuevo su mirada sobre el casillero 7512. Sentía crecer su impaciencia. Si la «mujer alta y rubia» no aparecía antes de la hora de comer, estaba decidido a forzar el buzón y arrancar la puerta de las bisagras.

Una hora más tarde apareció. Lloyd supo que era ella tan pronto como cruzó las amplias puertas de cristal y se dirigió con nerviosismo hacia las filas de casilleros. Era una mujer alta y de facciones marcadas cuyo aspecto era de un nerviosismo contenido con dificultad. Casi pudo sentir la tensión del cuerpo de la mujer cuando ésta miró con temor en todas las direcciones e introdujo la llave para sacar la correspondencia y salir a toda prisa.

Lloyd la alcanzó en el momento en que abría la puerta de un Pinto Hatchback aparcado en doble fila. Ella se giró al oír pasos tras de sí, y se cubrió la boca con una mano cuando vio la placa que Lloyd había puesto ante sus ojos. Trastornada por la placa, se desplomó sobre el coche y dejó caer las cartas sobre el asfalto.

Lloyd se agachó y las recogió.

—Oficial de policía —le dijo con calma.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Brigada Antivicio?

—No, Homicidios. Es sobre el asesinato de Julia Lynn Niemeyer.

El rostro de la mujer se sonrojó de enojo.

—¡Jesús —dijo—, qué alivio! Pensaba llamarles. Imagino que debe usted querer charlar un rato, ¿verdad?

Lloyd sonrió; la mujer tenía un cierto ramalazo.

—No podemos hablar aquí —le dijo—, y no quiero obligarla a ir a una comisaría. ¿Le importa que vayamos a algún lado?

—No —respondió ella, y añadió «oficial» con un ligero desdén.

Lloyd le indicó que dirigiera su coche en dirección sur hasta Hancock Park. Por el camino se enteró de que ella se llamaba Joanie Pratt, de 42 años de edad, que había sido bailarina, cantante, actriz, camarera, Conejita del *Playboy* y modelo.

—¿Y ahora a qué se dedica? —le preguntó mientras entraban en el aparcamiento de Hancock Park.

—Es ilegal —dijo Joanie Pratt, sonriendo.

—No me importa —respondió Lloyd, devolviéndole la sonrisa.

—De acuerdo. Yendo Quaaludes y folio con tipos mayores y selectos que no quieren comprometerse.

Lloyd rió y señaló hacia una colección de dinosaurios de escayola que había sobre una loma cubierta de césped a poca distancia de los depósitos de asfalto.

—Vamos a charlar un rato —dijo.

Una vez estuvieron sentados sobre la hierba, Lloyd fue directo al grano y describió el cadáver de Julia Niemeyer con detalles espantosamente gráficos. El rostro de Joanie Pratt se tornó blanco, después rojo y empezó a sollozar. Lloyd no hizo nada por consolarla. Cuando calmó sus lágrimas, le dijo con suavidad:

—Quiero atrapar a ese animal. Estoy al tanto de los anuncios que usted y Julia publicaban en las revistas de sexo. No me importa si entre las dos se han follado a medio Los Ángeles, a los canguros del zoo de San Diego o la una a la otra. No me importa si vende droga, se la esnifa o se la chuta, o si se la da a los niños. Quiero saber todo cuanto usted sabe sobre Julia Niemeyer; su vida amorosa, su vida sexual y por qué puso los anuncios en aquellas revistas. ¿Ha comprendido?

Joanie asintió en silencio. Lloyd extrajo un pañuelo del bolsillo de su abrigo y se lo ofreció. Ella se secó el rostro y dijo:

—De acuerdo, es más o menos así. Hace unos tres meses me encontraba en la Biblioteca de Hollywood, devolviendo unos libros. Me fijé en una chica bonita que se encontraba junto a mí, mirando todos estos libros escolares de sexo: el *Kraft-Ebbing*, el *Kinsey*, el

Informe Hite. Le solté una broma a la chica, que resultó ser Julia. Bien, pues salimos, nos fumamos un cigarrillo y charlamos... sobre sexo. Julia me dice que está investigando sobre la sexualidad, que quiere escribir un libro. Yo le cuento mi curioso pasado y el negocio que me llevo entre manos: fiestas de folleto. Es una especie de chapuza. Conozco a unos cuantos peces gordos, agentes de la propiedad inmobiliaria, a los que vendo droga a cambio de que me dejen subarrendar una de estas fantásticas casas cuando los propietarios están de viaje. Entonces pongo los anuncios en las revistas: fiestas sexuales de alto *standing*. Doscientos dólares por pareja, para que no venga gentuza. Les proporciono buena comida y drogas, música y algún espectáculo. Bueno, pues Julia... está obsesionada con el sexo, pero no folla...; es una escolar del sexo...

Joanie hizo una pausa y encendió un cigarrillo. Cuando Lloyd le dijo con nerviosismo «Continúe», ella prosiguió:

—Bueno, pues Julia dice que quiere entrevistar a la gente que va a mis fiestas. Yo le digo que «ni pensarlo». Esa gente paga un buen dinero por venir, y no quiero que una entrevistadora obsesa les importune. Así que Julia me dice: «Mira, tengo un montón de dinero. Yo pagaré a la gente para que venga a las fiestas y les entrevistaré como pago de admisión. De este modo les podré observar». De cualquier modo, ésta es la razón por la que Julia puso aquellos anuncios. La gente se puso en contacto con ella y se ofreció a pagarles la asistencia a las fiestas si consentían en ser entrevistados.

Lloyd se había quedado de piedra, mirando fijamente a los ojos pálidos de Joanie hasta que ésta empezó a agitar una mano frente a su rostro.

—Aterrice, sargento. Parece que acaba de llegar de Marte.

Lloyd sintió cómo los datos se ajustaban en su teoría. Apartó la mano de Joanie y le dijo:

—Prosiga.

—De acuerdo, hombre de Marte. Sea como fuera, Julia hizo las entrevistas y observó a la gente follar hasta ponerse morada. Escribió montones de notas y ya

había completado el primer esbozo de su libro cuando le robaron los manuscritos, las notas y sus archivos. Ella dijo...

—¿Qué?! —gritó Lloyd

Joanie dio un salto hacia atrás, sobresaltada.

—Quieto ahí, sargento. Déjeme acabar. Ocurrió más o menos hace un mes. Le saquearon los manuscritos. También le robaron el estéreo, la tele y cien dólares en efectivo. Ella...

Lloyd la interrumpió.

—¿Informó a la policía?

Joanie sacudió la cabeza.

—No, yo le dije que no lo hiciera. Le dije que siempre podría reescribir su libro de memoria y hacer nuevas entrevistas. No quería que ningún policía metiera las narices en nuestros asuntos. Los polis son todos unos moralistas y me habrían desmontado la parada. Pero escuche: una semana antes de su muerte, Julia me dijo que tenía la impresión de que la estaban siguiendo. Siempre veía al mismo hombre en los lugares más extraños... en la calle, en restaurantes, en el mercado. Nunca la miraba ni nada parecido, pero ella tenía la impresión de que la perseguía.

Lloyd se quedó helado.

—¿Reconocía al hombre de alguna de las fiestas?

—Dijo que no podía estar segura.

Lloyd permaneció en silencio durante un largo rato.

—¿Tiene alguna de las cartas que Julia recibió?

Joanie sacudió la cabeza.

—No, sólo las que acabo de recoger.

Lloyd alargó la mano y Joanie sacó las cartas de su bolso. Él la miró fijamente mientras se daba golpes en la pierna con las cartas.

—¿Cuándo va a dar su próxima fiesta?

Joanie bajó la mirada.

—Esta noche.

Y Lloyd dijo:

—Bien. Voy a asistir. Usted será mi pareja.

La fiesta tenía lugar en un edificio de tres plantas cobijado al final de una calle sin salida en el lado de Valley de las colinas de Hollywood. Lloyd se había vestido con pantalones de pinzas, un cárdigan, camisa polo a rayas y un jersey de cuello barco anudado sobre su pistola recortada del 38, lo que hizo que Joanie exclamara:

—¡Por Dios, sargento! Esto es una fiesta de sexo y no un guateque de colegio. ¿Dónde está mi corsé?

—En mis pantalones —dijo Lloyd.

Joanie se echó a reír y le miró de arriba a abajo de reojo.

—Estupendo. ¿Quiere follar esta noche? No le faltarán ofertas.

—No, me reservo para la promoción de veteranos. ¿Quiere enseñarme el lugar?

Dieron una vuelta por la casa. Habían colocado todo el mobiliario del salón del comedor frente a las paredes, y las alfombras enrolladas y amontonadas en vertical junto a una hilera de mesas con entremeses, canapés y cócteles. Joanie dijo:

—*Buffet* y pista de baile. Hay un estupendo sistema de estéreo con altavoces repartidos por toda la casa. —Señaló con el dedo las instalaciones de luz que colgaban del techo—. El estéreo va conectado a las luces, así que ambos se ponen en funcionamiento al mismo tiempo. Es fantástico. —Tomó a Lloyd de la mano y le condujo escaleras arriba. Los dos pisos superiores albergaban dormitorios y salitas a ambos lados de un amplio distribuidor. Sobre las puertas abiertas había luces rojas que se apagaban y encendían, y Lloyd pudo ver que todo el suelo del espacio de cada habitación estaba cubierto de colchones con sábanas de seda color rosa.

Joanie le dio un golpecito en las costillas.

—Todo esto lo alquilo en un mercado que hay en Skid Row. Ellos se encargan de todo el trabajo pesado. Les doy diez dólares antes de la fiesta y veinte dólares más y una botella de tequila cuando vuelven a colocarlo todo en su sitio. ¿Qué pasa, sargento? Está frunciendo el ceño.

—No sé —dijo Lloyd—, pero es curioso. He venido en busca de un asesino, esta fiesta va probablemente contra la ley, y creo que estoy más feliz de lo que lo he estado durante mucho tiempo.

Media hora más tarde comenzaron a llegar los participantes. Lloyd le explicó brevemente a Joanie lo que quería: ella tenía que circular por la fiesta y señalarle todas aquellas personas que recordara que habían sido entrevistadas o que hubieran parecido interesadas en Julia Lynn Niemeyer. Tenía que informarle de todos los hombres que *mencionaran* a Julia o su reciente fallecimiento. También tenía que informarle de cualquier cosa que le pareciese oscura o incongruente, cualquier detalle que se escapara de su propia definición del carácter de su fiesta, «Buena música, buenas drogas y buen folleteo»; *nadie* tenía que enterarse de que él era un oficial de policía.

Lloyd se situó entre dos fornidos guaperas que supervisaban a los invitados que iban llegando y recogían sus invitaciones. Los asistentes, que acudían por parejas para asegurar una buena proporción de participantes, se le antojaron como la representación en microcosmos del millonario aburrido. Los mejores trajes de última moda, cuerpos en tensión, hombres de mediana edad temerosos de serlo, mujeres de aspecto duro y competitivo, descaradas como travestis. Mientras los matones cerraban las puertas tras los últimos invitados, Lloyd sintió que acababa de presenciar una perfecta representación impresionista del infierno. Como reacción se le había crispado la rodilla izquierda, y al regresar junto al *buffet* supo que iba a necesitar todo el amor de su moral protestante para no acabar odiándoles.

Decidió jugar el papel de macho cachondo. Cuando Joanie Pratt se le aproximó, le susurró al oído:

—Haz que parezca que estamos juntos.

Joanie cerró los ojos y Lloyd se inclinó despacio para besarla. Extendió las manos, la tomó por la cintura y la levantó unos centímetros sobre el suelo. Sus labios y lenguas se unieron y jugaron en perfecta unión. Una avalancha de silbidos y comentarios divertidos ahogaron el furioso latir del corazón de Lloyd, y cuando dio el beso por acabado y depositó a Joanie sobre el suelo, supo que había conquistado con amor a toda la asamblea.

—Eso es todo, amigos —dijo en tono socarrón, mientras daba golpecitos a Joanie en el hombro—. Que lo paséis muy bien. Yo tengo que subir arriba y descansar. —La ironía fue recibida con aplausos, y Lloyd subió corriendo las escaleras.

Encontró un dormitorio en el extremo más alejado del pasillo de la tercera planta y se encerró con llave por dentro. Se sentía orgulloso de su actuación, aunque algo avergonzado por lo fácil que había resultado y confundido por el hecho de que empezaba a gustarle lo que estaba ocurriendo abajo. Se sentó sobre las sábanas rosas y extrajo de su bolsillo las cartas que le había dado Joanie, la última correspondencia que había llegado al apartado 7512; había planeado repasarlas más tarde, con la ayuda de Joanie, pero ahora necesitaba trabajar para mantener a raya su angustiante ambivalencia.

Los dos primeros sobres contenían propaganda porno, desde cartas que anunciaban vibradores eléctricos hasta vestimentas sadomaso, el tercer sobre estaba escrito a mano. Lo observó más de cerca y vio que las letras estaban perfectamente encuadradas, escritas con bolígrafo y regla. Su mente se disparó y tomó el sobre por los bordes, con cuidado, y lo abrió con un gesto diestro con la uña. Dentro había un poema, escrito con trazos gruesos en tinta marrón. Lloyd inclinó la página a ambos lados. Había algo en la tinta que le inquietaba. Dejó que la hoja de papel se balanceara ante sus ojos y se dio cuenta de que la tinta parda empezaba a descamarse, dejando un rastro más claro. Deliberadamente rascó una estrofa, se olió el dedo y notó que su mente se encendía otra vez: el poema estaba escrito con sangre.

Lloyd forzó su mente a mantener la calma utilizando su método de respirar profundamente y obligándose a sí mismo a concentrarse en las líneas verticales de la manta que Penny le había tejido hacía dos Navidades. Después de mantener la mente en blanco durante varios minutos, empezó a leer las palabras trazadas en sangre:

*Yo te liberé de tu pesar,
yo te robé como un ladrón,
yo te presto mi corazón,
para darte misericordia.
Tú me suplicaste que
pusiera fin a tu porfía
y a cambio yo te di mi vida.
Tu corazón es mi esposa,
tu perversión, mi carga
tu muerte, mi vida.
Leo tus palabras:*

*una senda hacia el infierno.
Apenado en lo más hondo
por el horror que has hallado;
por ti he sufrido más
que por ninguna otra.
Tú, la más inteligente,
la más amable, la peor
y la mejor.
Desfallecí en el momento
en que te otorgué el descanso.*

*Tributo de anónimo tránsito,
vivida vida encerrada
en el cáncer de una célula.
Sólo el amor de mi navaja
lo dispensa.
Indultado desde las puertas
de este ensangrentado
infierno.*

Lloyd leyó el poema tres veces más y lo memorizó, apropiándose de las permutaciones de las palabras y regulando el latido de su corazón, el fluir de su sangre y sus ondas cerebrales. Recorrió la habitación y contempló su imagen en el espejo que cubría por completo la pared del fondo. No era capaz de decidir si era un guerrero protestante irlandés o una gárgola, pero tampoco le importaba; se veía situado en el vértice de las compulsiones del mal y por fin sabía precisamente por qué le había sido otorgada la condición de genio.

A medida que el poema le iba calando más hondo, empezaba a asumir dimensiones musicales, cadencias de las melodías pachangueras de todos aquellos antiguos programas de televisión que Tom le había hecho...

Las cadencias se acrecentaban y aquel «Vivida vida encerrada en una célula cancerosa» se transformó en una improvisación del tema para big-band de la canción «Texaco Star Theatre». De repente vio ante sí a Milton Berle, haciendo girar un cigarro puro contra sus dientes ennegrecidos. Lloyd dio un grito y cayó de rodillas, cubriéndose los oídos con ambas manos.

Se produjo un ulular y la música paró. Lloyd apretó con más fuerza las manos contra los oídos. «Cuéntame el cuento del conejo que desciende por el agujero», se repitió a sí mismo beatíficamente hasta que escuchó el crujido de ruidos parásitos que provenían del altavoz montado en una de las paredes del dormitorio. Sus gemidos se transformaron en risotadas de alivio. Se trataba de una radio.

En la mente de Lloyd se asentaron pensamientos racionales de lucha. Si desconectaba unos cuantos cables y hacía girar unos pocos botones, podría desarmar la fuente central de música. Los participantes podían perfectamente follar sin la música; de cualquier modo, todo aquello era ilegal.

Dobló el poema con cuidado para introducirlo en el sobre, lo guardó en su bolsillo y se dirigió hacia las escaleras, con las manos apretadas contra sus caderas, retorcidas en los bolsillos de su pantalón. Hizo caso omiso a las parejas que fornicaban de pie en

los umbrales de las puertas y se concentró en los temblorosas luces carmesí que iluminaban el pasillo. Las luces eran la realidad, la antítesis benigna de la música, y si conseguía que le guiaran hasta el sistema estereofónico, estaría a salvo.

La planta baja era un remolino macizo de cuerpos desnudos que se movían al compás de la música. Miembros rítmicos y abandonados oscilaban en el aire, sin prestar atención al compás, acariciando pieles, deteniéndose en breves caricias antes de ser arrastrados por el remolino general. Lloyd se abrió paso entre la barahúnda de manos y brazos que le tocaban y le tiraban. En el extremo opuesto del salón vio el aparato estereofónico y a Joanie Pratt que escudriñaba entre una pila de discos; estaba completamente vestida y se le antojó como un faro de salvación en un mundo de ruidos dementes.

—¡Joanie!

Le espantó el tono de alarma de su propia voz. Se abrió camino a sacudidas para huir de la música, entre cuerpos que se apartaban a su paso. Atravesó la cocina a toda prisa, recorrió pasillos apenas iluminados y salió a un patio sumido por completo en la oscuridad y envuelto en un silencio estremecedor. Cayó de rodillas y se dejó abrazar por el silencio de la noche y el aroma de los eucaliptos.

—¿Sargento?

Joanie Pratt estaba arrodillada a su lado. Le acarició la espalda y le dijo:

—¡Dios mío! ¿Se encuentra usted bien? La cara que ponía en la pista de baile... Nunca había visto nada igual.

Lloyd se esforzó en reír.

—No se preocupe por esto. No puedo soportar los ruidos fuertes ni la música. Es una vieja manía.

Joanie señaló con un dedo a su sien y le dio vueltas.

—Tiene unos cuantos tornillos sueltos. ¿Lo sabía?

—No me hable de este modo.

—Lo siento. ¿Tiene esposa e hijos?

Lloyd asintió con la cabeza y se puso en pie. Ayudó a Joanie a levantarse y dijo:

—Diecisiete años de matrimonio y tres hijas.

—¿Va bien?

—Las cosas están cambiando. Mis hijas son maravillosas. Yo les cuento historias, pero mi mujer me odia por hacerlo.

—¿Por qué? ¿Qué clase de historias?

—Da igual. Cuando tenía ocho años mi madre me contaba historias que me salvaron la vida.

—¿Qué clase de...?

Lloyd sacudió la cabeza.

—No, déjeme cambiar de tema. ¿Ha oído algo en la fiesta? ¿Ha mencionado alguien a Julia? ¿Se ha fijado en algo extraño, fuera de lo normal?

—No, no y no. Julia utilizaba un nombre falso para entrevistar a la gente, y en los

periódicos publicaron una foto muy mala. Dudo de que alguien haya relacionado el caso.

Lloyd tomó en consideración aquellas palabras.

—Lo creo —dijo—. Mi instinto me dice que el asesino no vendría a este tipo de fiestas. Le parecerían horribles. Aún así, quiero cubrir todos los ángulos. En una de las cartas que me dio había un poema. Lo había escrito el asesino, estoy seguro. El poema hacía vagas referencias a otras víctimas, así que estoy seguro de que ha matado a más de una mujer. —Cuando vio que el rostro de Joanie se quedaba atónito, prosiguió—: Necesito que me haga una lista de los habituales en sus fiestas.

Joanie ya estaba sacudiendo la cabeza con frenesí. Lloyd la agarró por el hombro y le dijo con suavidad:

—¿Quiere que este animal vuelva a cometer otro asesinato; y lo que es más, salvar vidas inocentes o el anonimato de un puñado de imbéciles viciosos?

Unas risotadas histéricas que provenían del interior de la casa acompañaron la respuesta de Joanie.

—No hay elección, sargento. Vayamos a mi casa; tengo un archivo de todos mis clientes habituales.

—¿Y qué hay de su fiesta?

—Al infierno con ella. Voy a encerrar con llave a los invitados. ¿Su coche o el mío?

—El mío. ¿Es una invitación?

—No, es una proposición.

Más tarde, cuando ambos ya estaban demasiado llenos el uno del otro como para dormir, Lloyd jugaba con los pechos de Joanie, los apretaba y empujaba, dándoles diferentes formas y recorría sus dedos con suavidad alrededor de los bordes de los pezones.

Joanie se rió y dijo *sotto voce*:

—Du-ua, ua-ua, du-ran-ran.

Lloyd le preguntó qué significaban aquellos extraños ruidos y ella respondió: «Había olvidado que nunca escucha música».

—De acuerdo. Llegué aquí desde Saint Paul, Minnesota, en 1958. Tenía dieciocho años. Lo tenía todo planeado: Iba a ser la primera estrella femenina del rock and roll. Era rubia, tenía tetas y creía que sabía cantar. Me bajó del autobús en Fountains and Vine y me pongo a andar hacia el norte. Detrás del bulevar veo la torre de Capitol Records y me imagino que es un mensaje, así sin pensármelo dos veces subo al edificio con la maleta en la mano, vestida con un traje de fiesta con miriñaque y zapatos de tacón en el día más frío del año.

Como sea, me siento en la sala de espera y me pongo a mirar todos aquellos discos de oro que tenían en las paredes. Pienso: «Algún día...». Como sea, aparece

un tipo y me dice: Soy Pluto Maroon. Soy agente. Capital Records no está hecho para ti. Vamos a dar una vuelta». Yo dijo: «¿Qué?», y nos vamos a dar una vuelta. Pluto me dice que un colega-guay suyo está rodando una peli-guay en Venice. Nos vamos para allí en su Cadillac. El colega de Pluto es Orson Welles. No mierda, sargento. Es el jodido Orson Welles. Está rodando *Touch of Evil* y Venice está literalmente invadida por la gente de su equipo.

»Enseguida me doy cuenta de que Orson es condescendiente con Pluto, que le tiene por un majara, una especie de bufón picaresco y divertido. De cualquier modo, Orson le dice a Pluto que le consiga unos cuantos extras, gente del lugar que esté dispuesta a andar todo el día por ahí a cambio de unos cuantos dólares y comida. Así que Pluto y yo nos vamos andando por el paseo marítimo. ¡Qué revelación! ¡La inocente Joanie de Saint Paul entre beatniks, jonkis y genios!

»En fin, que entramos en una librería beatnik. Detrás del mostrador hay un chico que parece el Hombre Lobo. Pluto le dice: ‘¿Quieres trabajar para Orson Welles y ganarte una pasta?’. El chico dice: ‘De puta madre’, y nos largamos por el paseo recolectando por el camino a una tribu increíble de colgados.

»Bueno, pues el Hombre Lobo me echa el ojo encima y me dice: ‘Soy Marty Mason’, dice: ‘Soy cantante’. Yo pienso: ‘Mira por donde’, y le dijo: ‘Yo soy Joanie Pratt, y también soy cantante’. Marty dice: ‘Canta *du-ua, ua-ua, du-ran-ran*’ diez veces. Lo hago y él me dice: ‘Esta noche toco en San Bernardino. ¿Quieres hacer los coros?’ Yo le dijo: ‘¿Qué tengo que hacer’, y Marty dice: ‘Cantar *du-ua, ua-ua, du-ran-ran*’.

»Y así lo hice. Durante diez años canté: ‘Du-ua, ua-ua, du-ran-ran’. Me casé con Marty, y él se convirtió en Marty *Monster* Mason y montó el grupo de los Monster Stomp, aprovechando su aspecto de hombre lobo. Durante un par de años fuimos la pareja ideal. Luego, Marty se colgó del caballo y nos divorciamos. Ahora yo soy una especie de mujer de negocios y Marty está en tratamiento de mantenimiento con metadona y trabaja de cocinero en un Burger King de Valley, y todavía sigue el ‘du-ua, ua-ua, du-ran-ran’.»

Joanie suspiró, encendió un cigarrillo y le lanzó aros de humo a Lloyd, que estaba trazando dibujos en sus muslos y pensando en la lección de existencialismo que acababa de escuchar. Deseoso de saber la interpretación de Joanie, le preguntó:

—¿Qué quiere decir?

Ella respondió:

—Cuando las cosas andan mal o me dan miedo, o que tal vez vayan a ir mejor, me pongo a cantar «*dua-ua, ua-ua, du-ran-ran*», y todo parece volver a tener sentido, o por lo menos ya no me da tanto miedo.

Lloyd sintió que una pequeña parte de su corazón se separaba y se desplazaba a Venice en el invierno del 58.

—¿Puedo volver a dormir contigo alguna otra vez?

Joanie le tomó la mano y la besó:

—Siempre que quiera, sargento.

Lloyd se levantó y se vistió, luego tomó el archivo y lo apretó contra su pecho.

—Seré muy discreto con esto —dijo—. Haré que todos los interrogatorios necesarios los hagan agentes muy educados y competentes.

—Confío en usted —dijo Joanie.

Lloyd se inclinó y la besó en la mejilla.

—He memorizado tu número de teléfono. Te llamaré.

Joanie se reclinó con el beso.

—Tenga cuidado, sargento.

El amanecer llegaba y Lloyd se dirigió hacia el centro de la ciudad, hasta Parker Center, sintiéndose bullir de determinación. Tomó el ascensor hasta el cuarto piso donde se encontraba la sala de computadores. Había un solo operador de servicio. El hombre levantó la vista de su libro de ciencia ficción cuando vio que Lloyd se acercaba y se preguntó si tendría ocasión de conversar con el gran detective al que llamaban el Cerebro. Cuando vio la mirada de Lloyd decidió que no era el momento oportuno.

Lloyd le dijo con brusquedad:

—Buenos días. Quiero copias de todos los homicidios de mujeres no resueltos en el condado de Los Ángeles en los últimos cinco años. Voy a estar arriba, en mi despacho. Llame a la extensión 1179 tan pronto como tenga la información.

Lloyd se despidió y subió andando los dos tramos de escalera que le separaban de su despacho. El cubículo estaba oscuro y silencioso. Se dejó caer en la silla y se durmió de inmediato.

CAPÍTULO SEIS

Era la onceava vez que el poeta leía el manuscrito de principio a fin, su onceavo viaje al interior de la última pasión vergonzosa de su amada, y el tercero desde que su amor se hubo consumado.

Mientras volvía las páginas las manos le temblaban, y vio que tendría que volver al tercer capítulo, repulsivo y fascinante, a aquellas palabras que le herían y le desgarraban, que le hacían sentir sus propios órganos y sus funciones, le producían hormigueos y le hacían sudar y reírse sin motivo.

El capítulo se titulaba «Hombres rectos fantasías Gay», y le hacía recordar sus primeros pasos en la poesía, aquellos tiempos en que no estaba tan obsesionado por la forma, cuando las estrofas no tenían por qué rimar, cuando confiaba en la unidad temática de su subconsciente; en aquel capítulo, su amada había obtenido muestras disparatadas de hombres normales que admitían cosas tales como «Me gustaría hacerlo por el culo una sola vez. Sólo hacerlo, sin pensar en las consecuencias, y luego ir a casa y hacer el amor con mi mujer y preguntarme si para ella era lo mismo», o «Ahora tengo treinta años, y durante diecisiete años me he tirado a todas las mujeres que me lo han permitido, y todavía no he logrado sentir aquella fabulosa excitación que creía sentiría. A veces me voy al bulevar de Santa Mónica y veo a los chaperos y me excito, y me pongo a pensar y a pensar, y... (aquí el entrevistado suspira con disgusto)... y entonces pienso que una mujer se servirá, o pienso en venir a estas fiestas, pero sin poder evitarlo vuelvo a pensar en Santa Mónica y en mi mujer y mis hijos, y entonces... ¡Oh, mierda!».

Cuando cerró el portafolios sintió aquellos flujos corporales que habían entrado a formar parte de su vida desde la consumación de su amor con Julia. Hacía dos semanas que ella había muerto, y los flujos persistían impertérritos a pesar del coraje que había mostrado al escribir su tributo anónimo grabado en su propia sangre, impertérritos a pesar de su primer trance sexual desde...

Había leído el tercer capítulo junto al cuerpo de Julia, saboreando su proximidad, sintiendo deseo por la perfección de su cuerpo y de sus palabras. Los hombres a los que Julia había entrevistado eran tan estériles y poco honestos que le daban ganas de vomitar. Aun así... leyó una y otra vez las palabras del hombre que iba al bulevar de Santa Mónica, apartando la vista sólo para mirar cómo Julia se balanceaba desde la viga. Era *más suya* que ninguna de las demás veintiuna amadas, más incluso que Linda, que le había conmovido tanto. Julia le había dado *palabras* que se quedarían con él, presentes de amor tangibles que crecerían en su interior. Aun así... el bulevar de Santa Mónica... el pobre infeliz, tan afectado por la moral social que no podía...

Entró en la sala de estar y cogió *Furor en el vientre*. Una poetisa lesbiana escribía sobre la «conjunción de húmedos pliegues». Su mente se vio invadida de visiones de torsos musculosos, anchos hombros y caderas estrechas y prietas que Julia le había

regalado, y que le decían que buscara una unión ulterior con ella mostrando el valor que aquel infeliz cobarde no había sido capaz. Sintió una frustración interior y buscó *palabras* desesperadamente. Trató de dibujar anagramas con los nombres de Julia y Kathy, de cinco palabras cada uno, pero no funcionó. Julia exigía más que las otras. Regresó al dormitorio para contemplar el cadáver por última vez. Volvió a tener visiones de hombres jóvenes en posturas provocativas, y decidió obedecer. Tomó su coche y se fue hasta el bulevar de Santa Mónica.

A unas pocas manzanas al oeste de LaBrea, los encontró, apostados frente a los bares y los *sex-shops*, sus siluetas recortándose contra las luces de neón que les otorgaban la incitación adicional de un halo, de un aura. Le cruzó la mente la idea de buscar una determinada imagen o cuerpo, pero enseguida la apartó de sus pensamientos. Aquello le daría tiempo para echarse hacia atrás, y quería impresionar a Julia con incuestionable obediencia.

Paró el coche junto al bordillo, y bajó la ventanilla para hacer señas a un joven que estaba apoyado en un quiosco de prensa, sacando cadera.

El joven se encaminó hacia el coche y se apoyó en la abertura de la ventanilla.

—Son treinta pavos. Sólo francés. Lo tomas o lo dejas —dijo, recibiendo como respuesta una señal de que entrara.

Fueron hasta una esquina y aparcaron. El poeta tensó su cuerpo hasta que pensó que la fuerza de sus músculos le ahogaría, entonces susurró «Kathy» y dejó que el muchacho le desabrochara los pantalones y apretara su cabeza contra su regazo. Continuaron sus contracciones hasta que explotó y vio colores mientras se corría. Le lanzó un puñado de billetes al muchacho y desapareció por la puerta. Todavía seguía viendo colores, y los siguió viendo durante el camino de vuelta a casa y en sus inquietos aunque maravillosos sueños de aquella noche.

Su ritual de posconsumación de mandar flores tuvo lugar a la mañana siguiente. Mientras salía de la floristería, se dio cuenta de que no sentía su habitual sentimiento de despedida. Se pasó la tarde revelando un negativo y pensando en las tareas que haría la semana siguiente, y en cómo Julia interpretaría sus quehaceres diarios como un suplicio de horrible aburrimiento.

Sin poder pegar ojo en toda la noche, releyó otra vez el manuscrito, y volvió a ver los colores y a sentir el peso de la cabeza del muchacho. Entonces empezó el terror. Sentía cuerpos extraños dentro de su propio cuerpo, pequeños melanomas y carcinomas que se movían audiblemente por su flujo sanguíneo. Julia le pedía más. Exigía un tributo escrito, palabras que igualaran a las suyas. Se cortó una arteria del brazo derecho con una cuchilla y se apretó el corte hasta que soltó sangre suficiente para llenar el fondo de una cubeta de revelado pequeña. Después de cauterizar la herida tomó una pluma de escribir y un regla y grabó meticulosamente su tributo. Aquella noche durmió bien.

Por la mañana maridó la carta al distrito postal que había en la primera página del manuscrito de Julia. Su sentimiento de normalidad se reafirmó. Pero al caer la noche

volvió a sentir terror. Volvía a sentir los carciomas en su interior. Empezaron a caérsele cosas de las manos y vio otra vez los colores, aún más vividos. La fantasmagoría del bulevar de Santa Mónica centelleaba ante sus ojos. Sabía que tenía que hacer *algo* o de lo contrario se volvería loco.

Durante las dos semanas que siguieron a la muerte de Julia, el poeta poseyó el manuscrito. Empezó a mirarlo como un talismán de maldad. El tercer capítulo era particularmente maléfico, hostil al autocontrol que había sido hasta entonces la característica de su vida. Limpió las palabras incineradas con agua del grifo y sintió que le invadía un nuevo propósito. Había un solo modo de borrar todos los recuerdos de su veintidosava amante.

Tenía que encontrar otra mujer.

CAPÍTULO SIETE

Habían transcurrido diecisiete días desde que se encontró el cuerpo de Julia Niemeyer, y Lloyd se preguntó por vez primera si en su ética protestante irlandesa había bastante justicia como para soportar lo que se estaba convirtiendo en el episodio más vejatorio de su vida, una cruzada que presagiaba una profunda e importante pérdida de control.

Por centésima vez desde que repasaba los informes, reconsideró todas las evidencias del asesinato de Julia y de los homicidios no resueltos de mujeres en el condado de Los Ángeles: la sangre con que se habían escrito los versos era O+ y la de Julia Niemeyer era AB, No había huellas dactilares en el sobre ni en el papel. Las entrevistas hechas a los inquilinos del Aloha Regency no habían conducido a nada: nadie sabía gran cosa sobre la víctima; nadie tenía noticia de que recibiera visitas; nadie recordaba suceso extraño alguno en el edificio paralelo al crimen. Habían registrado a fondo el área circundante en busca del cuchillo de doble filo que se suponía había sido utilizado para las mutilaciones, pero no habían encontrado nada que se le pareciese remotamente. La vaga esperanza que tenía Lloyd de que el asesino hubiese entrado en contacto con Julia a través de las fiestas, resultó fútil. Detectives experimentados habían entrevistado a todos los clientes del archivo de Joanie Pratt, pero no habían sacado nada en claro excepto nuevos aspectos de la lujuria y tristes evidencias de adulterio. Había asignado a dos oficiales para que investigaran en las librerías especializadas en literatura y poesía lésbica en busca de solicitudes masculinas de *Furor en el vientre* o cualquier comportamiento masculino extraño en general. Se habían cubierto todas las vías de investigación.

Quedaban los crímenes no resueltos: las veintitrés agencias de policía del condado de Los Ángeles cuyos datos componían el archivo del computador central, incluían 410 desde enero de 1968. Descontando 143 homicidios por accidente de tráfico, quedaban 267 muertes no resueltas. De éstas 267, 79 pertenecían a mujeres de edades comprendidas entre los veinte y cuarenta años, que Lloyd consideraba debía ser el perímetro de atracción del asesino. Estaba seguro de que aquel monstruo las prefería jóvenes.

Miró el mapa del condado de Los Ángeles que adornaba la pared del fondo de su despacho. Había clavado 79 chinchetas que marcaban la ubicación de los lugares en que aquellas 79 mujeres habían encontrado su muerte violenta. Lloyd examinó el territorio demarcado y dejó que su conocimiento íntimo de Los Ángeles y sus alrededores trabajara en concierto con sus instintos. Las chinchetas cubrían la totalidad del condado, desde los valles de San Gabriel y San Fernando hasta las alejadas comunidades de la playa que constituían sus perímetros al sur y al oeste. Cientos y cientos de kilómetros cuadrados. De las setenta y nueve, cuarenta y ocho estaban situadas en lo que la policía llamaba los suburbios de Basura Blanca: barrios de renta baja y elevado índice de criminalidad, en los que el alcoholismo y la

drogadicción constituían verdaderas plagas. Las estadísticas y su propio instinto de policía le indicaban que la gran mayoría de dichas muertes estaban relacionadas con el alcohol, las drogas o con casos de infidelidad. Así pues, quedaban treinta y una muertes de mujeres jóvenes, repartidas entre la clase media, la clase media-alta y los barrios altos de Los Ángeles y sus municipios, crímenes que nueve agencias de policía no habían sido capaces de resolver.

Cada vez que Lloyd había requerido a alguna de aquellas agencias que le mandaran copias de sus archivos, lo había lamentado, ya que podían tardar más de dos semanas en responder. Se sentía impotente y acosado por fuerzas que superaban su poder, y se imaginaba una ciudad de los muertos coexistente a Los Ángeles en otra dimensión temporal, una ciudad en la que hermosas mujeres le suplicaban con ojos aterrorizados que encontrara a sus asesinos.

Aquella sensación de impotencia había llegado a su cumbre tres días atrás, y había llamado personalmente a los oficiales jefes de enlace entre las agencias de los nueve departamentos para solicitar que le mandaran los archivos al Parker Center en un plazo de cuarenta y ocho horas.

Lloyd echó un vistazo a su reloj, que era un cronómetro Rolex marcado con las veinticuatro horas, según el sistema militar. Ya habían pasado setenta horas. Si añadía dos horas más para los retrasos burocráticos, las copias tenían que llegar hacia el mediodía. Salió disparado de su despacho y bajó corriendo los seis tramos de escaleras que le separaban de la calle. Sabía que si se pasaba cuatro horas andando por las calles sin destino concreto y con la mente voluntariamente en blanco, se pondría en las condiciones mentales óptimas que estaba seguro que iba a necesitar para devorar los treinta y un archivos de homicidios.

Cuatro horas más tarde, con la mente clara después de recorrer doce circuitos rápidos por el centro de la ciudad, Lloyd regresó a Parker Center y subió corriendo a su despacho. Vio que la puerta estaba abierta y que alguien había encendido la luz. Se cruzó con un teniente de uniforme que le dijo de pasada:

—Han llegado sus papeles. Están en su despacho.

Lloyd asintió y se asomó a la puerta.

El escritorio y las dos sillas de su despacho estaban cubiertos de gruesas carpetas llenas de papeles que todavía despedían el olor del proceso fotoestático. Las contó en número, sacó al pasillo las dos sillas, la papelera y el archivo, colocó los informes en el suelo formando un círculo, y se sentó en medio.

Cada una de las carpetas estaba marcada con el nombre y apellidos de la víctima y la fecha de su muerte. Lloyd las clasificó primero por regiones y después por años, sin mirar en ningún momento las fotografías, que sabía que estaban pegadas en la primera página. Seleccionó todos los informes que quedaban fuera del Departamento de Policía de Los Ángeles, empezando por Fullmer, Elaine, F. D. 9/3/68; Pasadena D.

P., y terminando por Deverson, Linda Holly, F. D. 14/6/82, y los dejó a un lado. Era un total de dieciocho informes. Miró los trece restantes que pertenecían al Departamento de Policía de Los Ángeles. Los datos de la portada eran ligeramente más detallados que los de los demás departamentos; en cada carpeta se indicaba, debajo del nombre, la edad y raza de la víctima. De las treces mujeres asesinadas había siete de raza negra e hispana. Lloyd apartó aquellos informes y reflexionó sobre sus primeras intuiciones, dejando su mente en blanco durante un minuto completo antes de volver al pensamiento consciente. Decidió que estaba en lo cierto al pensar que el asesino prefería mujeres blancas. Así, quedaban seis informes del Departamento de Policía de Los Ángeles y dieciocho de las agencias restantes, veinticuatro en total. Evitando mirar las fotografías, repasó las carpetas en busca de datos raciales. Había ocho de las víctimas que no pertenecían a la raza caucásica.

Quedaban dieciséis carpetas.

Lloyd decidió hacer un *collage* con las fotografías antes de leer los informes. Volvió a dejar su mente en blanco y extrajo las fotos para ponerlas boca abajo por orden cronológico.

—Habladme —dijo en voz alta mientras daba la vuelta a las fotografías.

Cuando hubo girado seis de las fotografías y vio las caras sonrientes de las mujeres, sintió que su mente empezaba a dar bandazos convulsivos que se asían al horrible conocimiento que estaba asimilando. Miró las fotos restantes y se sintió presa de la lógica del terror.

Todas aquellas mujeres se parecían, tenían un cierto parentesco en sus facciones anglosajonas. Todas ellas tenían un aspecto formal y llevaban cortes de pelo femeninos. Todas tenían aspecto saludable y un cierto aire tradicional. Lloyd musitó la única palabra que resumía el sentido de aquellos crímenes: «Inocente, inocente, inocente». Repasó las fotografías una docena de veces para fijarse en los detalles: collares de perlas, medallas y cadenas, la ausencia de maquillaje, la indumentaria anacrónica y de aspecto formal. Quedaba fuera de cuestión que aquellas mujeres habían sido asesinadas por un monstruo, en aras de la destrucción de la inocencia que tan espléndidamente mostraban.

Lloyd leyó los informes con manos temblorosas, participando de la comunión con la muerte servida por estrangulamiento, disparos de armas, sobredosis de drogas, decapitación, golpes, ingestión forzada de fluidos cáusticos, gas, envenenamiento y suicidio. Se trataba de métodos dispares capaces de eliminar cualquier sospecha policial de un asesinato en masa. Había un solo denominador común: la ausencia de pistas. No había huellas dactilares. Aquellas mujeres habían sido escogidas para el sacrificio simplemente por su aspecto. Era como si hubiesen matado a Julia Nimeyer dieciséis veces. ¿Y cuántas más en diferentes lugares? La inocencia era la plaga de la juventud.

Lloyd leyó de nuevo los informes, y salió de su trance con la conciencia de que se había pasado tres horas sentado en el suelo y estaba empapado de sudor. Mientras se

ponía en pie y estiraba sus miembros entumecidos, le invadió el *gran horror*: el genio del asesino era impenetrable. No dejaba rastro alguno, era imposible seguir las pistas de la muerte de Niemeyer y aún más imposible seguir las de las restantes. No podía hacer *nada*.

Él siempre había sido capaz de hacer algo.

Tomó un rollo de cinta adhesiva que tenía sobre la mesa y empezó a pegar las fotografías a lo largo de las paredes de su despacho. Cuando los rostros sonrientes de las mujeres le miraron fijamente desde todas las direcciones, se dijo a sí mismo: «*Finís. Morte. Dead. Muerto*».

Cerró los ojos durante unos instantes y se dispuso a leer las páginas de cada carpeta en las que se exponían las estadísticas vitales, forzándose a pensar solamente en el *área*. Una vez conseguido, cogió su cuaderno de notas y escribió:

Los Ángeles centro:

1. Elaine Marburg, F. D. 24/11/69
2. Patricia Petrelli, F. D. 20/5/75
3. Karen La Pelley, F. D. 14/2/71
4. Caroline Wernwr, F. D. 9/11/79
5. Cynthia Gilroy, F. D. 5/12/71

Comunidades de Valley y Foothill:

1. Elaine Fullmer, F. D. 9/3/68
2. Jeanette Willkie, F. D. 15/4/73
3. Mary Wardell, F. D. 6/1/74

Hollywood y Hollywood oeste:

- Laurette Powell, F. D. 10/6/78
Carla Castleberry, F. D. 10/6/80
Trudy Miller, F. D. 12/12/68
Angela Stimka, F. D. 10/6/77
Marcia Ren wick, F. D. 10/6/81

Beverly Hills - Santa Mónica - Comunidades playa:

- Monica Martin, F. D. 21/9/74
Jennifer Szabo, F. D. 3/9/72
Linda Deverson, F. D. 14/6/82

Esforzándose por pensar tan sólo *modus operandi*, leyó por segunda vez la página de estadísticas vitales y se encontró frente a tres muertes por golpes con objetos contundentes, dos desmembramientos, un accidente a caballo considerado como homicidio, cuatro suicidios atribuidos a diferentes medios, un, envenenamiento, una muerte por sobredosis y asfixia por gas que estaba clasificado como «¿asesinato-suicidio?».

Volviendo al apartado de *cronología*, Lloyd leyó las fechas de defunción que había anotado junto a la lista de víctimas con la finalidad de adivinar la metodología del asesino. Con la excepción del lapso de veinticinco meses entre Patricia Petrelli, F. D. 20/5/75, y Angela Stimka, F. D. 10/6/77, y el espacio de diecisiete meses entre Laurette Powell, F. D. 10/6/77, y Caroline Werner, F. D. 9/11/79, el asesino llevaba a

cabo sus ejecuciones a intervalos entre seis y quince meses, con lo cual, concluyó Lloyd, había evitado ser apresado durante tanto tiempo. Los asesinatos habían sido ejecutados de un modo sin duda brillante y se basaban en un conocimiento íntimo de la víctima logrado a través de una larga vigilancia. Y probablemente aquellos lapsos de tiempo más largos albergaban otras víctimas que no aparecían debido a pérdidas de archivos o a errores de computador. Todas las agencias policiales eran susceptibles de un amplio margen de error en sus archivos.

Lloyd cerró los ojos y se imaginó espacios de tiempo dentro de otros espacios de tiempo, preguntándose desde cuándo venían produciéndose los crímenes. Todos los departamentos de policía del condado de Los Ángeles desechaban sus casos no resueltos pasados quince años, con lo que tenía un acceso de información *cero* a casos anteriores a enero del 68.

Fue entonces cuando la mente de Lloyd se enfocó perfectamente. Y mientras musitaba: «Los árboles no te dejan ver el bosque», repasó la lista de los crímenes de Hollywood-Hollywood oeste y notó cómo la piel empezaba a ponerse tensa. Con idéntica fecha, el diez de junio, habían tenido lugar cuatro suicidios, en 1977, 78, 80 y 81. Era el único dato que apuntaba hacia un comportamiento obsesivo y patológico frente a la sangre fría que parecía ser la norma del asesino.

Lloyd cogió las cuatro carpetas y las leyó de principio a fin una vez y después otra. Cuando acabó, apagó las luces de su despacho y se concentró en los datos adquiridos.

El miércoles por la tarde, el 10 de junio de 1977, los inquilinos del edificio de apartamentos del 1167 de la avenida Larrabee, en Hollywood oeste, notaron un olor a gas que proveía del apartamento alquilado por Angela Stimka, de veintisiete años de edad y camarera en una coctelería. Dichos inquilinos llamaron a un comisario del *sheriff* que vivía en el edificio y el comisario derribó la puerta de Angela Stimka, cerró la llave del calentador del que emanaba el gas y descubrió a Angela en el suelo de su dormitorio, muerta y abotargada. Trasladó el cadáver al exterior y llamó a la subcomisaría del *sheriff* de Hollywood oeste y al poco tiempo llegó un equipo de detectives que registraron el apartamento y encontraron una nota de suicidio que citaba como la razón para que Angela deseara la muerte el fin de una larga relación amorosa. Los expertos en grafología examinaron el diario de Angela Stimka y la nota de suicidio y decidieron que ambos habían sido escritos por la misma persona. La muerte fue calificada como suicidio y se cerró el caso.

El 10 de junio del siguiente año, llamaron a un coche patrulla para que acudiera a una casa de Westbourne Drive, en Hollywood oeste. Los vecinos habían protestado a causa de un ruido de música muy alto que provenía del interior de la casa, y una anciana les dijo a los agentes que estaba convencida de que algo andaba «drásticamente mal». Los oficiales, al ver que nadie respondía a sus llamadas persistentes, escalaron una ventana medio abierta y descubrieron a la propietaria de la casa, Laurette Powell, de treinta y un años, muerta en una butaca. Los brazos de la

butaca, su albornoz y el suelo estaban empapados de la sangre que había explotado de los dos profundos cortes de arterias en ambas muñecas. A pocos pasos, sobre una mesita de noche, encontraron un bote de Nembutal, y un cuchillo de cocina muy afilado sobre el regazo de la mujer. No había ninguna nota de suicidio, pero los oficiales de Homicidios, al notar las marcas de duda en ambas muñecas y el hecho de que Laurette Powell tomaba Nembutal bajo receta médica desde hacía bastante tiempo, rápidamente clasificaron la muerte como suicidio. Caso cerrado.

El cerebro de Lloyd se puso en funcionamiento. Sabía que Westbourne Drive y la avenida Larrabee estaban a escasas manzanas de distancia, y que el «suicidio» por disparo en la boca de Carla Castleberry, el 6/10/80, en el Motel Tropicana, había tenido lugar a menos de medio kilómetro de los escenarios de los dos primeros crímenes. Sacudió la cabeza con disgusto; cualquier poli con dos dedos de frente y un mínimo de experiencia tenía que saber que las mujeres *nunca* se suicidan con armas de fuego. Las estadísticas de mujeres suicidadas por disparo de arma eran inexistentes.

El cuarto «suicidio», el de Marcia Renwick, en el n.º 818 de North Sycamore, era el único *non sequitur*. El asesinato, en 10 de junio más reciente, había tenido lugar seis kilómetros al este de los tres precedentes, en el distrito de Hollywood. Habiendo ocurrido un año después del homicidio de Carla Castleberry, la muerte por sobredosis de pastillas de Marcia tenía todo el aspecto de un impulso asesino carente de imaginación.

Lloyd se decidió a leer el comentario de la carpeta perteneciente á la víctima anterior a Julia Niemeyer. Cuando leyó el informe del coronel, dio un respingo: Linda Deverson, F. D. 14/6/82; partida en pedazos con un hacha de doble filo. El recuerdo turbador de Julia colgando de una viga del techo de su habitación, unido a la nueva información, le convencieron de que de algún modo, por alguna razón diabólica y espantosa, la locura del asesino estaba llegando a su cumbre.

Lloyd bajó la cabeza y elevó una de sus escasas y escépticas plegarias a Dios:

—Por favor, permíteme atraparle. Déjame cogerle antes de que mate a alguien más.

Su mente se llenó de pensamientos sobre Dios mientras se dirigía hacia la oficina de su superior inmediato, el teniente Fred Gaffaney. Sabía que el teniente era un tipo duro, un cristiano renacido que trataba a los agentes no creyentes con un pío desdén, por lo que decidió invocar a sus creencias para su solicitud de plenos poderes investigatorios. Gaffaney, con cierto resentimiento, le había dado licencia para que llevara el caso a su manera, con la advertencia implícita de que no suplicara favores; puesto que iba a suplicarle hombres, financiación y difusión a través de los medios de comunicación, quería convencer al teniente con el argumento de su mutua religiosidad.

—¡Entre! —profirió Gaffaney como respuesta a su llamada.

Lloyd atravesó la puerta abierta y se sentó en una silla plegable frente a la mesa

del teniente. Gaffaney alzó la vista de los papeles que hojeaba y acarició con el dedo su aguja de solapa en forma de cruz y bandera.

—¿Sí, sargento?

Lloyd se aclaró la garganta y trató de simular un aspecto humilde.

—Señor, como bien sabe usted, estoy trabajando intensivamente en el asesinato de Niemeyer.

—Sí. ¿Y?

—Y, señor, es un cajón sin fondo.

—Entonces insista. Tengo fe en usted.

—Gracias, señor. Es curioso que mencione la fe. —Lloyd aguardó a que Gaffaney le ordenara continuar. Cuando no obtuvo sino un silencio mortal, prosiguió—: Este caso es una prueba para mi propia fe, señor. Nunca he creído demasiado en Dios, pero el modo como me he tropezado con la evidencia ha hecho que me cuestionara mis creencias. Yo...

El teniente le interrumpió con un gesto de su mano.

—Voy a misa todos los domingos, a oración tres veces por semana. Cada vez que me pongo la pistolera, aparto a Dios de la mente. Usted ha venido a pedirme algo. Dígame qué es y lo discutiremos.

Lloyd se puso colorado y fingió un tartamudeo.

—Señor, yo... yo...

Gaffaney se recostó en la silla y se pasó la mano sobre sus cabellos grises cortados a cepillo.

—Hopkins, usted no ha llamado señor a un superior desde que era recluta. Usted es el mujeriego más notorio de la Brigada de Robos y Homicidios, y Dios le importa un comino. ¿Qué es lo que quiere?

Lloyd se echó a reír.

—¿Voy directo al grano?

—Hágalo, por favor.

—De acuerdo. En el curso de mi investigación en el asesinato del Niemeyer me he encontrado frente a una sólida e instintiva evidencia que implica a, por lo menos, otros dieciséis asesinatos de mujeres jóvenes transcurridos en los últimos quince años. Varía el *modus operandi*, pero todas las mujeres pertenecen a un cierto tipo de físico. He obtenido los archivos completos de dichos homicidios, y los datos cronológicos y otros factores me han convencido de que todas estas dieciséis mujeres murieron asesinadas por un mismo hombre, el mismo que mató a Julia Niemeyer. Los dos últimos asesinatos han sido especialmente brutales. Creo que nos enfrentamos a un intelecto brillante y psicópata, y a menos que invirtamos un esfuerzo completo en su captura, seguirá matando impunemente hasta el día de su muerte. Quiero a una docena de agentes experimentados para que trabajen a plena dedicación, quiero que se hagan las conexiones pertinentes con todos los departamentos del país, quiero permiso para reclutar agentes de uniforme para el trabajo sucio y

autoridad para exigirles dedicación sin límite. Quiero una difusión del caso a gran escala; tengo la impresión de que ese animal está a punto de explotar y quiero presionarle un poquito. Quiero...

Gaffaney alzó ambas manos para interrumpirle:

—¿Tiene pruebas *reales*? —preguntó—. ¿Tiene *testigos*, alguna anotación de detectives del departamento de Los Ángeles o de cualquier otro que preste credibilidad a su teoría de asesinato en masa?

—No —respondió Lloyd.

—¿Hay algún otro oficial dentro del departamento que corrobore su hipótesis?

—No.

—¿En otros departamentos?

—No.

Gaffaney asestó un golpe sobre la mesa con las palmas de las manos y volvió a acariciar su aguja de solapa.

—No. No voy a confiar en usted hasta ese punto. Es un asunto demasiado viejo, demasiado vago y costoso y potencialmente demasiado comprometedor para el departamento. Creo en usted como buen detective, con un récord inmejorable...

—¡Con el mejor jodido récord de arrestos del departamento! —gritó Lloyd.

Gaffaney gritó:

—¡Creo en su récord, pero no creo en usted! ¡No es más que un mujeriego empedernido, y se ha trastornado con ese asunto de mujeres asesinadas! —Bajando el tono de su voz, añadió—: Si realmente cree en Dios, pídale que le ayude en su vida personal. Dios responderá a sus plegarias y no se verá tan perturbado por cosas que se escapan a su control. Mire de qué modo está temblando. Olvídese de esto, Hopkins. Dedique más tiempo a su familia; seguro que lo apreciarán.

Lloyd se puso en pie, tembloroso, y se encaminó hacia la puerta. Su visión periférica se hacía borrosa y rojiza. Se giró para mirar a Gaffaney, que le sonrió y le dijo:

—Si acude a los medios de comunicación, le crucificaré. Tendrá que volver a ponerse el uniforme y patrullar la calle.

Lloyd le devolvió la sonrisa y sintió que una corriente de bravura y serenidad recorría su cuerpo.

—Voy a coger a ese animal, y voy a hacer que se trague sus palabras —dijo.

Lloyd introdujo las dieciséis carpetas en el maletero de su coche y se dirigió a la comisaría de Hollywood con la esperanza de pillar al Holandés Peltz antes de que terminara su jornada de servicio. Tuvo suerte. Encontró al Holandés en los vestuarios de oficiales, abrochándose su chaqueta de civil y mirándose abstraídamente en un espejo de pared.

Lloyd se acercó y se aclaró la garganta. Sin apartar la mirada del espejo, el Holandés le dijo:

—Me ha llamado Fred Gaffaney. Me dijo que se imaginaba que vendrías a verme.

Te salvé el pellejo. Quería hacerte vigilar por uno de estos fanáticos religiosos y yo le dije que no lo hiciera. Como me debe un favor, accedió. Eres un sargento, Lloyd. Lo que significa que sólo puedes actuar como un capullo con los sargentos y los de abajo. Tenientes y más arriba están *verboten*. ¿Comprendes, cerebro?

El Holandés se giró y Lloyd vio que su mirada abstraída estaba cristalizada por el miedo.

—¿Gaffaney te lo ha contado todo? —le preguntó.

El Holandés asintió.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Completamente.

—¿Dieciséis mujeres?

—Por lo menos.

—¿Qué piensas hacer?

—Hacerle aparecer de algún modo. Probablemente lo haga yo mismo. El departamento nunca autorizará una investigación porque quedarían como unos ineptos. Fui un estúpido al acudir a Gaffaney en primer lugar. Si paso por encima de él y meto la pata, me sacaré del caso Niemeyer y me asignará alguna mierda de caso de robo. ¿Sabes lo que siento, Holandés?

El Holandés contempló a su gigantesco genio mentor y volvió el rostro al sentir que sus ojos se inundaban de lágrimas de orgullo.

—No, Lloyd.

—Siento como si estuviera hecho para este caso —dijo Lloyd, contemplando su propia imagen en el espejo—. Que no sabré lo que soy o puedo ser hasta que no agarre a ese bastardo y averigüe cómo ha sido capaz de destruir tanta inocencia.

El Holandés puso su mano sobre el hombro de Lloyd.

—Te ayudaré —le dijo—. No puedo proporcionarte ningún oficial, pero te ayudaré en persona. Podemos... —El Holandés paró cuando vio que Lloyd no le escuchaba. Estaba traspuesto por la luz de sus propios ojos o por alguna distante visión de redención.

El Holandés retiró su mano. Lloyd se agitó, apartó la mano del espejo y dijo:

—Cuando llevaba dos años en el oficio, me asignaron a un ciclo de conferencias para escuelas. Les contaba a los niños historias picarescas de policías y les advertía contra las drogas y las demandas de extraños. Me gustaba el destino porque adoro a los niños. Un día, una profesora me habló de una niña de séptimo curso, que tenía doce años, y que hacía mamadas a cambio de un paquete de cigarrillos. La profesora me preguntó si querría hablar con ella.

»Un día la vi al salir de la escuela. Era una niña muy bonita. Aquel día tenía un ojo morado. Le pregunté cómo se lo había hecho, pero ella no quiso responder. Investigué su situación familiar. Era un caso típico: la madre era alcohólica y vivía del subsidio de paro, el padre estaba cada dos por tres en San Quintín. Sin dinero ni esperanzas, sin posibilidades. Pero a la niña le gustaba leer. La llevé a una librería de

la calle Western y se la presenté al propietario, al que le di cien pavos y le dije que la niña tenía todo aquel crédito en libros. Hice lo mismo en un estanco de la misma manzana. Cien pavos dan para muchos cigarrillos.

»La niña se sentía agradecida y quería complacerme. Me dijo que tenía el ojo morado porque había cortado con su aparato dental a un tipo al que se la estaba mamando. Luego me preguntó si yo quería que me la chupara. Le dije que no, por supuesto, y le suelto un gran sermón. Pero sigo viéndola. Vive en mi zona de ronda y la veo siempre, fumando todo el rato y con un libro bajo el brazo. Parece feliz. Un día me para mientras yo patrullo solo en el coche. Me dice: ‘Me gustas de verdad y quiero mamártela’ Yo le digo ‘No’ y ella se echa a llorar. No puedo soportarlo y le digo que estudie como un demonio para así poder contar sus propias historias.»

La voz de Lloyd enmudeció. Se enjuagó los labios y trató de recordar las conclusiones a las que quería llegar.

—¡Ah, sí! —dijo finalmente—. Me olvidé mencionar que la niña tiene ahora veintisiete años y es licenciada en Literatura Inglesa. Va a tener una buena vida. Pero... por ahí anda este tipo que quiere matarla. Y a tus hijas y a las mías... y es muy débil..., pero no voy a consentirle que dañe a nadie más. Te lo juro. Lo juro.

Cuando vio que los pálidos ojos grises de Lloyd estaban empañados de una tristeza que nunca sería capaz de expresar con palabras, le dijo:

—Atrápale.

—Lo haré —dijo Lloyd, y se dispuso a marcharse, sabedor de que su viejo amigo le había dado la absolución y carta blanca para lo que tuviese que hacer, para cualquier norma que tuviese que romper.

CAPÍTULO OCHO

A la mañana siguiente, tras una noche inquieta en la que trató de asimilar los datos de los dieciséis archivos, Lloyd se dirigió a la biblioteca pública del centro de la ciudad. Por el camino ordenó mentalmente su trabajo, dejando a un lado los detalles secundarios y las estratagemas burocráticas necesarias para tener las espaldas cubiertas, de manera que pudiera iniciar su primera jornada de labor de campo en un estado de silencio mental absoluto.

Para reforzar el silencio, había cerrado las ventanillas y desconectado el receptor de radio, y así poder apartar todos los detalles extrínsecos a su investigación. No habría problemas con Fred Gaffaney ni con el escalafón superior de la Brigada de Robos y Homicidios. Había llamado a los dos detectives que trabajaban a sus órdenes en el caso Niemeyer y había averiguado que la investigación de las librerías del centro de la ciudad no había dado ningún resultado, con lo cual les había recomendado que trabajaran por su cuenta y siguieran sus propios instintos, sin dejar de informar a Gaffaney dos veces por semana y decirle que ambos sabían que el sargento Hopkins estaba trabajando duramente en completa soledad, que es el destino del genio, Gaffaney aceptaría el argumento en silencio, y si protestaba por su ausencia de Parker Center, el Holandés Peltz intercedería por él y acallaría sus protestas con todo el peso de su prestigio. Tenía las espaldas cubiertas.

En cuanto a la investigación, no había descubierto más evidencias de las que ya sabía con la primera lectura de los informes. A su alrededor se extendía un silencio absoluto; Janice y las niñas se habían ido a dormir al apartamento de George, en Ocean Park, y Lloyd se había encontrado con una casa enorme y silenciosa en la que llevar a cabo sus lecturas. Con el deseo de yuxtaponer la destrucción de la inocencia por la vía del asesinato con sus propios esfuerzos por quitarle importancia convirtiéndola en un cuento, había ido a la habitación de Penny, con todo el paquete de informes, con la esperanza de que el aura de su hija menor le otorgaría la claridad mental necesaria para dilucidar los hechos de aquel laberinto psíquico. No descubrió nuevas evidencias, pero su estudio del retrato psicológico del asesino adquirió una dimensión más profunda, unida a una verosimilitud fría y sutil.

A pesar de que no tenía acceso a los homicidios no resueltos anteriores a 1968, estaba seguro de que no habían empezado a tener lugar mucho antes. Basaba la afirmación en una fuerte conclusión intuitiva: el asesino era homosexual. Su entera genealogía de la muerte era un intento de ocultarse el hecho a sí mismo. *Todavía no podía estar seguro.* Los asesinatos anteriores a los de Linda Deverson y Julia Niemeyer, si bien eran a menudo brutales, mostraban una débil satisfacción por el trabajo bien hecho y un gusto refinado por el anonimato. *El asesino no sabía ni por asomo quién era realmente.* Linda y Julia, horriblemente masacradas, marcaban el punto divisorio, una separación irrevocable basada en el terror de una sexualidad emergente, tan apremiante y vergonzosa que tenía que ser ahogada en sangre.

Lloyd esbozó eslabones instintivos en el tiempo. El asesino tenía que vivir en Los Ángeles. Tenía que ser un hombre tremendamente fuerte, capaz de cortar miembros con un solo golpe de hacha. Sin duda debía ser físicamente atractivo y capaz de maniobrar con gracia dentro del mundo gay. Debía desearlo desesperadamente y no obstante, de someterse a la vulnerabilidad inherente de la interacción sexual, aniquilaría su necesidad de matar. Debía haber tenido problemas sexuales durante la adolescencia. Considerando que el asesino se encontraba todavía en la curva ascendente de su sexualidad y que los asesinatos comenzaron alrededor de enero del 68, le asignaba un período de incubación de su trauma de cinco años y situaba su mayoría de edad dentro de la primera mitad de la década de los sesenta, por lo que ahora debía tener, como mucho, cuarenta años.

A la altura de las calles Sexta y Figueroa, abandonó la autovía, mientras musitaba: —Diez de junio, diez de junio, diez de junio.

Cometiendo una infracción, aparcó al lado de la calle que no correspondía y colocó un cartel de «Policía. Vehículo Oficial» entre el parabrisas y la escobilla. Subió corriendo las escaleras de la biblioteca, y en aquel momento se le reveló la verdadera motivación del asesino; aquel monstruo mataba porque deseaba amar.

Lloyd consumió cuatro horas investigando el contenido de los *microfilms* para revisar todos los ejemplares de diez de junio desde 1960 hasta 1982. Empezó por el *Los Angeles Times* y acabó por el *Los Angeles Herald Express* y su periódico subsidiario, el *L. A. Examiner*. Repasó titulares, artículos e informes de una gran variedad de temas, desde la liga de béisbol, insurrecciones en el extranjero, previsiones para la moda de verano a resultados de elecciones primarias. De todo el despliegue de información, no vio nada que pudiese constituir un factor potencial capaz de inducir a una pasión asesina. No encontró nada capaz de accionar sus mecanismos mentales hacia un avance en la elaboración de su tesis. El diez de junio era el día clave para el asesino, pero los periódicos de Los Ángeles lo trataban como otro día cualquiera.

A pesar de que ya había esperado encontrarse frente a resultados negativos, se sentía decepcionado, aunque se alegraba de haber dejado para el final el *film* de los cuatros años «suicidas»: 1977, 78, 80 y 81.

Su decepción aumentó. Las muertes de Angela Stimka, Laurette Powell, Carla Castleberry y Marcia Renwick quedaban relegadas a la oscuridad de un cuarto de columna. En ambos periódicos, aparecía la palabra «Trágico» para describir los cuatros «suicidios». El espacio impreso se completaba con un «Pendiente de disposiciones funerarias» y los nombres y direcciones de los parientes más próximos.

Lloyd enrolló el *microfilm*, lo depositó sobre la mesa del bibliotecario y salió al exterior, a plena luz del sol. El destello que despedían las aceras, unido a la fatiga de sus ojos, le provocaron dolor de cabeza. Mientras se concentraba en sofocar aquel

dolor, consideró sus opciones. ¿Entrevistar a los parientes? No, ya que sólo se encontraría con tristes negativas. ¿Visitar los escenarios de los crímenes? ¿Buscar indicios? «¡Muévete!», se dijo a sí mismo en voz alta. Corrió hacia su coche y el dolor de cabeza desapareció de inmediato.

Se dirigió hacia Hollywood oeste dispuesto a explorar los escenarios de los tres primeros asesinatos.

Angela Stimka, fallecida el 10/6/77, había vivido en un edificio de apartamentos pintado de color malva, obviamente mal construido y cuya única pretensión de prestigio era su proximidad a los bares gay de Santa Monica y la encrucijada de la vida sexual nocturna de Sunset Strip.

Lloyd se sentó en su coche y escribió una descripción de la manzana, apartando la mirada una sola vez; cuando vio, al otro lado de la calle, una señal de prohibición de aparcamiento nocturno, frente a la casa de Angela. Sus dispositivos mentales se accionaron. Se encontraba en pleno corazón del gueto gay. *Probablemente*, el asesino había escogido a aquella mujer por la localización de su vivienda así como por su atractivo físico, deseando de algún modo, al escoger a su víctima dentro de un barrio homosexual, arrojar el guante de una contradicción subconsciente. Y, además, la guardia urbana de Hollywood era muy estricta con infracciones de aparcamiento.

Lloyd esbozó una sonrisa y se dirigió, dos manzanas más abajo, hacia la casita de estructura de madera de Westbourne Drive, en la que había muerto Lorette Powell por ingestión de Nembutal y corte de venas «autoinflingido». Vio otra señal de prohibición de aparcamiento nocturno y su mente volvió a accionarse, esta vez más débilmente.

La visión del Motel Tropicana desencadenó otra vez sus resortes mentales, que resonaron en su cerebro como disparos que desgarraban sin cesar cuerpos inocentes. Carla Castleberry, fallecida el 10/6/80 por disparo de una pistola del 38 contra el paladar y atravesando el cerebro. Las mujeres nunca se disparan a sí mismas en la cabeza. Se trataba de un simbolismo homosexual clásico, perpetrado en una sórdida habitación de motel en plena zona gay.

Lloyd examinó la acera de enfrente del Tropicana. En el suelo había botellines rotos de nitrato de amilo. Apoyados en las paredes de una cafetería, había un grupo de chaperos yonquis. Su hipótesis estalló en su cerebro. Cuando se amortiguó el agujonazo bajo el estruendo de la explosión, se sintió aterrorizado. Hizo caso omiso a su propio terror y corrió hacia una cabina telefónica para marcar, con manos temblorosas, aquellos siete dígitos tan familiares. Cuando al otro lado de la línea apareció una voz igualmente familiar que le dijo:

—Comisaría de Hollywood. Capitán Peltz al habla.

Lloyd suspiró:

—Holandés, ya sé por qué mata.

Una hora más tarde, se encontraba sentado en el despacho del Holandés Peltz. Mientras le informaba de los resultados negativos de su investigación, golpeaba con nerviosismo la superficie de la mesa de su mejor amigo. El Holandés estaba de pie junto a la puerta, observando cómo Lloyd leía los teletipos que acababan de llegar de los computadores centrales del Departamento de Policía y de la oficina del sheriff de Los Ángeles. Sentía deseos de acariciar los cabellos de su hijo, de hacer algo para apaciguar la angustia que contraía las facciones de Lloyd de ira. Se sintió impotente ante la fuerza de aquella ira y le dijo:

—Ya verás cómo todo irá bien, muchacho.

Lloyd gritó:

—¡No, no es cierto! ¡Le violaron, estoy seguro de ello, y tuvo que ocurrir en un 10 de junio cuando era un adolescente! ¡Las ofensas sexuales juveniles nunca se superan! ¡Si no aparece en el computador, o bien no ocurrió en Los Ángeles o nunca fue denunciado! ¡En estos informes de la Brigada de Protección de Menores no hay nada sino pajas y mamadas de asiento trasero, y uno no se convierte en asesino porque un viejo te chupe la polla en Griffith Park!

Lloyd cogió un sujetalibros de cuarzo y lo lanzó a través de la habitación. El sujetalibros aterrizó en el suelo junto a la ventana que daba al aparcamiento de la comisaría. El Holandés miró a través de la ventana y vio a los oficiales de guardia que revisaban sus coches, preguntándose por qué los apreciaban tanto, aunque nada comparado con lo que sentía Lloyd. Volvió a colocar el sujetalibros sobre la mesa y acarició el pelo de Lloyd.

—¿Te sientes mejor, muchacho?

Lloyd le lanzó una sonrisa refleja que parecía un sollozo:

—Mejor. Estoy empezando a conocer a ese animal, y ya es algo.

—¿Qué hay del informe de las multas de aparcamiento en las fechas de los crímenes?

—Negativo. No hay *ninguna* multa de aparcamiento en los respectivos lugares y fechas. Las únicas multas se las pusieron a mujeres, a putas que trabajaban en Sunset Street. Voy a tener que empezar otra vez de cero, mandar solicitudes confidenciales a antiguos agentes de protección de menores y ver si pueden informarme de casos de asalto que no llegaran a archivarse.

El Holandés sacudió la cabeza.

—Sí, a este tipo lo violaron, le dieron por el culo o lo que fuere hace veinte años, como puedes imaginarte, la mayoría de los agentes que puedan saber algo ya deben haberse retirado.

—Lo sé. Tú podrías mandar las solicitudes, ¿verdad? Tira de algunos cables, invoca viejos favores. Yo quiero continuar moviéndome por la calle, que es donde estoy mejor.

El Holandés cogió una silla para sentarse frente a Lloyd, tratando de interpretar el

brillo que veía en sus ojos:

—De acuerdo, muchacho. Recuerda mi fiesta del miércoles y descansa un poco.

—No puedo. Esta noche tengo una cita. De cualquier modo, Janice y las niñas están por ahí con su amigo marica. Yo quiero seguir moviéndome.

Lloyd parpadeó y el Holandés insistió:

—¿Hay algo que quieras contarme, muchacho?

—Sí. Te quiero. Ahora déjame salir de aquí antes de que te pongas sentimental — dijo Lloyd.

Una vez en la calle, sin los informes en mano y con tres horas por delante antes de su cita con Joanie Pratt. Lloyd recordó que sus subordinados tenían que inspeccionar las librerías del área de Hollywood.

Llevó el coche hasta una cabina telefónica y hojeó las páginas amarillas para encontrar las direcciones de una librería de poesía y otra especializada en literatura feminista: La Nueva Guardia Poética, en La Brea, junto a la calle Fountain y la Bibliófila Feminista, entre Yuccac y Highland.

Tras decidirse por un circuito que le permitiera pasar por ambas librerías para luego dirigirse a casa de Joanie Pratt en Hollywood Hills, fue primero a La Nueva Guardia Poética, en la que un hombre de aspecto escolar y aburrido, vestido con un incongruente mono de granjero, le dijo que no había vendido ninguna colección de prosa feminista a ningún hombre sospechoso de constitución fuerte y de unos cuarenta años, por la simple razón de que no tenía poesía feminista, porque era aberrante y anticlásica. La mayoría de sus clientes era académicos que preferían hacer encargos de su catálogo, y esto *era todo*.

Lloyd le dio las gracias a aquel hombre y se marchó en su coche en dirección norte. Exactamente a las seis en punto, aparcó frente a la Bibliófila Feminista, con la esperanza de que la pequeña tienda convertida en librería estuviese aún abierta. Subió corriendo las escaleras en el momento en que oyó cómo cerraban la puerta desde el interior, y cuando vio que se apagaban las luces de las ventanas, golpeó la puerta y gritó:

—¡Policía! Abran, por favor.

Unos segundos más tarde se abrió la puerta y apareció la silueta de una mujer en actitud desafiante. El cuerpo de Lloyd se estremeció ligeramente ante el orgullo de la pose de la mujer, y antes de que ésta pudiera vocalizar su desafío, le dijo:

—Soy el detective sargento Hopkins, del Departamento de Policía de Los Ángeles. ¿Podría hablar un momento con usted?

La mujer permaneció callada. El silencio era enervante, y Lloyd, para ahuyentar la turbación, se concentró en memorizar el atractivo físico de la mujer, manteniendo un contacto ocular al que ella respondía sin vacilar. Decidió que aquel gesto rígido y anguloso se esforzaba en gobernar sobre un cuerpo suave y fuerte. Debía tener treinta y cuatro o treinta y seis años, y los ligeros trazos de maquillaje de su rostro eran una concesión a la consciencia de su propia edad. Los ojos y el cabellos castaños y la piel

pálida, denotaban de algún modo su crianza; el severo traje de *tweed* semejaba una armadura. Elegante, combativa e infeliz. Una estela que temía a la pasión.

—¿Es usted del Servicio de Inteligencia?

Lloyd se sintió torpe ante la firmeza y el tono seco de la voz de la mujer. Cuando se recuperó, le dijo:

—No. ¿Por qué?

La mujer sonrió a desgana y soltó su desafío:

—El Departamento de Policía de Los Ángeles lleva mucho tiempo intentando intervenir en autores que consideran subversivos, y mi poesía ha aparecido en publicaciones feministas que han resultado muy críticas para su departamento. Esta librería tiene un índice de títulos que incluye muchos volúmenes en los que se destruyen los mitos que rodean a la mentalidad machista.

La mujer paró cuando vio que aquel policía alto le sonreía abiertamente. Consciente de que ambos se encontraban en igual estado de desconcierto, Lloyd dijo:

—De haber querido infiltrarme en una librería feminista, habría venido disfrazado. ¿Puedo pasar, señorita...?

—Me llamo Kathleen McCarthy —dijo la mujer—. Prefiero que me llame señorita, y no pienso dejarle entrar hasta que me diga a qué ha venido.

Era la pregunta que Lloyd estaba esperando:

—Soy el detective de Homicidios más condecorado de la costa oeste —dijo en un tono suave—. Estoy investigando los asesinatos de cerca de veinte mujeres. Yo mismo descubrí uno de los cadáveres. No voy a insultarla describiendo cómo fue mutilado. En lugar del crimen encontré un libro manchado de sangre, *Furor en el vientre*. Tengo la certeza de que al criminal le interesa la poesía, tal vez la poesía feminista en particular. Ésta es la razón por la que he venido.

Kathleen McCarthy se había puesto pálida y su actitud desafiante se había derrumbado, pero volvió a tensarse cuando se agarró al montante de la puerta en busca de apoyo. Lloyd pasó al interior y le enseñó su placa y su carnet de identidad.

—Llame a la Comisaría de Hollywood —dijo—. Pregunte por el capitán Peltz. Él verificará todo lo que le ha contado.

Catheleen le indicó que entrara y luego le dejó solo en una gran estancia llena de libros. Cuando Lloyd oyó el sonido del teléfono al marcar, se quitó su anillo de boda y examinó los libros que cubrían las cuatro paredes y que se desparramaban por las sillas, mesas y expositores metálicos. Creció su respeto hacia aquella estridente poetisa. Había colocado sus propios libros publicados en puntos preeminentes a lo largo de toda la habitación, junto a volúmenes de Lessing, Plath, Millett y otras grandes figuras del feminismo. Decidió que aquella mujer tenía un ego muy potente. Empezaba a gustarle.

—Le pido disculpas por haberle juzgado antes de escucharle.

Lloyd se giró al oír aquellas palabras, Kathleen McCarthy no parecía desazonada por su disculpa. Empezó a *sentirla*, y trazó una línea calculada para asegurarse su

respeto.

—Entiendo sus sentimientos. El Servicio de Inteligencia es extremadamente receloso, a veces paranoide.

Kathleen le sonrió:

—¿Puedo citar esta frase?

Lloyd le devolvió la sonrisa.

—No.

A continuación se produjo un silencio embarazoso. Sintiendo cómo la mutua atracción se hacía más profunda, Lloyd señaló un sofá cubierto de libros y dijo:

—Podríamos sentarnos. Le contaré lo ocurrido.

En voz baja y con la mirada deliberadamente fija, Lloyd le contó a Kathleen McCrthy cómo había descubierto el cuerpo de Julia Lynn Niemeyer, de qué modo aquel ejemplar ensangrentado de *Furor en el vientre* junto con el poema encontrado en el casillero postal de Julia, le habían convencido de que el presunto asesino era en realidad un asesino en masa. Terminó con un recuento de su trabajo cronológico y del perfil psicológico del criminal que había deducido.

—Es más brillante de lo imaginable y está perdiendo completamente el control. Tiene una fijación con la poesía. Creo que, subconscientemente, desea perder el control y es posible que vea en la poesía el medio para conseguirlo. Necesito que me hable de *Furor en el vientre* y también necesito saber si algún hombre extraño, específicamente entre treinta y cuarenta años, ha pasado por su tienda para comprar libros feministas y si ha actuado de modo fortuito, esquivo, o de cualquier modo, fuera de lo normal.

Lloyd se recostó en el respaldo del sofá y saboreó la reacción de contracción muscular y furia de Kathleen. Ella se quedó en silencio un minuto completo, y supo que estaba compilando sus palabras en una breve severidad y que cuando empezara a hablar, su respuesta sería un perfecto modelo de control, exento de retórica o de expresiones de asombro.

Estaba en lo cierto.

—*Furor en el vientre* es un libro iracundo —dijo Kathleen con voz suave—. Es una polémica, un manifiesto contra muchas cosas. En concreto, contra la violencia hacia las mujeres. Durante muchos años no lo tuve en almacén, y cuando lo hice dudo que vendiera un ejemplar a un solo hombre. Es más, los únicos clientes masculinos que viene aquí, lo hacen acompañados de sus novias o amigas. Son estudiantes, jóvenes adolescentes o de veinte años. No recuerdo que nunca haya venido un hombre de cerca de cuarenta años. Yo soy la propietaria de la tienda y la llevo sola, por lo que veo a todos los clientes. Yo...

Lloyd paró a Kathleen con un gesto de la mano:

—¿Qué me dice de las ventas por correo? ¿Hace ventas por catálogo?

—No, no tengo las disposiciones para el correo. Todo el negocio se hace aquí, en la tienda.

Lloyd musitó:

—¡Mierda! —Y descargó un golpe en el brazo del sofá.

Kathleen dijo:

—Lo siento, pero escuche... Tengo muchos amigos que se dedican a la venta de libros. Literatura feminista, poesía y demás. Se trata de distribuidores privados, que posiblemente usted ha pasado por alto. Puedo llamarles. Seré persistente, quiero ayudarle.

—Muchas gracias —dijo Lloyd—. Me será de gran ayuda. —Y fingiendo un bostezo, añadió—: ¿Tiene café? Estoy a punto de caerme.

—Un momento —dijo Kathleen, y desapareció por la puerta. Lloyd oyó el ruido de platos y tazas, seguido del crujido eléctrico de una radio al ser conectada y el clamor de algún tipo de sinfonía o concierto.

—¿Podría apagarla? —dijo a Kathleen desde la estancia.

—De acuerdo, pero dígame algo.

La música disminuyó y finalmente enmudeció completamente. Lloyd, aliviado, profirió:

—¿De qué quiere que le hable?, ¿del trabajo policial?

Unos instantes más tarde, Kathleen entraba en el salón, llevando una bandeja con las tazas de café y un surtido de galletas.

—Hábleme de algo agradable —dijo, apartando los libros que había sobre una mesita auxiliar—. Hábleme de algo querido para usted. —Miró a Lloyd abiertamente y añadió—: Está pálido, ¿se encuentra mal?

—No, estoy bien. El ruido alto me molesta, es por esto por lo que le pedí que desconectara la radio.

Kathleen le tendió una taza de café.

—No era ruido, era música.

Lloyd ignoró el comentario.

—Las cosas que me son queridas son difíciles de describir —dijo—. Me gusta andar por ahí y ver qué puedo hacer por la justicia, y luego mandarlo todo al infierno e ir a algún lugar que sea cálido y gentil.

Kathleen tomó un sorbo de café.

—¿Se refiere a estar con mujeres?

—Sí. ¿La ofende eso?

—No. ¿Por qué debería hacerlo?

—Esta tienda, su poesía, 1983. Escoja una razón.

—Debería leer mis diarios antes de juzgarme. Soy buena poetisa, pero soy mejor escribiendo mi diario. ¿Piensa atrapar a este asesino?

—Sí. Su reacción ante mi llegada aquí me ha impresionado. Me gustaría leer sus diarios, sentir sus pensamientos íntimos. ¿Desde cuándo los escribe?

Kathleen titubeó ante la palabra «íntimos».

—Hace mucho tiempo —dijo—. Desde que iba al Marshall Clarion. Yo... —

Kathleen se paró y le miró fijamente. Lloyd se reía y sacudía la cabeza encantado—. ¿Qué pasa? —le preguntó.

—Nada, excepto que fuimos a la misma escuela secundaria. Me había equivocado con usted, Kathleen. Me imaginaba que era una chica rica de la costa este, y resulta ser una mocosa del viejo barrio. Lloyd Hopkins, graduado en Marshall, promoción del 59 y policía de abuelos protestantes irlandeses, se encuentra con Kathleen McCarthy, antigua residente de Silverlake y graduada en Marshall en la promoción...

Las facciones de Kathleen se iluminaron de regocijo.

—Del 64 —dijo—. ¡Dios mío, qué divertido! ¿Se acuerda del Sr. Juknavarian y de sus historias sobre Armenia? —Lloyd asintió—. Y de la Sra. Cuthbertson y su perro gordo. ¿Recuerda que decía que era su musa? —Lloyd se dobló, partiéndose de risa, Kathleen prosiguió derramando nostalgia entre sus propias risas de alegría—. ¿Y de los Pachucos contra los Surfers, y el Sr. Amster y aquellas camisetas que hacía? Los hamsters de Amster. Cuando estaba en décimo alguien le ató una rata muerta a la antena del coche y dejó una nota sobre el parabrisas. La nota decía: «¡Los hamsters de Amster muerden el polvo!».

La risa de Lloyd aumentó y se convirtió en una tos convulsiva que le hizo temer que devolvería el café y las galletas medio digeridas por toda la habitación.

—Basta, basta por favor, o me moriré de risa —consiguió decir entre toses convulsas—. No quiero morir de este modo.

—¿De qué modo *quiere* morir? —preguntó Kathleen con travesura.

Mientras se enjuagaba la cara empapada en lágrimas, Lloyd notó intención de indagación en la pregunta.

—No lo sé —dijo—. O muy viejo o de un modo muy romántico. ¿Y usted?

—Muy vieja y sabia. Serenidad otoñal ya transformada en invierno profundo, con todas mis palabras dispuestas cuidadosamente para la posterioridad.

Lloyd sacudió la cabeza.

—Dios, no me creo nada de esta conversación. ¿En qué lugar de Silverlake vivía?

—Entre las calles Tracy y Micheltorena. ¿Y usted?

—Griffith Park y St. Elmo. Cuando era niño solía jugar a la «gallina» en Micheltorena. Acababa de aparecer *Rebelde sin causa* y la gallina estaba de moda. Como éramos muy pequeños para conducir, teníamos que jugar con trineos a los que poníamos ruedecitas de goma. Empezábamos en la cima de la colina de Sunset, a las dos y media, todas las madrugadas de aquel verano del 55, creo que era. El objeto del juego era deslizarse cuesta abajo todo el bulevar Sunset a contradirección. A aquella hora de la madrugada había el tráfico suficiente como para que fuera algo peligroso. Yo lo hacía una vez cada noche, durante todo el verano. Nunca puse los pies ni tiré del freno de mano. Nunca dejé de aceptar el desafío.

Kathleen tomó un sorbo de café, preguntándose cuán obtusa iba a ser su próxima pregunta. Al infierno, decidió, y le preguntó:

—¿Qué pretendían demostrar?

—Es una pregunta provocativa, Kathleen —dijo Lloyd.

—Usted es un hombre provocativo. Pero creo en la igualdad de condiciones. Puede preguntarme lo que quiere, que le responderé.

El rostro de Lloyd se iluminó ante la posibilidad de exploración.

—Trataba de seguir al conejo agujero abajo —dijo—. Quería encender un fuego bajo el culo del mundo. Quería ser considerado un chico duro para que Ginny Skakel me hiciera una paja. Quería respirar pura luz blanca. ¿Es una buena respuesta?

Kathleen sonrió y le concedió una tanda de aplausos.

—Buena respuesta, sargento. ¿Por qué dejó de hacerlo?

—Murieron dos chicos. Iban los dos en un trineo y un coche los hizo pedazos. Uno de los chicos fue decapitado. Mi madre me pidió que abandonara. Me dijo que había modos más seguros de mostrar coraje. Me contó cuentos para calmar mi desconsuelo.

—¿Su *desconsuelo*? ¿Quiere decir que quería seguir jugando a este juego de locos?

Lloyd se regocijó ante la mirada incrédula de Kathleen y dijo:

—Por supuesto. El romanticismo adolescente es difícil de abandonar. ¿Su turno, Kathleen?

—Adelante.

—Bien. ¿Es usted romántica?

—Sí... en lo más esencial... yo...

Lloyd la cortó:

—Bien. ¿Puedo verla mañana por la noche?

—¿En qué está pensando? ¿En salir a cenar?

—No exactamente.

—¿Un concierto?

—Muy divertido. De hecho, estaba pensando en ir a dar una vuelta por Los Ángeles en busca del romanticismo urbano.

—¿Es una proposición?

—En absoluto. Creo que deberíamos hacer algo que no hayamos hecho nunca ninguno de los dos, y *esto* queda fuera de las reglas. ¿Se apunta?

Kathleen tomó la mano que Lloyd le tendía y dijo:

—Me apunto. ¿Quedamos aquí a las siete?

Lloyd se llevó su mano a los labios y la besó.

—Aquí estaré —dijo, encaminándose hacia la puerta antes de que pudiera ocurrir algo que rompiera la magia del momento.

Cuando dieron las seis y Lloyd no llegaba a casa, Janice se dispuso a arreglarse para salir aquella noche, sintiéndose aliviada en todos los aspectos. Se sentía aliviada de que las ausencias de su marido se hubieran hecho más frecuentes y predecibles, aliviada de que las chicas estuviesen tan entretenidas con sus aficiones y su vida

social como para no echar de menos la presencia de su padre, aliviada de que su distanciamiento amoroso parecía estar creciendo hasta el punto de que pronto sería capaz de decirle a su marido:

—Has sido el amor de mi vida, pero todo ha terminado. No puedo seguir contigo. No puedo soportar por más tiempo tu comportamiento obsesivo. Se ha acabado.

Mientras se vestía para la noche de baile, Janice recordó aquel episodio que le dio el ímpetu, por primera vez, para pensar en abandonar a su marido para siempre. Había ocurrido hacía dos semanas. Lloyd se había ausentado durante tres días. Ella le echaba de menos y le deseaba, e incluso estaba dispuesta a hacer concesiones respecto a los cuentos que les contaba a las niñas. Se había metido en la cama, desnuda, y había dejado encendida la vela perfumada, con la esperanza de despertarse sintiendo las manos de Lloyd sobre sus pechos. Cuando finalmente se despertó, fue para ver a Lloyd revoloteando sobre su cuerpo desnudo y separándole las piernas. Tuvo que contener un grito en el momento en que él la penetró, cuando vio, espantada, la contracción diabólica de sus facciones. Cuando él se corrió y sus miembros se contrajeron en un espasmo, le apretó muy fuerte contra sí y supo que finalmente le había sido otorgada la fuerza para forjarse una nueva vida.

Janice se puso un traje pantalón de lamé plateado, un conjunto cuyo brillo reflejaría las luces móviles de Studio One. Sintió ligeras punzadas de lealtad servil y reflexivamente definió a su marido en fríos términos clínicos: es un perturbado, un demente. Es un hombre anacrónico. Es incapaz de cambiar, un hombre que nunca ha sabido escuchar.

Janice reunió a sus hijas y las llevó hasta el apartamento de George, en Ocean Park. Rob, su amante, cuidaría de ellas mientras ella y George salían a bailar. Les contaría cuentos tiernos y gentiles y les prepararía un gran festín vegetariano.

El Studio One estaba abarrotado hasta los topes de hombres elegantes que se contorneaban, se unían y se separaban, bajo las distorsiones benevolentes de las luces sincronizadas a la música. Janice y George esnifaron unas rayas de coca en el *parking* e imaginaron su entrada como uno de los más grandiosos y más comentados desfiles de la historia. Janice sabía que sería la única mujer en la pista de baile, el cuerpo más deseado de la noche, deseado no con lujuria, sino con desesperado anhelo de transferencia: alta, regia, bronceada y esbelta, todos aquellos hombres *desearían* ser ella.

Cuando regresó a casa, a altas horas de la noche, Lloyd la estaba esperando en la cama. Se mostró especialmente tierno y ella le devolvió sus caricias con gran pesar. Su mente articulaba imágenes desconexas para evitar sucumbir a su amor. Pensó en muchas cosas, pero en ningún momento pudo imaginarse siquiera que, dos horas antes, él estaba haciendo el amor con otra mujer; a una mujer que se definía a sí misma como «algo así como una mujer de negocios» y que en otro tiempo había

cantado canciones inteligibles de rock and roll; y que mientras estaba con ella, igual que ahora con su esposa, sus pensamientos estaban junto a una chica irlandesa de su antiguo barrio.

Aquella noche Kathleen escribió en su diario:

«Hoy he conocido a un hombre; un hombre que creo que el destino ha puesto ante mi camino por alguna razón. Para mí representa una paradoja y unas posibilidades a las cuales aún no puedo acceder, tal es su incongruente fuerza. Es muy grande físicamente y fieramente brillante, y por encima de todo, un hombre orgulloso de ir por la vida de policía. Creo que me desea (cuando nos vimos por primera vez me fijé en que llevaba un anillo de casado. Más tarde, cuando su atracción hacia mí creció de modo más obvio, vi que se lo había quitado. Un subterfugio muy halagüeño). Creo que tiene un ego depredador y un gran poder de voluntad, aptos para encajar con su talla y su inteligencia. Y tengo la sensación —lo sé— de que quiere cambiarme, de que ve en mí un alma gemela, en la que penetrar en profundidad pero, también, a la que puede manipular. Debo tener cuidado con mis palabras y mis actos con este hombre. En beneficio de mi propio crecimiento, debe ser un toma y daca. Pero debo mantener la parte más pura e íntima de mi alma fuera de su alcance. Mi corazón debe permanecer inviolado.»

CAPÍTULO NUEVE

Lloyd se pasó la mañana en Parker Center, fingiendo una aparición ritual para aplacar al teniente Gaffaney y a otros oficiales superiores que pudieran haber notado su prolongada ausencia. El Holandés Pelz llamó a la primera hora. Ya había iniciado las investigaciones no oficiales sobre antiguos casos de ataques homosexuales, delegando a dos oficiales de su despacho la tarea de telefonar a todos los componentes de la lista de detectives de Protección de Menores del archivo «privado» de personal del Departamento de Policía de Los Ángeles. El Holandés se encargaría de llamar a los agentes en activo con más de veinte años en Protección de Menores, y volvería a llamarle tan pronto como hubiera obtenido información para ser evaluada. Con Kathleen McCarthy indagando del lado de las librerías, no había nada que Lloyd pudiera hacer excepto repasar papeles, leer una y otra vez los informes de los suicidios hasta lograr ver algo que hubiese pasado por alto o que hubiese malinterpretado.

Tardó dos horas, a base de digerir miles de palabras, en encontrar una conexión, y cuando vio aparecer el número 408 en el mismo contexto y en dos informes diferentes, no supo si se trataba de una pista o de una mera coincidencia.

El cuerpo de Angela Stimka había sido descubierto por su vecino, el comisario del sheriff del condado, Delbert Haines, nº de placa 408, después de que *otros* vecinos le hubiesen avisado tras detectar un olor a gas que provenía del apartamento de la joven. Un año más tarde, los oficiales T. Rains, 408 y W. Vandervort, 691, fueron llamados al escenario del «suicidio» de Lorette Powell. Rains, Haines... se trataba de un estúpido error de pronunciación. Los números de placa idénticos denotaban, obviamente, a un mismo comisario.

Lloyd releyó el informe del tercer «suicidio» de Hollywood oeste: Carla Castleberry, fallecida el 10/6/1980, en el Motel Tropicana del boulevard de Santa Mónica. El informe de la muerte lo habían hecho oficiales completamente diferentes, y los nombres de los residentes del motel que habían sido entrevistados, Duane Tucker, Lawrence Craigie y Janet Mandarano, no aparecían en ninguno de los otros *dossieres*.

Lloyd tomó el auricular del teléfono y marcó el número de la subcomisaría del sheriff de Hollywood oeste. Una voz perezosa le respondió:

—Aquí el sheriff. ¿En qué puedo ayudarle?

Lloyd fue brusco.

—Soy el detective sargento Hopkins, del Departamento de Policía de Los Ángeles. ¿Trabaja aquí un cierto comisario Haines, O Rains?

El perezoso oficial murmuró:

—Sí, señor. El Blanco Haines, de la patrulla de vigilancia diurna.

—¿Está hoy de servicio?

—Sí, señor.

—Bien. Contáctelo por radio. Dígale que venga a verme a la pizzeria de la esquina de Fountain y La Cienega dentro de una hora. Es urgente. ¿Ha entendido?

—Sí, señor.

—Bien. Hágalo ahora mismo. —Lloyd colgó el teléfono. Probablemente aquello no le conduciría a ninguna parte, pero al menos era un movimiento.

Lloyd llegó temprano al restaurante, pidió un café y escogió una mesa con vistas a la calle para hacer un examen visual de Haines antes de la entrevista.

Minutos más tarde, un coche patrulla del sheriff paró frente al local y de él salió un comisario de uniforme que bizqueó miopemente ante la luz del sol. Lloyd estudió al hombre de cerca: alto, rubio, con un cuerpo grueso y fofo. Unos treinta años. Cabello con corte ridículo, con unas patillas demasiado largas para una cara tan gorda. El uniforme envolvía su grueso torso y su estómago flácido como si fuera la piel de una salchicha. Lloyd observó cómo se ajustaba las gafas de sol de aviador y se subía las cartucheras. Un tipo poco inteligente, pero posiblemente, hábil en las calles. Había que tratarlo con suavidad.

El comisario se dirigió directamente hacia la mesa de Lloyd.

—¿Sargento? —le dijo, tendiéndole la mano.

Lloyd estrechó su mano y señaló al lado opuesto de la mesa, esperando a que el hombre se quitara las gafas de sol. Cuando éste se sentó sin quitárselas y se estrujó con nerviosismo un grano de acné de la barbilla, Lloyd pensó: «Rápido, sé duro con él».

Haines se mostró inquieto ante la mirada de Lloyd.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor? —preguntó.

—¿Cuánto tiempo lleva en la oficina del sheriff, Haines?

—Nueve años —dijo Haines.

—¿Y cuánto tiempo lleva en la comisaría de Hollywood oeste?

—Ocho años.

—¿Vive usted en Larabee?

—Así es.

—Me sorprende. Hollywood oeste es un nido de mariconas.

Haines titubeó.

—Creo que un buen policía tiene que vivir en su terreno.

Lloyd sonrió.

—Yo también. ¿Cómo le llaman sus amigos? ¿Delbert? ¿Del?

Haines trató de sonreír, mordiéndose un labio sin querer.

—El Blanco. ¿Por qué quiere...?

—¿Por qué estoy aquí? Se lo diré enseguida. ¿Su zona incluye Westbourne Drive?

—S-Sí.

—¿Ha trabajado la misma ruta de patrulla durante todo el tiempo que lleva en la

comisaría?

—S-sí, excepto por alguna colaboración en la Antivicio. ¿A qué viene...?

Lloyd descargó un golpe sobre la mesa. Haines dio un respingo hacia atrás y se llevó ambas manos a la cabeza para ajustarse las gafas de sol. Se le crisparon los músculos de alrededor de los ojos y le apareció un tic en la comisura de la boca. Lloyd sonrió:

—¿Ha trabajado alguna vez en Narcóticos?

Haines se sonrojó y musitó un «No» ronco, mientras una red de venas palpitaba en su cuello. Lloyd le dijo:

—Simple comprobación. Básicamente he venido a interrogarle sobre un fiambre que encontró en el 78. Una mujer que se había cortado las venas, en Westbourne. ¿Lo recuerda?

El cuerpo entero de Haines se relajó. Lloyds observó cómo sus músculos se destensaban en una torpe postura de alivio.

—Sí. Mi compañero y yo recibimos un aviso. La vieja que vivía al lado había llamado para quejarse de que el tocadiscos de la muerta estaba demasiado alto. Encontramos a aquella chica tan bonita toda en...

Lloyd le atajó:

—Un año antes se había encontrado otro suicidio en su propia casa, ¿verdad, Blanco?

—Sí —dijo Haines—. Así fue. Me intoxicqué por culpa del gas y tuvieron que llevarme al hospital. Tengo una recomendación y mi retrato en el cuadro de honor de la comisaría.

Lloyd se apoyó en el respaldo y estiró las piernas debajo de la mesa y dijo:

—Ambas mujeres se suicidaron en un diez de junio. ¿No cree que es una extraña coincidencia?

Haines sacudió la cabeza.

—Puede que sí, puede que no. No lo sé.

Lloyd se echó a reír.

—Yo tampoco lo sé. Esto es todo, Haines. Puede marcharse.

Después de que Haines se hubiese marchado, Lloyd se tomó el café y se puso a pensar. Un poli declaradamente estúpido y colgado de anfetaminas. No tenía ningún sentimiento de culpabilidad por los dos asesinatos-suicidios, pero sin duda andaba metido en tantos asuntos ilegales, que el interrogatorio sobre aquellos antiguos homicidios había sido como librarse de una guillotina, en ningún momento había preguntado el porqué del interrogatorio. ¿Era simple coincidencia que hubiese descubierto los dos cadáveres? De hecho vivía y patrullaba en la misma zona. *Lógicamente*, encajaba.

Pero su instinto le decía que algo marchaba mal. Lloyd sopesó los pros y los contras de entrar en una casa a plena luz del día. Ganaron los pros. Tomó el coche y se fue hacia el nº 1167 de la avenida Larreebe.

El edificio de apartamentos de color malva estaba completamente en calma. Las ventanas de las diez viviendas estaban cerradas y no había señales de actividad en el camino que llevaba al patio trasero. Lloyd examinó los buzones de la fachada principal del edificio. Haines vivía en el apartamento 5. Recorrió con la mirada todos los números en relieve de las puertas del primer piso hasta que divisó la que buscaba en el último apartamento. No parecía ser una puerta blindada ni había cerraduras metálicas que indicaran un cerrojo de seguridad.

Manipulando al mismo tiempo una navaja de bolsillo de hoja corta y una tarjeta de crédito, liberó el mecanismo de cierre y empujó la puerta para abrirla. Apretó un interruptor de la luz, cerró la puerta e inspeccionó la sala de estar de mal gusto que ya esperaba encontrar; un sofá y butacas tapizados de skay, una mesita de fórmica y una polvorienta alfombra sintética a la que apenas quedaba pelo. Las paredes ostentaban unas reproducciones kischt de paisajes y en las estanterías empotradas no había un solo libro, tan sólo una pila de revistas porno.

Entró en la cocina. El astillado suelo de linóleo estaba cubierto de mugre, el fregadero lleno de platos sucios, y una gruesa capa de grasa cubría el techo y los armarios. El baño estaba aún más sucio, si cabe; útiles de afeitar desparramados sobre una repisa que había junto al lavabo, crema de afeitar solidificada sobre las paredes y el espejo y un cesto de ropa sucia rebosante de uniformes grasientos.

En el dormitorio encontró los primeros indicios que señalaban hacia rasgos de carácter distintos a la mera bancarrota estética o la dejadez. Sobre la cama sin hacer había un bastidor de caoba, cerrado por un cristal, del que colgaban media docena de rifles, uno de ellos ilegal, de doble cañón recortado. Al levantar el colchón, descubrió un Browning de 9 milímetros automático y una bayoneta oxidada con una etiqueta en el mango que rezaba: *¡Genuina espada de ejecución del Viet Cong! ¡Autenticidad garantizada!* Los cajones que había junto a la cama ocultaban una bolsita de plástico llena de marihuana y un bote de Dexedrina.

Después de revisar los armarios y vestidores y no encontrar nada, excepto ropas de civil sucias, regresó al salón y se sintió aliviado por haber validado sus sospechas sobre Haines, si bien le preocupaba no haber descubierto nada más. Con la mente en blanco, se sentó en el sofá y dejó que sus ojos circularan por la habitación en busca de algo que estimulara sus fluidos mentales. Una ronda, otra y otra más. Del techo al suelo, pasando por las paredes, y vuelta a empezar.

En la cuarta ronda, notó una irregularidad en el color y la textura del artesonado, en la unión de las dos paredes, exactamente sobre el sofá. Se subió a una silla y examinó la zona. La pintura parecía menos espesa y habían empotrado en la madera un objeto circular del tamaño de un cuarto de dólar. Lo miró con detenimiento y notó cómo se le helaba la sangre, el objeto tenía orificios diminutos, y era del tamaño exacto de un micrófono condensador de alta precisión. Recorrió con el dedo el borde inferior del artesonado y notó el cable. Alguien había instalado un micrófono en la sala de estar.

Andando de puntillas, siguió el recorrido del cable a lo largo de las paredes hasta la puerta principal, a lo largo del marco de la puerta y a través del corredor hasta un arbusto inmediatamente adyacente a los escalones que conducían al apartamento. Una vez en el exterior, el cable estaba recubierto con un estuco de color malva de tono idéntico al del edificio entero. Detrás del arbusto, Lloyd encontró el final del cable, en una caja metálica aparentemente inocua pegada a la pared, al nivel del suelo. Tomó la caja con ambas manos y la forzó con todas sus fuerzas. La tapa se levantó. Lloyd se puso en cuclillas y miró hacia el camino por si venía alguien. Nada. Dejó a un lado la tapa y contempló su hallazgo.

La caja contenía un equipo de grabación de precisión. La cinta no estaba grabando, lo que quería decir que quienquiera que intervenía la casa, tenía que poner en marcha por sí mismo el aparato o, más bien, había instalado un mecanismo de conexión que Haines, probablemente, activaba inconscientemente.

Lloyd miró hacia la puerta, escasamente a tres pasos de donde él se encontraba. Tenía que haber algún mecanismo.

Se dirigió hacia la puerta, la abrió desde el interior y la volvió a cerrar para regresar junto a la grabadora. La cinta seguía sin moverse. Repitió la operación, pero esta vez abrió la puerta desde el exterior y la cerró de nuevo. Agazapado junto al arbusto, admiró los resultados. Se había encendido una luz roja y las bobinas de la grabadora giraban en silencio. El Blanco Haines patrullaba de día. Quienquiera que estuviese interesado en sus actividades lo sabía y quería tener grabadas sus conversaciones nocturnas. El mecanismo de la puerta principal, que se accionaba al entrar, era una prueba de ello.

Lloyd cerró la puerta. Dudaba entre si llevarse la grabadora consigo o quedarse frente al apartamento a la espera de que llegara el espía para recoger la cinta. ¿Tenía aquello algo que ver con su caso? Trató de decidirse mientras volvía a mirar hacia el camino por si había testigos. Cuando la curiosidad le picó lo bastante para anular todas las consideraciones restantes, cortó el cable con su navaja de bolsillo, cogió el aparato y corrió a su coche.

Una vez en Parker Center, se colocó unos finos guantes quirúrgicos y se dispuso a examinar la grabadora. El aparato era idéntico a uno que había visto en un seminario del FBI sobre equipos electrónicos de vigilancia. Una «finura» de modelo, formado de cuatro bobinas gemelas separadas, colocadas a cada lado de los cabezales, que se ponían en funcionamiento automáticamente cada vez que se agotaba el período de ocho horas de grabación, lo que permitía una autonomía de grabación de treinta y dos horas antes de tener que cambiar las cintas.

Al examinar el interior vio que tanto las bobinas principales como las auxiliares contenían cinta, y que la de la bobina principal estaba mitad en el lado virgen y mitad en el lado grabado. Así pues, el aparato no contenía mucho más de cuatro horas de grabación. Deseoso de asegurarse de ello, revisó el compartimento que contenía las

bobinas gastadas. Estaba vacío.

Lloyd extrajo las cintas auxiliares y las metió en el cajón superior de su escritorio, mientras pensaba que aquella pequeña cantidad de cinta «viva» era una bendición. Probablemente se podría extraer muy poca información de cuatro horas de espionaje, pero puesto que el espía conocía bien las costumbres de Haines y que debía de existir algún mecanismo secreto en el interior del apartamento a fin de grabar un número x de horas por noche, la ausencia de cinta «viva» le permitiría tener bastante tiempo para preparar la caza del espía cuando éste regresara a cambiar las cintas. Cualquiera que fuese lo bastante diestro para instalar una vigilancia electrónica de aquella complejidad, arriesgaría tan sólo un número mínimo de incursiones para cambiar las cintas.

Corrió por el distribuidor hasta la salita de interrogatorios que quedaba al extremo de la sala de sumarios. Cogió una vieja grabadora que había sobre una mesa chamuscada de quemaduras de cigarrillos y se la llevó a su despacho.

—Pórtate bien —dijo, mientras colocaba la cinta «viva» en el aparato—. Nada de música ni estruendo. Pórtate bien.

La cinta empezó a girar, el altazo incorporado siseó y crujió. Se oyó el ruido de una puerta al abrirse, luego un gruñido de barítono seguido de un ruido que Lloyd identificó de inmediato; el traqueteo de una pistolera al caer sobre un sofá o una butaca. A continuación se escucharon unos pasos apenas audibles y otro gruñido, unas cuantas octavas más altas que el primero. Lloyd sonrió. Había por lo menos dos personas en el apartamento de Haines.

Haines empezó a hablar:

—Tienes que darme más, Pájaro. Corta la coca con las anfetaminas que me pasan los narcos, sube el precio, búscate nuevos clientes o lo que sea. Lo tenemos chungo. Me andan pisando los talones, y como no les suelte pronto una pasta, ni tú ni los mierdas de tus colegas os vais a salvar del talego. ¿Te enteras, chaval?

Una voz masculina de tono muy alto respondió:

—¡Mira, Blanco, me dijiste que no me ibas a tocar los cojones! ¡Te paso seis de los gordos al mes además de la mitad de la pasta de la droga, además de las mordidas de la mitad de los pringados de la calle! ¡Dijiste...!

Lloyd oyó un sonido que cortaba el aire seguido de un chasquido seco. Se produjo un silencio y luego sonó la voz de Haines:

—¡Empieza otra vez con esta mierda y te hostio de verdad! Escúchame bien, Pájaro: sin mí, no eres más que una mierda. Eres el rey de los chaperos porque yo te llevé a hacer levantamiento de pesas y reformarte ese cuerpo de ratón y porque te quito de encima a los gilipollas de Protección de Menores, y porque yo te paso la droga y la protección para que tú y tus secuaces os lo montéis con clase. Mientras tenga enchufe con los de Antivicio, estás a salvo. Y para esto hace falta dinero. Han puesto un comandante nuevo en vigilancia diurna, así que si no le enjabono rápido puede que acabe cortando cabezas de negro en Compton. Hay dos tipos nuevos en

Antivicio y no tengo ni puta idea de si podré mantenerlos apartados de tu precioso culito. Mi problema son dos de los grandes al mes antes de que vea un puto dólar de beneficio. El tuyo es subir a un veinte por ciento a partir de hoy mismo. ¿Lo has entendido, Pájaro?

El hombre de voz aguda, tartamudeó:

—Cl-cl-claro, Blanco.

Haines se rió entre dientes y luego dijo, con una voz plena de insinuación:

—Siempre cuidaré bien de ti. Limpíate bien las narices y verás cómo siempre lo hago. Sólo tienes que darme un poquito más. Y ahora vamos al cuarto, que quiero darte yo.

—No quiero, Blanco.

—Tienes que hacerlo, Pajarito. Forma parte de tu protección.

Lloyd siguió escuchando mientras el ruido de los pasos se metamorfoseaba en un silencio habitado por monstruos lastimeros. El silencio se prolongó durante horas. De repente, se rompió por el sonido de un sollozo mudo y por el estruendo de un portazo. Entonces se terminó la grabación.

Macarrerío de traperos, sobornos a la Brigada Antivicio, tráfico de drogas y un policía corrupto y brutal indigno de llevar una placa. ¿Pero tenía todo aquello algo que ver con los asesinatos? Y además, ¿quién espiaba el apartamento de Haines y por qué?

Hizo dos llamadas rápidas por teléfono, uno a la División de Asuntos Internos, tanto del Departamento de Policía de Los Ángeles como de la oficina del sheriff. Utilizando su reputación de eficacia podía obtener respuestas directas de los peces gordos de Asuntos Internos. No, el comisario Delbert Haines, placa 408, no estaba bajo investigación en ninguna de las dos divisiones. Disgustado, Lloyd elaboró mentalmente una lista de partes posiblemente interesadas por los asuntos que Haines se llevaba entre manos: traficantes rivales, otros macarras de maricas o algún colega de la policía. Todos parecían verosímiles, pero ninguno de ellos le decía nada relevante. ¿Alguna especie de lazo homosexual con su asesino? Era poco probable. Además, no encajaba con su teoría sobre la castidad del asesino y Haines no tenía ninguna conciencia de culpa respecto a los dos asesinatos en 10 de junio que había descubierto.

Lloyd tomó la grabadora en cuestión y la llevó al tercer piso, a las oficinas de la División de Identificación Científica y se la mostró a un analista de datos que estaba especialmente enamorado de los aparatos de escucha. El hombre soltó un silbido cuando Lloyd depositó el aparato sobre la mesa y se acercó amorosamente a acariciarlo.

—Todavía no, Artie —dijo Lloyd—. Quiero que le examinen las huellas.

Artie volvió a silbar, se recostó en el respaldo de su silla y soltó un «Ooh, la la» con los ojos en blanco.

—Es fabuloso, Lloyd. Es la perfección.

—Dime de qué va este trasto, Artie. No pases nada por alto.

El analista sonrió y se aclaró la garganta:

—Es una grabadora Watanabe A.F.Z. 999. Al por menor cuesta unos siete mil pavos. Sólo se encuentra en tiendas especializadas. Lo utilizan, básicamente, dos tipos de personas bien diferenciados: los enamorados de la música interesados en grabar de una sola tirada conciertos rock y óperas de larga duración, y las agencias policiales que quieren hacer espionaje clandestino de largo plazo. Cada componente de esta máquina es lo mejor que se pueda comprar con dinero y lo mejor que puede producir la tecnología nipona. Estás ante la perfección absoluta.

Lloyd le miró complacido:

—Bravo. Tengo que hacerte otra pregunta. ¿Hay números de serie ocultos en esta cosa? ¿Números individuales o de prototipo que puedan indicar cuándo fue vendido este aparato?

Artie sacudió negativamente la cabeza.

—El A.F.Z. 999 salió al mercado a mitad de los setenta. Un solo prototipo y ningún número de serie. Tampoco hay variación de color, sólo en negro. La Watanabe Corporation es amante de la tradición; no tienen intención de alterar el diseño de estas preciosidades. Yo no les culpo. ¿Quién puede mejorar la perfección?

Lloyd volvió a mirar la grabadora. Estaba en perfecto estado. No tenía un solo rasguño.

—¡Mierda! —dijo—. Tenía la esperanza de poder localizar la lista de posibles compradores. Oye, ¿esta cosa debe figurar en los archivos de detallistas de vuestra división?

—Seguro que sí —dijo Artie—. ¿Quieres que reúna una lista?

Lloyd asintió.

—Sí, hazlo. ¿Podrás, verdad? Yo me llevo esta monada abajo y la dejaré para que le extraigan las huellas. Volveré enseguida.

En el laboratorio central de Investigación Científica había un solo técnico en huellas dactilares de servicio. Lloyd le tendió la grabadora y le dijo:

—Huellas latentes. Revise los archivos de toda la nación. Quiero que las compare *personalmente* con las del Boletín de Homicidios 16222, Niemeyer, Julia L. F. F. 3/1/83, un índice y un medio parciales. Dichas huellas estaban marcadas con sangre. Si tiene dudas sobre la posible identidad de ambas, imprima estas huellas con una muestra de sangre y vuelva a comparar. ¿Entendido?

El técnico asintió con un gesto y a continuación preguntó:

—¿Cree que encontraremos huellas?

—Es poco probable, pero tenemos que intentarlo. Hágalo a fondo, es muy importante.

El técnico abrió la boca para confirmar que lo haría, pero Lloyd ya había salido corriendo de la sala.

—Dieciocho minoristas —dijo Artie mientras Lloyd irrumpía por la puerta—. La

lista está al día. ¿No te dije que nuestra monada era esotérica?

Lloyd cogió la lista impresa y se la metió en el bolsillo, mientras miraba instintivamente el reloj que había sobre la mesa de Artie. Eran las 6.30, demasiado tarde para llamar a las tiendas de aparatos estéreo. Al recordar su cita con Kathleen McCarthy, dijo:

—Tengo que irme pitando. Cuídate, Artie. Puede que algún día te cuente toda la historia.

Kathleen McCarthy cerró la tienda temprano y se encerró en su vivienda para escribir y arreglarse para su cita con el policía. Los negocios del día habían resultado frustrantes. No había habido ventas, tan sólo una lista interminable de curiosas que querían discutir temas feministas mientras ella estaba pegada al teléfono tratando de obtener información para la captura de un asesino de mujeres psicópata. Era una ironía al mismo tiempo profunda y ridícula, y Kathleen sintió una vaga disminución de su autoconfianza. Había odiado a la policía durante tanto tiempo, que incluso a pesar de que estaba cumpliendo un deber moral al ayudarles, el precio era un pedazo de su ego. Apoyándose en la lógica, Kathleen asió el fragmento de su ego y lo mató con palabras. La dialéctica a expensas de la ayuda a los demás. Orgullo. Tu intratable corazón irlandés. Kathleen sonrió ante la verdadera ironía: sexo. Deseas al poli, y ni siquiera sabes su nombre de pila.

Entró en el cuarto de baño y se desnudó ante el espejo de cuerpo entero. Carnes prietas y satisfactoriamente lisas. Busto firme y unas buenas piernas. Una mujer alta y hermosa. Treinta y seis años, todavía de buen ver... Los ojos de Kathleen se empañaron de lágrimas y se abrazó a sí misma sin dejar de mirarse al espejo.

Se puso una bata y entró en su estudio-sala de estar. Colocó una pluma, papel y un diccionario sobre su escritorio y dio comienzo a su ritual previo a la escritura, dejando que los retazos de su prosa y sus pensamientos sobre el amor de sus sueños lucharan en su mente por la primacía. Como siempre, ganó el amor de sus sueños; Kathleen se acarició distraídamente el escote de su bata y se abandonó al aroma de las flores que siempre recibía cuando más las necesitaba, cuando su vida parecía tocar algún punto límite. Entonces, de un modo anónimo y en perfecta sincronía psíquica, las flores aparecían ante el umbral de su puerta y ella se sentía abrumada, se preguntaba quién las mandaba y miraba los rostros de hombres extraños en busca de signos de amabilidad, de comiseración o de algún interés *especial*.

Sabía que tenía que ser alto e inteligente y más o menos de su edad: ¡dieciocho años de tributo floral sin una sola pista sobre su identidad! Tan sólo sabía que tenía que venir del barrio, que tenía que haberla visto de camino de la escuela acompañada de su corte...

Aquellos pensamientos sobre su corte la estimularon. Tomó su pluma y escribió:

*Recuerda a los muertos
Devuélveles sus pensamientos
Recuerda las canciones que cantaron*

Y las palabras que pronunciaron.
Desde la prolongada adolescencia
A la prematura senectud
Yo con dolor me lamento
Por las epifanías que no tuve
Y el gozo que aún no siento.

Suspirando, Kathleen se recostó en su asiento. Volviendo a suspirar, sacó su diario y escribió:

«La buena prosa parece estar a punto de estallar fuera de mí, así que hago un pequeño número de toreo, me vuelvo a sentar y recupero de nuevo el presente, desde mi enésima cumbre de ‘Emergencia de buena prosa’. Estos días han sido mágicos. Incluso la socorrida prosa parece inventada. Este diario (que probablemente nunca se publicará) parece mucho más real. Probablemente esté entrando en un período en el que me sentaré y dejaré que las cosas sucedan a mi alrededor, me las imaginaré mientras transcurren, luego las echaré fuera de mí y me sentaré a escribir un nuevo libro. El policía parece ser la evidencia de todo esto. De acuerdo, es poderoso y atractivo, pero incluso de no serlo, probablemente haría caso de sus intenciones. Más mágico aún: ¿Responde esta actitud de laissez faire a un deseo de edificación o a un escape de la soledad, del deseo y del ansia por abandonar finalmente esta espantosa parte de mí que quiere mantenerse apartada de la raza humana y existir sólo a través de las palabras? Empíricamente hablando, ¿quién lo sabe? Mi soledad me ha proporcionado palabras brillantes, del mismo modo que mis relaciones abismales con los hombres. ¿Otra (¿la milésima?) meditación sobre la identidad de Él? Hoy no. Hoy es estrictamente el reino de las cosas posibles. De repente me siento cansada de las palabras. Espero que este policía no sea demasiado inflexible. Espero que sea capaz de doblarse.»

Kathleen dejó la pluma sobre su escritorio, sorprendida de que la combinación del amor de sus sueños y el policía le hubieran inspirado tales sentimientos sombríos. Sonrió ante la impredecibilidad de las musas y miró su reloj: eran las 6.30. Mientras se duchaba para su cita, se preguntó adonde la conducirían aquellas estrofas y cómo debería reaccionar cuando sonara el timbre de la puerta a las siete en punto.

Exactamente a las siete en punto, sonó el timbre. Cuando Kathleen abrió la puerta se encontró frente a Lloyd, vestido con pantalón de pana y jersey de cuello alto. Se fijó en la silueta de un revólver enfundado que se recortaba en su cadera izquierda y se maldijo a sí misma; su traje pantalón de tweed Harris era definitivamente excesivo para la ocasión. Para enmendar el error dijo:

—¡Hola, sargento! —Agarró el bulto del revólver y tiró de Lloyd para que entrara. Él se dejó guiar, y Kathleen volvió a maldecirse cuando vio que él sonreía ante su gesto.

Lloyd se sentó en el sofá y abrió sus largos brazos remedando una postura de crucifixión.

—He hecho aquellas llamadas —dijo Kathleen—. He hablado con más de doce vendedores de libros. No he conseguido nada. Ninguno de mis amigos recuerda haber visto o haber hablado con ningún hombre como el que me describió. Ha sido grotesco. Yo estaba ayudando a la policía a encontrar a un loco asesino de mujeres y ellas no dejaban de interrumpirme con preguntas sobre la igualdad de derechos.

—Muchas gracias —le dijo Lloyd—. La verdad es que no esperaba nada. Ahora mismo estoy de pesca. El pescador de homicidios 1114 a la tarea.

Kathleen se sentó:

—¿Supervisa usted esta investigación? —le preguntó.

—No. Ahora mismo. Yo soy esta investigación. Ninguno de mis superiores me autorizaría a tener agentes bajo mi mando, porque la idea de un asesino matando en masa y con impunidad les hace temer por sus carreras y por el prestigio del departamento. Yo he supervisado investigaciones de homicidios que normalmente se asignan a tenientes o a capitanes, pero...

—Pero usted es igual de bueno. —Kathleen lo dijo como si lo diera por hecho.

Lloyd sonrió:

—Soy mejor.

—¿Es capaz de leer en los pensamientos, sargento?

—Llámame Lloyd.

—De acuerdo, Lloyd.

—La respuesta es algunas veces.

—¿Sabes lo que estoy pensando?

Lloyd rodeó los hombros de Kathleen con su brazo. Ella se encogió, pero no opuso resistencia.

—Tengo una idea —dijo Lloyd—. ¿Qué tal para empezar? ¿Quién es este tipo? ¿Es un chiflado de derechas, como la mayoría de los policías? ¿Se pasa horas haciendo chistes negros y hablando de mujeres con sus colegas? ¿Le gusta hacer daño? ¿Le gusta *matar*? ¿Cree que existe una conspiración judeo-comunista-homosexual-negra dispuesta a desmantelar el mundo? ¿Cree...?

Kathleen puso una mano gentil y tímida sobre la rodilla de Lloyd y dijo:

—*Touché*. En lo esencial, acertó en todos los comentarios. —Sonrió en contra de su voluntad y retiró despacio su mano.

Lloyd sintió que la sangre empezaba a correr con más ímpetu.

—¿Quieres saber mis respuestas?

—No, ya lo has hecho.

—¿Alguna otra pregunta?

—Sí, dos. ¿Engañas a tu mujer?

Lloyd se echó a reír y se metió la mano en el bolsillo del pantalón para sacar su anillo de boda. Se lo deslizó en el dedo y dijo:

—Sí.

El rostro de Kathleen no mostraba expresión alguna:

—¿Has matado a alguien alguna vez?

—Sí.

Kathleen hizo un mohín.

—No tenía que habértelo preguntado. No hablemos más de la muerte ni de asesinatos de mujeres, por favor. ¿Nos vamos?

Lloyd asintió y la tomó de la mano mientras ella cerraba la puerta con llave.

Conducían sin rumbo fijo, yendo a parar a las colinas escalonadas del viejo barrio. Lloyd guiaba el Matador sin matrícula a través de la topografía de su mutuo pasado, preguntándose en qué estaría pensando Kathleen.

—Mis padres han muerto —dijo ella finalmente—. Ambos eran muy mayores cuando yo nací, y me mimaron mucho porque sabían que sólo me tendrían durante veinte años o así. Mi padre me dijo que se había instalado en Silverlake porque le recordaba Dublin.

Kathleen miró a Lloyd quien se percató de que ella quería poner fin a sus juegos mentales y ser amable. Cuando llegaron a la conjunción de las calles Hyperion y Vendrome, paró el coche con la esperanza de que la visión de aquella vista espectacular la impulsaría a divulgar sus cosas íntimas, cosas que harían que él quisiera cuidarla.

—No —dijo Kathleen—. Me gusta este sitio. Solía venir aquí con mi séquito. Aquí leímos poemas en memoria de John Kennedy la noche en que lo mataron.

—¿Tú séquito?

—Sí, mi séquito, la «Kathy Kourt», escrito con dos kas. En la escuela secundaria tenía mi propio grupo de seguidoras. Todas éramos poetisas, y vestíamos faldas escocesas y jerseys de cachemir, y nunca salíamos con chicos, porque no había un solo chico en la Escuela John Marshall que fuera merecedor de nosotras. No salíamos con chicos ni follábamos. Nos guardamos para Don Perfecto que todas nos imaginábamos que aparecería cuando fuéramos poetisas de renombre. Éramos únicas. Yo era la más lista y la más bonita. Me trasladaron de la escuela parroquial porque la madre superiora siempre trataba de conseguir que le enseñara las tetas. Hablé de ello una vez en la clase de higiene y conseguí atraer a un séquito de chicas solitarias y empollonas. Ellas se hicieron *mujeres* gracias a mí. Todo el mundo nos dejaba de lado; sin embargo, teníamos un grupo de seguidores igualmente solitarios y empollones. Los «Kathy Klowns», los llamaban, porque nunca nos dignamos siquiera a dirigirles la palabra. Nosotras... nosotras...

La voz de Kathleen se convirtió en un sollozo y rechazó la tentativa de Lloyd de rodear sus hombros con el brazo.

—Nosotras... nos amábamos y cuidábamos las unas de las otras, y ya sé que suena patético, pero éramos fuertes. ¡Fuertes...!

Lloyd aguardó un minuto completo antes de preguntarle:

—¿Qué pasó con tu séquito?

Kathleen suspiró con la conciencia de que su respuesta iba a ser un anticlimax.

—Oh, se dispersaron. Encontraron novios y decidieron no esperar al hombre perfecto. Se hicieron más bonitas y decidieron que no querían ser poetisas. Sencillamente... dejaron de necesitarme.

—¿Y tú?

—Yo creí morirme, y mi corazón se hundió y volvió a la superficie para salir en busca del amor verdadero. Me acosté con un montón de mujeres imaginándome que así encontraría un nuevo entorno. No funcionó. Entonces me follé a un montón de hombres y esto me ofreció un nuevo estímulo, de acuerdo, pero todos eran un lastre. Y me puse a escribir y a escribir hasta que conseguí publicar y comprar una librería, y aquí estoy.

Lloyd sacudía la cabeza.

—¿Y en *realidad*, qué? —dijo.

Kathleen profirió con enojo:

—¡Y soy una poetisa de puta madre y aún mejor diarista! ¿Y quién demonios eres tú para interrogarme? ¿Y? ¿Y? ¿Y?

Lloyd le acarició suavemente el cuello con las puntas de los dedos y le dijo:

—Y eres una persona que vive de pensamientos y tienes treinta y tantos años, y continúas preguntándote si algún día las cosas te irán mejor. Por favor, di que sí, Kathleen. O simplemente mueve la cabeza. —Kathleen sacudió la cabeza afirmativamente con la mirada fija en su regazo y apretando los puños—. Tengo que hacerte una pregunta —le dijo Lloyd—. Una pregunta retórica. ¿Sabías por qué el Departamento de Policía de Los Ángeles trata la carrocería de sus coches sin matrícula con un revestimiento especial antichoque?

Kathleen se echó a reír cortésmente ante el sinsentido de la pregunta.

—No —respondió.

Lloyd se le acercó y aseguró el cinturón de seguridad alrededor de sus hombros. Cuando vio que ella ponía cara de sorpresa, alzó las cejas y dijo:

—Agárrate. —Y puso el motor en marcha, entró la primera, soltó el freno de emergencia al mismo tiempo que pisaba a fondo el acelerador con lo que el coche salió disparado hacia adelante casi en posición vertical. Kathleen chilló. Lloyd esperó a que el coche recuperara su posición y pisó suavemente el acelerador una docena de veces hasta que las ruedas traseras tomaron fricción y el coche salió disparado hacia adelante, esforzándose por mantener la parte delantera en el aire. Kathleen volvió a chillar. Lloyd notó cómo la gravedad luchaba contra la fuerza del motor y ganaba. Cuando la capota del Matador bajaba, pisó el pedal del acelerador y el morro del coche volvió a alzarse, manteniéndolo en esta posición hasta que vio que llegaban a una intersección y pisó el freno con lo que las ruedas derraparon y chirriaron. El coche giraba hacia una hilera de árboles cuando finalmente la parte delantera chocó contra el asfalto. Lloyd y Kathleen saltaron en sus respectivos asientos como si fueran muñecos de trapo. Empapado de sudor, Lloyd bajó la ventanilla y vio a un grupo de adolescentes chicanos que le ovacionaban con entusiasmo y saludaban al coche alzando sus botellas de cerveza.

Lloyd les mandó un beso y se volvió hacia Kathleen, que estaba llorando, sin saber si de miedo o de júbilo. Le soltó el cinturón de seguridad que rodeaba sus hombros y la abrazó. La dejó que llorase y sintió cómo sus lágrimas se convertían

gradualmente en risas. Cuando finalmente Kathleen alzó la cabeza que tenía apoyada en sus hombros, Lloyd vio el rostro de una chiquilla entusiasmada. Besó aquel rostro con la misma ternura con que besaba a sus hijas.

—¿Romanticismo urbano? —dijo Kathleen—. ¡Santo Cielo! ¿Y ahora qué más?

Lloyd consideró las posibilidades y dijo:

—No lo sé. De cualquier modo, sigamos en marcha. ¿De acuerdo?

—¿Respetarás las normas de tráfico?

—Palabra de honor —dijo Lloyd y puso en marcha el motor mientras subía y bajaba repetidamente las cejas ante los ojos atónitos de Kathleen que, muerta de risa, tuvo que pedirle que parara. Los chavales les aplaudieron de nuevo cuando arrancaron.

Atravesaron Sunset, la arteria principal del viejo barrio. Mientras paseaban, Lloyd iba señalando los lugares de su pasado.

—Aquí está la tienda de Myron, de coches de segunda mano. Había sido un químico genial que erró su camino. Se colgó de la heroína y dejó su puesto en enseñanza en la universidad. Un día descubrió una solución corrosiva capaz de comerse los números de serie del bloque de un motor. Se dedicó a robar cientos de coches, sumergió los bloques dentro de la cuba de su solución y se nombró a sí mismo el rey de los coches usados de Silverlake. Era un buen tipo. Era hinchado del equipo de fútbol de Marshall y siempre dejaba sus coches a los jugadores para que acudieran a sus citas. Pero un día, cuando iba totalmente colocado, se cayó dentro de la cuba del ácido. La solución le devoró las piernas hasta las rodillas y ahora es un inválido y el individuo más misántropo que haya conocido jamás.

Kathleen se unió a la conversación y señaló al otro lado de la calle.

—La Droguería Cathcart. A veces venía a mear papel de escribir para mi séquito. Papeles perfumados de violeta. Un día me pillaron. El viejo Cathcart me agarró del brazo y me registró los bolsillos. Encontró algunos de los poemas que había escrito sobre el mismo tipo de papel. Sin dejarme marchar, leyó los poemas en voz alta ante todos los clientes que había en la tienda. Eran poemas íntimos. Yo me sentí avergonzada...

Lloyd sintió que la tristeza se entrometía en su noche, el bulevar Sunset era demasiado ruidoso e iluminado de neón. Sin decir palabra, hizo girar el coche por el boulevard de Echo Park y se dirigió hacia el pantano de Silverlake. Pronto se encontraron en la planta hidroeléctrica y él se volvió hacia Kathleen en busca de aprobación.

—Sí —dijo ella—. Perfecto.

Anduvieron colina arriba en silencio, unidos de la mano. Los tarrones de porquería se rompían bajo sus pies, y por dos veces Lloyd tuvo que tirar de Kathleen. Cuando alcanzaron la cima se sentaron sobre el polvo, sin preocuparse por sus ropas, apoyados en la verja de alambre que circunvalaba las instalaciones. Lloyd notó que Kathleen se apartaba de él en un intento de contener sus lágrimas. Para romper el

vacío, le dijo:

—Me gustas, Kathleen.

—Tú también me gustas. Y también me gusta estar aquí.

—Está todo en silencio.

—Amas el silencio y odias la música. ¿Dónde cree tu mujer que estás?

—No lo sé. Últimamente sale a bailar con ese amigo suya marica. Su hermana del alma. Esnifan cocaína y van a discotecas gays. A ella también le encanta la música.

—¿Y todo esto no te importa? —le preguntó Kathleen.

—Bueno... Más que nada, no lo entiendo, entiendo a los que roban bancos y se hacen ladrones o a los que se cuelgan de la droga, del sexo o se hacen policías, poetas, asesinos..., pero no entiendo a la gente que se va a las discotecas a escuchar música cuando podrían estar haciendo cualquier otra cosa. Puedo entenderte a ti y a tu séquito, y que te tiraras a todos estos gilipollas y colgados. Entiendo a los niños inocentes y su capacidad de amar, y el trauma que sufren cuando descubren lo duro y frío que puede ser el mundo, pero no entiendo cómo no pueden sentir deseos de luchar. Yo les cuento historias a mis hijas y ellas lucharán. La pequeña, Penny, es un genio. Es una luchadora nata. De las otras dos no estoy seguro. Janice, mi mujer, no es una luchadora. No creo que nunca fuera inocente. Nació práctica y estable y siempre se ha mantenido así. Creo... creo que tal vez... por esto me casé con ella. Creo... que yo *sabía* que ya no me quedaba inocencia, y tampoco estaba muy seguro de ser un luchador. Entonces descubrí que lo era y sentí miedo ante el precio que tendría que pagar. Por esto me casé con Janice.

La voz de Lloyd había adquirido un tono monótono e incorpóreo. Por unos instantes Kathleen pensó que era el muñeco de un ventrílocuo, y que quienquiera que estuviera tirando de sus cuerdas pretendía realmente *conseguirla proporcionándole pistas por medio de aquella confusa confesión* que acababa de oír. Dos palabras sobresalían: «asesinos» y «precio», y en su urgencia por dar coherencia a la narración, dijo:

—Y así pues te convertiste en policía para probar que eras un luchador, y entonces mataste en nombre del deber y lo supiste.

Lloyd sacudió la cabeza:

—No. Antes maté a un hombre, a un hombre malvado. Después me hice policía y me casé con Janice. A veces pierdo el sentido de la cronología. A veces... no muy a menudo... cuando intento recordar mi pasado o oigo algún ruido... música... un ruido espantoso... y tengo que parar.

Kathleen sintió que Lloyd se debatía contra la pérdida de control y se dio cuenta de que había roto la barrera de su esencia. Le dijo:

—Quiero contarte una historia. Es una historia romántica verdadera.

Lloyd hundió la cabeza en su regazo y dijo:

—Cuéntame.

—De acuerdo. Hubo una vez una chica callada y estudiosa que escribía poesía. No creía en Dios ni en sus padres ni en las chicas que la seguían. Trataba muy duramente de creer en sí misma. Durante un cierto tiempo, le resultó fácil. Luego sus seguidoras le abandonaron. Se quedó sola. Pero había alguien que la amaba. Un hombre gentil le mandaba flores. La primera vez lo hizo con un poema anónimo. Un poema muy triste. La segunda vez, sólo flores. Y así el amor de sus sueños siguió mandándole flores, en el anonimato, a lo largo de muchos años. Más de dieciocho años. Siempre que la solitaria mujer más las necesitaba. La mujer se convirtió en poetisa y diarista y guardó todas aquellas flores secas entre cristales. Siempre especulaba sobre aquel hombre, pero nunca hizo nada por descubrir su identidad. Aceptó de corazón aquel tributo anónimo y decidió que el anonimato debía de ser recíproco, manteniendo sus diarios en privado hasta su muerte. De este modo, vivió y escribió, y escuchó música. Una vida tranquila. Casi te hace no querer creer en Dios, ¿verdad Lloyd?

Lloyd retiró su cabeza de su suave apoyo y la sacudió para enfocar mejor aquella triste historia. Luego se levantó y ayudó a Kathleen a ponerse en pie.

—Creo que el amor de tus sueños es un luchador muy extraño —dijo—. Y creo que quiere que tú le pertenezcas, no precisamente inspirarte. Creo que no sabe lo fuerte que eres. Vamos, te llevaré a casa.

Se quedaron el uno junto al otro frente a la puerta de la casa de Kathleen, ella se reclinó sobre el hombro de Lloyd y cuando alzó la cabeza, él pensó que deseaba que la besara. Cuando se inclinó hacia sus labios, Kathleen le apartó suavemente.

—No. Todavía no. Por favor, no lo fuerces, Lloyd.

—De acuerdo.

—Es tan sólo que todo es tan inesperado. Tú eres tan especial, y sólo...

—Tú también eres muy especial.

—Lo sé, pero no tengo idea de quién eres tú, de tu hábitat natural. Las *pequeñas* cosas. ¿Comprendes?

Lloyd consideró aquellas palabras.

—Te entiendo. Mira, ¿te gustaría venir a una cena mañana por la noche? ¿Con otros policías y sus esposas? Probablemente será aburrida, pero iluminadora para ti.

Kathleen sonrió. Aquella oferta era una capitulación en mayor grado; él deseaba ser aburrido para complacerla.

—Sí. Ven a las siete —dijo, retrocediendo en la oscuridad del umbral y cerrando la puerta tras de sí. Cuando oyó el ruido de los pasos de Lloyd al marchar, encendió las luces y sacó su diario. Su mente se debatió en las profundidades hasta que musitó:

—Oh, a la mierda. —Y escribió:

«Es capaz de doblegarse. Yo seré su música.»

Lloyd se fue a su casa. Aparcó en la calle y se encontró con que el coche de

Janice no estaba y todas las luces de la casa estaban encendidas. Abrió la puerta y entró. Vio la nota de inmediato:

Lloyd, cariño:

Esto es un adiós, al menos por un tiempo. Las niñas y yo nos marchamos a San Francisco a vivir con un amigo de George. Es por nuestro bien, lo sé, porque sé que tú y yo no nos hemos comunicado durante mucho, mucho tiempo, y que nuestros valores son visiblemente diferentes. Tu comportamiento con las niñas fue la gota final. Desde el principio de nuestro matrimonio he sabido que sufrías alguna perturbación profunda, que tú disimulabas (en su mayor parte) muy bien. Lo que no voy a tolerar es que le pases tu perturbación a tus hijas. Tus historias tienen un efecto cancerígeno, y Anne, Caroline y Penny deben quedar a salvo. Una nota sobre las niñas: voy a matricularlas en la Escuela Montessori de San Francisco, y haré que te llamen una vez por semana. El compañero de George, Rob, cuidará de la tienda en mi ausencia. En los meses siguientes decidiré si quiero o no el divorcio. Me importas mucho, pero no puedo vivir contigo. No te daré nuestra dirección de San Francisco hasta que no esté segura de que no harás nada precipitado. Cuando esté instalada, te llamaré. Hasta entonces, cuídate y no te preocupes.

Janice

Lloyd tiró la nota al suelo y anduvo por la casa vacía. Todos los objetos femeninos habían sido retirados. Las habitaciones de las niñas estaban limpias de pertenencias personales; el dormitorio que antes compartiera con Janice ahora contenía tan sólo su aura solitaria y la colcha de cachemir azul marino que Penny había tejido para su treinta y siete cumpleaños.

Lloyd se envolvió la colcha alrededor de los hombros y salió al exterior. Alzó la mirada al cielo y deseó una tormenta purificadora. Cuando cayó en la cuenta de que no podía invocar a los rayos y los truenos, cayó de rodillas y lloró.

CAPÍTULO DIEZ

Cuando el poeta vio la caja metálica vacía, sollozó. En mitad del cielo del amanecer, se materializaron células cancerígenas que chocaron contra sus ojos haciéndole caer contra el frío pavimento. Se rodeó la cabeza con los brazos y se enrolló en una bola fetal para impedir que los diminutos carcinomas pasaran a través de su garganta. Empezó a mecerse de adelante hacia atrás hasta que todos sus sentidos se embotaron y su cuerpo se electrificó, para luego quedar insensible. Cuando sintió que se asfixiaba, tomó aire, y la visión familiar de la avenida Larrabee apareció ante sus ojos.

Ya no había células cancerígenas en el aire. Su preciosa grabadora había desaparecido, pero el Agente Cerdo estaba aún durmiendo y el escenario matutino de Larrabee parecía normal. No había ningún coche de la policía, ni vehículos sospechosos ni ninguna figura en gabardina ocultándose tras un periódico. Hacía cuarenta y ocho horas que había cambiado la cinta, así que lo más probable era que hubiesen descubierto el aparato aquel mismo día, cuando estaba vacía o en marcha, o el día anterior, cuando tan sólo contenía un mínimo de material grabado. De no haber querido hacerse tanto daño a sí mismo no se habría arriesgado jamás a recoger las cintas a aquellas horas de la mañana, pero necesitaba el estímulo del Agente Cerdo y su vasallo, que habían estado haciendo cosas en el sofá, cosas que Julia habría escrito en su manuscrito infer...

No fue capaz de completar el pensamiento, tan avergonzante era.

Se puso en pie y miró en todas direcciones. No le había visto nadie. Se mordió la piel de sus antebrazos. La sangre que manó era roja y saludable. Abrió la boca con la intención de hablar, para asegurarse de que las células cancerígenas no habían dañado sus cuerdas vocales. La palabra que salió de su garganta fue «A salvo». La pronunció una docena de veces, cada vez con una inflexión más pavorosa. Finalmente gritó y corrió hacia su coche.

Treinta minutos más tarde había escalado el tejado de la librería, con un 32 automático con el bolsillo, y sonreía al ver que su Sanyo 6000 todavía seguía oculto bajo una placa de aislamiento calafeteada. Cogió las dos bobinas de cinta grabada del compartimento de almacenaje del aparato. «A salvo. A salvo. A salvo.» Pronunció aquellas palabras una y otra vez en el camino de vuelta a casa, y todavía seguía pronunciándolas cuando introdujo la primera cinta en su viejo aparato del salón. Se sentó a escuchar y sus ojos se pasearon sobre las ramas del rosal y las fotografías de las paredes.

El sonido de un interruptor al ser accionado; la luz del porche se encendía; el mecanismo que activaba la cinta. Su primer amor hablaba consigo misma. Luego, silencio absoluto. Sonrió y se tocó los muslos. Ella estaba escribiendo.

El silencio se prolongó. Una hora. Tres. Cuatro. Entonces se oyó un bostezo y otra vez el ruido del interruptor.

Se levantó, estiró los brazos y cambió la cinta. Otra vez el mecanismo de la luz del porche. Su puntual amada, a las 6.55, como un reloj.

Volvió a sentarse, preguntándose si debía explotar ahora que podía oír sus pasos o esperar a que su amada hablara sola. Entonces se oyó el timbre de la puerta y su voz que decía:

—Hola, sargento. —Un ruido de pasos. Otra vez su voz—: He hecho aquellas llamadas a más de una docena de vendedores de libros. Nada. Ninguno de mis amigos recuerda haber visto o hablado con un hombre como el que me describió. Ha sido grotesco. Yo ayudaba a la policía a encontrar a un loco asesino de mujeres y ellas no...

Al oír las últimas palabras empezó a temblar. Su cuerpo se quedó frío como el hielo para después empezar a arder. Apretó el botón de stop y cayó de rodillas. Se clavó las uñas en el rostro hasta sangrar, mientras sollozaba «a salvo, a salvo, a salvo». Se arrastró hasta la ventana y miró el escenario de la calle Alvarado. Recuperó las esperanzas cuando vio que la actividad seguía como de costumbre: el ruido del tráfico, mujeres mejicanas con sus niños a cuestas, los yonquis que esperaban a sus camellos frente a los puestos de tortas. Empezó a decirse «a salvo», pero dudó y suspiró «tal vez». Aquel «tal vez» creció en su cerebro hasta que tuvo que chillar y regresar corriendo junto a la grabadora.

Apretó el botón de puesta en marcha. Su amada estaba diciendo algo sobre mujeres que le interrumpían. Luego se escuchó la voz de un hombre: «Gracias. La verdad es que no esperaba nada. Ahora mismo estoy de pesca. El pescador de homicidios, placa 1114, en acción».

Se esforzó a escuchar y se agarró los genitales con ambas manos para no gritar. Aquella conversación horrible prosiguió y el significado de las palabras hizo que se apretara aún más fuerte. «La idea de un asesino matando en masa con impunidad les asusta... Yo he supervisado investigaciones de homicidios... Llámame Lloyd.»

Cuando se oyó un portazo y la cinta giró en bendito silencio, retiró sus manos de la entrepierna. Sintió cómo la sangre se deslizaba por sus muslos, lo que le hizo acordarse de la escuela, de la poesía y de la santidad de su propósito. Las notas sobresalientes que le había puesto la señora Cuthbertson en la clase de literatura. Sus falacias lógicas: *post hoc, propter ego hoc* —después de esto, por lo tanto a causa de esto—. El conocimiento de los crímenes cometidos no implica el conocimiento del perpetrador. La policía no estaba llamando a su puerta. «Lloyd, pescador de homicidios, placa 1114», no tenía la menor idea de que el habitáculo de su primer amor estaba intervenido y tal vez no tuviera nada que ver con su otra grabadora. «Lloyd» estaba de «pesca» en unas aguas infestadas de tiburones, y como se le acercara, se lo comería vivo. En conclusión: no tenía ni idea de quién era él, y todo seguía como antes.

Aquella noche se declararía a su nueva amada, la veintitresava y más precipitadamente cortejada. No habría un «tal vez». Sería un puro «sí»,

poderosamente confirmado por su cinta de meditación y por cada una de sus amadas desde Jane Wilhielm en adelante. Sí. Sí. El poeta abrió la ventana y lo proclamó *al mundo entero.

CAPÍTULO ONCE

Aquella noche de insomnio en la casa vacía había sido el anticipo de un día de frustración burocrática absoluta, y cada respuesta negativa ante sus solicitudes desgarraron la mente de Lloyd como una señal luminosa que indicaba el final de todas las amables influencias de su vida. Janice y las niñas ya no estaban, y hasta que hubiese capturado a su genial asesino, no tenía poder para hacerlas regresar.

A la caída de la tarde, hizo recuento de sus menguantes opciones, preguntándose qué podría hacer si se desvanecían y le abandonaban, dejándole solo con su mente y su voluntad.

Había pasado seis horas llamando a las dieciocho tiendas de estéreos para conseguir una lista de cincuenta y cinco personas que en los últimos ocho años hubieran adquirido un Watanabe A.F.Z. 999. Veinticuatro de los compradores eran mujeres, con lo que quedaban tan sólo treinta y un sospechosos masculinos. Lloyd sabía por experiencia que las entrevistas por teléfono eran inútiles y que no había otra solución para determinar la culpabilidad o inocencia de los sospechosos, en función de su respuesta al interrogatorio. Y si la grabadora había sido comprada fuera de Los Ángeles... y todo el asunto de Haines no tenía nada que ver con los asesinatos... y necesitaría hombres para hacer los interrogatorios... y si el Holandés se ponía en contra suya en la fiesta de aquella noche...

Sus pensamientos negativos siguieron sucediéndose, mezclándose con recuerdos de Penny y sus colchas, de Anne y Caroline escuchando sus historias encantadas. El Holandés no había obtenido ningún resultado positivo de sus solicitudes a los agentes retirados de protección de menores, así como tampoco de los que llevaban muchos años en activo. Los archivos posibles sobre un supuesto «Pájaro» o «Pajarito» denunciaban los nombres de unos cuantos negros del gueto. Era inútil, porque estaba claro que la voz aflautada que había escuchado en la grabación del apartamento de Haines, pertenecía a un hombre blanco.

Pero la mayor frustración había sido la ausencia de huellas dactilares en la grabadora. Lloyd había ido repetidamente al laboratorio en busca del técnico al que le había dejado el aparato. Había llamado al hombre a su casa pero sólo había averiguado que su padre había sufrido un ataque al corazón y que él se encontraba en San Bernardino, llevándose consigo la grabadora para analizarla y hacer la comparación de huellas en los laboratorios de la oficina del sheriff de allí.

—Dijo que usted quería que hiciese las pruebas *personalmente*, sargento —le había dicho su mujer—. Le llamaré mañana por la mañana, desde San Bernardino, con los resultados del análisis. —Lloyd había colgado el teléfono echando pestes contra la semántica y su propia naturaleza autoritaria.

Así pues, sólo le quedaban dos últimas opciones, a ejecutar en solitario: entrevistar a los treinta y un compradores o vigilar el apartamento de Haines a la espera de que apareciese el espía. Tácticas de la desesperación, y las únicas vías

abiertas que le quedaban.

Lloyd tomó su coche y se dirigió hacia el oeste, a casa de Kathleen McCarthy. Cuando salió de la autopista se dio cuenta de que estaba sediento de sexo, así que desvió su Matador hacia el norte, en dirección de la casa de Joanie Pratt, en Holliswood Hills. Podrían conversar y hacer el amor y tal vez el cuerpo de Joanie aplacaría aquella sensación de callejón sin salida que le rodeaba por todas partes.

Joanie se precipitó sobre Lloyd cuando éste apareció por la puerta, exclamando:

—*Willkommen*, sargento! ¿Estás pensando en el amor? Si es así, mi habitación está directamente a tu derecha.

Lloyd se echó a reír. El gran corazón carnal de Joanie era el lugar perfecto en que apoyar su tristeza.

—Dirígame.

Después de amar y jugar y contemplar la puesta de sol desde el balcón, Lloyd le contó que su mujer y sus hijas se habían marchado y que en el despertar de su abandono sólo quedaban él y el asesino.

—Me doy dos días más para esta investigación —dijo—, luego lo voy a hacer público. Voy a llevarlo todo al informativo del Canal 7 y voy a tirar mi carrera por el balcón. Lo he pensado mientras estábamos en la cama. Si las pistas que tengo en este momento no conducen a nada, voy a crear tal escándalo público que todas las agencias de policía del condado se verán obligadas a ir tras este animal; si mis deducciones sobre él son correctas, la publicidad del caso hará que se precipite y hará algo que le delate por completo. Creo que tiene un ego descomunal que está pidiendo a gritos que se le reconozca, y cuando se lo proclame al mundo entero, ahí estaré yo para atraparle.

Joanie se estremeció y apoyó una mano reconfortante sobre el hombro de Lloyd

—Lo atraparás, sargento. Le darás justo ahí donde más le duela.

Lloyd sonrió al imaginarse la escena.

—Mis posibilidades están llegando a su fin —dijo—. Me siento bien. —Y acordándose de Kathleen, añadió—: Tengo que marcharme.

—¿Una cita? —le preguntó Joanie.

—Sí, con una poetisa.

—¿Me harás un favor antes de marcharte?

—Tú dirás.

—Quiero una foto de los dos juntos.

—¿Y quién la hará?

—Yo misma. Tengo una Polaroid con disparo retardado. Venga, levántate.

—¡Pero si estoy desnudo, Joanie!

—Y yo también. Vamos.

Joanie se fue a la sala de estar y regresó con una cámara fijada a un trípode. Accionó unos cuantos botones y corrió al lado de Lloyd. Él se sonrojó y le rodeó la cintura, notando que le llegaba una erección. El flash se disparó. Joanie contó los

segundos y sacó la fotografía de la cámara. La copia era perfecta: Joanie y Lloyd desnudos, ella sonriendo carnalmente y él sonrojado y semierecto. Lloyd sintió que su ternura se desbordaba cuando la miró. Tomó el rostro de Joanie entre sus manos, le dijo:

—Te quiero.

—Yo también te quiero, sargento. Ahora, vístete. Los dos estamos citados esta noche, y yo llego tarde a mi cita —contestó Joanie.

Kathleen se había pasado el día entero preparándose para la noche, largas horas en el departamento de ropa femenina de Brooks Brothers y de Broshard-Doughty, en busca de la indumentaria romántica capaz de expresar con elocuencia su pasado y su presente.

Le llevó *horas*, pero finalmente lo encontró: una camisa Oxford rosa, calcetines cortos azul marino, un jersey de cuello barco azul marino y la *pièce de resistance*, una falda de pliegues, hasta la rodilla, de tartán roja.

Sintiéndose relajada y expectante a un tiempo, Kathleen se marchó a casa para saborear la espera de su cómplice romántico. Le quedaban cuatro horas de espera y pensó en colocarse un poquito y escuchar música para matar el tiempo. Puesto que aquella noche se vería yuxtapuesta de modo iconoclasta a una congregación de serios policías y sus esposas, escogió cuidadosamente un disco de Medley de la época hippie, lo puso en el tocadiscos y se sentó en el sofá para fumarse unos porros y escuchar la música. Sabía que aquella noche aleccionaría a su policía: le sorprendería con su poesía, le leería extractos selectos de su diario y, tal vez, le dejaría que le besara los pechos.

A medida que la hierba colombiana iba surtiendo su efecto, Kathleen empezó a esbozar una nueva fantasía. Lloyd era el amor de sus sueños; era el que le había mandado flores todos aquellos años. Había esperado el terrible impulso de tener que perseguir al asesino para el encuentro. Un encuentro casual no hubiese sido lo bastante romántico para él. La génesis de su atracción tenía que haberse gestado en Silverlake. Habían crecido a seis manzanas de distancia.

Kathleen sintió que su fantasía se difuminaba a medida que bajaba el efecto de la hierba. Para reforzarlo, se fumó su última hierba thailandesa. En cuestión de minutos se fundía con la música y Lloyd se encontraba ante su mirada, desnudo, confesando su creciente amor de casi dos décadas, su deseo por tenerla. Regia y magnánima, Kathleen aceptaba y veía cómo él crecía ante sus ojos hasta que ella, Lloyd y el bajo de los Jefferson Airplane explotaron al mismo tiempo, y ella sacudió su mano en su entrepierna mientras miraba de reojo el reloj y vio que faltaban diez minutos para las siete.

Entró en el cuarto de baño y abrió la ducha, entonces se quitó la bata y dejó que el chorro de agua corriera sobre su cuerpo, alternando el agua fría y caliente, hasta

sentir que emergía tenuemente su personalidad sobria. Se puso sus nuevas ropas y se contempló en el espejo de cuerpo entero: estaba perfecta y complacida de comprobar que el ir ataviada con aquellas indumentarias nostálgicas no le producía el más mínimo remordimiento.

El timbre de la puerta sonó a las siete. Kathleen desconectó el estéreo y abrió la puerta. Al ver a Lloyd allí, frente a ella, gigantesco y aún así grácil, volvió a sentir sus fantasías. Cuando él le sonrió y le dijo:

—Cielos, ¿estás colocada?

Regresó al presente, se echó a reír:

—Lo siento, estaba en las nubes. ¿Te gusta mi traje?

—Estás preciosa. La ropa clásica te sienta como anillo al dedo. No sabía que te drogaras. Anda, vayámonos de aquí.

El Holandés Peltz y su esposa vivían en Glendale, en una casa tipo rancho anexa a un campo de golf. Lloyd y Kathleen recorrieron el camino en silencio, tensos. Lloyd pensaba en las tácticas de desesperación y en asesinos y Kathleen en el modo de recuperar la igualdad que había perdido por aparecer colocada.

El Holandés les saludó desde la puerta e hizo una reverencia ante Kathleen. Lloyd hizo las presentaciones.

—Holandés Peltz, Kathleen McCarthy.

El Holandés tomó la mano de Kathleen y dijo:

—Señorita McCarthy, es un placer.

Kathleen le devolvió la reverencia con una floritura sarcástica.

—¿Debo llamarle por su rango, Sr. Peltz?

—Por favor, llámeme Arthur u Holandés, como hacen todos mis amigos.

Volviéndose hacia Lloyd, dijo:

—Circula un rato, muchacho. Yo le enseñaré los alrededores a Kathleen. Antes de que os marchéis tenemos tiempo de hablar.

Lloyd percibió la intención del tono de voz del Holandés y le dijo:

—Tenemos que hablar antes. Voy a buscar una copa. Kathleen, si el Holandés se pone aburrido, dile que te enseñe su truco de la bota.

Kathleen bajó la vista hacia los pies del Holandés. A pesar de que iba vestido con un traje de calle, llevaba unas botas negras de suela gruesa de patrullero. El Holandés se echó a reír y golpeó el suelo con el talón del pie derecho. Del lateral de la bota salió disparado un estilete de doble filo.

—Mi marca registrada —dijo—. Fui un comando en Corea. —Clavó la punta del cuchillo contra la alfombra y la hoja se retrajo.

Kathleen forzó una sonrisa.

—Machista.

El Holandés sonrió:

—*Touché*. Vamos, Kathleen, le enseñaré la casa.

El Holandés condujo a Kathleen hacia el *buffet* del comedor, en el que las mujeres estaban preparando platos de ensalada y trayendo bandejas de estofado de buey y col, riendo y gozando de los preparativos para la fiesta. Lloyd les vio marchar y se encaminó hacia la sala de estar. Soltó un silbido cuando vio que cada centímetro cuadrado del piso estaba cubierto de peces gordos: comandantes, inspectores y demás rangos superiores. Contó cuántos eran: siete comandantes, cinco inspectores y cuatro comisarios jefes. El oficial de menor rango en la sala era al teniente Fred Gaffaney, que se encontraba sentado junto a la chimenea con dos inspectores que como él llevaban una aguja de solapa con cruz y bandera. Gaffaney alzó la vista y se encontró con la mirada de Lloyd, y entonces giró rápidamente. Los otros dos inspectores hicieron lo mismo, titubeando cuando él les miró fijamente. Algo andaba *mal*.

Lloyd encontró al Holandés en la cocina, deleitando a Kathleen y a un comisario en jefe con una de sus anécdotas dialectales. Cuando el comisario se retiró, sacudiendo la cabeza y riéndose, Lloyd dijo:

—¿Me preparas alguna sorpresa, Holandés? Aquí pasa algo. En toda mi carrera no había visto tantos peces gordos reunidos en un mismo lugar.

El Holandés tragó saliva.

—He hecho mi examen de comandante y me ha ido muy bien. No te lo dije porque... —Hizo un gesto con la cabeza señalando a Kathleen.

—No —dijo Lloyd—. Ella se queda. ¿Por qué no me lo dijiste, Holandés?

—¿No querrás que Kathleen lo oiga? —dijo el Holandés.

—No me importa. ¡Dímelo, maldita sea!

El Holandés lo soltó:

—No te dije nada porque conmigo en el puesto de comandante no tendrías límite a la hora de pedirme favores. Iba a decírtelo si me aprobaban y *cuando* me dieran el destino. Entonces fue cuando recibí el aviso de Fred Gaffaney de que me van a ofrecer el puesto de mando de Asuntos Internos cuando el inspector Eisler se retire. Gaffaney está en la lista de capitanes; está casi seguro de ser mi ejecutivo. Entonces tú vas y te metes con él, con lo que yo tengo que dar la cara por ti. Salí del paso; el viejo Holandés siempre cuida de su genio temperamental. Las cosas están cambiando, Lloyd. El departamento ha sufrido un ataque de los medios de comunicación: disparos contra los negros, la brutalidad policial, todos estos polis procesados por posesión de coca. Va a haber mucha movida. Asuntos Internos está lleno de fanáticos y el jefe *en persona* quiere acabar con el libertinaje, que sus agentes dejen de ir de putas, de ser mujeriegos y toda esta basura. ¡Yo voy a tener que ayudarlo en todo esto y no quiero que salgas perjudicado! ¡Le dije a Gaffaney que le pedirías disculpas y yo esperaba que aparecieras con tu mujer, no con una de tus condenadas amigas!

—¡Janice me ha abandonado! —gritó Lloyd—. ¡Se ha llevado a las niñas con ella, y no voy a pedirle disculpas a este mojigato lameculos para salvar mi vida!

Lloyd miró a su alrededor, Kathleen estaba rígida, apoyada contra la pared, con

los puños apretados. Un grupo de oficiales y sus esposas ocupaban el comedor. Cuando no vio nada a su alrededor sino miedo y condena reflejados en sus ojos, musitó:

—Necesito cinco hombres, Holandés. Para entrevistar a treinta y un sospechosos. Sólo por un par de días. Es el último favor que te pido. No creo que pueda atrapar al asesino yo solo.

El Holandés sacudió la cabeza.

—No, Lloyd.

El susurro de Lloyd se convirtió en sollozo:

—Por favor.

—No. Ahora no. Siéntate por una temporada, descansa. Has estado trabajando demasiado duro.

La multitud apiñada junto a la puerta se había dispersado hacia la cocina. Recorriendo la mirada por toda la asamblea, Lloyd dijo:

—Dos días, Holandés. Después lo llevaré todo ante la televisión. Ya me verás en las noticias de las seis.

Lloyd se dio la vuelta para marcharse, pero dudó. Se encaró al Holandés y le propinó un bofetón en la cara con la mano derecha. El estallido de la piel contra piel se ahogó en un susurro colectivo:

—Judas —siseó Lloyd.

Kathleen se acurrucó junto a Lloyd dentro del coche, abandonándose al deseo de su temerario coraje. Tenía miedo de decir algo equivocado, así que permaneció en silencio y trató de no especular sobre lo que él estaba pensando.

—¿Qué es lo que detestas? —le preguntó Lloyd—. Sé precisa.

Kathleen pensó durante unos instantes.

—Odio el Bar Klondike —dijo—. Es aquel bar de mariconas duras de la esquina de Virgil y Santa Monica. Un nido de sádicos. Los hombres que aparcan sus motos en frente del bar me dan miedo. Sé que querías que dijera algo sobre los asesinos, pero es lo que siento.

—No te disculpes. Ha sido una buena respuesta.

Lloyd dio la vuelta en redondo lanzando a Kathleen al otro lado del asiento. En pocos minutos se encontraban aparcados frente al Klondike, observando a un grupo de hombres de pelo rapado, con chaquetas de cuero negro, que esnifaban nitrato de amilo y que luego entraban al interior abrazados con sus rudos brazos.

—Otra pregunta —le dijo Lloyd—. ¿Quieres pasarte el resto de tu vida como una Emily Dickinson de poca monta o quieres ir en busca de la luz pura?

Kathleen tragó saliva, dijo:

—La luz pura.

Lloyd señaló con el dedo el rótulo de neón que había sobre las puertas del bar. Un

musculoso aventurero Yokon, que no llevaba más ropas que un sombrero y un taparrabos, brillaba ante sus ojos. Lloyd abrió la guantera y le dio a Kathleen su pistola del 38.

—Dispárale —le dijo.

Kathleen cerró los ojos y disparó a ciegas a través de la ventana hasta que vació el cargador. El aventurero Yokon explotó con los tres últimos tiros y de repente ella se encontró respirando pólvora y pura luz blanca. Lloyd arrancó el coche y salió disparado, conduciendo con una sola mano al volante y la otra sobre el regazo de tartán de Kathleen.

Cuando pararon frente a la librería, él le dijo:

—Bienvenida al corazón de mi etnia, Irlandesa Protestante.

Kathleen se enjuagó las lágrimas de risa de sus ojos:

—Pero si soy irlandesa católica.

—No importa. Tú tienes corazón y amor, y esto es lo que importa.

—¿Te vas a quedar?

—No. Tengo que estar solo y pensar en lo que debo hacer.

—¿Pero vendrás pronto?

—Sí, dentro de un par de días.

—¿Y me harás el amor?

—Sí.

Kathleen cerró los ojos y Lloyd se inclinó sobre ella y la besó, suave y fuerte alternativamente, hasta que sus lágrimas corrieron entre sus labios y ella deshizo el abrazo y salió corriendo del coche.

Una vez en casa, Lloyd trató de concentrarse y pensar. No ocurrió nada. Cuando los planes, teorías y estrategias se negaron a unirse en su mente, sintió un breve momento de pánico. Luego lo vio todo claro. Su vida entera había sido el preludio de aquella desalentadora pausa antes del vuelo. Ya no había vuelta atrás. Su divino instinto hacia la oscuridad le conduciría al asesino. El conejo había descendido por el agujero y nunca regresaría a la luz.

PARTE CUARTA

EL DESCENSO DE LA LUNA

CAPÍTULO DOCE

Su propósito se llamaba Peggy Morton y había sido escogida por el reto que representaba su consumación tanto más que por su persona.

Desde Julia Niemeyer y sus manuscritos se sentía debilitado en todos los frentes. Su cuerpo fuerte y delgado seguía teniendo el mismo aspecto de siempre, pero se *sentía* pesado, flácido; sus ojos azules, normalmente claros, estaban ahora evasivos y nublados de miedo cuando se miraba al espejo. Para combatir aquellos pequeños desastres, el poeta había resucitado algunas de sus disciplinas anteriores a la aparición de Jane Wilhelm. Pasaba horas practicando judo y kárate, haciendo prácticas de tiro con rifle y boxeando hasta que el dolor le impedía pensar. Sólo le servían como truco para mantenerse activo y las pesadillas seguían atormentándole. Salir a la calle en busca de jóvenes se le antojaba una pantomima de oberturas obscenas. Las nubes tomaban formas grotescas que dibujaban su nombre para que todo Los Ángeles lo leyera.

Entonces fue cuando le robaron su grabadora y cuando ganó una némeis sin rostro: el sargento Lloyd, el pescador de homicidas. En las once horas siguientes al conocimiento de su existencia gracias a la cinta, había explotado cuatro veces. Las imágenes cada vez más gráficas del barrio gay le condujeron a un estado casi de estupor que se evaporaba en pocos minutos, dejándole dispuesto a explotar de nuevo, pero aterrorizado ante el precio que tenía que pagar. No le servía de ninguna ayuda contemplar los recordatorios de sus paredes. Sólo las voces conseguían excitarle. Entonces pensó en Peggy Morton, que vivía a unas pocas manzanas de una calle llena de jóvenes que alquilaban sus servicios, de jóvenes que podían sustituir la vergonzosa voz de la cinta, de jóvenes que compartían el mismo estilo de vida horrendo que el Oficial Cerdo y su esbirro. Tomó su coche y se dirigió hacia Hollywood oeste y la consumación.

Peggy Morton vivía en un edificio de «seguridad» en la avenida Flores, dos manzanas al sur de Sunset Strip. Una mañana la había seguido hasta su casa desde el mercado de Santa Monica y Sweetzer, ocultándose al abrigo de los árboles de la calle y escuchando como ella conjugaba sus verbos en francés. Había en ella algo muy simple y saludable. Después de la resaca traumática de Julia Niemeyer, había echado una mano de aquella simplicidad como fundamento de su ardor.

Había tardado escasamente una semana en comprobar que aquella joven bonita y pelirroja era una criatura de costumbres en extremo: exactamente a medianoche salía de su trabajo de cajera en Tower Records, y su amante, Phil, el director de noche de la tienda, la acompañaba al mercado a comprar verduras y luego se marchaban a casa andando. Phil se quedaba a dormir tan sólo los martes y viernes.

—Es nuestro acuerdó, cariño —le había oído decir a Peggy una media docena de veces—. Tengo que estudiar francés. Me prometiste que no me presionarías.

El buenazo de Phil protestaba brevemente y luego agarraba a Peggy y su bolsa de

la compra en un abrazo desesperado para marcharse calle abajo, sacudiendo la cabeza. Entonces Peggy también sacudía la cabeza y decía:

—Hombres. —Y sacaba un manojito de llaves de su bolso para abrir la primera de las muchas puertas que la conducirían a su apartamento del cuarto piso.

El edificio de apartamentos le fascinaba y le desafiaba a un tiempo. Siete pisos de acero y cristal que se anunciaban con un cartel a la entrada como «Ambiente de 24 horas de seguridad electrónica total». Le parecía muy triste que la gente necesitara tal protección, pero el desafío le estimulaba aún más. Sabía que en el llavero de Peggy había cuatro llaves y que todas eran necesarias para tener acceso a su apartamento. Una vez oyó cómo Phil bromeaba sobre ello. También sabía que las cámaras electrónicas instaladas en las paredes patrullaban constantemente el distribuidor. El primer paso era obtener las llaves...

Lo consiguió con facilidad, pero así tan sólo tenía acceso parcial. Tras tres días de estudiar la rutina de Peggy, se dio cuenta de que cuando llegaba al trabajo a las cuatro en punto entraba primero en la sala de descanso para empleados que había al fondo de la tienda. Entonces solía dejar su bolso sobre una mesa, junto a la máquina de Coca-Cola, y se dirigía al almacén contiguo para revisar las nuevas remesas de álbunes. Él la estuvo observando durante tres días a través de la puerta corredera de cristal. El cuarto día se decidió a actuar. Abrió el bolso de Peggy, pero tuvo que apresurarse cuando oyó sus pasos y regresar corriendo a la tienda con una sola llave en la mano.

Pero era la llave de la entrada principal y aquella misma noche, disfrazado de mujer y con una bolsa de comestibles en la mano a modo de camuflaje, abrió la puerta desacaradamente y fue directo a los buzones, donde vio que Peggy vivía en el apartamento 423. Desde allí, rodeó el distribuidor y se dio cuenta de que hacía falta otra llave para acceder a los ascensores. Sin desanimarse, se fijó en que a su izquierda había una puerta que no estaba cerrada con llave. La abrió y se encontró frente a un pasillo oscuro que conducía a la sala de lavandería llena de lavadoras y secadoras que funcionaban con monedas. Inspeccionó la habitación y vio que había una amplia boca de ventilación en el techo. Escuchó ruidos que provenían de los apartamentos de arriba, y su cerebro empezó a maquinarse.

De nuevo vestido de mujer, pero esta vez con un ajustado chándal de algodón debajo de su indumentaria femenina, aparcó su coche al otro lado de la calle a la espera de que Peggy regresara a su casa. La expectación le producía tales temblores que no pensó ni por un momento en el policía pescador de homicidas.

Peggy apareció a las 12.35. Se cambió de mano la bolsa de la compra, introdujo su llave nueva en la cerradura y entró en el edificio. Él esperó durante un cuarto de hora, se dirigió disimuladamente hacia la puerta y entró, escudándose la cara con su propia bolsa de compra. Atravesó el distribuidor, entró en la lavandería y colgó en la puerta un letrero escrito a mano que ponía «Fuera de servicio» y la cerró por dentro. Respirando ligeramente, se quitó su amplio vestido de algodón estampado y sacó de

la bolsa sus herramientas de trabajo: un destornillador, un escoplo, un martillo, una sierra para metales, y un silenciador para su pistola automática de calibre 32. Las metió en los compartimentos de su cinturón del ejército, se ató el cinturón alrededor de la cintura y se puso guantes de goma quirúrgicos.

Pensó en los pocos recuerdos agradables que tenía de Peggy, se subió a la lavadora que quedaba directamente debajo de la boca de ventilación. Escudriñó en la oscuridad del conducto, inspiró profundamente y se colocó las manos sobre la cabeza, en posición de buceo, y saltó hacia arriba hasta poder agarrarse con las manos a las paredes de metal corrugado del interior del conducto. Con un gran esfuerzo de su capacidad pulmonar se izó a través, aplastando sus brazos, piernas y hombros para ganar una ventaja para impulsarse lentamente hacia arriba. Se sentía como un gusano cumpliendo penitencia en el infierno. Se abría paso hacia arriba, centímetro a centímetro, modulando su respiración en concierto con sus movimientos. El conducto estaba muy caliente y el metal hería sus piernas atravesando el chándal.

Cuando alcanzó el conducto adyacente del segundo piso vio que era lo bastante amplio para subir por él. Se deslizó saboreando la sensación de estar de nuevo en posición horizontal, se arrastró hasta encontrarse con una placa metálica con pequeños agujeros por los que entraba aire fresco. Entornó los ojos y vio que se encontraba al nivel del techo del pasillo frente a los apartamentos 212 y 214. Se encogió sobre la espalda y sacó el escoplo y el martillo de su cinturón, luego se volvió a colocar de barriga, y embutió la cabeza del escoplo en el borde de la placa metálica y la hizo saltar de un golpe seco de martillo. La placa cayó sobre el suelo de moqueta azul del pasillo y se arrastró a través del orificio abierto para dejarse caer. Recobró el aliento, volvió a colocar la placa metálica en la boca del conducto y se dirigió pasillo abajo rastreando continuamente con la mirada en busca de mecanismos ocultos de seguridad. Al no ver ninguno, atravesó dos puertas y subió dos tramos de la escalera de servicio, sintiendo que su corazón latía *in crescendo* a cada escalón.

El corredor del cuarto piso estaba desierto, se dirigió a la puerta del apartamento 423 y pegó la oreja a la puerta. Silencio absoluto. Extrajo la automática del 32 del cinturón y la revisó para ver si el silenciador estaba bien encajado en el cañón. Se concentró en recordar el timbre de la voz del memo de Phil, dio unos golpecitos en la puerta y dijo:

—¿Peg? Soy yo, cariño.

Oyó un ruido de pisadas en el interior del apartamento, seguido de un susurro:

—Estás loco... —Un instante después se abrió la puerta.

Cuando Peggy Morton vio a aquel hombre vestido de chándal negro, se llevó las manos a la boca de sorpresa. Le miró a los ojos y vio en ellos deseo. Pero cuando vio el arma que llevaba en la mano quiso gritar, pero no pudo.

—Recuérdame —le dijo el poeta, y le disparó al estómago.

Se produjo un ruido sordo y Peggy cayó de rodillas. Su boca aterrorizada trató de formar la palabra «No». Él apoyó el cañón de la pistola contra el pecho de Peggy y

apretó el gatillo. Ella retrocedió hacia la sala de estar expulsando un tenue «No» y una bocanada de sangre. El poeta la siguió y cerró la puerta tras de sí. Los párpados de Peggy se agitaban mientras trataba desesperadamente de respirar. Él se inclinó sobre su cuerpo y le abrió la bata. Estaba desnuda. Puso el cañón sobre su corazón y disparó. El cuerpo de Peggy se sacudió y su cabeza cayó hacia atrás. La sangre manaba de su boca y nariz y sus ojos parpadearon por última vez y se cerraron para siempre jamás.

El poeta entró en el dormitorio y encontró un amplio vestido de estar por casa que podía ser de su talla. Luego revolvió en el interior del armario hasta que encontró una peluca castaña y un gran sombrero de paja. Se puso aquella indumentaria, se contempló en el espejo y decidió que estaba perfecto.

Dio una vuelta por la cocina y encontró una bolsa de la compra reforzada y un puñado de periódicos, que llevó a la sala de estar y depositó en el suelo junto al cuerpo de su última amada. Retiró la bata ensangrentada del cuerpo de Peggy y sacó su sierra de metales. Empuñó la sierra y cerró los ojos cuando sintió los chorros de sangre que salían despedidos. En pocos minutos, tejidos, visceras y huesos quedaron despedazados y la alfombra amarillo pálido se tornó carmesí oscuro.

Salió al balcón y miró en silencio la riada de coches que circulaban por Sunset Strip. Por breves instantes se preguntó adonde iría toda aquella gente. Entonces regresó junto a su treinta y dosava amante y recogió sus brazos y piernas cortados. Los llevó hasta el borde del balcón y los lanzó al vacío. Contempló cómo desaparecían y sintió crecer su poder.

Ahora sólo quedaban la cabeza y el torso. Dejó el torso en el suelo, envolvió la cabeza con hojas de periódico y la depositó en la bolsa. Dio un suspiro, atravesó la puerta de entrada del apartamento y atravesó el edificio hasta llegar a la calle. Cuando llegó a la esquina, se quitó el vestido de Peggy y la peluca y el sombrero, y los amontonó junto a la alcantarilla, sabedor de que se había enfrentado al equivalente de todas las guerras de la humanidad y había salido vencedor.

Sacó su trofeo de la bolsa de plástico y anduvo acera abajo. En la siguiente esquina vio un hermoso y prístino Cadillac blanco. Depositó la cabeza de Peggy sobre el capó. Era una declaración de guerra. Por su mente pasaron los gritos de combate de los guerreros. «Al victor pertenece el trofeo.» Regresó junto a su coche dispuesto a celebrar su victoria.

Voces benevolentes le impulsaron a bajar por el bulevar de Santa Mónica. Conducía despacio, por el carril de la derecha, con los prietos guantes de goma que le apretaban las manos. Había muy poco tráfico y la ausencia de ruidos de la calle le permitió *escuchar, oír* los pensamientos de los jóvenes que se apoyaban en las señales de tráfico y en los bancos de las paradas de autobús.

Tener contacto visual resultaba difícil y más aún hacerse una composición de lugar basada exclusivamente en miradas, así que siguió camino, dejando al destino dictar su encuentro.

Cerca de Plummer Park le asaltaron unos fastidiosos y vulgares reclamos. Continuó su camino: mejor *nada* que alguien desagradable.

Cruzó Fairjax saliendo de Boy's Town, asustado y a la vez aliviado de que su periplo hubiese finalizado. En Crescent Heights cogió el semáforo en rojo y le llegó el sonido de más voces como si fuera metralla:

—Buen tabaco, Pajarito; llévate unas bolsas de diez centavos para tus váteres y podrás hacer negocio.

—Ya me arreglo bien, ¿qué te crees que soy, un jodido portero?

—No sería mala idea, Precioso. Los porteros tienen Seguridad Social, los maricas gonorrea.

Las tres voces se fundieron en una risa. Alzó la vista. Dos jóvenes rubios y el lacayo. Apretó el volante con tanta fuerza que sintió cómo sus entumecidas manos volvían a la vida temblando espasmódicamente, haciendo sonar la vocina por accidente. Con el ruido, las voces se apagaron. Podía sentir cómo sus miradas lo escrutaban. La luz del semáforo cambió a verde. Permaneció en el sitio; marchar ahora hubiese sido una cobardía. Células cancerígenas comenzaron a trepar por el limpiaparabrisas, entonces oyó una dulce voz en la ventana del acompañante.

—¿Buscas compañía?

Era el lacayo. Mirando fijamente a la luz verde, hizo un recorrido mental de sus veintitrés amadas. Sus imágenes lo calmaron; ellas *querían* que lo hiciera.

—Dije que si quería compañía.

Asintió. Las células cancerígenas se esfumaron con el acto de coraje. Se forzó a sí mismo a levantar la vista y a abrir la puerta mostrando una sonrisa. El tipo correspondió a la sonrisa, sin muestras de reconocerlo en sus ojos.

—¿Del tipo silencioso, eh? Tira para adelante; ya sé que soy una ricura. Tengo un nidito cerca de La Ciénaga. Cinco minutos y Larry el Pájaro te lleva directo al paraíso.

Los cinco minutos se proyectaron en veintitrés eternidades, veintitrés voces femeninas diciendo «Sí». Cada vez asentía y una oleada de calor le recorría el cuerpo.

Dejaron el coche en el aparcamiento del motel y Larry subió el primero, mostrando el camino a su habitación; una vez dentro, cerró la puerta y susurró:

—Son cincuenta, por adelantado.

El poeta sacó la cartera y extrajo dos de veinte y uno de diez. Se los dio a Larry, quien los metió en una caja de cigarros que había sobre la mesita, al tiempo que decía:

—¿Qué va a ser?

—Un griego —dijo el tipo.

Larry se rió.

—Te encantará, Muñeco. Nunca te han jodido hasta que te folla Larry el Pájaro.

El poeta sacudió la cabeza negativamente.

—No, te confundes. Soy yo el que quiere joderte.

—Amiguito, te has equivocado —exhaló con enfado Larry—, yo no tomo por el culo, doy. Llevo rompiendo anos desde el bachillerato. Soy Larry Paja...

El primer disparo le dio a Larry en la ingle. Se cayó sobre el armario ropero, deslizándose después hasta el suelo. El hombre permaneció sobre él, cantando: «Adelante, oh, noble mariscal, avance sobre ese campo; con su bandera ondeando sobre nuestras cabezas, nunca nos rendiremos». Los ojos de Larry cobraron vida entonces y abrió la boca; el tipo metió dentro de ésta el cañón con el silenciador y disparó seis veces. La parte posterior de la cabeza de Larry y el armario explotaron. Extrajo el cargador gastado y lo rellenó; después le dio la vuelta al destrozado cadáver y le quitó los pantalones y los calzoncillos al mariquita. Le separó las piernas, le introdujo el cañón en el recto y apretó el gatillo siete veces. Los dos últimos disparos rebotaron en la espina dorsal y le destrozaron la yugular al salir, brotando géisers de sangre en todas las direcciones.

El poeta se puso de pie, sorprendiéndose al descubrir que podía mantenerse firme. Puso ambas manos frente a la cara y notó que las tenía tiasas; se quitó los guantes de goma y sintió cómo la vida le volvía a aquéllas. Ahora ya había matado veintitrés veces por amor y una por venganza; era capaz de dar muerte a hombres y mujeres, a amantes y violadores. Se arrodilló junto al cuerpo e introdujo las manos en una viscera, dentro de un amasijo sanguinolento; a continuación, encendió todas las luces de la habitación y escribió con los dedos en la pared: «No soy Kathy's Klown».

Ahora que él ya lo sabía, estimó conveniente darlo a conocer al mundo. Encontró el teléfono y llamó a información pidiendo el número de la División de Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles. Tras dárselo la operadora, lo marcó y mientras esperaba se puso a tamborilear con sus dedos sangrientos en la mesita. Finalmente, una voz brusca contestó:

—Atracos y Homicidios. Oficial Huttner al habla, ¿puedo ayudarle?

—Sí —respondió el hombre y se puso a explicar que un sargento de detectives había rescatado a su perro. Su hija quería mandar al simpático policía una tarjeta de felicitación. Ella había olvidado el nombre, pero recordaba el número de placa (el 1114). ¿Sería el oficial Huttner tan amable de darle un mensaje al simpático policía?

El oficial Huttner dijo «mierda» para sí mismo y al micrófono:

—Sí, señor. ¿Cuál es el mensaje?

—Dejemos que la guerra comience —respondió el hombre; después arrancó el cable de la pared y arrojó el aparato de teléfono a la sangrienta habitación del motel.

CAPÍTULO TRECE

Al amanecer Lloyd se dirigía hacia Parker Center. Las posibles derivaciones de su explosión en la fiesta resonaban en su cabeza como címbalos enloquecidos. Cualesquiera que fueran las secuelas, desde cargos formales por asalto a censura departamental, iba a ser objeto de una investigación por parte del Departamento de Asuntos Internos, que resultaría en un destino específico de jornada completa que pondría fin a su investigación en secreto, de mantenerse ilocalizables para el departamento en general y para los cazadores de brujas de Asuntos Internos en particular, de dejar para más tarde los desagravios al Holandés y de atrapar al asesino, aunque le costara su carrera.

Subió corriendo los seis tramos de escalera que le separaban de su despacho. Sobre el escritorio encontró una nota del oficial de guardia de la primera planta: «Placa 1114. ¿Que empiece a guerra? Probablemente un loco. Huttner.» «La artillería psicológica del Departamento de Asuntos Internos —decidió Lloyd—. Los fanáticos religiosos nunca han sido sutiles.»

Lloyd bajó al recibidor para entrar en el salón de oficiales con la esperanza de que no habría agentes de guardia nocturna rondando por allí. Iba a dar un largo paseo por las calles y con café solo no tendría suficiente.

El salón-bar estaba desierto. Lloyd registró las repisas inferiores de las mesas, el clásico escondite de los agentes de «guardia de largo plazo». Al cuarto intento, obtuvo su recompensa: una bolsita de plástico llena de pastillas de Bencedrina. Cogió la bolsa entera. Le quedaban treinta y un nombres en la lista de compradores y la caza del espía del apartamento de Haines el Blanco. Mejor demasiada anfeta que demasiado poca.

Los pasillos del Parker Center empezaban a animarse con la llegada de los primeros oficiales. Lloyd vio a varios rostros desconocidos, de pelo rapado y aspecto duro, que le miraban con recelo e inmediatamente los tomó por detectives de Asuntos Internos. De vuelta a su despacho, vio que los papeles de su mesa habían desaparecido. Iba a alzar el puño para estamparlo contra la mesa cuando sonó el teléfono.

—Lloyd Hopkins —dijo al auricular—. ¿Quién es?

Le respondió una monótona voz masculina:

—Sargento, soy el capitán Magruder, de la oficina de sheriff de Hollywood oeste. Tenemos dos homicidios, de localización separada. Tenemos un grupo de huellas dactilares que estoy seguro de que coinciden con su teletipo del caso Niemeyer. ¿Podría...?»

Lloyd se quedó helado.

—Le veré en la comisaría dentro de veinte minutos —dijo.

Tardó veinticinco minutos y tuvo que saltarse semáforos en rojo y conectar la sirena todo el camino. Encontró a Magruder en el despacho de Información, vestido de uniforme y escudriñando entre un montón de informes. Fijándose en su chapa, le

dijo:

—Capitán, soy Lloyd Hopkins.

Magruder dio un salto como si le hubiese atacado un enjambre de avispas.

—Gracias a Dios —dijo, tendiéndole una mano temblorosa—. Vamos a mi despacho.

Atravesaron un largo pasillo poblado de oficiales uniformados que hablaban en animados susurros. Magruder abrió la puerta de su despacho y le indicó a Lloyd que tomara asiento, luego se sentó tras su escritorio y dijo:

—Dos homicidios, ambos ocurridos la pasada noche. Una mujer y un hombre. Los escenarios de los crímenes están separados dos kilómetros. Ambas víctimas masacradas con una automática del 32. Idénticos casquillos de bala en ambos lugares. A la mujer la desmembraron, probablemente con una sierra. Las piernas y los brazos fueron encontrados en la piscina adyacente al edificio. Envolvieron su cabeza con periódicos y la depositaron sobre el capó de un coche directamente frente al edificio. Una chica bonita, de veintiocho años de edad. La segunda víctima era un chapero. Trabajaba frente a un motel que está a pocas manzanas de aquí. El asesino le metió la 32 por la boca y por el culo y lo hizo mierda. La encargada de noche, que vive exactamente debajo, dijo no haber oído nada. Nos llamó cuando la sangre empezó a gotear a través de su techo.

Lloyd, aturdido ante la noticia de una víctima masculina, observaba cómo Magruder abría el cajón de la mesa y sacaba un botellín de bourbon. Se sirvió un trago largo en una taza de café y se lo bebió de un solo trago.

—Dios santo, Hopkins —dijo—. Dios santo y bendito.

Lloyd rechazó la botella que le ofrecía.

—¿Dónde encontraron las huellas? —preguntó.

—En la habitación de motel del chapero —respondió Magruder—. Sobre el teléfono, la mesita de noche y junto a unas letras escritas en sangre sobre la pared.

—¿No hubo asalto sexual?

—No hay modo de saberlo. El recto de aquel tipo estaba destrozado. El forense dijo que nunca había visto...

Lloyd alzó una mano para interrumpirle.

—¿Lo sabe ya la prensa?

—Creo que sí..., pero nosotros no hemos mandado ningún comunicado. ¿Qué ha averiguado usted sobre el asesinato de Niemeyer? ¿Tiene alguna pista que pueda proporcionar a mis hombres?

—¡No tengo nada! —chilló Lloyd. Bajando el tono de voz, dijo—: Hábleme del chapero.

—Se llama Lawrence Craigie, alias Larry el Pájaro, alias Hombre-pájaro. Treinta y cinco años, rubio, musculoso. Creo que solía hacer la calle cerca de Plummer Park.

La mente de Lloyd explotó y se fusionó en una serie de conexiones: Craigie, el testigo del suicidio del 10/6/80; el Pájaro de la grabación del apartamento de Haines.

Todo encajaba.

—¿Usted *creel* —gritó Lloyd—. ¿Qué hay de su hoja de antecedentes?

Magruder tartamudeó:

—La... la hemos revisado. Sólo hay multas de tráfico sin pagar.

—¿Y ese tipo era un chapero conocido? ¿Sin ningún antecedente penal?

—Bueno... tal vez pagó a un abogado para que se borrarán sus fechorías.

Lloyd sacudió la cabeza.

—¿Qué hay de sus archivos de Antivicio? ¿Qué saben sobre él sus oficiales de vicio?

Magruder se sirvió otro trago y lo dejó de lado.

—El escuadrón Antivicio no entra de servicio hasta la guardia de noche —dijo—, pero ya he revisado sus archivos. No hay nada contra Craigie.

Lloyd notó que surgían conexiones más amplias.

—¿El Motel Tropicana? —preguntó.

—Sí —dijo Magruder—. ¿Cómo lo sabe?

—¿Han retirado el cadáver y sellado las premisas?

—Sí.

—Voy a ir hasta allí. ¿Hay alguno de sus oficiales?

—Sí.

—Bien. Llame al motel y dígales que voy para allá.

Lloyd acalló sus temblores mentales y salió corriendo del despacho de Magruder. Recorrió las tres manzanas que le separaban del motel, a la espera de encontrarse frente a una representación del infierno y de su propio destino.

Se encontró frente a un matadero rezumante de sangre y carne destrozada. El joven comisario que vigilaba la entrada contribuyó con detalles sangrientos:

—¿No cree que es terrible, sargento? Tenía que haber estado aquí hace un rato. Los sesos del tipo cubrían todo aquel armario de allí. El coronel tuvo que recogerlos en una bolsa de plástico. Ni siquiera pudieron marcar una línea de tiza del cuerpo, tuvieron que usar cinta adhesiva, Dios santo.

Lloyd se acercó al armario. La alfombra azul claro estaba todavía empapada de sangre. En mitad de la extensión rojo oscuro, una cinta adhesiva metalizada dibujaba la silueta del cuerpo de un hombre con los brazos y piernas en cruz. Recorrió el resto de la habitación con la mirada: un amplio lecho con colcha de terciopelo morado, estatuillas de hombres musculosos, una caja de cartón llena de cadenas, látigos y otros enseres similares.

Al revisar la habitación por segunda vez, se fijó en que una buena extensión de la pared que quedaba sobre la cama estaba cubierta con papel de embalar. Le preguntó al comisario:

—¿Qué es ese papel de la pared?

El comisario dijo:

—Oh, me olvidé de decírselo. Debajo hay algo escrito. Escrito con sangre. Los

otros lo cubrieron para que los periodistas y los de la tele no pudieran verlo. Piensan que puede ser una pista.

Lloyd cogió el papel por una esquina y tiró de él. «No soy un Kathy's Klown» apareció ante sus ojos escrito en trazos sangrientos y gruesos. Por un segundo, su computador se obturó y crujió. Luego se fundieron todos sus fusibles y las palabras se emborronaron y se transformaron en ruidos, seguidos de un silencio absoluto.

Kathleen McCarthy y su corte... «Teníamos un grupo de seguidores, igualmente empollones y solitarios. Los llamaban los Kathy's Klowns». Mujeres asesinadas que tenían el aspecto de saludables colegialas de los años sesenta. Un chapero muerto y su colega policía, perverso y corrupto, y... y...

Lloyd sintió cómo el joven comisario le tiraba de la manga. Su silencio se convirtió en puro clamor satánico. Agarró al comisario por los hombros y le empujó contra la pared.

—Hábleme de Haines —le dijo en un susurro.

El joven oficial cloqueó y tartamudeó:

—¿Qu... qué?

—El comisario Haines —repitió Lloyd lentamente—. Hábleme de él.

—¿Haines, el Blanco? Es un solitario. Mira para sí mismo. He oído decir que toma drogas. Es... es todo lo que sé.

Lloyd soltó los hombros del comisario.

—No pongas esa cara de miedo, hijo —le dijo.

El joven tragó saliva y se ajustó la corbata.

—No tengo miedo —dijo.

—Muy bien. No le cuentes a nadie nuestra conversación.

—Sí..., señor.

De repente sonó el teléfono. El comisario cogió el auricular y se lo pasó a Lloyd.

—Sargento, soy el oficial Nagler de Investigaciones Científicas —dijo una voz nerviosa—. Hace horas que trato de ponerme en contacto con usted. La operadora de la central me dijo...

Lloyd le cortó:

—¿Qué es, Nagler?

—Sargento, son idénticas. El índice y el medio del teletipo de Niemeyer encajan a la perfección con el índice y medio que he sacado de la grabadora.

Lloyd dejó caer el auricular y salió al balcón. Miró hacia el *parking* del edificio, enteramente ocupado de mirones y curiosos y luego desvió su mirada hacia la calle. Todo cuanto vio fue tan espantoso como la primera imagen de la vida de un niño que acaba de salir del útero materno.

CAPÍTULO CATORCE

Impulsado por un torbellino de destinos entrecruzados, Lloyd dirigió su coche hacia la casa de Kathleen McCarthy. En la puerta principal había una nota: «He salido a comprar libros. Volveré a mediodía. U.P.S. deje los paquetes en la escalera.»

Lloyd hizo saltar el cerrojo de la puerta de una patada rápida y corta. La puerta se abrió de golpe, la cerró tras de sí y se dirigió hacia el dormitorio. Primero abrió el armario: prendas íntimas, velas perfumadas y una bolsa de marihuana. A continuación revisó el armario empotrado y se encontró con que todo el espacio del suelo y los estantes estaban cubiertos de cajas de libros y álbunes de discos. En la parte trasera había un estante parcialmente oculto por una tabla de planchar y una alfombra enrollada. Introdujo la mano y la corrió sobre el estante. Sus dedos se toparon con un objeto de madera finamente acabada que se movió con el contacto. Extrajo aquel objeto con ambas manos: era una caja de roble delicadamente barnizada, con bisagras y cerradura de latón. Era pesada. Lloyd tuvo que hacer un esfuerzo para bajarla a la altura de los hombros y después al suelo.

Tiró de la caja para colocarla al lado de la cama y se arrodilló junto a ella para abrir la cerradura ornamentada dorada con el gancho de las esposas.

La caja contenía marcos de cuadros estrechos y bordeados de oro, dispuestos a lo largo. Lloyd extrajo uno. Cubiertos por el cristal, había pétalos de rosa roja, arrugados y secos, sobre pergamino. Debajo de los pétalos había un texto escrito con letras diminutas. Cogió el cuadro y lo llevó junto a una lámpara de pie, la conectó y examinó el texto. Debajo del primer pétalo de la izquierda había escrito:

«13/12/68: ¿Sabe él que he roto con Fritz? ¿Acaso me odia por mis breves interludios? ¿Sería aquel hombre alto que me miraba en el mercado? ¿Sabe acaso cuánto le necesito?»

Lloyd siguió los tributos florales a lo largo del tiempo y del cuadro: «24/11/69: Amor mío, ¿puedes leer mis pensamientos? ¿Sabes que rindo tributo a tu homenaje en mi diario? ¿Que es todo para ti? ¿Que evitaré la fama para siempre para continuar con el crecimiento que me ofrece nuestra relación anónima?». «15/2/71: Te escribo estando desnuda, cariño, como sé que tú coges las flores que me mandas. ¿Sientes mi poesía telepática? Proviene de mi cuerpo.»

Lloyd depositó el cuadro en el suelo con la conciencia de que algo andaba mal. Se suponía que las palabras de Kathleen debían emocionarle más. Se quedó muy quieto, sabedor de que si se forzaba nunca afloraría la revelación. Cerró los ojos para acrecentar la profundidad del silencio y entonces...

Incluso a pesar de que lo vio claro, sacudió la cabeza con negación. No era posible, era demasiado increíble.

Lloyd vació el contenido de la caja sobre la cama. Uno por uno, llevó los cuadros ante la luz y leyó las fechas de los textos de los descoloridos pétalos. Las fechas correspondían exactamente con las de los asesinatos de las mujeres. Las fechas de sus

copias de computador coincidían con exactitud o bien con una diferencia de dos días como máximo. Pero había más de dieciséis pétalos de rosa: había veintitrés, desde el verano de 1964.

Lloyd recordó las palabras de Kathleen en la planta eléctrica:

—La primera vez me mandó un poema, la segunda solamente flores. Y me las ha seguido mandando durante más de dieciocho años.

Repasó otra vez los cuadros. El fragmento de rosa más antiguo databa del 10/6/64... hacía más de dieciocho años, el siguiente era del 29/8/67, tres años más tarde. ¿Qué había hecho aquel monstruo durante aquellos tres años? ¿A cuántas más habría matado y *por qué?* ¿*Por qué?* ¿*Por qué?*

Lloyd releyó las palabras de Kathleen, recordó los rostros de las muertas y los relacionó. Jeanette Willkie, F. D. 15/4/73, envenamiento cáustico; las flores con fecha del 16/4/73. «Cariño, ¿te has mantenido casto para mí? Yo llevo cuatro meses de celibato por ti.» Mary Wardell, F. D. 6/1/74, estrangulada; fecha de las flores 8/1/74, «Gracias por mis flores, amor. ¿Me viste anoche ante la ventana? Estaba desnuda para ti». Y así hasta llegar a Julia Niemeyer, F. D. 2/1/83, por sobredosis de heroína y deshollada después de muerta; flores del 3/1/83. «Mis lágrimas manchan este pergamino. Te necesito dentro de mí desesperadamente.»

Lloyd se sentó sobre la cama forzándose a mantener en calma su mente furiosa. La inocente y romántica Kathleen era el objeto del amor obsesivo de un asesino en masa. «*Teníamos un grupo de seguidores igualmente empollones y solitarios.*»

La mente de Lloyd hizo que su cuerpo se levantara. Las revistas, *El Baristoniano de Marshall*. Revolvió los cajones, estantes, armarios y librerías hasta que las encontró, amontonadas tras un televisor en desuso, 1962, 63 y 64, con tapas plastificadas. Hojeó los ejemplares del 62 y el 63, pero no encontró nada sobre Kathleen, su corte o los Kathy's Klowns.

Iba por la mitad del número del 63 cuando dio con lo que andaba buscando: Delbert *el Blanco* Haines, immortalizado para la posteridad haciendo un tanto. En la misma página aparecía un chico flaco y con la cara llena de granos llamado Lawrence *Hombre-pájaro* Craigie, ingeniosamente tildado de «Malas noticias para la Gran Sociedad de L.B.J.».

Lloyd pasó una docena más de páginas de inocencia maldita antes de encontrar la Korte de Kathy: cuatro chicas de aspecto corriente, vestidas con faldas de *tweed* y chaqueta de punto, que miraban con respeto a una igualmente ataviada y angustiosamente joven Kathleen McCarthy. Cuando vio lo que significaba todo aquello, Lloyd empezó a temblar. Las mujeres asesinadas eran todas ellas variaciones de las chicas de la Korte de Kathy. Las mismas facciones saludables, la misma inocencia fatua, la misma incipiente aceptación de la derrota.

Los temblores de Lloyd se convirtieron en auténticas sacudidas de todo su cuerpo. Musitando «El conejo desciende por el agujero», sacó de su bolsillo la lista de compradores de grabadoras y miró el índice del *Baristoniano* de 1964. Segundos más

tarde emergía la segunda conexión: Verplank, Theodore J., miembro del curso del 64 de la Escuela Secundaria de Marshall; Verplank, Theodore, compra en 1976 una grabadora Watanabe A.F.Z. 999.

Lloyd examinó la fotografía de sonriente adolescente del genial asesino. Un rostro inteligente y una terrible arrogancia en su helada sonrisa. Theodore Verplank tenía el aspecto de un joven que había vivido ensimismado, que había creado su propio mundo y lo había armado hasta los dientes de fantasías adolescentes altamente desarrolladas. Tembloroso, Lloyd se imaginó la frialdad de aquellos jóvenes ojos magnificada por veinte años de asesinato. Aquel pensamiento le llenó de espanto.

Lloyd encontró el teléfono y marcó el número de la Dirección de Tráfico de Sacramento para pedir información completa de Theodore Verplank. El operador tardó cinco minutos en reaparecer con la información: Theodore John Verplank, nacido el 4/12/46 en Los Ángeles. Cabello castaño, ojos azules. 1,85 m de estatura, 78 kg de peso. Sin antecedentes penales ni multas de tráfico pendientes u otras infracciones. Dos vehículos: una furgoneta Dodge Fiesta de 1978, matrícula P-O-E-T y un Datsun 280Z de 1980, matrícula DLX-191. Dirección (residencia y negocio): Teddy's Silverlake Camera, North Alvarado 1893, L. A. 90048. Teléfono (213) 663-2819.

Lloyd colgó el auricular y acabó de anotar la información en su cuaderno. Su espanto se fue transformando en un sentimiento irónico: el poeta-asesino vivía todavía en el viejo barrio. Inspiró profundamente y marcó el 663-2819. Después de tres timbazos apareció un contestador automático. «Hola, aquí Teddy Verplank, que les da la bienvenida a Teddy's Silverlake Camera. En estos momentos no puedo atenderles, pero si desean accesorios para cámaras, revelados o mis fabulosos retratos de alta calidad, individuales o de grupo, dejen su mensaje después de la señal. Adiós y gracias.»

Después de colgar el teléfono, Lloyd se sentó sobre la cama para saborear la voz del asesino y para aclararse la mente para la decisión final: atrapar a Verplank por sus propios medios o llamar a Parker Center para pedir refuerzos. Deliberó durante largos minutos y después llamó a su número privado. Si lo dejaba sonar bastante, alguien respondería a la llamada y se enteraría de qué oficiales de confianza podía disponer.

Respondieron a la llamada después del primer timbrado. Lloyd se sorprendió. Algo andaba mal. No recordaba haber conectado su contestador automático. Le respondió una voz desconocida: «Aquí el teniente Whelan, de Asuntos Internos. Sargento Hopkins, este mensaje ha sido grabado para informarle de que está suspendido de servicio y pendiente de investigación. La línea regular de su despacho está abierta. Llame y un oficial de Asuntos Internos concertará su entrevista inicial. Puede hacerla en presencia de un abogado y recibirá su sueldo completo hasta que finalice la investigación».

Lloyd dejó caer el teléfono sobre la cama. Se había acabado. Respecto a su decisión final, no podrían ni querrían creerle, así que habían tenido que silenciarle. La

ironía final: no le apreciaban tanto como él a ellos. El desempeño de su etnia irlandesa protestante iba a costarle la placa.

A través de la ventana del dormitorio vio un pequeño patio trasero y se decidió a salir al exterior. Le recibieron unos arbustos de margaritas que crecían entre escombros amontonados y un tendedero de ropa desmontable. Se arrodilló y arrancó una margarita, la olió y la aplastó con el pie. Teddy Verplank no se rendiría sin luchar. Tendría que matarle, lo que representaba que nunca sabría el *porqué*. El primer paso tendría que ser que Haines el Blanco le diera algún tipo de explicación, y si a Verplank le pasaba por la cabeza matar o desaparecer del mapa mientras él le son-sacaba una confesión a Haines tendría...

Unos sollozos interrumpieron sus pensamientos y decidió entrar de nuevo en el dormitorio. Kathleen estaba sobre la cama recomponiendo las flores enmarcadas dentro de su caja de madera de roble. Mientras lo hacía, se enjuagaba las lágrimas de los ojos, sin percatarse de su presencia. Lloyd contempló su rostro: tenía la expresión de pesar más profunda que había visto en su vida.

Se encaminó junto a ella. Kathleen profirió un chillido cuando su sombra la eclipsó. Se llevó las manos a la cara y empezó a retroceder. Cuando le reconoció se abalanzó entre los brazos de Lloyd.

—Ha entrado un ladrón —sollozó—. Quería dañar mis bienes más preciados.

Lloyd la abrazó estrechamente; era como agarrar los cabos sueltos de un trance. Le meció la cabeza de delante hacia atrás hasta que ella murmuró «Mis *Baristonianos*», y se agitó para soltarse del abrazo y recoger los anuarios desparramados por el suelo. Su desesperador correr de páginas enojó a Lloyd, que le dijo:

—Podrías haber conseguido duplicados. No te habrían costado demasiado. Pero vas a tener que librarte de ellos. Te están matando. ¿No lo ves?

Kathleen salió de su trance.

—¿De qué me estás hablando? —dijo, alzando la mirada hacia Lloyd—. ¿Has... has sido tú quien ha roto mis cosas? ¿Mis flores? ¿Has sido tú? —Lloyd le tendió las manos, pero ella las rechazó—. ¡Dímelo, maldita sea!

—Sí —dijo Lloyd.

Kathleen contempló sus anuarios y luego miró a Lloyd.

—Animal —siseó—. Quieres hacerme daño a través de lo que más aprecio. —Cerró los puños y le atacó. Lloyd dejó que aquellos golpes infructuosos alcanzaran su pecho y sus hombros. Cuando ella vio que no le estaba infligiendo daño alguno, agarró un sujetalibros en forma de ladrillo y se lo lanzó a la cabeza.

El borde del ladrillo alcanzó a Lloyd en el cuello. Kathleen boqueó y se arrepintió de su acto. Lloyd se enjuagó un hilillo de sangre con la mano y se lo enseñó.

—Estoy orgulloso de ti —le dijo—. ¿Quieres estar a mi lado?

Kathleen le miró a los ojos y vio locura, poder y un deseo conmovedor. Sin saber qué decir, le tomó de la mano. Él la abrazó, cerró la puerta de la habitación y apagó la

luz.

Se desnudaron en la semioscuridad, Kathleen le daba la espalda. Se quitó el vestido y se sacó las medias, temerosa de que otra mirada a los ojos de Lloyd le impidiera consumir aquel ritual de duelo. Cuando estuvieron desnudos cayeron sobre la cama y el uno en los brazos del otro. Se abrazaron con fiereza, uniéndose por puntos dispares de sus cuerpos. La barbilla de Kathleen se hundió en el esternón de Lloyd, y los pies de éste se enroscaron entre sus tobillos, mientras ella rodeaba con sus muñecas su cuello ensangrentado. Pronto estuvieron abrazados en una sola fuerza y la presión de sus miembros entrelazados les forzó a separarse cuando empezaron a entumecerse y a perder el sentido. En perfecta sincronización, crearon un espacio entre ellos, ofreciendo la más tentadora de las oberturas para cerrar aquel hueco. Se acariciaron los brazos, hombros y estómago, caricias tan ligeras que pronto dejaron de acariciar piel y el espacio que les separaba se convirtió en el objeto de su amor.

Lloyd empezó a ver pura luz en el espacio, que crecía alrededor de Kathleen. Se dejó llevar por las permutaciones de aquella luz y todas las formas que emitió le hablaron de gozo y afecto. Estaba todavía a merced de aquella luz cuando sintió la mano de Kathleen entre sus piernas, urgiéndole a ponerse duro y llenar el vacío iluminado y sacro que separaba sus cuerpos. Por un breve instante sintió pánico, pero cuando ella susurró «Por favor, te *necesito*», siguió su guía, violó la luz y entró en su cuerpo para moverse en su interior hasta que la luz se disipó y ambos se fundieron y alcanzaron la cima al unísono, y él supo que era sangre lo que había expulsado; y entonces un ruido espantoso le separó de Kathleen y ella le dijo con mucha suavidad, mientras él se retorció entre las sábanas.

—Ssshhh, cariño. No es más que el estéreo de la casa de al lado. No está *aquí*. Yo estoy *aquí*.

Lloyd hundió la cabeza entre las almohadas hasta que encontró el silencio. Sintió las manos de Kathleen que le acariciaban la espalda y se volvió para mirarla. Su cabeza estaba rodeada de un halo flotante de ámbar. Se incorporó y le acarició el cabello, y el halo se disipó en la luz. Mientras le observaba desaparecer le dijo:

—Creo... creo que me he corrido en sangre.

Kathleen se echó a reír.

—No, es mi período. ¿No te importa, verdad?

Poco convencido, Lloyd dijo:

—No. —Y se deslizó hasta el centro de la cama. Hizo un rápido inventario de su cuerpo y se tocó partes que le resultaban extrañas en busca de heridas y de tejidos desgarrados. Sin encontrar nada sino el flujo interno de Kathleen, dijo—: Imagino que estoy bien. Creo que sí.

Kathleen se volvió a reír.

—¿Crees que sí? Bien, yo estoy de maravilla. Porque sé, después de todos estos años, que eras tú. Dieciocho largos años y ahora lo sé. ¡Oh, querido! —Se inclinó y le besó en el pecho, recorriendo sus costillas con los dedos, contándolas una a una.

Cuando sus manos se posaron en su entrepierna. Lloyd la apartó.

—No soy el amor de tus sueños —le dijo—, pero sé quién es. Es el asesino, Kathleen. Estoy convencido de que mata por alguna especie de amor torcido por ti. Ha matado a veintitantas mujeres, desde la mitad de los sesenta. Mujeres jóvenes que se parecen a ti y a las chicas de tu corte. Te manda flores después de cada asesinato. Ya sé que suena increíble, pero es verdad.

Kathleen escuchó las palabras, asintiendo a cada una de ellas. Cuando Lloyd acabó de hablar, se incorporó y encendió la lámpara que había junto a la cama. Vio que estaba completamente serio y completamente loco, aterrorizado de desvelar su anonimato tras casi dos décadas de cortejo.

Decidió volverle a la realidad muy lentamente, como haría una madre con un niño muy brillante, pero perturbado. Apoyó la cabeza en su pecho y pretendió necesitar consuelo mientras su mente daba vueltas en busca de una fisura por la que penetrar en su temor y así tener acceso a lo más profundo de su corazón. Pensó en los opuestos: Yin-Yang, luz-oscuridad, verdad-ilusión. Un instante después lo descubrió: fantasía-realidad. Él tiene que creer que yo me creo su historia, y yo debo buscar su historia *real*, la que permitirá atravesar la fantasía y hacer que nuestra consumación sea verdadera. Odia y teme la música. Si yo voy a ser su música, *tengo que descubrir por qué*.

Lloyd alargó un brazo y tiró suavemente de Kathleen hacia sí.

—¿Estás triste? —le preguntó—. ¿Te entristece que tenga que acabar así? ¿Estás asustada?

Kathleen se acurrucó contra su pecho.

—No, me siento a salvo.

—¿Por mí?

—Sí.

—Es porque ahora tienes un amante real.

Lloyd le acarició el cabello abstraídamente.

—Tenemos que hablar de esto —le dijo—. Tenemos que apartar del camino al estudiante de Marshall del 64 antes de que podamos estar juntos. Necesito acercarme al asesino antes de atraparlo. Necesito saber todo cuanto pueda sobre él, penetrar en su mente antes de actuar. ¿Comprendes?

Kathleen asintió, ocultando la mirada.

—Lo entiendo —dijo—. Quieres que desentierre mi pasado para ti. De este modo podrás descubrir tu rompecabezas y podremos ser amantes. ¿Es así?

Lloyd sonrió.

—Así es.

—Pero mi pasado es doloroso, cariño. Me duele remover las cenizas. Especialmente cuando tú mismo eres un rompecabezas.

—Lo seré mucho menos a medida que avancemos.

Enojada ante su condescendencia, Kathleen alzó la cabeza.

—No, esto no es verdad. Yo necesito *conocerte*, ¿no lo comprendes? Nadie te conoce, pero yo *tengo que hacerlo*.

—Mira, cariño...

Kathleen apartó su mano conciliadora.

—Necesito saber qué te ocurrió —dijo—. Necesito saber por qué temes a la música.

Lloyd empezó a temblar, y Kathleen vio que sus ojos gris pálido se giraban y se llenaban de terror. Le tomó de la mano y le dijo:

—Cuéntamelo.

La mente de Lloyd retrocedió hacia atrás en el tiempo, recordando momentos de gozo para contrarrestar la historia de terror que sólo su madre, su hermano y él conocían. Ganó fuerzas a cada recuerdo y cuando su máquina del tiempo mental paró en la primavera de 1950 supo que tenía el coraje necesario para contar su historia. Inhaló aire profundamente y empezó.

—En 1950, alrededor de mi octavo cumpleaños, mi abuelo materno llegó a Los Ángeles para morir. Era irlandés; un ministro presbiteriano. Era viudo y sin más familia que mi madre, y quería estar junto a ella mientras el cáncer le devoraba. Se trasladó a nuestra casa en el mes de abril, y trajo consigo todo cuanto poseía. La mayoría de las cosas eran basura: colecciones de rocas, cachivaches religiosos, cabezas de animales disecados y este tipo de cosas. Pero también trajo una fabulosa colección de muebles antiguos: escritorios, armarios, guardarropas, todos contruidos en madera de palisandro y tan bien barnizados que te podías mirar en ellos como en un espejo. El abuelo era un hombre odioso y amargado, un anticatólico rabioso. También era un narrador de cuentos brillante. Solía llevarnos a mi madre y a mi hermano al piso de arriba para contarnos historias de la revolución irlandesa y de cómo los nobles Black y Tans barrieron a la chusma católica. A mí me gustaban las historias, pero era lo bastante hábil como para ver que el abuelo estaba lleno de odio y que no debía crearme de corazón todo cuando decía, pero con Tom era distinto, él tenía seis años más que yo y ya estaba también lleno de odio. Se tomaba en serio al abuelo y aquellas historias dieron forma a su odio. Empezó a remedar las adersiones del abuelo contra los católicos y los judíos.

»Por aquel entonces Tom tenía catorce años y no tenía un solo amigo. Solía obligarme a jugar con él. Era mucho más grande que yo, así que no me quedaba más remedio que consentir o me pegaba. Papá era electricista. Estaba obsesionado con la televisión. La acababan de inventar y pensaba que era el regalo más grande que Dios había hecho a la humanidad. Tenía un taller en el patio trasero, lleno hasta los topes de aparatos de televisión y de radio. Se pasaba horas y más horas combinando y encajando lámparas y retransmisores. Nunca miraba la tele por diversión; estaba obsesionado con ella como electricista. Sin embargo, Tom adoraba la tele. Se creía todo cuanto veía en la pantalla y todo lo que escuchaba en los seriales de la radio. Pero detestaba estar solo mientras miraba o escuchaba. Como no tenía amigos, me

obligaba a sentarme con él en el taller o mirar *Hopalong Cassidy*, *Martin Kane*, *Detective Privado* y todo el resto. Yo lo detestaba; quería salir a la calle a jugar con mi perro o leer. A veces trataba de escapar y Tom me ataba a una silla y me obligaba a mirar. Él... él...

Lloyd titubeó y Kathleen vio cómo su mirada se desviaba y se desenfocaba, como si no estuviera seguro de qué período de tiempo estaban contemplando. Le acarició suavemente la rodilla y le dijo:

—Continúa, por favor.

Lloyd tomó aire y volvió a hacer memoria.

—El abuelo se puso peor. Empezó a toser sangre, y yo no podía soportar verlo, así que empecé a escabullirme, a escaparme de la escuela y a ocultarme durante días, todo a un tiempo. Me hice amigo de un viejo negligente que vivía en una tienda de campaña en un solar vacío cerca de la central eléctrica de Silverlake. Se llamaba Dave. Había recibido una herida en la cabeza durante la primera guerra mundial y los comerciantes del vecindario se ocupaban de él. Le daban pan duro y latas abolladas de alubias y de sopa que sabían que no iban a vender. Todo el mundo pensaba que Dave era un retrasado, pero no era así. Tenía arranques de lucidez. A mí me caía bien; era un hombre tranquilo y me dejaba quedarme en su tienda para leer cuando me escapaba de casa.

Lloyd vaciló, pero siguió adelante. Su voz adquirió una resonancia que Kathleen no había oído nunca hasta entonces.

—Mis padres decidieron llevar a abuelo al lago Arrowhead antes de las Navidades. Era una última salida familiar antes de que muriera. Un día antes de disponernos a salir tuve una pelea con Tom. Quería que viera la tele con él. Yo me resistí y él me pegó y me ató a una silla en el taller de papá. Incluso me amordazó la boca para que no pudiera protestar. Cuando llegó la hora de marchar hacia el lago, Tom me dejó allí atado. Desde el patio trasero le oí decirles a papá y a mamá que yo me había largado. Ellos le creyeron y se marcharon, dejándome solo en la cabaña. No había manera de que pudiera mover un solo músculo o articular un sonido. Llevaba allí un día o más, calambrado por el dolor espantoso, cuando oí cómo alguien intentaba forzar la puerta de la cabaña. Al principio me asusté, pero al abrirse la puerta vi que se trataba de Dave. Pero él no me rescató ni mucho menos. Puso en marcha todos los aparatos de televisión y de radio que había en la cabaña, me puso un cuchillo en la garganta e hizo que le tocara y se la mamara. Me quemó con probadores de lámparas y cogió cables conectados y me los introdujo en el culo. Después me violó y me volvió a quemar una y otra vez, mientras las radios sonaban a toda pastilla todo el tiempo. Tras dos días de hacerme daño, se marchó. No desconectó los aparatos. El ruido creció y creció... y creció... Por fin, mi familia volvió a casa. Mi madre vino corriendo a la cabaña. Me quitó la mordaza, me desató, me abrazó y me preguntó qué había pasado. Pero yo no podía hablar. Había gritado en silencio durante tanto tiempo que las cuerdas vocales se me habían hecho trizas.

Mi madre me hizo escribir todo lo que había pasado. Después de leerlo, me dijo: «No le cuentes esto a nadie. Yo me ocuparé de todo».

»Mamá llamó a un médico que me limpió las heridas y me dio un sedante. Mucho más tarde me desperté en mi cama. Oí a Tom llorando en su habitación y me acerqué a ver qué pasaba. Mi madre le estaba azotando con un cinturón de clavos de latón. Escuché cómo mi padre preguntaba qué había pasado y cómo mamá le decía que se callara. Me escondí en el piso de abajo, y una hora más tarde mi madre abandonaba la casa a pie. La seguí desde una distancia prudencial y vi cómo se dirigía a la central eléctrica de Silverlake. Fue directa hacia la tienda de Dave, él estaba sentado en el suelo leyendo un comic. Mamá sacó una pistola de su bolso y le disparó seis veces en la cabeza y luego se marchó. Cuando vi lo que había hecho, corrí hacia ella. Me cogió en brazos y me llevó a casa. Me metió en la cama con ella y me ofreció sus pechos, y me enseñó cómo volver a hablar cuando recuperara la voz y me nutrió con muchas historias. Cuando el abuelo murió me llevó al ático muchas veces y allí hablábamos rodeados de antigüedades.

Rígida por la lástima y el terror y con las lágrimas que le surcaban el rostro, Kathleen suspiró:

—¿Y entonces?

—Y —dijo Lloyd—, mi madre me dio mi creencia irlandesa protestante y me hizo prometer que protegería la inocencia y mantendría mi coraje. Me contó historias que volvieron a hacerme fuerte. Ahora está muda. Hace varios años sufrió un ataque y no puede hablar, así que yo le hablo. No puede responderme, pero yo sé que lo entiende todo. Y yo mantengo mi coraje y protejo la inocencia. Maté a un hombre en los disturbios de Watts. Era un demonio. Nadie sospechó jamás que mamá hubiese matado a Dave como tampoco nadie sospechó que yo hubiese matado a Dave como tampoco nadie sospechó que yo hubiese matado a Richard Beller. Y si tuviese que matarle, nadie sospecharía que yo liberara al mundo de Teddy Verplank.

Kathleen se quedó muda de la impresión cuando oyó aquellas palabras:

Teddy Verplank. —Atrapada en una trama benevolente de sus propios recuerdos, dijo— ¿Teddy Verplank? Le conocí en el colegio. Era un chico débil e ineficaz. Un muchacho muy amable. Él...

Lloyd le indicó que se callara.

—Él es el amante de tus sueños. Había sido uno de los Kathy's Klowns en la escuela. Tú nunca lo llegaste a saber. Dos más de tus compañeros de clase están envueltos en los asesinatos. Un hombre llamado Delbert Haines y otro que fue asesinado la noche pasada: Lawrence Craigie. Descubrí un mecanismo de espionaje, una grabadora, en el apartamento de Haines, y fue esto lo que me puso sobre la pista de Verplank. Ahora escúchame... Teddy ha matado a más de veinte mujeres. Lo que necesito que tú hagas es que me des información sobre él. Necesito tu visión, tu...

Kathleen saltó de la cama.

—Estás loco —dijo con suavidad—. ¿Después de todos estos años tienes que

inventarte toda esta fantasía policial para protegerte? Después de tantos años tú...

—Yo no soy el amante de tus sueños, Kathleen. Soy un oficial de policía y tengo un deber que cumplir.

Kathleen sacudió la cabeza con frenesí.

—Voy a hacer que me lo pruebes. Todavía guardo el poema de octubre del 64. Voy a hacer que lo copies y entonces compararé la escritura.

Corrió desnuda hacia la habitación de enfrente. Lloyd la oyó murmurar para sí misma y supo de repente que ella nunca aceptaría la realidad. Se levantó y recogió sus ropas, sintiendo que en la resaca de su confesión su cuerpo empapado de sudor estaba a un tiempo relajado e incandescente de vida. Kathleen regresó unos segundos más tarde llevando una carta descolorida en la mano. Se la tendió a Lloyd, que leyó:

*Mi amor por ti ahora grabado en sangre;
Mis lágrimas cuajadas en resoluta pasión;
El odio vertido sobre mi
se metamorfoseará en amor.
Clandestinamente serás mía.*

Lloyd le devolvió la tarjeta.

—Teddy, pobre y loco bastardo. —Se inclinó y besó la mejilla de Kathleen—. Tengo que marcharme —le dijo—, pero volveré cuando todo esté solucionado.

Kathleen le observó salir por la puerta, que se cerró ante todo su pasado y todas sus recientes esperanzas de futuro. Tomó el teléfono y llamó a información para pedir dos números de teléfono. Sin aliento, marcó el primero, y cuando una voz masculina respondió a su llamada, dijo:

—¿Capitán Peltz?

—¿Sí?

—Capitán, soy Kathleen McCarty. ¿Me recuerda? Nos conocimos en su fiesta la noche pasada.

—Claro que sí. Usted es la amiga de Lloyd. ¿Cómo está usted, señorita McCarthy?

—Creo... creo que Lloyd está loco, capitán. Me dijo que había matado a un hombre en los disturbios de Watts, y que su madre había matado a un hombre que...

El Holandés la interrumpió:

—Señorita McCarthy, por favor, mantenga la calma. Lloyd está en crisis dentro del departamento y estoy seguro que se está comportando de un modo errático.

—¡Pero usted no lo entiende! ¡Habla de matar a alguien!

El Holandés se echó a reír.

—Los policías decimos este tipo de cosas. Por favor, dígame que me llame. Dígame que es importante, y no se preocupe.

Cuando oyó el chasquido del teléfono al colgarse, Kathleen se apresuró a hacer una segunda llamada. Marcó el número y, después de que sonara el timbre seis veces, una suave voz de tenor respondió.

—Teddy Silverlake Camera. ¿En qué puedo servirle?

—S... Sí... ¿Eres Teddy Verplank?

—Sí, yo mismo.

—¡Gracias a Dios! Mira, probablemente no me recuerdes, pero me llamo Kathleen McCarthy y...

La voz del hombre se hizo más suave.

—Te recuerdo muy bien.

—Bien... mira, es posible que no te lo creas, pero hay un policía loco que viene a por ti. Yo...

La suave voz se interrumpió.

—¿Quién es?

—Se llama Lloyd Hopkins. Tiene unos cuarenta años y es muy alto y fuerte. Conduce un coche de policía pardo y sin matrícula. Quiere hacerte daño.

La voz suave dijo:

—Ya lo sé. Pero no se lo consentiré. Nadie puede hacerme daño. Gracias, Kathleen. Te recuerdo con mucho afecto. Adiós.

—A... adiós.

Kathleen colgó el teléfono y se sentó sobre la cama, sorprendida de ver que todavía estaba desnuda. Entró en el cuarto de baño y se contempló en el espejo de cuerpo entero. Tenía el mismo aspecto de siempre, pero sabía que algo había cambiado y que ya nunca sería completamente suyo.

CAPÍTULO QUINCE

Saltándose semáforos en rojo y con la sirena en marcha, Lloyd se dirigió en su coche hacia el centro de la ciudad. Dejó el coche en un callejón y corrió las cuatro manzanas que le separaban de Parker Center para tomar uno de los ascensores de servicio hasta las oficinas de Investigación Científica del tercer piso. Por el camino rezaba en silencio para que Artie Cranfield fuese el único analista de guardia. Abrió la puerta indicada como «Identificación de Datos» y vio correspondidas sus plegarias: Cranfield se encontraba a solas en su despacho, inclinado sobre el microscopio.

El técnico alzó la mirada cuando Lloyd cerró la puerta.

—Estás metido en un buen lío, Lloyd —le dijo—. Esta mañana han venido dos ogros de Asuntos Internos. Decían que querías convertirte en una estrella de la televisión. Querían saber si últimamente habías procesado alguna prueba.

—¿Y qué les has dicho? —preguntó Lloyd.

Artie se echó a reír.

—Que me debías diez pavos de la última quiniela de liga. Es cierto, lo sabes.

Lloyd se forzó a devolverle la sonrisa.

—Puedo hacer algo mejor. ¿Qué te parecería tener tu propio Watanabe A.F.Z. 999?

—¿Qué?

—Ya me has oído, Nagler, de Huellas Digitales, la tiene. Está en casa de su padre, en San Bernardino. Llama a información y te darán el número de teléfono.

—¿Qué es lo que *quieres*, Lloyd?

—Quiero que me vistas con un chaleco de grabación y quiero seis cargadores del 38.

El rostro de Artie se ensombreció.

—¿Para cuándo, Lloyd?

—Ahora mismo —respondió Lloyd.

El chaleco tardó media hora en llegar. Cuando se hubo sentido satisfecho por la clandestinidad, Artie le dijo:

—Lloyd, pareces asustado.

Aquella vez las risas de Lloyd fueron genuinas.

—Estoy asustado.

Lloyd dirigió su coche hacia Hollywood oeste. El equipo de grabación le constreñía el pecho y cada uno de sus furiosos latidos de corazón le producían la impresión de que se encontraba al borde de un cortocircuito.

En el apartamento de Haines el Blanco las luces no estaban encendidas. Lloyd miró su reloj de pulsera y abrió el cerrojo con una tarjeta de crédito. Eran las 5.10. La guardia de vigilancia diurna finalizaba a las cinco en punto, y si Haines se dirigía a casa inmediatamente después de acabar su servicio, llegaría al cabo de media hora.

El apartamento estaba igual que la primera vez en que había entrado. Lloyd se

tomó tres pastillas de Benzadrina con agua del grifo y se apostó junto a la puerta de entrada, acostumbrando su mirada a la oscuridad. Al cabo de escasos minutos, la anfetamina hizo su efecto y le subió directamente a la cabeza arrastrando la sensación de asfixia que sentía en el pecho. Si no le subía demasiado tenía bastante gasolina como para unos cuantos días de caza de asesinos.

La calma de Lloyd se hizo más profunda, pero se desvaneció cuando oyó el ruido de una llave al insertarse en la cerradura. Un segundo después, la puerta se abrió de golpe y la luz enceguedora le obligó a cubrirse los ojos con la mano. Antes de que pudiera moverse, un golpe de kárate le alcanzó en el cuello y unas uñas largas le arañaron la clavícula. Lloyd cayó de rodillas mientras Haines profería un berrida y blandía su porra contra su cabeza. La porra se estampó contra la pared y se quedó empotrada, y mientras Haines trataba de soltarla Lloyd rodó sobre su espalda y lanzó una patada con ambos pies contra la entrepierna de Haines, que le alcanzó de pleno y le derribó.

Haines tomó aire y quiso desenfundar su revólver, soltándolo al mismo tiempo que Lloyd se ponía en pie. Apuntó a Lloyd mientras éste se apartaba a un lado, arrancaba la porra de la pared y se la empotraba contra el pecho. Haines volvió a gritar y dejó caer el revólver. Lloyd lo apartó de una patada y sacó su propia pistola del 38 del cinturón. La alzó a la altura de la nariz de Haines y dijo:

—En pie. Contra la pared, y anda de espaldas. Muy despacio.

Haines se incorporó muy lentamente, frotándose el pecho, y se puso contra la pared con las piernas separadas y los brazos sobre la cabeza. Lloyd arrastró con los pies el revólver que estaba en el suelo hasta poder cogerlo sin tener que dejar de apuntar a Haines. Cuando estuvo a salvo en su cartuchera recorrió el cuerpo de Haines con la mano que le quedaba libre. Encontró lo que andaba buscando en el forro de su chaqueta: una carpeta de papel manila llena de papeles, que ponía Craigie, Lawrence, alias Pájaro, Pajarito, Hombre-pájaro, F. N. 29/1/46, mecanografiado en la tapa.

Haines empezó a balbucear cuando vio que Lloyd hojeaba el informe.

—Yo... yo... Yo no le maté. P... P... probablemente fue un marica psicópata. Tienes que escucharme. Tienes que...

Lloyd apartó a Haines de una patada en las piernas. Éste cayó al suelo y profirió un chillido. Lloyd se agachó junto a él y le dijo:

—No me jodas, Haines. Te voy a machacar. Quiero que te sientes en el sofá mientras yo leo un rato. Luego hablaremos de los viejos tiempos en Silverlake. Yo también soy vecino de Silverlake y sé que te va a encantar recorrer la senda de la memoria de mi mano. En pie.

Haines se fue a trompicones hacia su sofá de skay y se sentó, abriendo y cerrando los puños mientras miraba fijamente la punta lustrosa de sus botas. Lloyd cogió una silla y se sentó frente a él con el informe en una mano y su pistola de calibre 38 en la otra. Sin mirar a Haines, leyó las páginas del informe de la Brigada Antivicio.

Los datos se remontan a diez años atrás. A principios de los setenta, Lawrence Craigie había sido arrestado con regularidad por incitación a actos homosexuales y se le había interrogado con frecuencia cuando fue encontrado holgazaneando por los alrededores de los urinarios públicos. Aquellos informes iniciales llevaban las firmas de los ocho hombres del escuadrón Antivicio al completo. Después de 1976, todas las entradas pertenecientes a Lawrence Craigie estaban firmadas por el comisario Delbert W. Haines, 408. Los informes eran ridículamente repetitivos y los últimos estaban cubiertos de dubitativos signos de interrogación. Cuando vio el informe fechado en el 29/6/78, Lloyd se echó a reír en voz alta:

—Hoy he contratado a Lawrence Craigie como mi ayudante de antivicio. Les he pedido a los hombres del escuadrón que no le importunen. Es un buen contacto. Respetuosamente: Delber W. Haines, 408.

Lloyd rompió a reír con carcajadas teatrales para ocultar el ruido del botón de activación de su chaleco-grabadora. Cuando sintió que los suaves circuitos eléctricos circundaban su pecho, dijo:

—Un comisario del sheriff del condado de Los Ángeles que trafica con drogas y con prostitución masculina, que recibe dinero de los chaperos de Boy's Town. ¿Qué vas a hacer, ahora que ha muerto el Pájaro? Tendrás que buscarte un nuevo esbirro, y cuando los hombres del sheriff te relacionen con Craigie, será el fin de tu carrera.

Haines el Blanco se miraba la punta de los pies.

—Estoy limpio de pies a cabeza —dijo—. No sé de qué coño me hablas. Yo no sé nada del asesinato de Craigie y de toda esa basura. Me estás inculcando una cierta clase de mierda ilegal, de lo contrario habrías venido con otro agente. Tú eres un poli guarro al que le gusta putear a los demás polis. Te ligué el otro día cuando me interrogaste sobre los suicidios de los que había hecho los informes. Quieres joderme por haberme llevado este informe de Antivicio, pues jódeme, chaval, porque esto es todo cuanto puedes inculparme.

Lloyd se inclinó hacia adelante.

—Mírame, Haines. Mírame bien de cerca.

Haines alzó la mirada del suelo. Lloyd le miró a los ojos y le dijo:

—Esta noche vas a pagar tus deudas. De un modo u otro vas a tener que responder a mis preguntas.

—Que te den morcillas —le dijo el Blanco Haines.

Lloyd esbozó una sonrisa, levantó el cañón de su pistola y abrió la cámara. Vació cinco de los seis compartimentos de bala en su mano, cerró la cámara y la hizo girar. Empuñó el gatillo y puso el cañón ante las narices de Haines.

—Teddy Verplank —dijo.

La rubicunda cara de Haines se puso blanca como el papel. Sus puños cerrados se apretaron tan fuerte que Lloyd oyó el crujir de los tendones. En su cuello latía una red de venas y sacudía la cabeza para apartarla del cañón de la pistola. Sus labios se cubrieron de una gruesa capa de saliva y tartamudeó:

—E... Es... es tan s... sólo un viejo c... com... compañero de escuela.

Lloyd sacudió la cabeza.

—No basta, Blanco. Verplank es un asesino. Ha matado a Craigie y sabe Dios a cuántas mujeres. Cada vez que comete un asesinato le manda flores a tu vieja compañera de clase, Khathleen McCarthy. Había puesto un micrófono en tu apartamento; así es cómo te relacioné con Craigie. Teddy Verplank está obsesionado contigo, y vas a decirme por qué.

Haines jugueteó con los dedos con la placa que tenía junto a su corazón.

—Yo... yo no sé nada.

Lloyd giró de nuevo la cámara.

—Tienes cinco oportunidades, Haines.

—No tienes huevos de hacerlo —musitó Haines rudamente.

Lloyd apuntó al entrecejo del Blanco y apretó el gatillo. El martillo estalló en una cámara vacía. Haines empezó a sollozar. Sus manos retorcidas se agarraron al sofá y desgarraron pedazos de skay y de gomaespuma.

—Cuatro oportunidades —dijo Lloyd—. Te voy a ayudar un poquito. Verplank estaba enamorado de Kathy McCarthy. Le mandó un poema sobre sangre y lágrimas y odio vertido sobre él. Tanto tú como el Pájaro y Verplank estabais en Marshall por aquel entonces. ¿Acaso tú y Craigie le hicisteis daño a Verplank? ¿Le odiabais y lo heristeis y...?

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Haines rodeándose el cuerpo con los brazos y golpeando la cabeza contra el sofá—. ¡No! ¡No!

Lloyd se puso en pie. Miró a Haines y notó que la última pieza de su rompecabezas se colocaba en su lugar, uniéndose las Navidades de 1950 con los 10 de junio en una puerta que abría el santuario interno del infierno. Apuntó con su pistola a la cabeza de Haines y apretó dos veces el gatillo. Al primer chasquido del martillo Haines gritó. Al segundo, juntó las manos y empezó a musitar oraciones. Lloyd se arrodilló junto a él.

—Se ha acabado, Blanco. Para ti, para Teddy y quizás también para mí. Cuéntame por qué Craigie y tú le violasteis.

Haines puso fin a sus oraciones y Lloyd oyó cómo acababa con el final del rosario en latín. Cuando hubo terminado, se soltó el cuello de la camisa, empapada en sudor, y ajustó la placa. Su voz estaba perfectamente calmada cuando dijo:

—Siempre imaginé que alguien lo sabría, que Dios mandaría a alguien que me castigara por ello. Durante años, he visto curas en sueños. Siempre me imaginé que Dios mandaría a un cura para que me castigara. Nunca me imaginé que mandaría a un policía.

Lloyd se sentó de cara a Haines y observó cómo, en el prelude de su confesión, sus facciones se suavizaban.

—Teddy Verplank era muy raro —dijo el Blanco—. No se llevaba bien con nadie y no le importaba. No era un tonto, ni un atleta ni un hijo de puta. Tampoco era un

solitario, simplemente era diferente. No tenía que probarse a sí mismo haciendo el gamberro, sino que simplemente se paseaba por la escuela con su indumentaria tan tradicional y cada vez que te miraba sabías que pensaba de ti que no eras más que escoria. Imprimía su propia revista de poesía y la llenaba de comentarios y cotilleos del colegio. Se reía de mí y del Pájaro y de los Surfers y los Vatos, y nadie era capaz de cargárselo porque tenía aquella especie de carisma de extraño, como si fuese capaz de leer en los pensamientos de los demás, y si te lo cargabas, él te sacaba en su revista y todo el mundo se enteraba.

«Siempre publicaba unos poemas de amor en su revista. Mi hermana era muy lista e interpretó que todo aquel palabrerío grandilocuente y toda aquella basura simbólica eran desvaríos del gran poeta e iban dedicados a aquella histérica de Khatleen McCarthy. En la escuela, mi hermana se sentaba junto a ella y me dijo que la boba de McCarthy vivía en un mundo imaginario en el que la mitad de los chicos de Marshall iban de culo por ella y las demás estrechas con las que salía. La canción de moda de la época era «Cathy's Clown» y la boba de McCarthy le dijo a mi hermana que tenía cien «Cathy's Clowns» personales. Pero el único era Verplank, que tenía miedo de declararse a Cathy, que ni siquiera sabía que estuviera loco por ella.

«Entonces fue cuando Verplank escribió unos poemas en que nos atacaba al Pájaro y a mí. La gente empezó a mirarnos mal. Yo hice bromas cuando se cargaron a Kennedy y Verplank me echó el ojo encima. Era como si se estuviese estrujando el cerebro. Yo esperé mucho tiempo, hasta poco antes de nuestra graduación en el 64. Entonces me decidí. Hice que mi hermana escribiera una nota falsa, como si Kathy se la mandara a Verplank, en la que le citaba en la sala de la torre del reloj, a la salida de clase. Allí estábamos el Pájaro y yo. Sólo queríamos zurrarle. Le dimos unas buenas patadas en el culo, pero incluso cuando estaba hecho polvo, tenía más seso que nosotros. Fue por esto por lo que se lo hice. El Pájaro se limitó a seguirme, como hacía siempre.

Haines vaciló y Lloyd le observó mientras luchaba por encontrar palabras con las que concluir su narración. Al ver que al otro no se le ocurría nada, dijo:

—¿Te sientes avergonzado, Haines? ¿Sientes lástima? ¿Sientes algo?

Las facciones del Blanco Haines se transformaron en una máscara, dura como la piedra, que no dejaba traslucir misericordia alguna.

—Me alegro de habértelo contado —dijo—, pero no siento nada en particular. Me siento mal respecto al Pájaro, pero había nacido para acabar mal. Toda mi vida me la he pasado vengándome. Yo nací para tener una vida dura. Verplank, sencillamente, estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Obtuvo lo que se había buscado. Ya sé que lo que digo es duro, pero yo he pagado todas mis deudas, de arriba a abajo. Que les den morcillas a todos. —Aquel fue el momento más elocuente de su vida. Haines miró a Lloyd a los ojos y le dijo—: Bien, sargento. ¿Y ahora qué?

—No tienes derecho a ser policía —replicó Lloyd, al tiempo que se abría la camisa y le enseñaba el chaleco-grabadora—. Mereces morir, pero yo no estoy

preparado para matar a sangre fría. Por la mañana, esta cinta estará en el despacho del capitán Magruder. Vas a dejar de ser comisario del sheriff.

Haines respiró despacio y en silencio mientras se pronunciaba aquella sentencia.

—¿Qué piensas hacer con Verplank? —preguntó.

Lloyd esbozó una sonrisa.

—Salvarle o matarle. Lo que haga falta.

Haines le devolvió la sonrisa.

—Adelante, muchacho. Adelante.

Lloyd sacó su pañuelo y frotó el pomo de la puerta, los brazos de la butaca y el gatillo de la pistola de Haines.

—Será sólo un segundo, Blanco.

Haines asintió.

—Lo sé.

—No sentirás nada.

—Lo sé.

Lloyd se encaminó hacia la puerta. Haines le dijo:

—En tu pistola no había balas, ¿no es así?

Lloyd alzó una mano en señal de despedida y tuvo la sensación de que era algo parecido a una absolución.

—Efectivamente. Cuídate, chaval.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Haines el Blanco entró en el dormitorio y abrió el armario donde guardaba las armas. Extrajo su pertenencia favorita: un rifle de doble cañón recortado, de calibre 10, el arma que reservaba para el apocalipsis con la que sabía que, un día u otro, habría de enfrentarse. Después de haber introducido las balas en la cámara, viajó en la memoria hasta la Escuela de Marshall y los felices viejos tiempos. En el momento en que los recuerdos empezaron a resultar dolorosos, se introdujo los dos cañones en la boca y apretó el gatillo.

Cuando oyó el disparo, Lloyd estaba abriendo la puerta de su coche. Elevó una plegaria de misericordia y se dirigió hacia Silverlake.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Teddy Verplank se encontraba en el interior de su coche, aparcado al otro lado de la calle frente a Teddy's Silverlake Camera, esperando la llegada del coche de policía sin matrícula. En pocos minutos, tras aquella increíble llamada, había metido el equipo completo de sus herramientas de consumación en una bolsa de lona y había cogido su coche de salvaguardia, sin registrar, dispuesto para el combate cuerpo a cuerpo que decidiría su destino. De algún modo, bien por casualidad o por intervención divina, se le había concedido la oportunidad de luchar por su amada Kathy. La antorcha se la había pasado la misma Kathy en persona y estaba a punto de completarse una alianza de más de dieciocho años. Pensó en el armamento que ahora se encontraba en el maletero de su coche: una pistola de calibre 32 con silenciador, una carabina M-1 del 30, un hacha de bombero de doble filo, un Derringer de seis disparos, y un bate de béisbol claveteado. Contaba con toda la tecnología y el amor necesarios para que funcionara.

El coche apareció dos horas después de la llamada. Teddy vio cómo un hombre de elevada estatura salía de él e inspeccionaba el escaparate de la tienda, cómo recorría la fachada a lo largo y miraba a través de las ventanas. El hombre parecía estar saboreando el momento, recogiendo información instintiva para luego utilizarla contra él. Teddy empezaba a disfrutar de su primer contacto con su rival cuando el hombre entró precipitadamente en su coche, dio una vuelta en redondo y se dirigió hacia el sur por Alvarado.

Teddy inspiró profundamente y le siguió, alcanzando al coche en el cruce de Alvarado y Temple y manteniendo una distancia discreta, mientras se dirigía en dirección oeste hacia la autovía de Hollywood. Cuando llegó a la rampa de entrada, el Matador aceleró a todo gas y entró en el carril central. Teddy le siguió a continuación, con la seguridad de que el policía estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no se daría cuenta de que le seguían.

Diez minutos más tarde, el Matador salía por el Paso de Cahuenga. Teddy dejó que dos coches pasaran entre el suyo y el Matador, controlando a un tiempo la carretera y la larga antena de radio de su rival. Recorrieron las colinas que rodeaban el área de Hollywood. Teddy vio cómo el coche de policía paraba abruptamente frente a un pequeño chalet. Paró junto a la acera, varias casas más abajo, y se asomó silenciosamente por el lado del pasajero para observar cómo su policía-adversario subía los escalones del porche y llamaba a la puerta del chalet.

Un momento después, una mujer abrió la puerta y exclamó:

—¡Sargento! ¿Qué te trae por aquí?

La voz que respondió era ronca y tensa.

—No te vas a creer lo que ha pasado. Yo mismo no sé si puedo creérmelo.

—Cuéntame —dijo la mujer, cerrando la puerta tras de ambos.

Teddy volvió a incorporarse y se dispuso a esperar en el interior del coche,

sopesando el oscuro aspecto práctico de su situación. Sabía que tenía que tratarse de una venganza emprendida por un solo hombre, el detective sargento Lloyd Hopkins, o de lo contrario se habría topado antes con la policía. Tenía que ser que el tal Hopkins deseaba a Kathy para sí y estaba dispuesto a llevar a cabo el debido proceso para conseguirla.

Reconfortado por el conocimiento de que las fuerzas lanzadas contra él consistían en un solo hombre, formuló un plan para su eliminación y pensó en las circunstancias que le habían conducido hasta aquel punto.

El día después del 10 de junio de 1964, lo había pasado reagrupando su arte y observando el amotinamiento de la corte de Kathy.

Su inicial afrenta contra sus violadores se había convertido en una validación trágica de su arte; había pagado con sangre con su poesía y ahora era el momento de tomar su conocimiento sangriento y salir en busca de las estrellas. Pero las páginas que había llenado eran pomposas y huecas, tímidas y obsesionadas por la forma. Y estaban completamente subordinadas al drama que había tenido lugar en el seno de la corte: una traición tan brutal que sabía que sólo rivalizaba con su propia y reciente devastación.

Una a una, en prosa vulgar, las chicas de la corte de Kathy atacaron a su líder en todos aquellos aspectos en que ella les había dado cada gramo de amor. Le dijeron que era una frígida sin ningún talento. Le dijeron que su política de no salir con chicos era un subterfugio para reservarlas para despreciables encuentros lésbicos que era demasiado cobarde para iniciar. La llamaron poetisa retorcida y cursi. La abandonaron sin dejarle otra cosa que sus lágrimas, y él sabía que tenían que pagar por ello.

Pero el precio le esquivaba, y su propia vida estaba demasiado fragmentada como para perseguir el pago de la deuda. Se pasó un año escribiendo un poema sobre la traición y el estupor. Cuando hubo completado el poema vio que era una basura y lo quemó. Se lamentó por la pérdida de sus capacidades artísticas y se concentró en la triste eficacia de un oficio: la fotografía. Conocía los rudimentos, conocía el aspecto comercial y, por encima de todo, sabía que le podía proporcionar los medios para vivir bien y buscar la belleza en medio de un mundo horrible.

Se convirtió en un eficaz y poco imaginativo fotógrafo comercial, que se ganaba decentemente la vida vendiendo sus fotografías a periódicos y revistas. Pero Kathy se encontraba siempre en sus pensamientos, y fueron aquellos pensamientos los que volvieron a traer el horror de aquel 10 de junio de 1964. Sabía que debía combatir aquel terror, que no sería merecedor de los recuerdos de Kathy hasta que hubiese conquistado el temor que siempre comportaba. Por primera vez en su vida, persiguió lo puramente físico.

Cientos de horas de levantamientos de pesas y de practicar artes marciales transformaron su cuerpo raquítrico, que siempre había despreciado en secreto, en una máquina perfecta y dura como el acero. Dedicó mucho tiempo a conseguir un

cinturón negro de kárate, aprendió el manejo de las armas y se hizo un experto en el disparo de rifles y pistolas. Al amparo de aquellas habilidades mundanas, surgió una consiguiente disminución del terror. A medida que se iba haciendo más fuerte, su miedo se convirtió en odio y empezó a contemplar el asesinato de las traidoras de la Corte de Kathy. Sus pensamientos se veían dominados por escenas de muerte, si bien los últimos vestigios de su temor le impedían pasar a la acción.

Empezaba a volver a sentirse profundamente disgustado consigo mismo cuando encontró la solución. Necesitaba una acción ritual de sangre con la que probarse a sí mismo antes de dar comienzo a su venganza. Se pasó semanas especulando sobre los medios, sin obtener resultado alguno, hasta que una noche le llegó a la mente una frase de Elliot: «Abajo, el perro y el jabalí persiguen su pauta como antes, si bien se han reconciliado con las estrellas».

Inmediatamente supo qué pauta de conducta le tocaba a él: las regiones interiores de la isla Catalina, donde los jabalíes salvajes vagaban en manadas. A la semana siguiente navegó hacia allí en un barco de vela, llevándose consigo su Derringer de seis tiros y un bate de béisbol con clavos afilados en la cabeza. Con tan sólo aquellas armas y una cantimplora de agua, emprendió la caminata, a la caída de la noche, hacia lo más remoto de la isla Catalina, dispuesto a matar o a morir.

Cerca del amanecer divisó tres jabalíes que pastaban junto a un arroyo. Alzó su bate de béisbol y cargó contra ellos. Uno de los jabalíes se retiró, pero los otros dos le plantaron cara apuntando directamente hacia él con sus colmillos. Se encontraba dentro de una distancia mortal cuando ellos atacaron. Él hizo una finta y los jabalíes pasaron de largo a la carrera. Esperó dos segundos y giró en dirección opuesta, y cuando los animales gruñeron de frustración y volvieron a cargar contra él, se apartó de nuevo hacia un lado y blandió su bate contra el que tenía más cerca. Le alcanzó en plena cabeza y el impacto del golpe le arrancó el bate de sus manos.

El jabalí herido se retorció en el suelo, bramando por el bate que tenía empotrado en sus entrañas. El otro dio la vuelta, se alzó sobre sus patas traseras y se abalanzó de un salto sobre él. Aquella vez no hizo ninguna finta ni se apartó. Se quedó perfectamente quieto y cuando los colmillos de jabalí se encontraron casi ante su cara, alzó el Derringer y le voló los sesos.

En su exultante caminata de regreso dejó vivir en paz a la docena más de jabalíes que vio. Al fin «reconciliado entre las estrellas», cogió el ferry de vuelta a Los Ángeles y empezó a planear las muertes de Midge Curtis, Charlotte Reilly, Laurel Jensen y Mary Kunz, determinando primero sus mataderos por medio de llamadas a la secretaria de Marshall. Cuando supo que las cuatro chicas eran estudiantes becarias de universidades de la costa este, sintió que su odio hacia ellas crecía a saltos cuánticos. Ahora el motivo de su traición a Kathy estaba perfectamente delineado. Validadas académicamente y emocionadas ante la perspectiva de abandonar Los Ángeles, habían rechazado los planes de su mentora de permanecer en la ciudad y ser su maestra, atribuyéndolo al más bajo de los deseos. Sintió cómo su furia se

ramificaba en áreas aún más profundas de enojo. Kathy sería vengada y muy pronto.

Compiló su itinerario y el día de Navidad de 1966 se marchó hacia el este. Dos muertes por accidente, cuidadosamente simuladas, una por sobredosis forzada de drogas y un asesinato que emulaba al estrangulador de Boston constituían su misión.

Aterrizó en la nevada Filadelfia y alquiló una habitación de hotel para tres semanas. Luego alquiló un coche e inició su circuito por las Universidades de Brandéis, Temple, Columbia y Wheaton. Iba armado de sustancias cáusticas, cuerdas para estrangular, narcóticos y una formidable reserva de amor ensangrentado. Era invulnerable a todos los niveles excepto a uno, ya que cuando vio a Laurel Jensen sentada en solitario en la sala del sindicato de estudiantes de Barandeis, supo que era de Kathy, y que nunca sería capaz de hacer daño a alguien tan próximo en otro tiempo a su amada. El encuentro con Charlotte Reilly en la librería de Columbia le confirmó la fuerza simbiótica de su unión. Ya no se preocupó de buscar a las otras dos chicas; sabía que el verlas le haría tan vulnerable como un niño de pecho.

Tomó un avión de vuelta a casa, a Los Ángeles, preguntándose cómo podía haber pagado aquel precio tan elevado y no tener ni su arte ni su misión como recompensa. Se preguntó qué iba a hacer con su vida. Combatió el temor sometiéndose a las más estrictas disciplinas de las artes marciales y mediante la penitencia de prolongados ayunos seguidos de ascéticos viajes al desierto en los que mataba a coyotes con su bate y asaba sus carcasas sobre fuegos que él mismo hacía y alimentaba con trebejos del desierto y su propio aliento. Nada de todo esto funcionaba. El temor todavía se apoderaba de él. Estaba convencido de que se estaba volviendo loco, que su mente era una antena que atraía a animales hambrientos que un día u otro le devorarían. No podía pensar en Kathy: los animales podrían percibir sus pensamientos y abalanzarse sobre ella.

De repente, las cosas cambiaron. Escuchó por primera vez aquella cinta de meditación, y fue entonces cuando se encontró con Jane Wilhelm.

Envalentonado por su viaje en el pasado, Teddy salió del coche para encaminarse hacia el chalet y plantarse detrás de los gigantescos hibiscus que había frente al porche. Al poco tiempo empezó a oír las voces que provenían del interior de la casa y segundos más tarde se abrió la puerta y apareció el policía, que se estremecía por el aire frío de la noche.

La mujer se reunió con él y se arrebujó entre sus brazos para decirle:

—¿Me prometes que tendrás mucho cuidado y que me llamarás tan pronto como atrapes a este hijo de puta?

El policía dijo:

—Sí. —Se inclinó y la besó en los labios—. Nada de despedidas largas —le dijo a la mujer, mientras cerraba la puerta.

Teddy se puso en pie al tiempo que observaba cómo el coche sin matrícula se alejaba. Extrajo de su bolsillo un estilete de hoja retráctil. Lloyd Hopkins iba a morir muy pronto e iba a hacerlo arrepentido de su última visita a su amante.

Anduvo la distancia que le separaba de la puerta principal y le golpeó ligeramente con los nudillos. La intimidad de su llamada fue respondida por risas de alegría. Oyó los pasos que se acercaban a la puerta y se pegó contra la pared con el cuchillo contra su pierna. La puerta se abrió y se oyó la voz de la mujer que exclamaba:

—¿Sargento? Sabía que eras demasiado listo como para rechazar mi oferta. Sabía...

Teddy saltó desde su escondrijo y se encontró frente a la mujer, enmarcada por la puerta y en actitud deseosa. La expresión esperanzada de su rostro se mudó en terror en menos de un segundo y cuando reconoció el destello que veían sus ojos, él alzó el cuchillo y lo blandió frente a su rostro para rozarle ligeramente en la mejilla. Ella se cubrió el rostro con las manos mientras la sangre salpicaba sus ojos y entonces Teddy la agarró del cuello para silenciar sus posibles gritos. Su mano agarraba el cuello del jersey de la mujer cuando tropezó con el felpudo y cayó de rodillas. El jersey de Joanie se desgarró entre sus manos y mientras trataba de ponerse en pie ella le abalanzó la puerta contra los brazos y le propinó un puntapié en la cara. La punta de un pie le alcanzó en la boca y se la abrió. Él escupió sangre y empezó a dar cuchillazos a ciegas a través del boquete de la puerta. Joanie gritó y le dio otra patada en plena cara. Él saltó en el último instante y la agarró por el tobillo, le dio un tirón hacia arriba y ella cayó al suelo sin poder evitarlo. Trató de retroceder, pero él ya se había puesto en pie y entraba en la casa blandiendo el estilete formando ochos en el aire. Se giró para cerrar la puerta y ella, de una patada, le lanzó una lámpara de pie contra la espalda. Aturdido, Teddy dio un salto hacia atrás y cerró de golpe la puerta con el peso de su propio cuerpo.

Joanie se puso en pie y trató de entrar a trompicones en el comedor. Se enjuagó la sangre de los ojos y buscó desesperadamente algún arma, sin quitar los ojos en ningún momento de la figura vestida de chándal negro que avanzaba lentamente hacia ella. Su brazo derecho chocó con el respaldo de una silla y se la lanzó a la cabeza. Él la desvió de su trayectoria de un manotazo y siguió avanzando, como a hurtadillas, mientras los movimientos de su cuchillo se hacían más y más intrincados. Joanie tropezó contra la mesa del comedor y agarró a ciegas una pila de platos, que se desparramó. Se quedó con tan sólo un plato en la mano y vio que no le quedaban fuerzas para lanzarlo.

Dejó caer el plato y retrocedió hacia atrás. Cuando se encontró con la pared se dio cuenta de que no había lugar por donde escapar y abrió la boca para chillar. Cuando logró proferir un gruñido. Teddy blandió el estilete y lo lanzó directo a su corazón. El cuchillo la alcanzó de pleno y Joanie sintió cómo su vida estallaba y luego se escurría en una red de fisuras. Cuando la luz se convirtió en tinieblas, se deslizó en el suelo y murmuró:

—Ahhhh, aaahhh... —Y se rindió a la oscuridad.

Teddy encontró el cuarto de baño y se limpió su labio partido con un elixir dental. Dio un respingo de dolor, pero siguió enjuagando sus heridas con la botella entera

como penitencia por permitir que le hicieran sangre. El dolor le enfureció y aumentó su odio hacia Lloyd Hopkins y el disgusto por la burocracia mezquina que representaba, estallando por cada uno de sus poros.

«Haré que se entere todo el mundo —decidió—. Que todo el mundo sepa que quiero seguir el juego.» Encontró un teléfono y marcó el 0.

—Me encuentro en Hollywood y quiero denunciar un asesinato —dijo.

La operadora, aturdida, le puso de inmediato con la comisaría de Hollywood.

—Departamento de policía de Los Ángeles —dijo el oficial de la centralita.

Teddy habló con brevedad a través del auricular.

—Vengan al número 8911 de Bowlcrest Drive. Encontrarán la puerta abierta. Hay una mujer muerta en el suelo. Dígale al sargento Hopkins que se ha abierto la veda para las novias de los policías.

—¿Y cuál es su nombre, señor? —preguntó el oficial de la centralita.

Teddy dijo:

—Mi nombre está a punto de convertirse en una palabra familiar. —Y colgó el aparato.

Aquella llamada desconcertante pasó del operador al oficial de guardia, quien escribió el nombre de Lloyd Hopkins y recordó que Hopkins era muy amigo del capitán Peltz, el comandante de la guardia diurna. Como había oído rumores de que Hopkins tenía problemas con Asuntos Internos, decidió llamar a Peltz a su casa para darle la información.

—El operador entendió el mensaje de modo algo confuso, capitán —dijo—. Creía que se trataba de un chalado, pero mencionó a una mujer muerta y a su colega el sargento Hopkins, así que decidí llamarle.

El Holandés Peltz se quedó helado de pies a cabeza.

—¿Qué decía *exactamente* el mensaje? —preguntó.

—No lo sé. Era algo sobre una mujer muerta y su amig...

La voz del Holandés, cargada de preocupación, le interrumpió.

—¿Dejó alguna dirección?

—Sí, señor. El 8911 de Bowlcrest.

El Holandés escribió la dirección y dijo:

—Disponga a dos oficiales para que se encuentren conmigo allí dentro de veinte minutos y no hable con nadie de esta llamada. ¿Comprende?

El Holandés no aguardó a la respuesta, ni se preocupó de colgar el teléfono. Se puso a toda prisa un pantalón y un jersey sobre el pijama y corrió hacia su coche.

CAPÍTULO DIECISIETE

Figuras ataviadas con levita, que portaban crucifijos hechos con cuchillas, le perseguían por un campo abierto. En la distancia, una gran casa de piedra centelleaba bajo el brillo de un punto de luz blanca. La casa estaba rodeada de rejas de hierro engarzadas por claves musicales, y supo que si conseguía llegar a la verja y rodearse de aquel sonido benevolente, estaría a salvo del ataque de los asesinos de las cruces.

La verja explotó cuando la tocó con la mano, lanzándole a través de barreras de madera, cristal y metal. Ante sus ojos empezaron a centellear jeroglíficos, copias de computador que se contorsionaban en forma de miembros rotos y le bombardeaban a través de una última barrera de luz roja intermitente que conducía a la habitación amueblada rodeada de miradores. Las paredes estaban cubiertas de fotografías descoloridas y ramas secas de rosal. Mientras se iba acercando vio que las fotos y las ramas formaban una puerta que podía abrirse. Deseaba entrar en un trance completamente negro cuando una sucesión de cruces se abalanzó sobre él y le clavó en la pared. Las flores y las fotografías descendieron sobre su cabeza.

Lloyd se despertó de una sacudida y sus rodillas golpearon el cuadro de mandos del coche. Estaba amaneciendo. Miró a través de la ventana y vio una calle de Silverlake que le resultaba algo familiar, luego contempló su rostro macilento en el espejo retrovisor y volvió a la realidad: Haines, Verplank y la espera que había planeado en la esquina de Silverlake Camera. La anfetamina había bajado y, combinada con su tensión nerviosa, le había dejado fuera de combate. El asesino se encontraba una manzana más abajo, durmiendo. Era el momento.

Lloyd recorrió la calle Alvarado a pie. La calle estaba completamente vacía y del edificio de ladrillo rojo que albergaba la tienda de fotografía, no salía ninguna luz. Recordó que el registro de automóviles decía que la dirección del negocio y de la vivienda eran la misma y miró fijamente hacia las ventanas del segundo piso para después revisar el aparcamiento que había en la puerta de al lado. El Dodge furgoneta de Verplank, así como el Datsun, estaban aparcados el uno junto al otro.

Lloyd rodeó el callejón que conducía a la parte trasera del edificio. Había una escalera de incendios que conducía a una puerta metálica en el segundo piso. La puerta parecía impracticable desde el exterior, pero a un metro a su derecha había una ventana sin persianas con un amplio alféizar de ladrillo. Era el único acceso posible.

Lloyd dio un salto y se agarró al último travesaño de la salida de incendios. Sus manos se agarraron al hierro y se izó hasta los escalones. Cuando llegó al rellano del segundo piso, empujó con cautela la puerta de hierro. No había manera, estaba cerrada con llave desde el interior. Lloyd echó un vistazo a la ventana y luego se subió a la barandilla y se pegó a la pared. Se agarró al alféizar y de un tirón se subió a él y se asió al marco de la ventana para no caerse. Cuando los latidos de su corazón se hubieron calmado y fue capaz de pensar, miró a través de la ventana y vio que daba a una pequeña habitación, sumida en la oscuridad, que estaba llena de cajas de cartón...

Si lograba entrar, podría llegar hasta el apartamento de Verplank sin despertarle.

Agazapado en el alféizar, Lloyd vio un agarradero en el extremo inferior de la ventana y tiró de él. La ventana se abrió con un crujido y él se deslizó en el interior de aquel cuarto trasero que olía a productos químicos y a humedad. Al otro lado del cuartito había una puerta. Lloyd sacó su pistola del 38 y abrió la puerta, que daba a un pasillo cubierto de moqueta. Empuñó su arma como si fuera un buscador y se deslizó por el pasillo hasta encontrar una puerta abierta.

Se pegó contra la pared y estiró el cuello para mirar en el interior. Era un dormitorio vacío, con la cama perfectamente hecha. En las paredes había reproducciones de obras de Picasso y una puerta que comunicaba con el cuarto de baño. El silencio era absoluto.

Lloyd entró de puntillas en el cuarto de baño: porcelana blanca e inmaculada, accesorios de latón pulido. Junto al lavabo había una puerta medio abierta. Miró a través de la rendija y vio unos escalones que debían conducir al piso de abajo. Empezó a bajar los escalones muy despacio y con el brazo en el que llevaba el arma extendido en toda su longitud, y el dedo en el gatillo.

Los escalones se terminaban en la parte trasera de una habitación amplia llena de material fotográfico. Lloyd sintió cómo su cuerpo cargado de tensión daba un respiro de alivio. Verplank no estaba, lo sentía.

Inspeccionó la tienda y vio que tenía el mismo aspecto que todas las tiendas de fotografías: un mostrador de madera, cámaras fotográficas ordenadas en estantes de vidrio y niños sonrientes y animales juguetones que le contemplaban desde las paredes.

Moviéndose en silencio, volvió a subir las escaleras, preguntándose dónde debía haber pasado la noche Verplank y por qué no se había llevado uno de sus coches.

El segundo piso seguía estando igual de silencioso que antes. Lloyd atravesó el cuarto de baño y el dormitorio y recorrió el recibidor hasta una puerta de roble ornamentada. La abrió con el cañón de su pistola y profirió un grito. La pared de enfrente estaba formada por miradores de forma triangular. Las paredes laterales estaban cubiertas de enormes fotografías de Haines y de Craigie, interpoladas con ramas de rosal pegadas con cinta adhesiva y todo el collage tiznado de trazos de sangre seca.

Lloyd recorrió las paredes en busca de detalles que le indicaran que su sueño había sido falso, una mera coincidencia, cualquier cosa menos lo que no quería que significara. Vio semen seco sobre las fotografías, encostrado sobre las zonas genitales de Craigie y Haines, y la palabra «Kathy» escrita en sangre. Debajo de las fotografías había pequeños agujeros en la pared, se veían marcas de uñas y mordiscos.

Lloyd volvió a gritar. Corrió a lo largo del pasillo y atravesó de nuevo el dormitorio y el cuarto de baño para bajar al piso de abajo. Cuando llegó a la planta baja tropezó con un montón de cajas de cartón y salió precipitadamente por la puerta principal. Si su sueño había sido verdad, entonces sería la música que le salvaría.

Atravesó corriendo la calle Alverado sin mirar el tráfico y se precipitó hacia la esquina en la que se encontraba su coche. Arrancó el motor y puso la radio en marcha, que captó el final de un anuncio publicitario. Sus colores y texturas mentales volvían a la normalidad cuando le asaltó una voz alarmada:

—El Carnicero de Hollywood se ha cobrado su tercera víctima en veinticuatro horas, y la policía se está preparando para la caza humana más importante de la historia de Los Ángeles. La noche pasada fue descubierto, en su casa de Hollywood, el cadáver de una actriz-cantante de cuarenta y dos años, Joan Pratt. El teniente Walter Perkins de la División de Hollywood del departamento de policía de Los Ángeles y el capitán Bruce Magruder de la oficina del sheriff de Hollywood oeste sostienen esta mañana una conferencia de prensa en Parker Center para discutir la caza del asesino y aconsejar a la población del área de Hollywood sobre las medidas de seguridad necesarias para desconcertar al asesino o asesinos. El capitán Magruder ha informado esta mañana a los periodistas de que tanto la oficina de sheriff como el Departamento de Policía han hecho el mayor despliegue de fuerzas policiales en las calles en un esfuerzo por atrapar al asesino. Creemos firmemente que la locura de este individuo está llegando a su límite y que pronto intentará matar de nuevo. A lo largo de las áreas de Hollywood y Hollywood oeste habrá patrullas de a pie. Nuestros esfuerzos no cesarán hasta que se haya atrapado al asesino. Nuestras fuerzas al completo están siguiendo todas las pistas posibles. Mientras tanto, recuerden: este asesino ha matado tanto a hombres como a mujeres. Solicito a todos los habitantes de Hollywood que esta noche no, repito, no la pasen solos. Busquen compañía, por su propia seguridad. Seguiremos...

Lloyd empezó a sollozar. Apagó la radio de una patada y sacó la caja metálica del tablero de mandos para tirarla por la ventana. Joanie había muerto. Su genio se había convertido en una puerta para un canal telepático. Él podía leer los pensamientos de Teddy y Teddy los suyos. Aquel sueño y la muerte de Joanie; una lógica que desafiaba los lazos fraternos y que engendraría más y más horror, un horror que sólo tocaría a su fin con la muerte de su maligno gemelo simbiótico. Miró el espejo retrovisor y vio el retrato de Teddy Verplank en el anuario del colegio. La transformación sobrehumana era completa. Lloyd dirigió su coche hacia el viejo barrio para decirle a su familia que su etnia irlandesa protestante era un billete sin vuelta al infierno.

El Holandés Peltz estaba sentado en su oficina de la comisaría de Hollywood con una copia Polaroid de un hombre y una mujer desnudos en sus manos.

Puesto que se había negado a hacer cargos, los oficiales de Asuntos Internos que investigaban a Lloyd le habían estado importunando en un intento de encontrar otras perfidias que pudieran ser sacadas a la luz para contrarrestar la amenaza de Lloyd de contarle todo a los medios de comunicación. No tenían ni idea de que el detective más brillante del Departamento de Policía había tenido relaciones íntimas con Joan Pratt, la tercera víctima del Carnicero de Hollywood. Aquella fotografía constituía

una evidencia suficiente como para acabar con la carrera de Lloyd, en el mejor de los casos, o para que le procesaran.

El Holandés se dirigió hacia la ventana y miró al exterior, pensando que tal vez él también había sentenciado ya sus mejores años. Su negativa a presentar los cargos le costaría el mandato de Asuntos Internos, y si alguien descubría que había ocultado la fotografía y su conocimiento de la llamada anónima que mencionaba el nombre de Lloyd, le llevarían ante un juicio departamental y sufriría la ignominia de un posible proceso criminal. El Holandés tragó saliva y se formuló a sí mismo la única pregunta que tenía sentido. ¿Era Lloyd un asesino? ¿Era su protegido-mentor-hijo un asesino brillantemente disfrazado por el manto del genio? ¿Era un esquizofrénico, un monstruo de doble personalidad académicamente identificable? *No podía ser.*

Aun así, había una línea narrativa lógica que apuntaba a un «tal vez». El comportamiento errático de Lloyd a lo largo de los años, sus obsesiones recientes con las mujeres asesinadas, su comportamiento en la fiesta. Él mismo lo había visto con sus propios ojos. Si conectaba con la experiencia traumática de la desertión de su mujer y sus hijas, la llamada de Kathleen McCarthy, aquella llamada anónima, el cadáver de Joan Pratt y aquella fotografía y...

El Holandés no fue capaz de completar sus pensamientos, miró el teléfono. Podía llamar a Asuntos Internos y salvar su propia piel, condenando a Lloyd, pero tal vez salvando vidas inocentes. Podía no hacer nada o bien seguir la pista de Lloyd por sus propios medios. Aquella noche de insomnios, ocupada por la imagen del cadáver de Joan Pratt, le había hecho pensar en sus opciones. Entonces el Holandés volvió a formularse la única pregunta que tenía sentido: ¿Qué importaba más? Cuando la palabra «Lloyd» resonó en su mente, rasgó la fotografía. Solucionaría el caso él mismo.

Cuando llegó a la vieja casa de estructura de madera de la esquina de Griffith Park y St. Elmo, Lloyd fue directo al ático, a aquel tesoro de antigüedades que llevaba allí treinta y dos años. Trazó dibujos sobre las superficies de palisandro cubiertas de polvo y se maravilló de la perspicacia de su madre. Nunca había vendido aquellos muebles porque sabía que un día su hijo iba a necesitar comulgar con el pasado que había formado su carácter. Lloyd sintió que otra mano descansaba sobre la suya, guiándole en su obra de arte. La mano le forzaba a dibujar calaveras y lanzas. Dio un último vistazo a su pasado y su futuro y descendió escaleras abajo para despertar a su hermano.

Mientras Lloyd permanecía en pie junto a él, Tom retiraba los recuadros de hierba sintética que cubrían la tierra que rodeaba la caseta de material electrónico de su padre. Cuando puso el descubierto la tierra emitió un sollozo, y Lloyd le dio una pala y le dijo:

—Cava.

Él obedeció y en pocos minutos extraía unas cajas de madera llenas de escopetas y un baúl de viaje que contenía pistolas y rifles automáticos. Sorprendido de ver que

el armamento estaba perfectamente engrasado y dispuesto para su uso, Lloyd miró a su hermano y sacudió la cabeza:

—Te he desestimado, hermano.

—Vienen malos tiempos, Lloyd. Tengo que reunir todos mis trastos —respondió Tom.

Lloyd metió los brazos en el agujero y extrajo una bolsa de plástico reforzada llena de Magnums de calibre 44 envueltos uno por uno. Se quedó con uno y se lo puso en su pistolera.

—¿Qué más tienes? —le preguntó a Tom.

—Tengo una docena de A. K. del 47, cinco o seis de cañón recortado y un cargamento de municiones.

Lloyd dio una palmada con ambas manos en los hombros de su hermano y le obligó a arrodillarse.

—Dos cosas, Tommy —le dijo—, y nuestros asuntos quedarán claros. Una, cuando reúnas todos tus trastos, no tendrás más que esto: un buen montón de trastos. Dos, sigue teniéndome miedo y sobrevivirás.

Lloyd cogió un Remington 30.06 y un puñado de balas. Tom sacó de su bolsillo una petaca de bourbon y se tomó un buen trago. Cuando le ofreció la botella, Lloyd sacudió la cabeza negativamente y alzó la vista hacia la ventana de la habitación de su madre. Un instante después apareció la silueta de la anciana muda. Lloyd supo que ella sabía que estaba allí y había venido a ofrecerle su silencioso adiós. Le sopló un suave beso y se dirigió hacia el coche.

Todo lo que quedaba por hacer era decidir el momento y el lugar.

Condujo el coche hasta una cabina telefónica y marcó el número de Silverlake Camera. La llamada recibió respuesta tras el primer timbrado, como ya sabía que ocurriría.

—Silverlake Camera de Teddy, ¿en qué puedo servirle?

—Soy Lloyd Hopkins. ¿Estás dispuestoa morir, Teddy?

—No, todavía me queda mucho por vivir.

—No más inocentes, Teddy. Me has estado esperando todos estos años. Estoy dispuesto, pero no hagas daño a nadie más.

—Sí. Solos tú y yo. ¿Mano a mano?

—Sí. ¿Quieres escoger el momento y el lugar, muchacho?

—¿Sabes dónde está la central eléctrica de Silverlake?

—Sí, es una vieja amiga.

—Nos veremos allí a medianoche.

—Allí estaré. —Lloyd colgó el teléfono mientras imágenes de muerte inundaban su mente.

Kathleen se levantó tarde y se preparó un café. Miró a través de la ventana para

apreciar el crecimiento de sus margaritas y vio que alguien las había pisado. Pensó en los chiquillos del barrio, pero entonces vio una enorme huella de zapato en la tierra y sintió que sus estratagemas para apartar de su mente al policía loco se unificaban alrededor de una única amenaza. En vez de dedicar el día, como había planeado a abrir la tienda y revisar su material de trabajo, escribiría un epitafio para el traidor amor de sus sueños, consignándole a la villanía de los hombres débiles y obsesionados por la violencia. Se enfrentaría el sargento Hopkins de frente y le derrotaría.

Después de tomarse el café, Kathleen se sentó ante su escritorio. Las palabras fluctuaban por su mente, pero se negaban a conectarse. Pensó en fumarse un porro para hacer que las cosas funcionaran, pero rechazó la idea. Era demasiado temprano para recompensarse. Sintió que su determinación y su resistencia se hacían a un tiempo más profundas. Se dirigió hacia la entrada principal y contempló la mesa que había sobre la caja registradora. Sobre ella se encontraban sus propios libros, los seis que había publicado, dispuestos en círculo.

Kathleen empezó a recorrer las páginas en que se encontraban sus propias frases, en busca de viejos modos de decir cosas nuevas. Encontró pasajes en los que se deploraban las jerarquías masculinas, y ácidos retratos de hombres que buscaban refugio, pero vio que el tema real era su propia búsqueda de afecto. Cuando vio que su más odiosamente correcta prosa perfilaba la redención de las flores encarnadas, sintió desvanecerse su nostalgia narcisista. Sus seis volúmenes de poesía le habían hecho ganar mil cuatrocientos dólares en derechos y nada en royalties. Los derechos de *Castidad de cuchillo* y *Notas desde el reino de nadie* le habían permitido pagar su extensa factura de la tarjeta Visa, que pronto agotó y tuvo que volver a pagar el año siguiente con los derechos de *Quietud en Hollywood*. *Mirada al abismo*, *Womanwold* y *Skirting the void*, le habían asegurado su librería que ahora estaba rozando el borde de la bancarrota. Con los restantes volúmenes se había financiado un aborto y un viaje a Nueva York, donde su editor se había emborrachado y le había metida mano bajo la falda en el Russian Tea Room.

Kathleen corrió hacia su dormitorio y sacó sus pétalos de rosa enmarcados. Los llevó a su tienda-sala de estar y los lanzó contra las paredes, mientras el estruendo de los cristales al romperse y los estantes cayéndose ahogaron las obscenidades que profirió en voz de grito. Cuando los detritus de los dieciocho últimos años de su vida hubieron destrozado la habitación, se enjuagó las lágrimas y se rodeó en el panorama de destrucción: los libros yacían muertos en el suelo, los cristales rotos emitían destellos desde la alfombra y el polvo de la masilla de los cuadros caía como una cascada. El simbolismo oculto era la perfección.

De repente, Kathleen vio que algo andaba mal. Desde una zona desgarrada del cielo raso colgaba un largo cable de goma negra. Se acercó a él y lo arrancó, tirando del tendido cubierto de masilla que se extendía por toda la habitación. Cuando llegó al final del cable, apareció un diminuto micrófono. Recogió el cable y volvió a tirar por segunda vez. El extremo opuesto conducía a la puerta principal. Abrió la puerta y

vio que el cable subía hasta el tejado, oculto por las ramas del eucaliptus que daba sombra al porche.

Kathleen cogió una escalera de mano, la plantó en el suelo junto al árbol y siguió el trayecto del cable tejado arriba. Vio que en la cima del tejado había sido fijado con una fina capa de alquitrán. Se agachó en cuclillas, sacó el cable y dejó que le dirigiera hasta un amontonamiento de papel alquitranado cubierto de goma laca en hojuelas. Tiró de la cuerda por última vez y el papel alquitranado se desgarró. Cuando lo miró de cerca vio una grabadora envuelta en plástico transparente.

En el Parker Center, el Holandés se disponía a mirar en el escritorio de Lloyd, deseoso que los de Asuntos Internos no lo hubiesen dejado limpio. Si podía encontrar cualquiera de los informes de Homicidios con los que Lloyd había trabajado, tal vez se podría formar una hipótesis de la que partir.

El Holandés rebuscó entre los cajones, abriendo los cerrojos con una navaja que siempre llevaba en su pistolera. No encontró nada sino lápices, sujeta-papeles y tarjetas. Cerró los cajones de golpe y forzó las cerraduras de los armarios de archivo. Nada. Los buitres de Asuntos Internos habían llegado antes.

Vació la papelera y buscó entre notas ilegibles y envoltorios de bocadillos. Estaba a punto de abandonar cuando vio una hoja fotocopiada y arrugada. La acercó a la luz y vio que era una lista de treinta y un nombres y direcciones en una columna y una lista de tiendas de material electrónico en la otra. Su corazón dio un pequeño brinco; tenía que tratarse de la lista de «sospechosos» de Lloyd, los hombres que había querido que sus oficiales interrogaran. Era poca cosa, pero al menos era algo.

El Holandés regresó a la comisaría de Hollywood. Le tendió la lista al oficial de guardia y le dijo:

—Quiero que llame a todos los hombres de esta lista. Hágalo pasar por un interrogatorio de rutina y hágame saber quiénes muestran reacciones de pánico. Voy a salir, pero le iré llamando.

Desde su despacho, el Holandés llamó a casa de Lloyd. Tal como esperaba, no obtuvo respuesta. Durante toda la noche, había estado llamando en vano cada media hora y ahora resultaba bastante obvio que Lloyd se había marchado. ¿Pero hacia dónde? O bien se estaba escondiendo de los de Asuntos Internos o había salido a la caza de su asesino real o imaginario. También debía de...

Incapaz de completar el pensamiento, el Holandés recordó que Kathleen había mencionado en la fiesta que su librería se encontraba entre las calles Yucca y Highland. La noche pasada había denunciado a Lloyd, presa del miedo, pero tal vez sabía por dónde andaba. Lloyd siempre andaba detrás de las mujeres cuando tenía problemas.

Cogió su coche y fue hasta Yucca y Highland, parando frente a la Bibliófila Feminista. De inmediato se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta y que el porche estaba lleno de cristales rotos.

Sacó su pistola y entró en la casa. El suelo estaba cubierto de montones de

cristales rotos, papiros y libros. Entró en la cocina y después en el dormitorio. No había más rastros de destrucción, sólo la presencia de una cartera de cuero sobre la cama.

El Holandés abrió la cartera y miró el contenido. El dinero y las tarjetas de crédito estaban intactos. Cuando encontró más dinero y el permiso de conducir de Kathleen y los papeles del coche dentro de un monedero de piel de becerro, agarró el teléfono y marcó en número del oficial de guardia de la comisaría.

—Soy Peltz —dijo—. Quiero que se abra un expediente. Kathleen Margaret McCarthy, mujer de raza blanca, 1,75 m de estatura y 60 kilos de peso. Pelo y ojos castaños. Fecha de nacimiento, 21/11/46. Tiene un Volvo 1200 beige de 1977, matrícula LQM957. Que la detengan sólo para interrogarla. No la fuercen. Esta mujer no es sospechosa. Quiero que la traigan a mi despacho.

—¿No es un poco irregular todo esto, capitán? —dijo el oficial.

—Cállese y abra el expediente —dijo el Holandés.

Después de recorrer sin éxito las manzanas que rodeaban a la librería en busca de Kathleen y su coche, el Holandés empezó a sentirse como un Judas acorralado que se arrepentía. Sabía que el único antídoto era el movimiento. Cualquier destino era mejor que ningún destino.

Se dirigió hacia Silverlake. Llamó a la puerta de la vieja casa a la que había acompañado a Lloyd tantas veces, con la vaga esperanza de encontrar respuesta a sus preguntas. Sabía que los padres de Lloyd eran muy ancianos y que vivían en silenciosa soledad. Como nadie acudía a abrir la puerta, rodeó la casa hasta el patio trasero.

Miró por encima de la valla y vio a un hombre abocado a una botella de whisky y ondeando una gran escopeta frente a él. Se quedó completamente quieto y recordó las historias que le contaba Lloyd sobre su hermano loco. Contempló aquel triste espectáculo hasta que Tom dejó caer al suelo la escopeta y se agachó frente a un paquete que tenía a su lado para extraer una metralleta.

El Holandés boqueó cuando vio a Tom blandiendo el arma, completamente borracho y murmurando:

—El maldito Lloyd no sabe una mierda. El idiota no sabe cómo enfrentarse a los perros negros, pero yo sí sé. El maldito Lloyd cree que puede joderme, pero no sabe la que le espera.

Tom soltó la ametralladora y cayó al suelo al mismo tiempo. El Holandés sacó su pistola y se escurrió a través de un boquete de la valla. Reptó a lo largo de las paredes de la casa y saltó sobre Tom, apuntándole a la cabeza con la pistola.

—Quietos —le dijo cuando Tom le miró incrédulo.

—Lloyd se ha llevado mis cosas —dijo—. Nunca quiso jugar conmigo. Se ha llevado mis mejores cosas y aun así no quiere jugar conmigo.

El Holandés divisó un gran agujero en el suelo, junto a él. Miró en el interior y

vio los cañones recortados de media docena de rifles que apuntaban hacia él. Dejó a Tom sollozando en el suelo y regresó corriendo junto a su coche. Agarró el volante y él mismo sollozó, rogándole a Dios que le diera los medios para acusar a Lloyd con piedad o absolverle con amor.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Kathleen conducía en zig-zag por las calles de Hollywood, sin destino, rumiando el descubrimiento de la grabadora con cánticos silenciosos en su mejor prosa. El policía y su teoría sobre el asesino ocupaban sus pensamientos hasta que se saltó un semáforo en rojo, derrapó en el cruce y estuvo a punto de no ver a un guardia y un grupo de niños que cruzaban la calle.

Paró el coche junto a la acera, temblando, y su acción literaria se vio ahogada por las bocinas de enojados conductores. Ahora ya no tenían sentido sus palabras. Lloyd Hopkins y sus conspiraciones requerían ser desbancados en función de los hechos. La grabadora era una prueba que requería la negación de pruebas superiores. Era el momento de visitar a un viejo compañero de escuela y dejar que hablara.

El Holandés observaba desde el fondo de la habitación cómo el teniente Perkins, el oficial al mando del escuadrón de Hollywood, informaba a sus hombres sobre el caso del Carnicero de Hollywood:

—Nuestros coches patrulla y helicópteros van a impedir que este bastardo asesine de nuevo, pero vosotros, muchachos, vais a descubrir quién es. Los agentes del sheriff investigan los casos de Morton y Craigie, y es posible que descubran algo. Un comisario que trabajaba en la Brigada Antivicio de Hollywood se voló la tapa de los sesos anoche, en su casa, y algunos de sus compañeros de brigada dijeron que estaba estrechamente relacionado con Craigie. El caso de Pratt lo lleva Robos y Homicidios de la central, lo que os deja a vosotros el trabajo, muchachos, de cazar a todo perverso, ladrón, drogadicto y todo malhechor que se sepa que hace uso de la violencia en el área de Hollywood. Utilizad vuestros contactos, vuestros conocimientos y vuestros cerebros e informaros de los patrulleros. Utilizad cuanta fuerza juzguéis necesaria.

Los hombres se pusieron en pie y se encaminaron hacia la puerta. Cuando vio al Holandés, Perkins le llamó:

—Eh, jefe, ¿dónde diablos está Lloyd Hopkins ahora que realmente le necesitamos?

Kathleen paró frente al edificio de ladrillo rojo de la calle Alvarado. Vio un letrero de «Cerrado por enfermedad» colgado de la puerta principal y escudriñó a través de los escaparates de cristal. Al no ver otra cosa que cajas amontonadas y sumidas en la sombra, se dirigió hacia el aparcamiento. Enseguida vio una furgoneta amarilla con una matrícula que ponía «P-O-E-T». Había apoyado la mano sobre la manecilla de la puerta trasera cuando la oscuridad la alcanzó y la acarició.

Lloyd esperó a que se hiciera de noche en el parque que quedaba un kilómetro más abajo de la central eléctrica de Silverlake. Su coche estaba fuera del alcance de la vista de la calle, oculto tras el cobertizo de mantenimiento, con el 30.06 y el Magnum 44 en el maletero, cargados y a la espera. Sentado en un columpio para niños, que se estremecía bajo su peso, recompiló mentalmente una lista de las personas a las que amaba. Su madre, Janice y el Holandés encabezaban la lista, seguidos por sus tres hijas y las muchas mujeres que le habían proporcionado alegría y gozo. Apartando las lagunas de la memoria para sustentar los momentos de amor, pensó en sus compañeros de la policía, en los criminales e incluso en la gente que había visto al pasar por la calle. Cuando más oscura se hacía la gente, más profundamente le invadía su sentimiento de amor, y cuando llegó el ocaso y después la noche, Lloyd supo que si moría a la medianoche, de algún modo, viviría en los vestigios de la inocencia que habría salvado de Teddy Verplank.

Kathleen despertó de la oscuridad con los ojos abiertos y con un hedor químico y una pantalla de lágrimas como preludio a la visión. Intentó pestañear para enfocar la vista, pero sus párpados no se movían. Cuando vio que aunque quisiera cerrar los ojos con todas sus fuerzas no obtenía nada sino una inundación de lágrimas ardientes, abrió la boca para gritar. Algún tipo de mordaza invisible la dejaba muda y retorció los brazos y pataleó con las piernas en busca de aire. Sus brazos permanecían fijos mientras los pies escarbaban sobre una superficie invisible y cuando se sacudía y debatía con todas las fuerzas de su entumecido cuerpo oyó un «sssh, sssh», y entonces algo negro y suave embadurnó su mirada, seguido de una luz intensa. *No estoy sorda ni ciega, pero estoy muerta.*

La visión de Kathleen se centró en una mesa baja de madera. Cuando forzó la vista vio con mayor claridad y vio que se encontraba a pocos pasos de ella. Como si le respondiera, la mesa se movió con un ruido hasta donde ella pudo tocarla. Volvió a retorcer los brazos, pero el dolor le paralizó los miembros entumecidos. *Estoy muerta, pero no estoy cortada en pedazos.*

Concentrando todos sus sentidos en los ojos, Kathleen miró fijamente hacia la mesa. La habitación se abrió ante su mirada gradualmente y la suavidad negra se acercaba y se alejaba de ella como el disparador de una cámara fotográfica, y cuando volvió la luz, la mesa estaba ante sus ojos, cubierta de muñecas de plástico con agujas clavadas en la ingle y enormes cabezas recortadas de fotografías en blanco y negro. *Estoy en el infierno y éstos son mis compañeros de exilio.*

Notó una cierta familiaridad con las cabezas fotografiadas y forzó su mente a ponerse en funcionamiento. *Estoy muerta, pero puedo pensar.*

Vio que las cabezas le pertenecían, de algún modo, que eran de alguien muy cercano a ella, de algún modo...

Los sentidos de Kathleen se dispararon. Sus brazos se contrajeron y sus piernas se sacudieron hacia arriba, haciendo que la silla cayera al suelo. *Estoy viva y éstas son las chicas de mi corte y el policía tenía razón y Teddy de la escuela va a matarme.*

Unas manos invisibles recogieron la silla del suelo y le dieron la vuelta. Kathleen se retorció y hundió los tacones de sus zapatos en una suave alfombra blanca. *Mis párpados están cosidos y mi boca amordazada, pero aún estoy viva.*

Kathleen forzó sus ojos a mirar a los extremos alejados de la periferia, memorizando la pared que tenía en frente con la esperanza de combinar la vista y el pensamiento en algo más. Cuando logró asimilar lo que estaba viendo, empezó a sollozar y las lágrimas volvieron a dejarla ciega. Sangre, ramas de rosal, fotografías profanadas y excrementos. El hedor la invadió de nuevo. *Voy a morir.*

Se oyó un zumbido. Kathleen lo siguió con la mente y con lo que quedaba de su visión. Vio una grabadora sobre una mesita de noche. Trató de chillar y sintió que la cinta que le amordazaba la boca empezaba a ceder. *Si pudiera gritar...*

De la grabadora salieron unos suspiros tenues. Kathleen tomó aire por la nariz y lo expulsó con todas sus fuerzas. La cinta se escurrió contra su boca y se soltó con su labio inferior. El tenue suspiro se convirtió en una voz que canturreaba:

*Sólo merezco amarte en verso,
De esparcir mi amor en las alas de un juramento;
Ellas te traicionaron y te desgarraron,
Te enterraron en el espanto;
Yo vengué el dolor de tu corazón dándoles muerte;
Y tú me traicionaste con
La placa uno-uno-cuatro
Dejaste que me hiriera y que te hiciera su ramera;
No puedo culparte, pero ésta noche debes escoger;
Con los ojos cosidos le verás perderse;
Yo siempre te amar... te amaré... te amaré.*

La suave voz volvió a tornarse en un suspiro. Kathleen movió las cejas y sintió que las costuras de los bordes de sus párpados se aflojaban. *Voy a matarle antes de que él me mate.*

La grabadora se paró con un chasquido. La silla de Kathleen se alzó por los aires y dio la vuelta en un círculo perfecto. Gritó y sintió la vibración desmayada de su propia voz y luego vio a Teddy Verplank, vestido con un apretado chándal negro. Trató de pensar para evitar volver a chillar y desembarazarse prematuramente de su mordaza. *Se ha vuelto tan guapo. ¿Por qué los hombres de aspecto cruel son siempre los más hermosos?*

Teddy colocó una hoja de papel frente a los ojos de Kathleen. Mordiéndose la lengua, ella leyó las palabras escritas: «Todavía no puedo hablar contigo. Voy a sacar un cuchillo y me haré un corte. No te haré daño con el cuchillo».

Kathleen movió la cabeza de arriba a abajo, comprobando la cinta con la punta de la lengua. Volvía a sentir sus propios pies y supo que llevaba puestos sus zapatos de

puntera metálica. *Buenos zapatos para dar patadas.*

Teddy sonrió ante su reiterativa afirmación y dio la vuelta al papel. El reverso estaba cubierto de recortes de periódico descoloridos. La mirada de Kathleen los enfocó y cuando vio que los recortes daban informes detallados de asesinatos de mujeres se mordió las mejillas y leyó metódicamente las palabras de los artículos para ahogar un sollozo seco. Su terror se convirtió en furia y se mordió aún más fuerte hasta que su boca se llenó de sangre y saliva. Inspiró profundamente por la nariz y pensó: *Lo voy a castrar.*

Teddy dejó caer el papel al suelo y se bajó la cremallera de la parte superior de su traje deportivo y la dejó caer sobre su cintura. Kathleen contempló el torso masculino más perfecto que había visto en su vida, ensimismada en la perfección de sus músculos hasta que Teddy se giró, y sacó una navaja de sus espaldas. Se colocó la cuchilla frente al pecho y la hizo girar como una batuta para apuntar con la hoja hacia el área que quedaba debajo de su corazón. Cuando la incisión rompió en sangre, Kathleen retorció los brazos, atados a los de la butaca, empujando con los codos, y sintió cómo las ligaduras de su mano derecha se soltaban por completo. *Ahora. Ahora. Ahora. Por favor, Dios mío, permíteme hacerlo ahora.*

Teddy se limpió el torso con la mano y se plantó frente a Kathleen, situando el pecho a la altura de sus ojos para susurrarle:

—Son las 10.30. Pronto tendremos que marcharnos. Estabas tan bonita con los párpados levantados. —Se volvió a frotar el pecho por vez segunda y Kathleen pudo ver que se había grabado las letras «K Mc» junto al pezón izquierdo. Estuvo a punto de chillar, pero se aguantó. *Ahora.*

Teddy se agachó aún más y le sonrió. Kathleen le dijo una bofetada y una patada con ambas piernas a la vez, alcanzándole en la entrepierna. Liberó su mano derecha por completo y se precipitó hacia adelante, con lo que la silla volcó al mismo tiempo que Teddy se estampaba contra el suelo. Ella gritó y siguió dando patadas, apuntando al estómago de Teddy. Él soltó el cuchillo, gimió y se limpió la sangre de los ojos. Kathleen se abalanzó con todo su cuerpo y agarró el cuchillo con la mano que tenía libre al tiempo que se agarraba al cuerpo de Teddy con la pierna derecha para así poder clavarle el arma. Él se retorció, sacudió los brazos a ciegas. Kathleen empuñó el cuchillo en trayectoria directa hacia su abdomen, pero Teddy reuló y el cuchillo cortó el aire. Ella volvió a intentarlo y esta vez el arma se clavó en la alfombra. Teddy se levantó sobre sus rodillas y cogió un martillo para lanzárselo. Kathleen se liberó los dientes para morderle mientras el golpe de martillo se dirigía hacia su cabeza. Cuando el martillo hizo contacto, gritó y probó el sabor de la sangre. Después, se produjo una oscuridad palpitante y roja.

El Holandés miró el reloj de la sala de mando en el momento en que daban las once. Miró a través de la puerta y vio al oficial de guardia sentado ante su mesa. El

oficial alzó la vista, dejó a un lado el teléfono y gritó:

—Todavía no hay nada, jefe. He contactado con veintitrés de los treinta y uno. El resto no contesta ni tiene contestador automático. No hay nada ni remotamente sospechoso.

El Holandés asintió brevemente a modo de respuesta.

—Siga intentándolo —le dijo, y salió hacia el aparcamiento. Alzó la mirada hacia el oscuro cielo y vio los rayos cruzados de las luces de los helicópteros por encima de formaciones bajas de nubes y de los rascacielos de Hollywood. Salvo los pocos oficiales de guardia de las comisarías, todos los agentes de la división de Hollywood se encontraban en la calle, bien fuera a pie o en coches patrulla, armados hasta los dientes y dispuestos a vencer. Haciendo rodar un dado imaginario, el Holandés calculó las probabilidades de que se produjesen tiroteos accidentales, debido al posible exceso de los policías. Como Lloyd todavía seguía sin aparecer y no tenía ninguna pista sobre sus andanzas, descubrió que no le importaba. La sangre flotaba en el aire y la lógica prevaleciente de la noche habría de ser la rectitud nihilista. Había estado repasando el archivo del registro de arrestos de Lloyd del tiempo que había pasado en la división de Hollywood y no había encontrado indicador alguno que apuntara a un posible trauma susceptible de haber emergido al punto de combustión. Había llamado a cada una de las novias de su amigo de cuyo nombre había podido acordarse. Nada. Lloyd era o bien culpable o inocente, pero no estaba en ninguna parte. Y si Lloyd no estaba en ninguna parte luego, él, el capitán Arthur Peltz, era un peregrino espiritual que había ido a La Meca y se había encontrado la irrecusable evidencia de que la vida era una mierda.

El Holandés volvió a entrar en la comisaría. Se encontraba en las escaleras, a mitad del camino hasta su oficina, cuando llegó corriendo el oficial de guardia.

—Tengo una respuesta a su APB, capitán. Sólo un vehículo. He escrito la dirección.

El capitán agarró el papel que le tendía el oficial, corrió escaleras abajo hasta el mostrador y releyó frenéticamente la lista de entrevistas de Lloyd. Cuando vio que Alvarado n? 1893 aparecía en ambas hojas, profirió:

—¡Llame a los oficiales que han llamado para el boletín y dígales que reúnan una patrulla, esto es cosa mía!

El oficial asintió con la cabeza. El Holandés corrió hacia su despacho y cogió su bomba Ithaca. Lloyd era inocente y había que acabar con un monstruo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El acceso a la central eléctrica era una tortuosa carretera de dos carriles que terminaba en la base de una colina moteada de maleza y matorrales y emergía empinada desde la valla alambrada que encerraba las instalaciones del generador. Junto al lado izquierdo de la carretera había un sucio aparcamiento de coches, próximo a un cobertizo de herramientas que quedaba empotrado entre dos palos de los que colgaban potentes lámparas. Directamente sobre la cima de la colina había otra torre de luces de la que salían cables de alimentación que conectaban con los depósitos de agua de Silverlake, a medio kilómetro hacia el norte.

A las 11.30, Lloyd abandonó el parque a pie, jalonando el territorio a medida que subía por la ladera de la colina. Llevaba el 30.06 apoyado en el hombro y el Magnum 44 presionado contra la pierna. Sabía que desde que había tomado posición en la calle del parque, habían pasado seis coches en dirección norte hacia la carretera de acceso. Dos de ellos eran coches oficiales del departamento de agua y electricidad que, presumiblemente, se dirigían a las oficinas de la administración de la central. Los cuatro coches restantes habían regresado en el lapso de una hora, lo que quería decir que sus ocupantes se habían drogado o tumbado en la ladera de la colina y habían regresado a Los Ángeles. Lo que quería decir que Teddy Verplank había llegado a pie o estaba a punto de acceder.

Lloyd se encaminó hacia el norte por el borde de la carretera, rodeando la presa que empalmaba con la central. Cuando llegó a la última curva vio que había estado en lo cierto. Junto a la valla, al lado del cobertizo de herramientas, había dos coches aparcados; ambos eran vehículos de la central eléctrica.

La presa terminó y tuvo que andar un tramo sobre el asfalto antes de poder escalar la colina y establecer el campo del duelo.

Caminaba despacio, explorando constantemente con la mirada su lado ciego. Si Verplank se encontraba en las inmediaciones, probablemente estaba oculto en el grupo de árboles, junto a los coches aparcados. Miró su reloj: eran las once cuarenta y cuatro. Exactamente a las doce, dispararía contra aquellos árboles.

El asfalto se terminó y Lloyd comenzó a escalar la colina, avanzando lentamente mientras sus pies pisaban montones de basuras. Vio una extensión de matorrales altos que emergían frente a él y sonrió al darse cuenta de que eran una buena posición. Se paró y se descolgó el 30.06 para revisar la escarpia y soltar los seguros. Todo estaba a punto y dispuesto para accionarse en una décima de segundos.

Lloyd se encontraba a escasos metros de su objetivo cuando sonó un disparo. Dudó unos breves instantes y se tiró al suelo de cabeza en el mismo momento en que un segundo disparo le rozaba en el hombro. Dio un grito y se aplastó contra el suelo a la espera de que un tercer disparo le indicara la dirección a la que apuntar. Sólo oyó el ruido de su pecho palpitante.

Una voz amplificadas irrumpió en el aire.

—Hopkins, tengo a Kathleen conmigo. Ella tiene que escoger.

Lloyd rodó hasta quedar sentado y apuntó con su 30.06 hacia donde provenía el sonido de la voz. Sabía que Verplank era un sortílego capaz de asumir formas y voces y que Kathleen estaba a salvo en algún sitio, sumida en sus fantasías. Apretó su hombro ensangrentado, con gran dolor, en previsión del retroceso, y disparó un cargador entero. Cuando se desvanecieron los ecos de los disparos, unas risotadas le respondieron:

—No me crees, así que haré que me creas.

A continuación se oyeron una serie de chillidos infernales, que ningún sortílego era capaz de fingir. Lloyd musitó:

—No, no, no. —Hasta que volvió a resonar la voz electrónica.

—Tira tus armas al suelo y ven hasta aquí o ella morirá.

Lloyd tiró su rifle hacia la carretera y cuando estalló contra el asfalto, se puso en pie y se metió su magnum entre la espalda y el cinturón. Bajó la colina a trompicones sabedor de que él y su maligno contrincante iban a morir juntos sin que nadie sino aquella poetisa estridente escribiera su epitafio. Iba murmurando: «El conejo por el agujero, el conejo por el agujero», cuando una luz blanca le cegó y un martillo al rojo blanco le estalló justo debajo del corazón. Salió despedido de espaldas contra el polvo del suelo y rodó como derviche mientras la luz le perseguía. Se restregó la porquería y las lágrimas de la cara y se arrastró hasta el asfalto, contemplando cómo los reflejos de las farolas iluminaban gradualmente la figura de Teddy que agarraba a Kathleen junto a la caseta. Se rasgó la camisa empapada en sangre y se palpó el pecho. Entonces dobló su mano derecha y se tocó en la espalda. Tenía un golpe frontal y una herida que le atravesaba el hombro. Tendría que espabilarse para matar a Teddy antes de morir desangrado.

Lloyd sacó su Magnum 44 y se tumbó en la pendiente con la mirada fija en las dos farolas del cobertizo. Tan sólo estaba encendido el foco superior. Teddy y Kathleen estaban exactamente debajo del palo, separados del cañón de su pistola por quince metros de polvo y maleza. Un tiro al foco y otro para volarle la cabeza a Teddy.

Lloyd apretó el gatillo. La luz estalló y se apagó en el preciso instante en que vio cómo Kathleen se liberaba de las garras de Teddy y caía el suelo. Se puso en pie y echó a correr sobre el asfalto con el arma extendida, sujetándose la temblorosa muñeca con la mano izquierda.

—¡Kathleen apaga el otro foco! —gritó.

Lloyd avanzó en la oscuridad. Una cortina rojinegra enmascaraba todos sus sentidos y le envolvía como una mortaja hecha a medida. Cuando el foco se encendió, Teddy Verplank se encontraba a dos metros enfrente, dispuesto a recibir a su destino con un automático del 32 y un bate de béisbol claveteado.

Ambos hombres dispararon en el mismo instante. Teddy encogió el pecho y se echó hacia atrás al tiempo que Lloyd sentía que la bala le desgarraba la ingle. Su dedo

presionó el gatillo, pero el retroceso mandó el rifle por los aires. Cayó sobre el asfalto y vio cómo los clavos del bate de béisbol centelleaban bajo la luz blanca a medida que Teddy se arrastraba hacia él.

Lloyd sacó su 38 recortado y lo sostuvo hacia arriba, esperando el momento en que podría ver los ojos de Teddy. Cuando Teddy se situó sobre él y el bate comenzaba a descender, y vio que los ojos de su hermano de sangre eran azules, apretó el gatillo seis veces. No se oyó sino el chasquido del metal contra metal y la sangre brotó de la boca de Teddy. Lloyd se preguntó cómo podía haber sucedido y si él mismo estaba muerto. Un segundo antes de perder la consciencia vio al Holandés Peltz que limpiaba la navaja que siempre llevaba pegada a sus botas de puntera metálica de patrullero.

CAPÍTULO VEINTE

El largo tránsito de horror tocó a su fin y los tres supervivientes comenzaron el proceso, aun más largo, de cicatrización.

El Holandés había cargado a Lloyd y a Teddy en su coche, y con una Kathleen llorosa a su lado se había dirigido hasta la casa de un médico procesado por vender morfina. Con el rifle del Holandés apuntando a su cabeza, el doctor había examinado a Lloyd y había determinado que necesitaba una transfusión inmediata de libro y medio de sangre. El Holandés revisó el permiso de conducir y el carnet de identidad que había sacado del cuerpo de Teddy Verplank y ambos hombres habían resultado ser 0. El doctor llevó a cabo la transfusión con una centrifugadora improvisada para estimular los latidos del corazón de Teddy mientras el Holandés repetía una y otra vez al oído que anularía todos los cargos que pesaban contra él, sin parar en costes. Lloyd respondió favorablemente a la transfusión de sangre y empezó a recuperar el conocimiento mientras el doctor anesthesiaba a Kathleen y le quitaba las costuras de tripa de gato que anclaban sus párpados a sus cejas. El Holandés no le dijo a Lloyd de dónde provenía la sangre. No quería que lo supiese.

Dejando a Lloyd y a Kathleen en casa del doctor, el Holandés trasladó los restos de Teddy Verplank a su última morada, un tramo de playa condenada que se sabía que estaba llena de toxinas industriales. Transportó el cadáver sobre una serie de vallas alambradas y se quedó observando cómo la marea envenenada lo arrastraba en medio de una pesadilla.

El Holandés se pasó la semana siguiente con Kathleen y Lloyd y convenció al doctor para que supervisara su recuperación física, la casa se convirtió en un hospital de dos pacientes, y cuando Kathleen salió de su estado de sedación, le contó al Holandés cómo Teddy la había amordazado, se la había cargado a la espalda y la había transportado a través de las colinas de Silverlake en su camino hacia el enfrentamiento con Lloyd.

Él le dijo cómo las anotaciones en verso del calendario de Teddy Verplank le habían llevado hasta la presa de la central y que si Lloyd tenía que sobrevivir como policía y como ser humano iba a ser tarea de ella ser muy amable y nunca hablarle de Teddy. Kathleen asintió entre lágrimas.

El Holandés prosiguió diciendo que destruiría cualquier rastro oficial de Teddy Verplank, pero que sería cosa suya calmar los recuerdos henchidos de terror de Lloyd con amor.

—Con todo mi corazón —fue la respuesta de Kathleen.

Lloyd siguió delirando durante una semana. A medida que sus heridas físicas se cicatrizaban sus pesadillas fueron cediendo y gradualmente, entre las más tiernas caricias, Kathleen consiguió convencerle de que el monstruo había muerto y que de algún modo había vencido la misericordia. Colocando un espejo ante sus ojos, le contó hermosas historias y le hizo creer que Teddy Verplank no era su hermano, sino

una entidad separada que había sido enviada para cerrar los libros de toda la angustia de sus primeros cuarenta años. Kathleen era una buena narradora y, de un modo tenue, Lloyd empezó a creer en ella.

Pero mientras Kathleen recomponía la historia de Lloyd y Teddy, comenzó su propio terror. Su llamada a Silverlake Camera había causado la muerte de Joanie Pratt. Su reticencia a creer en Lloyd y a aplastar sus lastimosas ilusiones habían resultado en la destrucción de una mujer pletórica de vida. *La sentía* en cada una de sus respiraciones. Cuando tocó el cuerpo devastado de Lloyd fue como una sentencia de muerte. El pesar lo constituía tener que escribir sobre ello. Era una sentencia en vida que no admitía medios de expiación.

Un mes después de la noche de *walpurgis* de Silverlake, Lloyd descubrió que era capaz de andar. El Holandés y Kathleen se habían ido turnando en sus visitas diarias y el doctor, libre de cargos, le había retirado ya la medicación contra el dolor. Pronto tendría que recuperar a su familia y enfrentarse a los inquisidores de Asuntos Internos, pero antes de hacerlo había un lugar que tenía que visitar.

El taxi le dejó frente al edificio de ladrillo rojo de la calle Alvarado. Lloyd abrió el cerrojo de la puerta y subió las escaleras, sin saber si quería que la peor de sus pesadillas fuera negada o confirmada. Fuera lo que viere, iba a determinar el curso del resto de su vida, pero aún no lo sabía.

La sala de sus pesadillas estaba vacía. Lloyd sintió cómo sus esperanzas se desvanecían en el aire. No había sangre, ni fotografías ni ramas de rosal. Las paredes habían sido pintadas de un inocente azul pálido. Las ventanas de los miradores estaban entablonadas. Ya nunca lo sabría.

—Sabría que vendrías.

Lloyd se volvió al escuchar aquella voz. Era el Holandés.

—He estado vigilando este lugar durante días —dijo—. Sabía que ibas a venir aquí antes de ponerte en contacto con tu familia o de reincorporarte al servicio.

Lloyd recorrió ligeramente los dedos sobre las paredes y dijo:

—¿Qué encontraste aquí, Holandés? Tengo que saberlo.

El Holandés sacudió la cabeza.

—No. Nunca. No vuelvas a preguntármelo jamás. Dudé de ti y estuve a punto de traicionarte, pero ya he hecho mi enmienda y no voy a contarte esto. Todo cuanto pude encontrar que perteneciera a Teddy Verplank está ahora destruido. Nunca ha existido. Si tú, Kathleen y yo lo creemos así, tal vez entonces podremos vivir como gente normal.

Lloyd golpeó la pared con el puño.

—¡Pero tengo que saberlo! ¡Tengo que pagar por Joanie Pratt y ya no soy policía, así que tengo que descubrir lo que significa para saber lo que debo hacer! Tuve aquel sueño que sabe Dios lo que...

El Holandés se le acercó y le puso las manos sobre los hombros:

—Todavía eres policía. Hablé personalmente con el jefe, mentí, amenacé y me

arrastré, y me costó mi ascenso y el mando de Asuntos Internos. Tus problemas con Asuntos Internos nunca tuvieron lugar, igual que Teddy nunca existió. Pero estás en deuda conmigo y vas a tener que pagar.

Lloyd se enjuagó las lágrimas de los ojos:

—¿Cuál es tu precio?

El Holandés dijo:

—Entierra el pasado y enfréntate a tu vida.

Lloyd averiguó la nueva dirección de Janice y tomó un avión a San Francisco a la noche siguiente. Janice había salido el fin de semana, pero las niñas se habían quedado con su amigo George, y cuando atravesó la puerta, se abalanzaron sobre él hasta que estuvo seguro de que le habían magullado cada centímetro de su apaleado cuerpo. Por momentos, sintió pánico cuando le pidieron que les contara una historia, pero la fábula de la gentil poetisa y el policía las satisfizo hasta que estalló en un torrente de lágrimas. Penny fue la única en aportar una conclusión. Abrazó con fuerza a Lloyd y le dijo:

—Me gusta esta nueva moda tuya de contar historias felices, papá. Picasso encontró su etilo avanzada su vida, y tú también puedes hacerlo.

Lloyd tomó habitación en un hotel cerca de la casa de Janice y pasó el fin de semana con sus hijas. Las llevó al zoo, al museo de historia natural y a los muelles de pesca. Cuando las dejó el domingo por la noche, George le dijo que Janice tenía un amante, un abogado especializado en impuestos, y que era con quien estaba pasando la noche. Por unos instantes, pensó en descargar su ira y arruinar aquel romance y apretó los puños en un acto reflejo. Entonces el recuerdo de Joanie Pratt abortó sus pensamientos sangrientos. Lloyd besó a sus hijas y se despidió de ellas para regresar a su hotel. Janice tenía un amante y él tenía a Kathleen y no sabía lo que sentía, al margen de lo que todo aquello pudiera significar.

El lunes por la mañana, tomó un avión de vuelta a Los Ángeles y un taxi hasta Parker Center. Subió a pie hasta el sexto piso sintiendo cómo los músculos de alrededor de la herida de la ingle se estiraban y encogían. Pasarían semanas hasta que pudiera volver a hacer el amor, pero cuando el viejo doctor traficante le diera el alta, cogería a Kathleen y pasaría con ella todos los fines de semana.

Los pasillos de la sexta planta estaban vacíos. Lloyd miró su reloj de pulsera y vio que eran las 10.30 de la mañana, la hora del descanso matutino. Sin duda, el Holandés debía haber cubierto su prolongada ausencia con alguna excusa, así que por qué no reunirse con los demás.

Lloyd abrió la puerta del bar. Su cara se iluminó al contemplar aquella gran sala llena de hombres en mangas de camisa que tomaban café y donuts, que reían y hacían chistes e inocentes gestos obscenos. Se quedó junto al umbral de la puerta regocijándose en la imagen hasta que el estruendo se convirtió en un susurro. Todos

los presentes en la sala le estaban mirando y cuando se pusieron en pie y empezaron a aplaudir, miró en sus rostros y no vio sino amor y respeto. La sala se emborronó por sus lágrimas, mientras los gritos de «bravo» y los aplausos le hacían retirarse hacia el pasillo, derramar más lágrimas y preguntarse qué diablos *significaba* aquello.

Lloyd corrió hacia su despacho. Buscaba las llaves en el interior de su bolsillo cuando el oficial Artie Cranfield llegó junto a él y le dijo:

—Bienvenido, Lloyd.

Lloyd señaló hacia abajo, hacia la entrada, y se enjuagó las lágrimas.

—¿Qué coño es todo esto, Artie? ¿Qué coño *significa*?

Artie lo miró sorprendido y luego precavido.

—No te hagas el loco, Lloyd. Corre el rumor por el departamento que tú aclaraste el caso del Carnicero de Hollywood. No sé cómo empezó, pero todos los de Robos y Homicidios están convencidos de ello y también la mitad de la policía de Los Ángeles. Se dice que el Holandés Peltz se lo dijo en persona al jefe y que el jefe ordenó a los de Asuntos Internos que te dejaran en paz porque mantenerte en el departamento era el mejor modo de que tuvieras cerrado el pico. ¿Quieres hacer el favor de contármelo todo?

Las lágrimas de desconcierto de Lloyd se convirtieron en lágrimas de risa. Abrió la puerta del despacho y se secó las lágrimas con la manga.

—El caso lo solucionó una mujer, Artie. Una poetisa de izquierdas que detesta a la policía. Ríete de la ironía y disfruta de tu grabadora.

Lloyd cerró la puerta ante las narices de Artie. Cuando le oyó alejarse por el pasillo, refunfuñando, encendió las luces y contempló su cubículo. Todo estaba igual que la última vez que lo había visto, excepto por una rosa solitaria que había en una taza de café, sobre su mesa. Junto a la taza había una hoja de papel. Lloyd la tomó y leyó:

Querido Lloyd:

Las despedidas largas son terribles, así que seré breve. Tengo que marcharme. Tengo que marcharme porque tú me has devuelto la vida y tengo que ver qué puedo hacer con ella. Te amo y necesito tu cobijo, y tú necesitas el mío, pero el lazo que nos une es de sangre y si seguimos juntos nos poseerá y nunca tendremos la posibilidad de estar cuerdos. He dejado mi librería y mi apartamento (de cualquier modo, pertenecen a mis acreedores y al banco). Tengo el coche unos pocos cientos de dólares en efectivo y me marcho, sin exceso de equipaje, hacia lugares desconocidos. (Los hombres lo han hecho durante siglos.) Tengo muchas cosas en mente, mucho que escribir. ¿Te parece un buen título Penitencia por Joanie Pratt? Ella me pertenece y voy a darle lo mejor que tengo, y tal vez así sea perdonada. Me duelo por tu pasado, Lloyd, pero aún me duelo más por tu futuro. Has escogido segar lo repugnante y reemplazarlo con tu amor aplastante, y éste es un doloroso camino a seguir. Adiós. Gracias. Gracias. Gracias.

P. D.: La rosa es para Teddy. Si le recordamos, entonces nunca será capaz de hacernos daño.

Lloyd dejó el papel sobre la mesa y cogió la flor. La apoyó contra su mejilla y yuxtapuso la imagen con los arreos espartanos de su oficio. Un terror con perfume de rosa emergió junto a los armarios de archivos, junto a las órdenes de busca y captura, el mapa de la ciudad y todas las demás cosas de su despacho para producir una luz

blanca y pura. Cuando las palabras de Kathleen transformaron la luz en música, grabó aquel instante en la más dura fibra de su corazón y se la llevó consigo.

Notas

[1] «Espaldas mojadas», término con que se conoce en EE. UU. a los inmigrantes clandestinos que cruzan la frontera. (N. del T.)<<